



MAY
BOEKEN

*Todas
las Malditas
decisiones*

Everlasting Wound 1

Phoebe

MAY BOEKEN

*Todas las
malas
decisiones*



Phoebe

Primera edición: febrero de 2018

Copyright © 2018 Maitane Vierbücher García

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-61-2
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO
Fotografía: Africa Studio/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A Lucía, la guardiana de las buenas maneras y el decoro en la redacción,
con todo mi cariño.
Y a todos los que les dije que no estaba escribiendo una historia de amor.
¡Tachán!*

«If we treat people as they are, we make them worse. If we treat people as they ought to be, we help them become what they are capable of becoming».

Johann Wolfgang von Goethe

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA: MAY BOEKEN

MÚSICA DE *TODAS LAS MALDITAS DECISIONES*

FANPICS

1

LOS GALLOS QUE NADAN EN LOS ESTANQUES

Aquel pub apestaba, casi tanto como la despedida de soltera a la que me había obligado a asistir, aunque algo menos que el resto de tugurios por los que ya habíamos pasado.

Como si no fuera suficiente castigo soportar el vuelo de Bilbao al lado de un roncador profesional, que no me dejó pegar ojo ni cinco minutos, ahora tenía que aguantar la euforia ética de mis amigas, además de sus ansias por hacer el ridículo. Las dejé moviendo el esqueleto en algo parecido a una pista de baile y me acerqué a la barra. Encontré un taburete libre y, tambaleándome un poco, me encaramé a él. El alcohol, los tacones y el cansancio no eran buenos compañeros de viaje.

—¡Eh, amigo! —grité al camarero—. Cuando puedas, ponme una cerveza.

Se acercó paseando por la barra con parsimonia, mientras saludaba a todos los parroquianos que se encontraba por el camino.

—¿Kilkenny, Guinness, Murphy's, Smithwick's, Beck's...? —me preguntó con tono cansino.

—Que sea una Beck's.

No tenía ni puñetera idea de cervezas, solo quería quitarme el sabor rancio a hierbas silvestres de los últimos chupitos que habíamos tomado.

Mientras esperaba a que me sirviera, los estridentes gritos de júbilo y diversión de mis amigas llamaron mi atención. Me giré y observé con los dientes apretados cómo interpretaban su famoso «bailecito de la seducción implacable», que consistía en contonearse sobre una mesa creyéndose Shakira, ajenas al hecho de que para el resto de los mortales parecían una manada de hipopótamos en celo protagonizando una lamentable danza del vientre.

—¡No estoy lo suficientemente borracha para ver esto! —dije en alto mientras me daba una palmada en la frente.

—El alcohol no es la respuesta, pero si bebes lo suficiente quizás olvides la pregunta —contestó una voz cálida y profunda a mi izquierda.

Apoyé el codo en la barra y miré extrañada en esa dirección.

Me encontré con un tío alto, atlético y ancho de espaldas, bastante prometedor a primera vista.

Llevaba unas botas negras, unos vaqueros ajados de color gris oscuro, rotos en ambas rodillas, y una camiseta blanca ajustada. En el pecho tenía la imagen *vintage* de un trasatlántico similar al Titanic, rodeada por la frase en inglés «*DARLING, THIS HOLIDAY WILL SOLVE ALL OUR PROBLEMS*». *SE ME ESCAPÓ UNA RISITA.*

Intentando no parecer una babosa pervertida, alcé la mirada y le puse cara a aquel imponente cuerpo. Los ojos azules más profundos y expresivos que había visto en toda mi puñetera vida estaban clavados en mí. Había algo latente en su mirada, una peligrosa combinación de ternura y picardía, de las que te abrasan, te desnudan y te tientan hasta cometer un disparate.

Tal vez había subestimado el pedo que llevaba encima.

Por suerte para mí, él también me estaba estudiando con interés. Tenía una ceja levantada y la boca ligeramente abierta. El gesto sugerente de sus labios carnosos pedía a gritos un buen mordisco.

Pese a ser consciente de que parecía boba y que era evidente que se me estaba cayendo la baba, no pude evitar seguir examinándolo con descaro. Tenía el pelo negro y algo largo, por encima de los hombros, lleno de rizos sedosos y rebeldes. Me sorprendí a mí misma deseando acariciarlo como si fuera un cachorrito.

No era el guapo malote de turno que conquistaba a todas las féminas de un pub nada más asomar la nariz por la puerta. No. Era mucho peor que eso. Cada uno de sus rasgos poseía una belleza propia y demoledora. Y el conjunto era... atractivo, atractivo de narices. Fascinante.

Se acercó un poco, haciéndome sentir un hormiguelo inapropiado por toda la piel, y deseé que me hablara otra vez, que hiciera cualquier cosa, porque yo no iba a conseguir articular ni una mísera palabra.

Cogí la Beck's que el camarero me acababa de poner delante y le di un buen trago tratando de volver a conectar con la realidad.

Él exhaló el aire con intensidad, concentró su mirada en mis labios húmedos por la bebida mientras me dedicaba una sonrisa traviesa. Volvió a moverse con lentitud, y se sentó en un taburete a mi lado. Carraspeó con suavidad.

—Si vuelves a mirarme así voy a tener que escribirte una canción.

Las palabras salieron de su boca disfrazadas de cachondeo, pero eso no evitó que yo reaccionara llenándome de expectación. Y la noche no había hecho más que empezar.

—¡Eh, Joel! ¡Me estoy secando! —gritó al camarero. En menos de lo que canta un

gallo, una Guinness, oscura y densa, se deslizó por la barra hasta sus manos. Dio un trago y alargó la mano hacia mí—. Me llamo Gary, y soy estrella del rock.

Salí de golpe del trance en el que me había tenido acorralada escupiendo la cerveza que tenía en la boca de una manera bastante poco femenina.

Había oído presentaciones extrañas y ridículas, pero, sin duda, la suya era la más memorable.

—¿Estrella del rock? —pregunté llorando de la risa—. ¿Es tu mejor táctica, colega? ¿El resto de las tías también acaban haciendo el aspersion o directamente se desmayan?

—Búscame en Google.

—Lo haré —prometí sin dejar de reír mientras le estrechaba la mano—. Soy Rebeka, actriz porno.

Se quedó paralizado, con el vaso pegado a sus labios y una expresión a medio camino entre la sorpresa y la diversión.

—Nunca había conocido una actriz porno; escribiré una canción sobre eso también.

La mezcla entre su acento y su voz resultaba dulce y melosa. No era una experta, ni siquiera era capaz de distinguir de qué zona del Reino Unido era, pero, afortunadamente, su pronunciación era clara.

—Si tú puedes fingir que eres un rockero famoso, yo soy una actriz porno de alto nivel. ¿De acuerdo?

Mucho tiempo después seguí preguntándome por qué no había elegido ser una astronauta.

—De acuerdo. ¿Y qué te trae por Londres, Rebeka? ¿Alguna grabación? —preguntó guiñándome un ojo.

Me encantó la manera en la que sus labios dibujaron mi nombre.

—¡Ojalá! Es mucho peor que eso. Una despedida de soltera. —Señalé a mi espalda y resoplé asqueada: organizar una despedida en Londres no había sido una gran idea, aunque me librara de tener que asistir a la boda.

Él se giró en su taburete para estudiar a mis amigas con atención y una sonrisa descarada.

Vi de reojo que, cambiando de estrategia, las chicas habían acorralado a un tío contra la pared y hacían bailecitos sexys a su alrededor. Aunque, en realidad, parecía un ritual satánico en el que iban a sacrificar al pobre hombre a algún dios a cambio de que lloviera y la cosecha fuera buena.

Ni siquiera el alcohol era capaz de hacerme la situación más tolerable.

—Vaya espectáculo... —comentó satisfecho.

—¡Sois todos iguales! —Le di un golpe en el hombro.

—Yo solo me limito a observar con inocencia y comentar lo evidente. —Volvió a girarse hacia la barra para mirarme con curiosidad—. ¿Qué tiene de malo una despedida?

—Las odio. Una de las razones son esas exhibiciones gratuitas de bailes eróticos mientras llevas un pene de plástico en la frente. Es denigrante.

El mío se había caído de manera accidental a la taza del baño en el hotel. Un hecho fortuito que necesitó ocho vaciados de cisterna consecutivos y un montón de palabrotas.

—¿Dónde están tus modales? ¿No llevamos ni cinco minutos hablando y acabas de decir «pene»? —Se hizo el indignado con una sonrisa de medio lado, que provocó que unos suaves hoyuelos aparecieran en sus mejillas.

Joder. Hoyuelos. Justamente lo que me faltaba para subirme al taburete y cantar bingo a todo pulmón.

En ese mismo instante me declaré muy fan de sus expresivos ojos azules, amante de su pelo rizado revuelto y fetichista de los hoyuelos que acompañaban a su sonrisa rompedora.

Menos mal que no era una mujer enamoradiza.

—Deberías ser más comprensiva. Algunas tías se comportan así porque creen que, a partir de mañana, pasado, o cuando cojones se vayan a casar, su vida solo consistirá en dedicarse a sus maridos con devoción. El día de la boda llegarán vestidas de princesas, rodeadas de castidad, virginidad..., todo ese rollo..., y con la ilusión de que será para siempre, como una condena a muerte. Por eso se llaman «despedidas» y por eso las tías llevan un pene en la cabeza.

—Has dicho «cojones» y un montón de tópicos uno detrás de otro.

—Y tú, «pene». Como te iba diciendo, esas tías se piensan que en las despedidas está todo permitido, y dan por hecho que es la última oportunidad que tienen para comportarse así. Como si cruzar la línea imaginaria del matrimonio fuera a cambiar hasta el sentido de la rotación de la Tierra... Apuesto a que tu amiga va a celebrar una boda a lo grande, con doscientos invitados, un querubín tallado en hielo, un cuarteto de cuerda, carroza...

—¡Y gallos nadando en un estanque! —exclamé irritada.

—¿Gallos? —Se rio a carcajadas mostrándome los hoyuelos en todo su esplendor—. Tal vez la palabra que buscas es «cisne»...

Lo miré extrañada, pero sin poder ocultar una sonrisa: ¿tan gracioso era confundir «gallo» con «cisne»?

—Me fascina cómo perviertes el inglés. —Sonaba un poco ronco de tanto reír.

Nunca me había sentido tan agradecida y orgullosa de mis diez años en una academia de inglés como aquella noche, aunque las estrictas clases «tipo Oxford» no te preparan para una conversación hilarante con un tío en un pub. Cosa que me llevó a pensar en que deberían inventar cuanto antes el *Second English Certificate in real life* y valorar la pronunciación después de unas cuantas cervezas. Yo estaba a punto de rozar el sobresaliente.

—Odio las bodas para princesas, con cisnes o con gallos. No importa —continuó.

—Tal vez es que tu príncipe nunca te ha hecho sentir como una princesa —se burló mientras se mordía la lengua.

Contuve el aliento y me puse seria. ¿Tan transparente me había vuelto con el alcohol?

—Ahí has acertado: nunca me he sentido como la princesa de nadie. Y menos ahora que el castillo y sus aledaños están vacíos, sin nadie de la realeza o de la plebe esperándome. Y, aunque lo hubiera, tampoco me casaría pretendiendo ser «Su Alteza Real la inmaculada» por un día, mientras llevo un vestido que me hace parecer un exuberante merengue. No es mi estilo. De hecho, no entiendo a las mujeres que dicen que el mejor día de su vida ha sido el de su boda. ¿Nunca les han salido por error dos chokolatinas de una máquina expendedora en pleno síndrome premenstrual?

—Brindo por ti. No hay muchas tías que opinen como tú.

Alzó su cerveza con solemnidad y brindamos.

—¿Y qué me cuentas de tu princesa?

—Yo siempre he sido el pueblerino oportunista que acecha la torre en la que se esconde, dispuesto a apartarla del príncipe para llevarla por el mal camino.

Se echó a reír, a la vez que yo me preguntaba qué demonios había querido insinuar.

—¿De dónde eres, Beck's? Supongo que no te importa que te llame como a la cerveza que te estás tomando, en lugar de Rebeka; así mañana recordaré tu nombre con facilidad.

—Soy de Bilbao. ¿Mañana? —pregunté desconcertada.

—Sí, cuando te despiertes con el sonido de mi guitarra, tirada en mi cama. Sé por experiencia que no recordar el nombre de una chica a la mañana siguiente, o confundirla con otra, es una situación incómoda. Soléis cabrearos bastante.

Ambos nos echamos a reír, sin dejar de mirarnos.

—Supongo que te sucede a menudo, ¿verdad, querida estrella del rock? ¿O prefieres «leyenda»? Llevas una vida llena de desenfreno, dinero y fama tan complicada... —dije con sarcasmo.

—Claro, ya sabes, sexo, drogas y rock and roll. Es mi lema, y lo sigo a rajatabla. — Sonrió—. En cuanto a lo de mañana, no te asustes; me refería a que nunca sabes cómo va a terminar una noche como esta. Si amanecemos tirados en el patio central de la Torre de Londres, desnudos en mi cama con los pies en la almohada, o incluso en la ducha de uno de los setenta y ocho baños de Buckingham Palace, me gustaría poder llamarte por tu nombre y no cagarla.

Se mordió el labio, trataba de recular; tal vez pensó que me había asustado, pero mi rubor no tenía nada que ver con el miedo.

—No estoy preocupada —balbuceé.

Le di un trago al botellín; necesitaba valentía y descaro en estado líquido para seguirle el juego.

—Tu inglés está empezando a volverme loco. Nunca hubiera imaginado que un idioma podría hacer a una tía más atractiva. Voy a apuntar en mi cuaderno de ideas —hizo un gesto de comillas, mientras sacaba una libreta vieja del bolsillo trasero de su pantalón— escribir una canción sobre tu manera de hablar inglés. ¡Ah! Y sobre los gallos que nadan en los estanques de Bilbao —dijo a la vez que garabateaba.

Alguien me tocó el hombro; me giré y me encontré con Ana, mi mejor amiga. Tenía la cara empapada en sudor y parecía que una vaca le había chupado el pelo, dejándoselo pegajoso y revuelto. ¿Tendría yo la misma pinta? ¡Joder! Ella no era de las que bebían hasta no saber ni cómo se llamaba —esa solía ser yo—, pero aquella noche estaba desatada. Sin duda, era el instinto de protección mental por llevar un pene en la cabeza y no querer tener secuelas graves.

—Rebeka, ronda de chupitos. Pide.

Llevaba semejante melocotón que me resultó de lo más gracioso.

—Mira, Ana, este es Gary, una estrella del rock —dije alzando una ceja.

—¿Qué hay, Gary? —Lo miró como si fuera un vagabundo y volvió a girarse hacia mí con la mirada desenfocada—. Chupitos.

—Hey, Joe, saca nueve chupitos de tequila para estas chicas —gritó Gary por encima de la música, mientras dejaba un billete de cincuenta libras sobre la barra.

—Que sean diez, y mejor de Jägermeister, gracias —lo corregí sonriendo, porque a esas alturas ya no era capaz de hacer otra cosa.

El camarero sirvió diez chupitos de color marrón. Las chicas se acercaron a la barra, gritaron algo todas juntas, se los bebieron de trago y volvieron a la pista a bailar. Estaban muy perjudicadas.

O me agarraba una buena cogorza yo también o acabaría cargando con alguna de ellas hasta el hotel. Y no pensaba ser la niñera de nadie. No estaba dispuesta a aguantar sus ataques de amor etílico y comentarios irracionales.

Cogí un chupito para mí y le di otro a Gary.

—Salud —dije chocando mi Jäger con el suyo. Cerré los ojos y me lo bebí de trago.

Cuando volví a abrirlos, su mirada estaba clavada en mí.

—¿Sabes, Beck's? En Alemania o Dinamarca, no lo recuerdo, me lo dijo una chica en una gira... dicen que al brindar hay que mirar a los ojos; si no, te esperan diez años de mal sexo.

Resoplé y me eché a reír. Todo a la vez.

—¡Hostia! Haberlo dicho antes. Necesitamos otro par de chupitos con urgencia. Lo único que me falta es tener mal sexo, además de escaso.

No acababa de decir eso. Claro que no. Aunque la manera en la que él me observó, incapaz de contener la risa, me indicara lo contrario.

Ni siquiera recordaba la última vez que había intercambiado algo más que besos con un tío, y desde luego que hacía una eternidad que no sucumbía los encantos de un «aquí te pillo, aquí te mato» con un desconocido en un bar. Gracias a mis últimas experiencias con el bando contrario, intentaba tomarme las cosas con calma, convencerme de que lo importante eran los sentimientos, la belleza interior, que el tamaño no importa y blablablá, pero Gary estaba lleno de argumentos para hacer una excepción y yo estaba deseando olvidar mis principios.

—Perfecto, hagamos un brindis preventivo. ¡Joe! Dos chupitos más. Mi amiga la actriz porno no quiere una vida de mal sexo. Tenemos que brindar por ello.

El camarero sonrió desde el otro lado de la barra y yo me encendí como un maldito semáforo.

—Creo que a estas alturas me conformaría con una noche sin escasez, aunque fuera sexo de rebajas o de segunda mano —dije como si tal cosa.

Estaba bien jodida: Jägermeister había empezado a hablar por mí, mandando a la mierda mi intención de fingir delante del chico de los rizos suaves que no estaba desesperada. Cogí mi cerveza y me la bebí de trago intentando matar al espíritu germano que había poseído mi lengua.

Gary acercó los vasitos llenos de Jäger hasta el borde, movió un poco el taburete para sentarse más cerca. Poco a poco, la escasa distancia que separaba por cortesía a dos desconocidos iba desapareciendo.

Me miró a los ojos alzando su chupito solemnemente.

—Beck's, brindo por una noche de buen sexo. *Slainte!*

—Amén —afirmé, chocando mi chupito contra el suyo, sin estar muy segura de lo que había dicho.

Nos los bebimos de un trago mientras nos mirábamos fijamente. Crucé los dedos

por si con el brindis no era suficiente.

Volví a fijarme en sus ojos. Eran preciosos, de un color azul espectacular, y muy elocuentes, tal vez más de lo que a él le gustaría. Vi un fuego candente, un claro indicio de atracción, y lo sentí en todos los rincones de mi ser. Empezaba a ser imposible contener las ganas de toquetearlo; estaba a punto de sufrir la crisis cariñosa del borracho sobón. Así que decidí rendirme. Calculé la distancia perfecta para hacerle entender que estaba interesada, pero no desesperada, y reduje el espacio entre nosotros prácticamente a cero.

—Pareces un buen tío, Gary —comenté mientras acariciaba su cara con la palma de la mano de una manera bastante torpe y a punto de caerme del taburete.

Tal vez había sobrepasado con creces mi objetivo ético.

Dejé mi mano apoyada en su brazo, mientras él empezaba a jugar con un mechón de mi pelo.

—Gracias, Beck's, me alegra escuchar eso. No todas mis conquistas conservan una opinión demasiado buena sobre mí, pero yo hablo de todas ellas bien en mis canciones.

—¿Sobre qué tratan tus canciones?

—Amor en un noventa y nueve por ciento. Es el único terreno que se me da bien. Tiene tantos ingredientes... Venganza, miedo, cariño, sensatez, insensatez, sexo, locura... Da para mucho. Y lo mejor viene después: oír a la gente corearlo sin saber cuánto significa para ti lo que están diciendo. ¿Puedes imaginarlo? Quince o veinte mil personas cantando que aman a tu chica. Es espectacular.

—Guau, debe de ser increíble. Háblame de alguna canción que haya marcado un antes y un después para ti.

—Mi mayor éxito se lo escribí a mi exnovia. Lo que viene a ser la típica mezcla entre una lírica sensiblera y autocompasiva y una melodía empalagosa que solo se te ocurre escribir estando borracho cuando te deja una tía. Aunque, para sorpresa de todos, resultó ser un punto de inflexión para el grupo.

—¿De verdad? —Lo miré cautivada; sabía interpretar su papel de estrella del rock a la perfección. Y si yo quería acabar aquella noche triunfando, tenía que ponerme las pilas y meterme en mi papel de actriz porno, con todas las consecuencias y cuanto antes.

—Sí, a partir de esa canción las ofertas nos llovieron. El mundo se volvió loco.

—¿Y qué pasó para que te inspiraras tanto?

—No puedo darte una explicación sin quedar como un cabrón.

Lo dijo como si ser un cabronazo no fuera irresistible. Como si ese pequeño inconveniente me fuera a frenar para lanzarme de cabeza ante cualquier propuesta

indecente que me hiciera.

—Venga..., no te cortes —insistí, haciéndolo resoplar.

—La música es una manera de contar cosas; puedes ser poético y poco conciso, o directo y fiel a los hechos. Pero, de una manera u otra, acabas contando la verdad, y la gente conecta con tus palabras. —Hizo una pausa para mirar al techo, como si le costara hablar del tema—. La engañé varias veces. No encontraba la manera de disculparme, así que agarré mi acústica y escribí la canción. Se convirtió en un éxito rotundo que sonaba a todas horas por la radio. Un puñetero suplicio.

—¿Y qué dice la canción?

Me observó en silencio durante un par de segundos. Exhaló aire con fuerza.

—Que por mucho que sienta haberle puesto los cuernos, disfruté haciéndolo —confesó avergonzado.

Abrí los ojos como platos.

—No me mires así. Siento haberme portado como un cerdo, me odio por haberle hecho daño, pero eso no quita que fuesen unos polvos... increíbles. Parece como si el arrepentimiento tuviera que empañar lo sucedido, y no estoy de acuerdo. —Resopló haciendo que los rizos de su flequillo bailaran—. Y aunque juré que nunca más cantaré sobre el amor, no lo puedo evitar. Soy un tío apasionado y sentimental; las relaciones son mi droga principal y las letras de mis canciones, la única manera de soltar todo lo que llevo dentro.

Continué mirándolo flipada. No estaba acostumbrada a tanta sinceridad viniendo de un tío.

—No pongas esa cara. Si buscas «capullo romántico» en la Wikipedia, sale mi foto.

—Me vas a conquistar con tanta franqueza.

—Eso intento, Beck's, eso intento. —Su sonrisa se ensanchó—. Ya sabes lo que dicen: la cacería es más excitante que el banquete; el morbo, la química y la ausencia de tapujos...

Ambos nos reímos de su comentario, pero por motivos diferentes. La mía era una risita nerviosa.

—¿Has dicho alguna vez «te quiero»? —preguntó pensativo.

—Sí, a mi último novio trataba de decírselo a menudo, aunque él tenía otras prioridades y un comportamiento bastante miserable.

—No se debe prostituir un «te quiero» con tanta facilidad. —Sonrió con dulzura y me acarició la mejilla—. Nunca he pronunciado esas palabras; creo que han perdido su valor de tanto usarlas, y que están sobrevaloradas. Dos cuerpos pueden detallar esos sentimientos con una claridad en la que las palabras se quedan cortas. Soy

consciente de que no puedo ir por ahí repartiendo amor físico, pero cuando miro la realidad que me rodea pienso: qué cojones, repartamos amor de cualquier manera. El mundo sería un lugar mejor si dijéramos esas palabras más a menudo y más alto, y así evitaríamos que la gente saliera de casa para liarse a tiros con el mundo.

Se apoyó en el altillo de la barra y buscó con la mirada al camarero. Yo estaba alucinada.

—¡Te quiero, Joel! ¡Adoro cómo me sirves las cervezas! —gritó para todo el bar, a la vez que le lanzaba besos al camarero con la mano y se daba con el puño en el pecho junto al corazón.

Joe sonreía y negaba con la cabeza mientras Gary volvía a sentarse junto a mí.

—Tal vez las cosas con mi ex habrían ido de otra manera si le hubiera dicho «te quiero», pero hay que encontrar el momento y sentirlo. Yo no lo encontré —confesó taciturno.

—Guau. Es una visión interesante. Nunca me había parado a pensar lo que significa para los demás recibir un «te quiero». Puede marcar la diferencia en la vida de alguien. Deberías escribir una canción sobre eso también.

—Sí, pero antes tengo que vivirlo. Me gusta conocer los temas sobre los que escribo; cuando lo tengo que cantar es más fácil darle sentimiento si creo en ello. Tal vez debería escribir sobre mi madre... —Se carcajeó con sorna.

—Al final me voy a creer que eres un rockero famoso, aunque me cuesta imaginarte con algún instrumento.

Lo observé ensimismada y traté de crear en mi mente su imagen con una guitarra.

—Te he dicho que me busques en Google, pero mejor que lo hagas en YouTube: te resultará más entretenido. Mi voz gana mucho si mi cuerpo anda cerca.

No me cabía la menor duda de que su cuerpo era el mejor ingrediente que podía aportar a una canción.

—Busca «Gary Connolly» cuando llegues al hotel. Puedes ponerme entre las manos el instrumento que más te guste —dijo de manera sugerente—, aunque lo normal será verme con una guitarra, acústica o eléctrica, y alguna que otra vez con un piano.

—¿Eres como el hombre orquesta? —Le saqué la lengua.

—Me manejo bien con mis instrumentos, tengo buenas manos y dedos ágiles —añadió, de nuevo con un tono provocativo—. Joe, saca otras dos Beck's cuando puedas.

Puse mi mano sobre su pierna y a ambos nos pilló desprevenidos la electricidad que nos atravesó.

—¿Intentas emborracharme? Porque llegas tarde.

—Seguro que sobria eres todavía más divertida y bonita. Esos pegotes negros en la cara no te sientan nada bien.

—Joder, ¿parezco un oso panda? —pregunté horrorizada tratando de limpiarme los párpados inferiores.

—Solo pareces una chica con unos ojos verdes preciosos que acaba de beberse medio Támesis. Aunque debo admitir que estás bastante más centrada que la media de este pub.

No me consideraba una belleza, más bien una chica del montón. No era especialmente alta, medía un metro setenta escaso, pero, eso sí, con tacones conseguía una altura considerable. Era delgada, pero gracias a unas caderas anchas y una cintura estrecha, mi cuerpo tenía curvas, y eso era lo que más llamaba la atención. Mi pelo castaño caía en capas desordenadas hasta la mitad de mi espalda.

—Sí, tengo buen fondo para la bebida, años de práctica y muchas noches de travesura. Lo que viene a ser una adolescencia movidita. —Hice una reverencia digna de una princesa.

—Cuéntamelo, déjame ver qué hay tras esa cara bonita. ¿Qué hizo que fuera movidita?

—¿Vas a escribir una canción? —pregunté intrigada.

—Es posible, si hubo mucho sexo... —se pitorreó.

—Bueno, lo hubo, al menos hasta que senté la cabeza con mi primer novio. Pero, antes de eso, fueron unos años jodidos, inundados en alcohol, muchas fiestas y malas compañías... Ya sabes, lo de siempre —dije encogiéndome de hombros—, todo lo que puedes esperar del desbarajuste hormonal de una adolescente. Pero mi mayor problema siempre ha sido la facilidad con la que pierdo el «filtro cerebro-boca», y hoy hace más o menos cuatro cervezas que está ausente. Si estuviera activo, no te habría hablado de la escasez de sexo en mi vida. Puedes estar seguro.

—¿No era una petición?

Me mordí el labio nerviosa sin saber qué contestar.

—Por mí puedes quitarte los filtros y todo lo que quieras; me gusta la sinceridad, me pone. Prométeme que serás abierta conmigo en todos los sentidos.

Volvió a pillarme desprevenida. Menudo don de palabra que tenía.

—Contigo no es difícil abrirse; de hecho, puedo sufrir un ataque de sinceridad en cualquier momento. Por ejemplo, ahora mismo podría decirte sin ningún filtro... —Hice una pausa tratando de buscar la expresión correcta—. ¿Cómo se dice en inglés «hacer el amor sin condón»?

Se quedó bloqueado durante unos segundos. Después de todo, era posible descolocararlo. Me apunté un tanto. Íbamos cincuenta a dos.

Carraspeó suavemente y se concentró en mi boca.

—¿Te refieres a *barebacking*? —dijo con un hilo de voz—. Sin una primera cita y sin habernos besado... es una proposición un poco precipitada. Dicen que del primer saludo al primer jadeo conviene que pase un tiempo..., pero estoy abierto a todo. —Sonrió orgulloso—. Anota esa expresión; no creo que la vayas a aprender en una academia: viene de la época en la que la gente montaba a caballo sin silla. ¿En español también utilizáis una palabra similar?

—Se dice «a pelo»; si lo traduces literalmente suena un poco raro. Pero lo que quería decir «a pelo» es que me gustan tus ojos, su color es... imponente e infinito, y su expresión..., penetrante e intensa. Me hipnotizan, me hacen estar a tu merced.

¿Por qué demonios estaba diciendo esas cosas? Obviamente porque eran verdad y por la atmósfera en la que nos hallábamos los dos. Un mundo aparte que él estaba trazando para mí, en el que no había lugar para medias tintas.

—Me alegro de que te apasione tanto la mutación genética que sufrieron mis antepasados en la Edad del Bronce, razón por la cual tengo los ojos azules. —Sonrió orgulloso—. Sigue, me gusta esta versión de ti «a pelo». —Volvió a dibujar unas comillas en el aire.

—¿Sabes que una vez me corrí en alemán? —Otro ataque indiscriminado de sinceridad.

—Tienes toda mi atención, jovencita.

Se quedó en silencio durante unos segundos que aprovechó para recorrer mi cuerpo con la mirada. Por lo visto, habíamos alcanzado la fase de las miradas descaradas. Me quedé con las ganas de chocarle los cinco. No me corté un pelo y yo también lo devoré, como solo una tía hambrienta sabe hacer con semejante regalo delante.

—Y yo que pensaba que el alemán era el idioma de los poetas... Es genial que te hayas corrido en alemán —prosiguió—, pero deberías probar el inglés... ¡Estoy dispuesto a ayudarte a correrte en cada dialecto de toda la jodida Europa!

Respiré hondo tratando de centrarme. Porque aquello tenía una explicación muy lógica.

—He estudiado alemán desde pequeña; tal como dijo Mark Twain, la eternidad fue hecha para que algunos tuviéramos la oportunidad de aprender el idioma germano. He hecho varios cursos intensivos en Berlín para perfeccionarlo. En una de esas ocasiones, mi compañero de habitación era un chico alemán, y utilicé la expresión «*ich komme*» cuando no debía. Esa frase dicha así, sin más, significa «me corro». Nunca había visto a una persona quedarse petrificada.

—¿Petrificado? —dijo rascándose la cabeza, contrariado—. Si me lo dijeras a mí,

no llegaríamos ni a movernos de la barra. Me importaría una mierda toda la gente que nos rodea, tu ropa y la mía; nada se interpondría entre el objetivo de hacerte disfrutar y yo.

Su comentario me dejó demasiado traspuesta como para decir algo que no sonara obsceno.

Aquel tío era un conquistador de bragas.

Podía ser tan romántico como sucio, a dos pasos de una declaración de amor y a tres de un arrebató sexual con cien rombos. Sus comentarios insinuaban sin tapujos lo que ambos pensábamos y generaban tanta tensión sexual en nuestros cuerpos que casi podía empaquetarla, venderla y forrarme, porque era de calidad suprema. Y lo más sorprendente era que no lo conocía de nada, pero parecía saber cuál era la fórmula exacta para provocarme. Por primera vez estaba experimentando lo que era practicar sexo con las palabras, recibir una embestida tras otra, abriendo la mente y permitiendo que se metiera hasta el fondo.

Mi yo sensata y formal, que tanto me había trabajado durante los últimos años, había hecho la maleta deprisa y corriendo, y me saludaba a través de la ventanilla de un avión con destino a las Islas Vírgenes. La muy pécora se había dado por vencida, dejándome sola con el espíritu maligno del Jägermeister.

Y estaba claro que a esas alturas hablábamos el mismo idioma.

—¿Qué más te gusta de mí, Beck's? No te cortes, inspírame —dijo fijándose en mi escote con bastante poco disimulo.

—Me gustan tus labios —afirmé mirándolos con adoración y deseo.

Y es que su boca era sin duda el punto de partida del pecado y el final de este mismo, rodeada por esos labios carnosos que podían ser la delicia de cualquier mujer y completada por una sonrisa auténtica de las que paran corazones a mitad de un latido. Además, de ahí salían sus palabras, dardos que impactaban en mí sin piedad, haciendo que me replanteara si mi vida había sido plena antes de conocerlo.

—Eso sin probarlos. ¿Qué más? Me gusta mucho lo que dices sin filtros.

Me hubiera fijado en sus ojos y labios incluso sin haber hablado con él. Probablemente lo tercero hubiera sido su cuerpo, pero temía su reacción. Podíamos emprender un camino de no retorno, en el que, como él había dicho muy sabiamente, no llegaríamos ni al baño.

Ni falta que hacía.

—La elección es complicada, pero creo que me quedo con tu cuerpo.

—Mis ojos lanzan promesas implícitas, mis labios las materializan en palabras y mi cuerpo remata la jugada. Me gusta la hoja de ruta que has marcado —dijo acariciando mi mejilla con ternura.

¿Era yo o en aquel bar hacía un calor insoportable?

—Tus labios hacen más que eso; hacen que imagine cosas que no soy capaz de decir en voz alta sin sufrir una combustión espontánea.

Esperaba ver su sonrisa, pero no apareció.

En su lugar me dedicó una mirada abrasadora, una clara señal de que estaba a punto de abalanzarse sobre mí. Sus manos se posaron en mi cintura y no se movieron. Yo estaba desesperada por que diera el paso, porque era demasiado cobarde para cruzar la línea.

—Vamos a tener un problema si sigues por ahí —afirmé excitada.

—¿Quién ha dicho que sea un problema? Y, si lo es, tiene una solución bien fácil.

Recorrió la distancia entre mi cintura y mis caderas con calma. El calor que emanaban sus manos me calentó de pies a cabeza. En ese instante supe que, si me besaba, el asunto no acabaría ahí.

—Haciendo gala de mis filtros también ausentes —hizo una reverencia con la mano—, quiero decirte que algún día escribiré una canción sobre lo borracha que estabas cuando te besé por primera vez, y cómo fuiste incapaz de detenerme.

Memoricé la expresión lujuriosa de su cara para recrearme a solas en otro momento.

—Describiré el brillo de tu mirada mientras me voy acercando a tu boca. —Posó sus labios en los míos suavemente como probándome. Yo cerré los ojos para disfrutar aquel instante—. Será acústica y empezará con un solo de guitarra...

No terminó la frase.

Su boca fría y con sabor a cerveza se apoderó de la mía en un beso que comenzó lentamente, mientras nuestras lenguas se tanteaban, exploraban y finalmente se enredaban a cámara lenta. Entre giro y giro, nos descoordinamos, sonreímos con los ojos entreabiertos y nos dimos mordisquitos juguetones.

Su olor era delicioso, dulce y natural, con un ligero toque a loción de afeitar.

Pasados varios minutos, se bajó del taburete sin dejar de besarme y presionó entre mis piernas, dejando en evidencia su tensión. Agarró mi trasero haciendo que el beso cambiara de manera radical: se convirtió en algo exigente y apocalíptico; tórrido y provocador, como si el abismo fuera a abrirse bajo nuestros pies en cualquier momento; abrasador y salvaje, como si la meta de su vida fuera satisfacer cada célula de mi cuerpo; sin complejos y devastador, como si solo tuviera una oportunidad para demostrarme que nadie era capaz de hacerlo mejor que él.

Joder. Nadie lo sería después de aquello.

Apreté las piernas a su alrededor, incapaz de contenerme, y tiré de sus rizos con ambas manos tratando de dejarle bien claro que quería todavía más.

—Aquí tenéis las Beck's.

No quería que parase, pero lo hizo. Maldito fuera Joe.

Fue un beso memorable y explícito, de los que te entran ganas de arañarle la espalda con saña.

La gente iba al infierno por ese tipo de morreos.

«Que alguien busque mi autocontrol por el suelo», pensé completamente desarmada.

Nos miramos en silencio durante unos minutos tratando de recuperar el aliento y decidiendo sin palabras si debíamos continuar en otro sitio más discreto. Aunque en realidad a mí me importaba una mierda la intimidad: estaba deseando arrancarle la camiseta con los dientes.

—Creo que unos violines en el estribillo irán geniales, mientras grito desesperado que no voy a ser capaz de olvidar lo que acaba de pasar entre nosotros.

Nuestros cuerpos continuaban pegados. Él mantuvo sus manos en mis caderas y yo en su pecho. El corazón le latía rápido. Yo apenas podía respirar. Él era todo que veía y sentía, ajena al ruidoso pub que me rodeaba y a los ridículos bailecitos de mis amigas.

De pronto una sirena se encendió en mi interior. Sonaba por encima de la que me avisaba de que estaba muy cachonda, era la alarma de «hombre que trae problemas», con sus banderitas rojas y sus lucecitas intermitentes y todo. La ignoré. Estaba convencida de que estar con él me haría más bien que mal. Además, lo único que me estaba planteando era una noche loca con un tío tremendamente sexy que me acababa de demostrar que sabía besar como un dios. Nada que ver con el habitual morreo del desconocido borracho que a la primera de cambio te explora las amígdalas, te magrea el culo como si amasara pan y te retuerce los pezones como si buscara una emisora de radio.

—¿Por qué no cantas algo para mí? —lo reté.

—Porque a capela, en un bar y medio borracho, podría parecer un vendedor de helados. —Me guiñó un ojo con picardía—. ¿Quieres que tomemos algo en mi casa? Estaremos más tranquilos y puedo tocar algo sin joder mi reputación.

—No debería... no puedo —afirmé rotunda—. No tengo ni puta idea de dónde está mi hotel.

Se carcajeó ante mis tristes excusas.

De buenas a primeras, me dio la espalda, y vi cómo se encaminaba con decisión hacia mis amigas.

Sentí frío en cuanto se separó de mí. ¿Me podía permitir echarlo ya de menos?

Para cuando me quise dar cuenta, llevaba dos horas con él, y su acento no era lo

único que se me había pegado.

Gary habló con Ana, y ella le dio algo. En menos de un minuto, volvía a estar entre mis piernas.

—Solucionado. Best Western en Queensway. Yo te llevaré después. —Me mostró la tarjeta de mi hotel con una sonrisa traviesa e insolente—. Di que sí, Beck's.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunté con indignación fingida.

—Mi madre no me deja quedarme hasta tan tarde.

—No bromees, podrías ser un asesino... En plan Norman Bates.

—No digas chorradas —afirmó con fastidio—. ¿Cuál es el problema?

—Tengo por costumbre evitar ir a casa de desconocidos.

—Me parece perfecto, corren unos tiempos muy peligrosos y no te puedes fiar del primer tío que te lo ofrece. Pero puedes confiar en mí. Te prometo que solo seremos un par de amigos tomando unas cervezas tranquilamente, escuchando música relajados..., arrancándonos la ropa desesperados y haciéndolo en la encimera de la cocina. Nada más.

Lo miré flipada, negué con la cabeza y pensé que nadie toma decisiones acertadas en un bar a las tantas de la madrugada. Pero antes de que pudiera protestar me puso una mano en la boca.

—No digas que no tan rápido, querida. A lo mejor te gusta más mi plan B, que consiste en echarte sobre mi hombro y arrastrarte al callejón ahora mismo. Tú eliges.

Me retiró la mano de la boca y me estudió impaciente.

«Oh, Señor. La perversa que llevo dentro está deseando apuntarse a la bacanal».

—No me pongas esa carita. Es inútil que disimules, sé que quieres venir conmigo adonde sea, tanto como yo deseo que lo hagas. Una cerveza en mi casa para romper el hielo, un par de canciones y te llevo a tu hotel cuando quieras. Di que sí, por favor, dime que no me dejarás solo esta noche.

Asentí queriendo creer que había tomado una decisión, cuando en el fondo sabía que no había tenido elección. Hubiera hecho cualquier cosa con tal de estar cinco minutos más con él.

—¿Y si terminamos esta ronda antes de irnos? —sugerí con una sonrisa de oreja a oreja.

—De acuerdo. El comodín del plan B estará a tu disposición si decides que lo necesitas con urgencia.

Durante la siguiente hora continuamos charlando sobre bodas, canciones, conciertos, gallos... Y Gary consiguió que me doliera la cara de tanto reír, convirtiendo aquella noche en la más divertida e inolvidable de mi vida.

De vez en cuando me besaba y me acariciaba la cara, las manos, los brazos, el trasero, las piernas... Y yo hice lo propio con él; era incapaz de parar de tocarlo, como si lo conociera de toda la vida. Eran los prolegómenos más elaborados y largos de la historia. La anticipación me estaba matando, la cuerda estaba tan tensa que en cualquier momento se iba a romper y nos íbamos a dar de morros.

—Sospecho que no eres una actriz porno —dijo de repente, y sonrió de manera que se le marcaron los hoyuelos en la cara. A esas alturas de la noche había desarrollado una teoría acerca de sus hoyuelos: no estaba segura de si él era consciente de cuánto tenía que sonreír para que aparecieran, pero sí tenía muy claro que iban a acabar conmigo.

—No, soy estudiante, estoy en el último año de carrera.

—Eres más joven de lo que pensaba. ¿Veintitrés? —Entornó los ojos con curiosidad.

—No, veinticinco. Empecé la carrera y no me fue demasiado bien. Así que me largué a Alemania un par de años para continuar mejorando el idioma, volví a Bilbao y encaré segundo con otras fuerzas... ¿Y tú?

—Treinta y tres, con el síndrome de Peter Pan desde los ocho años. Pero, tranquila, no me meo en la cama desde los dieciocho.

—Hablando de hacer pis, tengo que ir al baño.

—¿Quieres que te acompañe? —Malinterpretó mi frase, y aunque su propuesta hizo que se me contrajeran todos los músculos, necesitaba un momento.

—Uhm, no, puedo hacerlo sola. Pero ¿me dejas bajar del taburete? —dije dándole unas palmaditas en el pecho.

—Claro, disculpa. —La decepción inundó su mirada, pero se apartó.

Me dirigí hacia los servicios. Mis amigas seguían bailando como posesas y tenían acorralados a unos cuantos tíos. Ana me miró con gesto serio y se acercó.

—¿No te ibas con Ricitos Sexys? Ha venido a pedirme la llave hace un rato. —Hizo un gesto juguetón con las cejas.

—Se ha ofrecido a acompañarme después, nada más.

—¡Qué ricura de indirecta! Pensábamos brindar por tu polvo de esta noche. Lástima. Creo que él lo está deseando.

Ambas nos giramos hacia Gary y ahí estaba él, tan tranquilo, con los codos apoyados en la barra y repasándome el trasero con esmero. Su sonrisa podría deshacer el Ártico en dos segundos.

—Míralo qué discreto, ¡se le van a salir los ojos! Ese tío es una tentación irresistible...

—Cállate, Ana —siseé con los dientes apretados, sabiendo que estaba perdida—.

No es una tentación, ¡es un maldito atajo hacia el pecado!

Mi amiga se echó a reír y asintió.

—¿Eres consciente de quién es? Me he dado cuenta cuando ha venido a pedirme la llave...

—No empieces tú también con el rollo de la estrella de rock. No necesito un empujón. Me iré con él, nos vemos en el hotel.

Tiró de mi escote hacia abajo, yo me lo volví a subir y le di un manotazo.

—¡Haznos un favor a todas y date un buen homenaje! Y si finalmente decides tirártelo en nuestra habitación, utiliza la contraseña.

—¿Pretendes que me ponga a cantar *La barbacoa* en pelotas?

—Deberíamos pensar en una contraseña mejor. Desde que dejaste al chorizo de tu ex, ya no tiene gracia. —Me dio una palmadita en el culo y se alejó moviendo las caderas de una manera bastante cómica.

Era mi mejor amiga, la quería, y, por suerte para ella, eso la mantenía a salvo todas las veces que me hacía desear matarla. Por mucho que fuera la voz de la razón y el ancla que en muchas ocasiones había evitado que mi vida fuera a la deriva, a veces también se convertía en el peso que me arrastraba hasta el fondo.

Cuando volví de los servicios, Gary estaba hablando con una tía y se reían; él mostraba un comportamiento cercano mientras ella lo miraba con expectación. El interés que podía generar en dos minutos era arrollador, yo lo sabía mejor que nadie. Me acerqué despacio y él enseguida se centró en mí dejando a la extraña con la palabra en la boca.

—¿Lista para tomar la última ronda en mi casa?

—Sí, vámonos.

De camino hacia la puerta me despedí de mis amigas con un escueto saludo.

—¡A por ella, tigre! —gritó Ana a mi espalda.

Todo el bar se rio, incluso algunos nos jalearon con comentarios subidos de tono.

—Oh, vámonos... —dije abochornada mientras tiraba de él hacia la puerta.

—¡El romance me llama! —gritó alzando el puño en señal de victoria.

Me precipité fuera sin mirar atrás. Planeé en dos segundos novecientas maneras de matar a mi querida mejor amiga sin dejar pruebas o arrastrar remordimientos.

Él salió poco después, todavía riéndose, tras haberse despedido de algunos amigos.

—Menuda artista está hecha tu amiga. Vivo aquí al lado. —Estrechó mi mano y nos adentramos en las frías calles de Londres.

—¿Quién era esa chica? —pregunté tratando de sonar desinteresada.

—Una fan.

Me reí de su comentario; me pareció de lo más gracioso que se hubiera encontrado en un pub con una supuesta seguidora de su también supuesto grupo.

Continuamos nuestro camino bromeando sobre sus fans, que, según él, se contaban por miles.

Me sentía algo mareada, así que el aire fresco de Londres me sentó de maravilla.

2

UNA VERSIÓN PORNO DE NARNIA

Abrí los ojos y una luz intensa me sacudió un tortazo en toda la cara.

Volví a cerrarlos. Me estiré bajo las sábanas.

Reconocí los síntomas y las lagunas mentales, tan profundas y oscuras como el lago Ness. No me cupo la menor duda: había vuelto a compartir otra noche loca con mi amigo, el primo alemán de Mick Jagger.

Tenía todo el cuerpo dolorido y una resaca monumental.

Me maldije por haberme pasado.

Me di la vuelta lentamente, hasta quedarme boca arriba, y abracé la almohada. Respiré despacio y profundamente para relajarme, llenando los pulmones con oxígeno una y otra vez, más o menos hasta que mi cerebro procesó el olor masculino a loción de afeitado que impregnaba la tela del almohadón.

Abrí los ojos de golpe.

Todos mis sentidos se pusieron en guardia. Una melodía suave de guitarra flotaba en el ambiente, pero no fui capaz de localizar la fuente. El olor a café que inundaba la estancia hizo que mi estómago revuelto protestara.

Me incorporé, y observé asustada que no estaba en el hotel.

Descubrí contrariada que estaba tumbada en la mitad de una cama de matrimonio extragrande, cubierta por un edredón blanco y sábanas grises, situada junto a una pared de ladrillos llena de discos de colores. A mi izquierda localicé la fuente de luz que me había despertado, un ventanal enorme con la persiana a medio subir. Miré a mi derecha y vi una barandilla; deduje que me encontraba en algo parecido a un balcón. Aquello tenía pinta de ser un ático. A los pies de la cama había una escalera de caracol.

Respiré hondo, ignorando como una jabata el pánico que estaba a punto de ganarme la batalla empujándome a gritar como una histérica. Comencé a atar los pocos cabos que tenía.

Conservaba algunas imágenes sueltas y borrosas de la noche anterior, escondidas

por el alcohol en lo más recóndito de mi cerebro, junto a la constitución francesa de 1958 y la campana de Gauss.

De pronto lo vi.

Su cara apareció entre varios fotogramas desenfocados: sus ojos azules, sus labios carnosos, su tacto, su sonrisa, sus manos, sus hoyuelos, su olor dulzón, su sabor...

Un momento. Me mordí los nudillos aterrorizada.

¿Por qué demonios recordaba su sabor? ¡Joder! ¿Me lo había comido? O peor aún, ¿me había acostado con él?

Me escondí debajo de las sábanas desconcertada, intentando organizar algún plan de huida. Saltar por la barandilla, un par de volteretas *ninjas* y derribar la puerta. El plan era perfecto, si no hubiera sido porque las posibilidades de acabar pateando la puerta equivocada eran muchas.

Pataleé agobiada y agité las sábanas, dejando mis piernas desnudas a la intemperie.

Las cosas estaban empeorando por momentos.

Completamente enloquecida ante la idea de estar desnuda en un lugar desconocido, me destapé. Llevaba puesta una camiseta negra con unas letras enormes que decían «EVERLASTING WOUND», las bragas y el sujetador.

Examiné de nuevo la habitación y me tranquilicé un pelín cuando vi mi ropa perfectamente doblada sobre una silla, y las botas en el suelo. Al menos, por una vez, mi yo borracha había sido ordenada y discreta, no había entrado por la puerta meneando las caderas como una loca al son de ...*Baby one more time*, de Britney Spears, mientras se arrancaba la ropa para después lanzarla de cualquier manera por toda la casa.

Volví a cubrirme la cabeza como si fuera un fantasma. Me tiré en la cama boca arriba mortificada, rebosando vergüenza y ansiedad por todos los poros de mi piel. Estaba tan pasada de rosca que ni siquiera presté atención al silencio que invadió la estancia.

No sé cuántos minutos después escuché unos pies descalzos subiendo por las escaleras del fondo. Como mujer valiente que era, seguí escondida en mi fortín de sábanas, sin otra opción a mi alcance que hacerme la muerta y pasar desapercibida.

A los pocos segundos, la cama se hundió bajo su peso. Contuve el aliento mientras notaba cómo avanzaba hasta detenerse a mi lado.

Retiró la sábana con suavidad haciendo que la luz volviera a darme en toda la cara.

Lo primero que vi fueron sus ojos azules y lo segundo, su boca, adornada con una sonrisa tímida pero alucinante. Sus rizos estaban mojados y revueltos, dibujando ondas perfectas que se movían en todos los sentidos alrededor de su cara; su torso brillaba por la humedad de la ducha. Llevaba una toalla naranja anudada a la cintura.

Y NADA MÁS.

De pronto Londres se había convertido en el Olimpo y yo, en una versión resacosa, pero igualmente viciosa, de Afrodita.

Me froté los ojos con pereza fingida y durante unos minutos me permití el lujo de estudiar su cuerpo semidesnudo. Estaba bien cuidado y esculpido al detalle, dejando en evidencia que hacía ejercicio. Tenía los hombros anchos, la cintura estrecha, el pecho sólido y sutilmente salpicado de vello, fuertes brazos, abdominales bien marcados... Y yo, un calor horrible que me abrasaba las entrañas.

Por Dios.

Me obligué a dejar de mirar embobada su tableta centrándome en su cara sin saber muy bien qué hacer o decir, disfrutando de la hermosa visión que eran sus labios carnosos, y conteniendo a duras penas la irrefrenable necesidad de mordérselos.

Hice un esfuerzo sobrehumano, abandoné su boca para recorrer su cara en sentido ascendente hacia sus ojos. Cosa que me hizo darme cuenta de que él esperaba una respuesta y que yo no había escuchado una mierda.

—Pareces fascinada —dijo muerto de risa.

Su voz aterciopelada y profunda funcionó como un viento repentino que hizo que la niebla en mi mente empezara a disiparse, provocando un goteo débil pero incesante de recuerdos.

Y qué recuerdos. Sutiles pero ardientes.

El sofoco se apoderó de mi cara sin contemplaciones. Estrujé las sábanas entre los dedos mientras él me dedicaba una sonrisa cómplice.

—Te decía que tu móvil está venga a vibrar abajo. —Me retiró un mechón de pelo de la mejilla mientras yo empezaba a hiperventilar.

No tenía ni puñetera idea de dónde se había escondido la Rebeka traviesa de la noche anterior, pero sospechaba que todavía no había vuelto a casa. Justo cuando más la necesitaba.

Siguió mirándome a los ojos durante unos minutos, como dándome la oportunidad de decir algo, pero no era capaz de encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo le preguntas a semejante ejemplar semidesnudo cómo se llama y si te lo has tirado sin quedar mal?

No recordar su nombre no me dejaba en muy buen lugar. No, señor.

Por no hablar del otro tema en el que ni siquiera me atrevía a pensar.

Él, ajeno a mi amnesia transitoria, recorrió suavemente mi brazo con sus dedos. Me limité a observarlo en silencio y desear que siguiera acariciándome. Pero aquel día la suerte no estaba de mi lado: se detuvo, cogió mi mano temblorosa entre las

suyas y me miró a los ojos.

—Soy Gary. La estrella del rock de anoche. —Sonrió divertido mientras me estrechaba la mano con cordialidad.

Gary. Yo conocía a ese tío. Me había besado, y de qué manera.

Pese a todas las dudas que me estaban volviendo loca y todas las palabras que no era capaz de pronunciar, algo me decía que no había sucedido nada de lo que tuviera que arrepentirme, pero, claro, ¿cuál era la línea divisoria entre lo bueno y lo malo según mi perjudicado cerebro?

—Podemos seguir en mi cama todo el tiempo que quieras, pero creo que deberías llamar a tu amiga Ana. No me he atrevido a coger tu teléfono cuando ha llamado y no quería despertarte, pero le he mandado un mensaje diciéndole que estás conmigo para que no se preocupe. Me da miedo que llame a Scotland Yard.

—*Egunon* —fue lo único que acerté a decir con voz de señor maligno en una psicofonía.

Estiré los brazos por encima de la cabeza, intentando asegurarme de que todas las articulaciones seguían funcionando por debajo del entumecimiento. Su mirada quedó suspendida sobre el trocito de piel de mi abdomen que asomó por debajo de la camiseta. Su dedo salió disparado para acariciar mi piel con sutileza. Observé sus movimientos embelesada. Se mostró dubitativo durante unos segundos, hasta que alzó su mirada lentamente hasta mis labios y retiró el dedo. Me miró de una manera que me hizo sentir la mujer más hermosa y deseable del planeta.

Mi corazón dio un acelerón brusco antes de pararse en seco a la espera de saber qué era lo que iba a suceder a continuación.

Siempre había deseado que un tío me mirara con tanto deseo, pero no contaba con que yo me quedaría bloqueada como una idiota. Estaba morbosamente fascinada.

Se acercó lentamente, deslizó sus dedos desde mi cuello hasta mi mandíbula, y me acarició el labio inferior. Sin más preámbulos, posó su boca en la mía. Su lengua rozó mis labios con ternura, provocándome una sensación familiar, su mano se perdió por debajo del dobladillo de mi camiseta, haciéndome temblar. Más imágenes de la noche anterior comenzaron a rondar mi cabeza, provocando que mi corazón se desbocara. Gary, porque así se llamaba el propietario de los abdominales más sexys que había visto jamás, profundizó más en el beso, casi como si necesitara mi boca para poder respirar. Yo inhalé agitadamente; mis manos cobraron vida propia y se enredaron en su pelo húmedo.

El tacto de aquellos rizos me hizo sentir de nuevo humana, no un despojo resacoso con voz de camionero. Por primera vez en toda mi puñetera vida mis

necesidades pasaron a estar muy claras y bien definidas: toquetearle los abdominales y quitarle la toalla.

Fuera lo que fuese lo que había sucedido la noche anterior, no tenía de qué arrepentirme. Mi cuerpo estaba reaccionando a sus caricias con ganas de más. Me sentía segura y tranquila, todo lo tranquila que te puedes sentir cuando un tío así te acorrala en su cama.

Siguió besándome con fiereza durante unos minutos más, hasta que rompió nuestra conexión posando su frente contra la mía con la respiración entrecortada.

Carraspeé intentando averiguar si mi voz por fin estaba lista para sonar normal.

—Estás mojado —dije excesivamente entusiasmada con la idea.

Alzó una ceja y se carcajeó ante mi impecable verborrea mañanera carente de filtros. Deseé hacerme un bonito bordado en la boca, que me pusiera a tono tan fácil y que mi boca no fuera capaz de guardarme el secreto era un pelín bochornoso.

—He oído una guitarra. —Cambié de tema con una maestría envidiable.

Posó una mano en mi cadera y trazó varios círculos con el pulgar. Sonrió orgulloso.

—Las estrellas del rock componemos en cualquier momento. Despertarme a tu lado me ha inspirado un par de canciones bastante sugerentes. He escrito sobre el amanecer que se cuele por la ventana sin permiso y acaba con una noche de pasión inolvidable. —Cerró los ojos concentrado y continuó en voz baja—: La luz del sol se pasea por las piernas desnudas de la chica que duerme a mi lado, enredada entre mis sabanas, con su pelo esparcido por mi almohada... Y yo, desvelado y muerto de envidia, lucho contra la necesidad de acariciarla con mis dedos tal como hacen los rayos de sol. Le susurro algo dulce, le digo que le voy a escribir una canción, pero ella no se da cuenta. No quiero despertarla, pero deseo hacerlo con todas mis fuerzas para dejar de estar solo, para poder hacerla reír y ver su sonrisa, para que sus manos se posen en mi pecho mientras la beso... Pero tampoco quiero dejar de mirarla mientras duerme, y sonrío, porque no hay nada que me impida disfrutar de cada minuto a su lado mientras siga abrazada a Morfeo. La luz continúa su camino explorando el terreno que quiero que me pertenezca, cada recta y cada curva, hasta llegar a su trasero, que la camiseta que lleva justamente alcanza a tapar...

Me quedé boquiabierta. Era demasiado temprano para seguirle el juego.

—Si me hubiera despertado un poco antes podría haber llenado el cuaderno que guardo en la mesilla... —Negó con la cabeza con incredulidad—. Por cierto, la camiseta que llevas es de mi grupo.

Miré la prenda y volví a leer lo que ponía: «Everlasting Wound». Herida Eterna.

Un nombre inquietante para un grupo. No me sonaba de nada, así que muy famosos no debían de ser.

—¿Se puede saber cómo he acabado con una camiseta de tu grupo?

Me dedicó una mirada penetrante; yo me limité a contemplar sus labios mientras dejaban escapar un suspiro.

—Anoche, cuando llegamos aquí, tomamos unas cervezas, una cosa nos llevó a la otra... Acabé tocando una canción para ti. Enloqueciste con mi voz, me pediste que firmara autógrafos por todo tu cuerpo y te la regalé.

Me sonrojé a la vez que le daba un manotazo en el brazo. En su cara se dibujó una sonrisilla traviesa.

—Tranquila. Por desgracia, mi música te resultó tan soporífera que te quedaste dormida en el sofá. Así que te cogí en brazos para subirte aquí, te cambié de ropa para que estuvieras cómoda y te metí en la cama a mi lado. Estabas helada.

Eso explicaba muchas cosas, pero no todo.

—Muy caballeroso por tu parte...

—Te juro que no miré: te concedí el beneficio de la oscuridad. Todavía no sé cómo mantuve la calma mientras notaba entre mis dedos el delicioso encaje negro de tu sujetador. —Volvió a sonreír con malicia—. Son cosas que pasan una vez en la vida. No te acostumbres, la próxima vez miraré y algo más. No pongas esa cara de sorpresa, habrá una próxima vez; solo espero que la borrachera no vuelva a impedirte quitarte la ropa tú misma. —Me guiñó un ojo—. Hoy es uno de esos escasos días en los que la madre naturaleza se ha desmadrado permitiéndole brillar al sol en Londres, deberíamos aprovecharlo. ¿Quieres pasar el día conmigo? Puedo hacer que sea más interesante que seguir con la despedida. O al menos puedo intentarlo.

Era domingo, las chicas iban a visitar Buckingham Palace, después el museo de Madame Tussauds y por la noche teníamos planeada una cena en el Hard Rock Café. Nuestro vuelo salía el lunes al mediodía, de manera que decidí repartir mi tiempo entre la despedida y Gary. Podría unirme a las chicas a la hora de cenar y disfrutar del día soleado con él. ¿Quién en su sano juicio no lo haría?

—Está bien, pero tengo que pasar por mi hotel a cambiarme de ropa.

—Genial. —Su sonrisa era sincera, y sus hoyuelos hicieron acto de presencia—. Puedes usar la ducha, está abajo. Hay café hecho. No soy un cocinero experimentado, pero creo que me las apañaré para prepararte algo para desayunar sin sufrir heridas graves.

Se levantó de la cama, regalándome un primer plano inolvidable de su torso desnudo, con la maldita toalla colgando de sus caderas, de una manera desenfadada

pero demasiado provocativa. El pudor no era una de sus virtudes, y quise aplaudirle por ello.

El movimiento de su cuerpo mientras caminaba hacia las escaleras me dejó bien claro que no nos habíamos acostado. Porque ni mil litros de Jägermeister podrían borrar el recuerdo de ese cuerpazo moviéndose sobre el mío.

Unos cinco minutos después de que se fuera, me levanté de la cama, recogí la ropa y bajé.

Observé desde la escalera casi toda la estancia; era un ático pequeño, una guarida de soltero con una decoración masculina y ecléctica. En el centro de la habitación había un sofá rojo demasiado grande, a un lado, una cocina con barra americana demasiado pequeña, y al otro lado, un par de puertas. Las paredes, así como en el dormitorio, eran de ladrillo y estaban cubiertas de discos y pósteres, sin orden ni concierto.

Gary estaba de espaldas a mí trajinando en la cocina. Cuando notó mi presencia, se giró y apoyó las caderas en el mueble. Su mirada azul atravesó mis ojos y corrió por mi columna hacia mi entrepierna, sin previo aviso. Sus manos se agarraron a la encimera mientras se mordía el labio inferior pensativo. Supe con una claridad pasmosa lo que estaba pasando por su cabeza, porque era exactamente lo mismo que pasaba por la mía. En ese instante tuve una epifanía: si seguía mirándome así, no iba a ser capaz de coger el avión del lunes. Jamás abandonaría el Reino Unido.

Bajé la mirada centrándome en coger del sofá mi bolso, que contenía un kit de supervivencia compuesto por un lápiz de ojos negro, cinta adhesiva, pilas, tampones, un metro y un pintalabios rojo cereza. Con timidez y estirando la camiseta para que no me viera el culo, me dirigí a toda prisa al baño.

—Bonito trasero —me dijo con voz ronca.

Gracias al cielo, había elegido la puerta adecuada. La cerré y me apoyé en ella dejándome caer al suelo. Todo lo que sujetaba entre las manos se me escurrió.

Apenas lo conocía, pero ya estaba segura de que era lo más intenso que experimentaría en toda mi vida. Gary era alto voltaje sin pretenderlo y yo estaba encantada de freírme.

Lo ideal hubiera sido tomarme un ratito para tener una conversación a solas con mi yo sensata y discutir hasta dónde queríamos llegar, pero me levanté de un salto del suelo, decidida a disfrutar del momento sin comerme la cabeza más de la cuenta. Me tambaleé un poco. Definitivamente, tenía menos resaca de la que me merecía: al final iba a ser verdad que el Jägermeister era digestivo.

Me acerqué al lavabo para dejar mis cosas. La imagen que me devolvió el espejo dejaba en evidencia que necesitaba urgentemente algo para desmaquillarme; tenía

pegotes de máscara de ojos por toda la cara, manchas de maquillaje y restos de pintalabios. Me pasé los dedos por el párpado inferior. Me entró la risa floja.

Abrí el armario con la intención de buscar cualquier cosa que pudiera utilizar como desmaquillante improvisado, pero me quedé pasmada observando el contenido religiosamente ordenado. Las dos primeras baldas contenían toallas. Cogí dos de color naranja rindiendo un claro homenaje a la que tapaba su trasero. En la tercera y cuarta balda, había un montón de productos de higiene masculina. Cogí una crema facial y un poco de algodón de un botecito de cristal.

El contenido de las baldas quinta y sexta me dejó a cuadros.

A través de aquel maldito armario se cruzaba a una versión porno de Narnia.

Hice un cálculo rápido; si en cada estante había unas veinte cajas, con veinticuatro unidades en cada una... Me rasqué la barbilla desconcertada. Que alguien guardara semejante arsenal de condones en casa me pareció de lo más optimista. O pretencioso.

Cerré el armario, todavía alucinada por mi descubrimiento y sin poder asimilar tanta variedad de tamaños, sabores, formas, colores...

Me desmaquillé de aquella manera, me quité la ropa y me metí en la ducha.

Después de un rato bajo el agua fría para espabilarme del todo, me lavé el pelo con lo primero que pillé y me embadurné el cuerpo con un jabón de coco. Salí, me envolví en una de las toallas naranjas y me sequé el pelo con la otra. Olían a él, a esa maravillosa mezcla explosiva que sobrecargaba mi libido. Ignoré el tufillo a cigarrillos y a humanidad mientras me ponía la ropa del día anterior, me peiné con los dedos y dejé que mi pelo cayera a ambos lados de mi cara.

Cuando salí del baño él estaba sentado en la barra de la cocina, con el desayuno preparado; café, zumo verde y tostadas un poco chamuscadas. Me senté a su lado.

—Está claro que nuestro sitio está en una barra —dijo sonriendo—. ¿Café?

Asentí con timidez mientras él me servía una taza. Le eché un par de terrones de azúcar, lo mareé un poco y me lo tomé de un trago.

—Con todo lo que bebí ayer, no me explico la sed que tengo hoy. ¡Jamás volveré a emborracharme! —prometí de manera dramática.

—Ahí tienes ibuprofeno —dijo señalando una caja que descansaba sobre la encimera—, pero come algo antes, confía en mí: sé mucho del tema. Si crees que necesitas algo más fuerte, podemos pasar por una farmacia.

Parecía preocupado, convirtiendo esa ocasión en la primera que un tío cuidaba de mí. Una sensación desconocida pero muy agradable me llenó el pecho de ilusión.

—Debo decir que estás muy guapa cuando no pareces un oso panda.

—Gracias. —Me miré las manos intentando disimular que me había sonrojado

hasta el nacimiento del pelo—. Por cierto, he tenido que asaltar tu armario para desmaquillarme.

Esperaba alguna respuesta juguetona por su parte, pero su expresión no varió un ápice. Se limitó a mirarme con inocencia.

—Estás en tu casa.

Tal vez en Inglaterra fuera una tradición tener un «polvorín» en casa y yo era una inculta mal pensada. «*Keep calm and fuck safely*»; al gobierno del Reino Unido le iba a encantar y a la Reina, ni te cuento.

—¿Cuál es el plan? —pregunté cambiando de tema.

—Coger el metro, acercarnos a tu hotel y después a Hyde Park. Me voy a vestir mientras desayunas.

Se levantó y se dirigió hacia las escaleras; había algo hipnótico en el movimiento de su cuerpo, casi mágico. Me despedí apesadumbrada de la toalla que cubría su trasero.

Aproveché su ausencia para deambular por el salón; curioseé los cuadros y pósteres que colgaban de la pared mientras le daba mordiscos a una tostada. Había discos de platino y oro de diferentes países con el nombre del grupo de la camiseta con la que había dormido, Everlasting Wound. Así como carteles de varios conciertos en los que habían sido el grupo principal: Londres, Berlín, Belfast, Roma... Sobre la mesita que había frente al sofá había un recipiente de cristal enorme lleno de pases de conciertos.

De pronto oí que estaba canturreando algo en el piso de arriba, me acerqué a la escalera y escuché atentamente. Era una canción que me sonaba mucho, la típica que escuchas en la radio una y otra vez, te aprendes la letra, no tienes ni idea de qué grupo es, pero te encanta. ¡Y bam! Un día te enrollas con un tío y resulta que es suya. Vamos, lo típico.

En cuanto tuviera acceso a Internet tenía que investigar sobre Gary y su supuesta banda. Al final iba a ser verdad que era una estrella del rock, y yo una *feliciana* ignorante.

3

ERES UN PULPO

Cuando salimos del portal, la gran plaza de Covent Garden estaba iluminada por un sol radiante, aunque hacía un poquito de frío. Cientos de londinenses salían y entraban del mercado, pero yo, en mi eterna felicidad, no tenía ni puñetera idea de que estábamos en esa zona de Londres.

Gary se puso unas gafas de sol, cosa que me hizo preguntarme si trataba de esconderse del sol o de la gente.

—No esperabas estar en Covent Garden —afirmó.

—No, para nada. ¿Tanto anduvimos anoche? —No recordaba el trayecto desde el pub hasta su casa, pero tampoco recordaba todo lo que había pasado entre nosotros.

—Mira, ahí está el pub de Joe. —Señaló hacia un edificio cerca de donde estábamos.

De pronto, su móvil comenzó a sonar en su bolsillo, se detuvo para contestar. Yo me distraje admirando la plaza y el edificio del mercado.

—Hola. No, no, no, me pillas bien, dime. Rebecka ha pasado la noche en casa —dijo girándose para dedicarme una mirada pícara. Arrugué el ceño extrañada. ¿Con quién demonios estaba hablando sobre mí?—. Sí, la chica de anoche. ¿A las ocho en el local? Vale, ahí estaré. Nos vemos.

Colgó y volvió a meterse el móvil en el bolsillo. Suspiró asqueado.

—Esta noche tenemos ensayo, pensaba que lo haríamos mañana. Vamos a publicar un disco en otoño y Josh no perdona.

—¿Quién es Josh?

—Si ayer hubieras estado en mejores condiciones, te lo habría presentado; estaba en el pub. Es el guitarrista de mi grupo y el encargado de coordinar todo el tinglado junto a nuestro mánager. Todo debe estar a punto para que podamos irnos de gira a Estados Unidos, yo soy un desastre.

—¿Estados Unidos? —pregunté pasmada—. ¿Os vais de gira a América del

Norte? ¿Al otro lado del charco?

Tenía que tomarme un ratito para investigar sobre su banda urgentemente. ¿Dónde había un Starbucks cuando hacía falta tener wifi?

—Exacto, gracias por explicarme por dónde cae. Nos ha salido la oportunidad de ser teloneros de un grupo bastante famoso. Dar el salto al otro lado del Atlántico es un paso importante para nosotros. Pero tal vez no lo entiendas sin verlo... ¿Te gustaría venir al ensayo conmigo? —preguntó ilusionado.

Asentí como una loca, y comenzamos a caminar de nuevo.

—Te dije que no soy una actriz porno, ¿verdad?

—Sí, lo hiciste. No toques el tema de nuevo. Sigo decepcionado.

Las chicas seguían en coma en el hotel, así que no las desperté, me limité a dejarle una nota pegada en la frente a Ana para que supiera cuáles eran mis planes. Esperaba que no se moviera mucho en la cama y acabara comiéndosela como hizo en otra ocasión.

Me cambié de ropa y me cepillé los dientes.

Cuando volví a la recepción, me lo encontré sentado en los sofás tomando notas en su libreta. Me acerqué sigilosamente a su espalda y apoyé mis manos en sus anchos hombros. Mi nombre, Rebeka, y no Beck's, estaba escrito en varias partes de la página, rodeado de un montón de versos de tres o cuatro líneas.

—¿Alguna gran canción?

Cerró el cuaderno de golpe sin permitirme leer nada más.

—Estaba pensando en qué tipo de locuras haría si no volvieras a bajar de la habitación. La fuerza que me da el deseo para salir de la oscuridad, mirar tu cara..., ese tipo de cosas. —Se giró en el sofá y rozó nuestros labios—. Creo que tenerte cerca me inspira a cada instante. Londres nos espera, ¿vamos?

Hasta aquel día había vivido ajena al hecho de que compartía el mundo con hombres así, de los que utilizan el romanticismo como arma arrojadiza, siempre dispuestos a dejarte patas arriba hiperventilando. No tenía reparo en expresar cómo se sentía, algo nuevo para mí, y tampoco parecía estar borracho. Otra novedad.

La raza humana no estaba perdida. Yo sí.

Mi corazón seguía dando volteretas triples en mi pecho mientras caminábamos de vuelta al metro cogidos de la mano. El vagón estaba tan atestado de gente que solo quedaba un asiento libre, así que Gary se sentó y, cogiéndome por la cintura, me colocó en su regazo. Una chica no nos quitaba el ojo de encima, parecía fascinada.

Pocos minutos después estábamos caminando por Hyde Park. Había mucha gente

paseando, corriendo, jugando en la hierba... Gary me guio hacia un árbol un poco apartado del camino. Se sentó en la hierba, recostándose contra un árbol, y abrió las piernas para que yo me acomodase contra él. Cosa que hice encantada, apoyando mi cabeza en su pecho. Tal y cómo nos comportábamos, nadie hubiera acertado que nos habíamos conocido la noche anterior.

Se quitó las gafas de sol y las tiró a nuestro lado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije mientras perseguía con la mirada las nubes que se movían por el cielo.

—Prueba, ya veremos si obtienes respuesta. —Se cachondeó.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Esa es fácil: no. Vine hace unos quince años, cuando acabé el instituto y empecé la carrera en la universidad de Londres. En realidad, aquí donde me ves, soy norirlandés, nací en Belfast. Viví allí hasta los ocho años, cuando mis padres tuvieron que mudarse a Southampton por trabajo. Pero siempre hemos sido una familia con fuertes raíces irlandesas: mi padre nació en Derry, en una gran familia tradicional de trece hermanos, mi madre, en cambio, es escocesa, aunque creció en una casita cerca de Belfast. Mis padres siempre decían que tarde o temprano volveríamos a casa, pero no es tan fácil dejarlo todo...

—¿Norirlandés? Jamás lo hubiera adivinado. Sinceramente, pensaba que eras inglés...

—El hecho de que seas de Bilbao no ayuda a que puedas reconocer mi acento de la Irlanda del Norte rural, ni el hecho de que no sea pelirrojo.

—Está claro que a mí el acento me delata bastante más fácil que a ti.

—Tu acento es normal, el inglés no es tu idioma materno, pero en el caso de los norirlandeses sí que lo es, y, según dicen, parece que cantamos al hablar.

—Vaya, así que juegas con ventaja. —Le tomé el pelo.

—Solo un poco. Por desgracia llevo muchos años lejos de Belfast... y el acento de Londres se pega como la gripe.

Me quedé pensativa durante unos minutos.

—Tengo otra pregunta.

—Dispara, querida.

—¿Cómo acabaste teniendo un grupo?

—¿Esta entrevista es para la revista *Rolling Stone*? —bromeó—. Es largo de contar, deberías tomar notas.

—No tengo prisa. Conociéndote, seguro que no me das una versión edulcorada y apta para todos los públicos, así que será mejor que no tome notas. No conviene que haya pruebas.

—No suelo tener reparos en contar cómo fue, pero es posible que haya omitido algunos detalles. Es difícil de explicar, pero es el rock quien te elige, ni siquiera hay un porqué. Te dejas llevar, incapaz de controlar ese sentimiento intangible y primario que sale de tu interior, que te pide a gritos que hagas ruido, aunque nadie te vaya a escuchar ni vayas a cobrar un penique por hacerlo. Te acabas convirtiendo en un ser rebelde, descarado..., y tu obligación es hacer todas las travesuras posibles, porque puedes, es la vida que te ha tocado llevar. Pero eso no quita para que haya muchas cosas que no quieres que sepa tu madre...

—Me hago una idea, sí —dije de manera crítica; lo entendía mejor que nadie. Hay algunos secretos que se los ocultas al mundo, pero también a ti misma, más o menos hasta que consigues que parezca que no sucedió—. Venga, cuéntame más, tengo mucha curiosidad.

—Como ya te he dicho, me vine a estudiar Historia, y como todo estudiante que se precie, me dediqué a salir de juerga siempre que podía. Una noche fui con unos amigos a una fiesta de la facultad en la que estuvimos viendo a un grupo que versionaba grandes éxitos del rock. Después del concierto y unas doscientas cervezas, mi amigo Keith y yo nos enzarzamos en una discusión con ellos, sobre que versionar clásicos del rock está chupado. Éramos unos gallitos, así que acabamos metidos en una apuesta bastante estúpida, de esas que empiezan con un «no hay huevos» y te acabas jugando las llaves del coche o a tu chica.

—¿En serio que estudiaste Historia? —pregunté ignorando el resto.

—Sí, tengo una licenciatura, era un empollón. ¿Decepcionada?

Me giré para mirarlo y negué con la cabeza.

—Más bien sorprendida; no pensaba que hubieras tenido tiempo de sacarte una carrera y fundar un grupo.

—En realidad, nunca llegué a saber lo que quería ser de mayor —sonrió con hoyuelos—, no era un chaval preocupado por el futuro. Así que elegí Historia porque me pareció que sería una carrera entretenida: batallas y guerras llenas de sangre, giros inesperados con finales felices, invasiones, sexo, infidelidades... Como *Juego de tronos*, pero de verdad —afirmó de cachondeo.

Volví a recostarme en su pecho. Dudaba mucho de que su elección hubiera sido tan casual.

—Eso es como decir que estudiaste Arquitectura porque de pequeño te gustaba jugar con el Lego.

—Exacto —dijo muerto de risa—, es como elegir Química porque te gustan las drogas.

—No dejas de sorprenderme. Pero continúa, por favor.

—Después de haber sentado las bases de la apuesta, acabamos subidos en el escenario versionando *Still loving you*, de Scorpions, sin calentar y sin tener ni puta idea de lo que estábamos haciendo. Josh tocó la guitarra, Keith el bajo, Amy la batería y yo canté mientras tocaba la guitarra. Amy era la novia de Keith y una habitual en las juergas de la facultad.

—No está nada mal que fuerais capaces de tocar sin haber ensayado. Yo nunca he tocado un instrumento; la flauta dulce del colegio no cuenta.

—Nadie ha dicho que sonara bien. —Se carcajeó—. De hecho, creo que el único que se sabía la canción entera era Josh. El resto nos limitamos a dar pena.

—¿A Josh de qué lo conocías?

—Lo conocí en un campeonato de fútbol de la facultad, igual que a Keith. Además, éramos compañeros en algunas asignaturas. Pero hacer el ridículo juntos nos unió. Además, contra todo pronóstico, acabamos ganando la apuesta. El público estaba más pasado de rosca que nosotros y les pareció la mejor actuación de la historia. Pagué las consecuencias durante las siguientes cuatro semanas. La tesitura de mi voz no es tan aguda, ni sabía cómo cantar, así que me dediqué a gritar como un energúmeno y me quedé afónico.

—¿Qué ganasteis?

—Todo el equipo, los *amplis*, instrumentos... y la furgoneta. Amy y Keith se largaron poco después a vivir a Edimburgo con la *furgo*. Él era un escocés loco con bastante poco respeto hacia su propia vida: hacía explotar cosas, volar objetos, y se pegaba con el primero que se le ponía delante. Amy lo calmaba con su rollo zen. Así que se fugaron por... Bueno, eso es otra historia. La cuestión es que, de no haberse ido, hoy serían miembros de Everlasting Wound.

—¡Entonces todo salió perfecto! Encima triunfó el amor. —Me giré para dedicarle una sonrisa.

—No te creas. Un tío le guiñó el ojo a Amy, Keith le tiró el bajo a la cabeza por capullo y pocos segundos después, se armó una batalla campal. Josh se rompió el tobillo después de una patada voladora mal calculada, se abrió una ceja y le dieron cuatro puntos. Con veinte años era un tío divertido y con poco sentido del ridículo.

Lo miré con suspicacia mientras me invadía una desagradable sensación. La manera en la que hablaba de su compañero escondía algo. Pero no me atreví a preguntar.

—Acabó escayolado y remendado. Hay gente que aprende las lecciones.

Con Josh nunca se sabe. La cuestión es que presenté a un concurso radiofónico en Londres todas las canciones sensibleras que compuse durante la época que vivía en Southampton. Pocos días después de la fiesta en la que habíamos tocado juntos,

me enteré de que había ganado, pero no tenía grupo. No podía dejar pasar la oportunidad de grabar una maqueta; lo habría hecho de cualquier forma, aunque mi madre hubiera tenido que tocar la batería. Así que hablé con Josh, pusimos varios anuncios en la universidad y acabamos fichando a Chris y Sean. Grabamos las seis canciones que componen *Below the belt* con todo el material que conservaba.

—Lo dices como si fuera algo malo —puntualicé sorprendida.

—Lo es. Aunque pueda parecer mentira, siempre me ha costado ponerme delante de un micro y cantar. Me daba pavor. No tuve otro remedio que ir al estudio después de haberme corrido una buena juerga; arrastré a los demás y el resultado fue en consecuencia.

—Me muero por saber cómo lo superaste, porque hoy en día nadie diría que eres el tipo de tío que se acojona exponiéndose...

—No quieres saberlo... —Carraspeó.

—Oh, venga...

—Cogí algunos atajos, nada más —afirmó incómodo—: Como te iba diciendo, grabamos el EP borrachos, Josh escayolado, yo casi sin voz y Sean todavía aprendiendo a tocar el bajo... El único decente fue Chris, pero, vamos, no es que golpear una batería tenga mucho misterio. Gracias a Dios, hay mucha gente que no nos relaciona con *Below the belt*. No hay nada en esta vida que me avergüence más que esa maqueta.

—¿Y cómo es eso?

—«Los osos amorosos» estaba cogido, así que al principio nos llamábamos «Toilet boys» —dijo entre risas—. Nos creíamos los nuevos Sex Pistols, o yo qué sé. En cuanto empezamos a dar conciertos el nombre fue un problema; la gente pensaba que éramos un grupo de punk setentero, y cuando descubrían la verdad, un rock alternativo bastante suave, los abucheos eran brutales. Imagínate que una vez acabamos dando un concierto para un solo asistente... Visto el panorama, decidimos cambiarlo, y así nació Everlasting Wound.

—Es curioso que eligierais ese nombre... Es como muy... doloroso y poco comercial.

—Es realista. El amor es veneno en estado puro. Las heridas que nos provoca son tan profundas que llegan hasta el hueso. Nunca cicatrizan del todo, nos dejan marcados para siempre. Y todos nuestros actos son consecuencia de las heridas que tenemos, y, para colmo, cantar sobre ello aviva el dolor. Fui todo un visionario cuando se me ocurrió el nombre. —Comenzó a acariciar mi pelo con suavidad—. Es de las pocas cosas en las que he acertado.

—No seas tan pesimista, ¡mira hasta dónde habéis llegado! ¿No? —pregunté,

todavía dudando sobre la envergadura real del grupo.

—No fue de la noche a la mañana, querida. Escalar la cima es un proceso largo y tedioso; después de grabar el EP, nos fichó una discográfica de cierto nivel, pero no hacían una mierda por nosotros, nos lo teníamos que currar todo. Josh peleó a muerte para mantenernos a flote. Grabamos dos discos más, bastante mediocres, y dimos muchos conciertos. Tocábamos en un antro y nos íbamos al siguiente, pero no avanzábamos porque apenas teníamos éxito. No éramos profesionales, además, en esa época a mí solo me preocupaba tener pasta para pagar el alquiler y no tener que volver a Southampton con mis padres. Estuvimos a punto de tirar la toalla muchas veces. Compuse la canción de mi ex poco antes de grabar el tercer LP, más o menos en lo que tardas en beberte un par de chupitos de Jäger; la vomité, me la saqué de la cabeza a golpes... Josh insistió en incluirla y todo explotó. Un año después estábamos tocando en un estadio, en la puta cima. A partir de entonces, fichamos a un buen mánager, aunque Josh continuó vigilando la parte administrativa. A mí solo se me da bien escribir canciones: soy el típico caballo que solo sabe hacer un truco. Si fuera por mí, nunca habiéramos dejado de ser un puñado de idiotas borrachos subidos al escenario aporreando instrumentos. —Hizo una pausa y suspiró—. Pero dejemos al rockero en paz un rato: puedes leer todo lo que quieras sobre mí en la Wikipedia. Quiero que me hables de ti. Apenas sé nada aparte de que duermes boca abajo. —La risa hizo que su cuerpo se sacudiera debajo del mío.

—Vivo con Ana en el centro de Bilbao; el piso es de sus padres, que se hacen cargo de los gastos. Básicamente solo tenemos que estudiar. Es una gozada estar tan cerca de las facultades. Mis padres viven en la costa, a más de media hora de la ciudad.

—¿Sois amigas desde pequeñas? Tenéis pinta de ser las típicas tías que lo hacen todo juntas desde la guardería.

—Pues siento decepcionarte, pero no. Fuimos al instituto juntas, pero jamás cruzamos más de dos palabras. Hasta que una noche, en un bar, la necesité y ella a mí.

—Si la historia empieza con un «íbamos muy borrachas», promete —dijo entre risas.

—Ella llevaba un pedo considerable, pero yo no estaba en mi mejor momento.

La risa se le cortó de cuajo. Cogió mi mano entre las suyas.

—¿Qué sucedió?

Mi mente pegó un salto atrás en el tiempo. Volvía a estar encerrada en el baño de aquel bar, y, de pronto, era demasiado real, haciendo que mis miedos volvieran a

dispararse. Casi podía notar el pestazo a *eau de toilette*, la humedad de las lágrimas que empapaban mis mejillas y el dolor que sentía en lo más hondo de mi ser por dejarme machacar con tanta facilidad.

Había vivido cautivada por la idea de un futuro brillante con Alex, mi ex, pero el amor me había agarrado por el cuello y me había arrancado de cuajo la esperanza.

Respiré hondo mientras observaba su mano acariciando con suavidad la mía. El oxígeno parecía haber desaparecido de Londres, o tal vez era la difícil decisión que luchaba por salir de mi interior la que me estaba dejando sin aliento. Se lo iba a contar. Necesitaba hacerlo.

—Estaba encerrada en los servicios de un bar cuando ella entró. Se puso a mirar por debajo de cada puerta para ver si había alguien, vio mis pies y me pidió un tampón a grito pelado; era cuestión de vida o muerte, según me dijo. Rebusqué en el bolso, tarea difícil donde las haya, y di con uno. Abrí la puerta del cubículo lo justo para ofrecérselo, pero ella empujó la puerta, entró, volvió a asomarse para comprobar que nadie la seguía y cerró con pestillo.

—Esto se está poniendo más interesante de lo que pensaba. ¿Ahora viene la parte en la que os pusisteis a probar cosas nuevas?

La risotada que soltó se ganó un sonoro manotazo en la pierna.

—No vayas tan deprisa, pervertido —le regañé—. No es lo que piensas. Una vez que estuvo dentro se dio cuenta de que..., bueno, yo...

—Le cortaste el rollo —terminó mi frase.

—Estaba llorando.

Gary se tensó debajo de mí, pero antes de que empezara con preguntas incómodas, continué.

—Tuve un problemilla con mi ex —zanjé, consciente de que la descripción sobre lo sucedido merecía algo más que un diminutivo.

—¿Tu ex el del comportamiento miserable? —recordó.

—El mismo.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Dos años y medio, hasta que lo pillé en su coche tirándose a otra «sin querer». Al parecer llevaba haciéndolo una temporada, sin que yo sospechara nada. Cosa que me echaba en cara, porque, según él, le prestaba tan poca atención que ni siquiera lo vi venir.

Me sorprendió la facilidad con la que salieron las palabras de mi boca, ya que era un tema que rara vez comentaba incluso con Ana. Sucedió, no lo negaba, pero prefería no hablar de ello. En cambio, con Gary era demasiado fácil abrir mi corazón y exponerme, seguramente porque él no había hecho otra cosa en las

escasas veinticuatro horas desde que lo conocía.

—No voy a decirte que poner los cuernos esté bien, ni pienso justificarlo siendo como soy un reincidente, pero no es algo que sucede sin más —afirmó con sinceridad—. De hecho, no follarte a otra es mucho más sencillo, porque, para cuando acabas compartiendo algo más que la conversación con una tía que no es tu novia, has tenido que tomar un montón de decisiones de mierda. Parece que solo nos importa la última, meterla o no, como si tontear con ella, comerle la boca, meterle mano, llevarla a tu coche y quitarle la ropa no importara y no te convirtiera en el cabrón que eres. En cada uno de esos pasos, tu pareja te importa una mierda y sigues adelante, hasta que estás con el agua al cuello y es jodidamente tarde para decir que ha sido «sin querer». Deberías haberte dado cuenta, ahí tiene razón tu ex: las infidelidades se acaban notando, porque desaparecen la pasión y el respeto. Aunque tal vez nunca habían existido en vuestro caso, no lo sé.

Sus palabras me dejaron estupefacta, y no solo porque había dado en el clavo: era una visión cruda, pero realista. Tal vez fue eso lo que me pasó, que seguí arrastrando a mi espalda el peso de una relación que sabía que no funcionaba, por inercia y por miedo a quedarme sola. Y permití que me perdiera el respeto culpándome por sus actos.

—Eso mismo me dijo Ana aquella noche: que Alex no me respetaba y que yo no podía permitir que me humillara delante de todo el bar tonteando con otra mientras se reía de mí. Me amenazó con meterme el tampón por la nariz si no salía taconeando con decisión, hasta hacer que temblara el puñetero suelo, lo mandaba la mierda y me largaba con ella y sus amigas con la cabeza bien alta.

—Cuánta sabiduría. Espero que lo hicieras. Ese imbécil no te merecía.

—Mi amiga desprendía una confianza contagiosa, así que salí del baño, me acerqué a Alex y le metí un bofetón que hizo que se pararan todos los relojes de la ciudad. Nadie me lo reprochó jamás, al revés: hubo quien hasta me aplaudió. Aunque es posible que fuera Ana...

Las consecuencias que vinieron después no fueron demasiado agradables, pero él no necesitaba saber más de lo que ya le había contado. Ni yo era capaz de ir más allá.

—Salimos atropelladamente del bar sin mirar atrás, y, como era de esperar, todo desembocó en una juerga legendaria que Ana siempre recuerda como «la noche en la que estábamos tan pedo que fundamos la Unión Europea y delimitamos el espacio Schengen». —Gary se echó a reír. Su risa tenía el poder de suavizar el dolor que me había embargado—. A partir de entonces, cada vez que el mundo se pone del revés, saca un tampón y lo agita como si fuera una antorcha de la libertad.

—Me encanta tu amiga. Es la rubia de pelo corto, ¿no? —preguntó todavía muerto de risa.

—Sí, la misma.

—Tiene pinta de ser una buena pieza, y si hizo eso por ti, una gran persona.

—Lo es. Compartir semejante escena en los baños de un bar nos convirtió en amigas instantáneamente. La juerga que echamos después afianzó nuestra amistad y la resaca nos hizo inseparables. Poco tiempo después nos fuimos a vivir juntas, aunque ella dice que me adoptó. Por lo demás, cuando no estoy encerrada en el mugriento baño de un bar protagonizando un drama, llevo una vida de lo más normalita: estudio y salgo por ahí. Poco más. —Suspiré—. A veces, no puedo evitar pensar que mi vida es de lo más simple y rutinaria. Me jode pensar así: ¡soy demasiado joven para sentirme tan vacía!

—Está en tu mano que tu vida no sea rutinaria. Además, nunca sabes cuándo estás viviendo un momento trascendental; tal vez lo estemos haciendo ahora mismo y habernos conocido lo cambia todo. Recuerdo lo agri dulce que fue la primera vez que escuché una canción nuestra por la radio: la emoción por lo que había conseguido y la tristeza por no tener con quién compartirlo. Por aquel entonces pensaba que mi vida era simple, como tú. Pero aquello no hizo nada más que crecer. Para cuando me quise dar cuenta, la canción de mi ex estaba sonando en todas las radios nacionales... Nos vimos arrastrados por una marea de fama y dinero, pero yo seguía teniendo la sensación de que mi vida era simple; hasta que entendí que no lo era, la cruda verdad era que me sentía solo. Todos necesitamos conectar con alguien.

Sus palabras borraron de mi mente todos y cada uno de los problemas que había arrastrado durante los últimos meses. Me llenaron de una esperanza que me daba pánico sentir.

—¿Crees que en el fondo me siento sola?

—Es el mayor problema de la humanidad, Beck's. Por eso estamos aquí sentados disfrutando de la compañía del otro.

Me giré entre sus piernas. Tenía la mirada perdida más allá del horizonte, pensativo. Acaricé su mejilla con suavidad y él me correspondió con una sonrisa de medio lado mientras sus ojos azules brillaban con curiosidad.

—Yo también estoy disfrutando mucho de tu compañía —dije con sinceridad, pero omitiendo el hecho de que conocerlo era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. No solo llenaba los vacíos de mi interior con sus palabras: me hacía sentir viva.

Rodeó mi cintura y después de besarme en la nariz con dulzura, se centró en mis

labios.

Besarlo se estaba convirtiendo en algo habitual y muy adictivo. Sus labios siempre estaban dispuestos a perderse en mi boca. Para cuando me quise dar cuenta, mis piernas rodeaban su cuerpo, mis dedos se enredaban entre sus rizos, sus manos apretaban mis caderas... Lo que había empezado como un gesto cariñoso se nos estaba yendo de las manos. Así que fue el momento perfecto para que mi estómago rugiera hambriento.

—Parece que tienes hambre. No me refiero a lo que estás pensando. —Hizo una pausa sonriendo con picardía—. Vale, sí, también me refiero a eso.

Me dio un beso rápido y me apartó para levantarse. Se sacudió la hierba de la ropa, y ofreciéndome una mano, me ayudó a levantarme.

—Hay un puesto ambulante de comida cerca de aquí.

Se detuvo un momento a mi lado y tirando de mi mano me hizo girar con un gesto bailarín. Se puso a observar mi culo descaradamente.

—¡Gary! ¿Qué demonios estás haciendo? —pregunté entre risotadas mientras hacía malabarismos para ver qué pasaba en mis posaderas.

—Tienes trocitos de hierba pegados en el trasero —explicó mientras se centraba en palmeármelo.

—¡Perverso! —grité dándole un golpe en el hombro muerta de risa.

—Uhm —fue lo único que dijo antes de abalanzarse a por mí.

Me vi obligada a dar unos pasos hacia atrás, hasta que mi espalda pegó contra el árbol.

Me acorraló entre sus fuertes brazos, alzó mi culo en el aire y sonrió contra mi cuello. Deslizó los labios por mi piel con una lentitud deliciosa, calentándola con su aliento, buscando mi boca con cierta desesperación. Me miró a los ojos un instante, y vi deseo y determinación. A continuación, me besó con necesidad, tanta, que acabó con cualquier resquicio de resistencia que yo pudiera tener. Cerré los ojos y lo rodeé con las piernas; deseaba tocarlo, sentir que cada milímetro de mi cuerpo conectaba con el suyo. Mis dedos se perdieron por debajo de su camiseta, tanteando la suave piel de su espalda, haciéndolo jadear al tiempo que perdía el poco control que le quedaba y se apretujaba más contra mí. En cuanto noté que su deseo comenzaba a presionar en la parte más sensible de mi cuerpo, gemí, incapaz de contener todas las emociones que se arremolinaban dentro de mi cuerpo.

Pensar en el espectáculo que debíamos de estar dando me abrumó. Lo último que quería era que se nos fuera de las manos y acabar detenida en Londres por escándalo público, así que luché a muerte contra mi libido, la encerré bajo llave y me separé un poco.

—¡Eres un pulpo! Deja de sobarme el culo y de restregarte contra mi entrepierna. —El jadeo que se me escapó me restó la poca credibilidad que tenía e hizo que él sonriera contra mi boca—. No quiero acabar detenida y tener que alquilar mi Wonderbra para sobrevivir en la cárcel como si fuera Bridget Jones.

Hizo caso omiso de mis dudosas protestas mordéndome el labio inferior. A continuación fijó la vista en mis tetas con cero por ciento de disimulo y sonrió con cien por cien de perversión.

—El movimiento y la posición de tus pechos me hacen sospechar que no llevas Wonderbra y que tampoco lo necesitas. Tendrás que buscar otro modo de supervivencia en la cárcel—afirmó con decepción fingida

Estuve a punto de reírle la gracia, pero en el mismo instante en el que empezó a besarme el cuello, lamiendo y acariciando cada centímetro, perdí el hilo de mis pensamientos. También debería haberme sentido contenta de que sus manos estuvieran ocupadas con mi culo como para prestarles la atención debida a mis tetas, pero no.

Él continuó a lo suyo; me mordió con suavidad el lóbulo y volvió a apoderarse de mis labios con ansia, emitiendo un sonido de placer mientras invadía mi boca con su lengua, buscando continuar donde lo habíamos dejado minutos atrás. Sus manos continuaban sujetando mi trasero, y la tensión en sus partes íntimas era cada vez más evidente y tentadora. Estaba dispuesto a dármelo todo allí mismo. Temblé.

No podía creer que un tío al que acababa de conocer provocara en mí tantas emociones; su efecto sobre mí y las sensaciones que me recorrían eran increíbles. El tipo de calentón que me provocaba en todos los sentidos se saltaba unas cuantas leyes de la termodinámica.

Era demasiado fácil enrollarse con Gary y perder la noción del tiempo; lo difícil era encontrar la manera de parar, y era algo que debía hacer si no quería acabar metida en un lío. Cosa que iba a suceder en pocos segundos si seguía moviéndose así contra mis caderas y no conseguía dominar el remolino sexual que se estaba descontrolando en mi interior.

Imaginé a Ana pagando la fianza y los meses de cachondeo que vendrían después, mientras él seguía concentrado besándome con los ojos cerrados. Agarré su cara con mis manos separándolo de mí por segunda vez y puse los pies de puntillas sobre el suelo.

Él situó sus manos a ambos lados de mi cara y abrió los ojos, que reflejaban una mirada salvaje y pocas intenciones de rendirse tan fácilmente. Su boca continuaba demasiado cerca de la mía, desconcentrándome y tentándome. Apoyé las manos en su pecho, que subía y bajaba agitadamente.

—No estoy segura de que una deba ser vista en público con una estrella del rock apresada entre las piernas. Es posible que sea una gran letra para una canción, pero no me gustaría ser su protagonista. Además, a este paso, acabaremos en YouTube.

Enumeré todos los argumentos intentando sonar convencida, pero él no parecía preocupado, depositó varios besos apremiantes en mi boca y me mordió el labio inferior con suavidad.

—Yo ya estoy, y me importa una mierda. Además, no entiendo a qué viene tanto alboroto ni tanto comedimiento, porque esto es solo una minúscula parte de lo que te habría hecho anoche si no te hubieras hecho la borracha.

—No fingía, ¡lo estaba! Para tu información, antes de irnos del pub también estaba bastante cachonda. Perdiste tu oportunidad, señor intrépido.

Se apartó de mí y cruzó los brazos sobre el pecho a la defensiva.

—¿Querías el plan B, un polvo en el callejón y adiós? ¿Nada más?

No contesté; tragué saliva y me limité a mirarlo descolocada.

Él volvió a acercarse a mí con la malicia reflejada en los ojos. Me entró la risa floja al fijarme en que tenía manchas de pintalabios rojo por toda la cara y el cuello. Traté de borraréselo.

—Ayer no estabas en condiciones de nada, hasta yo tengo mis límites. Para bailar un tango hacen falta dos personas, y tú... Por el amor de Dios, nada más llegar a mi casa ¡te quedaste dormida! Esta mañana la situación era aún peor: cuando he subido a despertarte y he visto la cara que ponías, ¡he tenido serias dudas sobre si me recordabas! No me ha quedado más remedio que ser suave. Si llego a besarte o a tocarte de esta manera, hubieras salido corriendo en bragas con la camiseta de mi grupo. Y si algo no quiero es que te vayas.

—Y has decidido hacerlo en un parque lleno de gente en mitad de la ciudad...

Puso sus manos en mis caderas apretándose contra mí.

—Llevo aguantando la compostura desde ayer, y empieza a resultar imposible contenerme, pero puedes estar tranquila: en público nunca llegaré tan lejos como me gustaría —susurró cerca de mi oído—, porque me suelen reconocer. Cosa que convierte este mundo en una mierda: nos escondemos para hacer el amor y practicamos la violencia en plena calle. ¿No debería ser al revés?

Se separó de mí con cara de fastidio, recogió las gafas de sol del suelo y se las puso.

Menudo maremágnum de señales confusas...

Comimos sentados en un banco al sol, más tarde paseamos a orillas del Támesis

con la torre de Londres de fondo. Gary me estuvo hablando sobre su adolescencia en Southampton, sus años de instituto y su familia. Me contó que tenía una hermana mayor que todavía vivía allí. Por sus comentarios deduje que no mantenían una relación estrecha, solo la estrictamente necesaria. No entró en detalles, ni yo quise indagar. Tampoco me habló demasiado sobre sus padres, aunque supuse que continuaban viviendo en Southampton.

Yo le hablé de mis clases en la universidad, más concretamente acerca del proyecto en el que estaba trabajando y que pronto terminaría. Mencioné a mis padres y a mi hermano, le conté que mi padre llevaba más de un año jubilado y que mi madre siempre había sido ama de casa. En cuanto a mi hermano, Robert, le dije que llevaba casi ocho años viviendo en Alemania con su novia, Verena, y que no lo veía tanto como me gustaría.

Aunque no le conté que cabía la posibilidad de que lo viera a más a menudo, si las cosas salían como esperaba con mis estudios.

4

HERIDA ETERNA

—¿Qué te parece mi *batcueva*?

A eso de las siete de la tarde, estábamos en el local de ensayo de Everlasting Wound, en un edificio antiguo en el centro de Camden Town. Los instrumentos estaban desperdigados alrededor de la batería y los cables cruzaban la habitación en todas las direcciones posibles. A mano derecha había un sofá negro de terciopelo y junto a él un frigorífico. Las paredes estaban cubiertas de pósteres del grupo y uno gigantesco de Beyoncé.

Gary rodeó mi cintura con sus brazos y me besó en el cuello.

—Guau. Empiezo a pensar que debería haberme tomado más en serio tu carrera.

—Fue lo primero que te dije, no me gusta engañar a la gente.

De pronto la puerta se abrió y entraron tres tíos que se quedaron mirándonos con asombro mientras intentaban esconder unas sonrisitas de complicidad dirigidas a Gary, que a esas alturas ya se había despegado de mí y chocaba la mano de uno de ellos.

—Josh Graham, guitarra; Chris Connor, batería, y Sean Roy, bajo —dijo señalándolos uno a uno.

Josh era el típico hombretón serio, poco expresivo y correcto, con cara de que ninguno de sus antepasados se había alejado más de un par de kilómetros de Gran Bretaña. Tenía una mirada verde salvaje asomando entre las puntas de su flequillo oscuro, tez pálida y nariz prominente. Era delgado, desgarbado y alto, aunque menos que Gary. Chris, en cambio, parecía un modelo de pasarela malote, despeinado y guapo a rabiar. Era tan alto como Josh, aunque mucho más fornido, como si fuera un deportista profesional. Sus ojos eran claros, pero no fui capaz de determinar el color exacto; era el único rubio del grupo, así como el único capaz de competir con el atractivo de Gary y ganar por goleada. El último miembro del grupo, Sean, parecía el más tímido; era como un osito de peluche, grandote y bonachón. Deduje que tenía el pelo castaño por los mechones que se escapaban del

gorro de lana negro en el que se escondía. Tenía una mirada de color avellana huidiza pero dulce que por algún motivo hizo que me cayera bien desde el primer instante.

—Esta es Rebeka —continuó Gary girándose hacia mí—, actriz porno de renombre, famosa por haber sido la segunda mujer en interpretar un orgasmo en alemán, dejando a Hedy Lamarr a la altura del betún.

Todos estallaron en carcajadas, menos Chris, que puso los ojos en blanco, demostrando que era inmune al cachondeo que se había generado a mi alrededor, cosa que me gustó, me gustó mucho. Pese a todo, pasé por todos los tonos del rojo.

Cualquier excusa era buena para sacar a pasear su humor ingenioso y hacer chistes sobre mi supuesta carrera cinematográfica. ¡Qué cabrón!

Ser un vacilón era la típica peculiaridad del carácter de una persona que al principio resulta irresistible, pero que con el paso de los años se convierte en el móvil de un asesinato. Cruel y sangriento.

—Hola. —Saludé tímidamente con la mano—. Encantada de conoceros.

Chris fue el único de los tres que se acercó con una sonrisa encantadora; me besó en la mejilla me preguntó de dónde era y qué tal lo estaba pasando en Londres. Parecía amable y atento, detalles que me hicieron sospechar que era el típico tío cariñoso con una sonrisa inocente por el que acababas colgada irremediablemente, sin saber que detrás escondía un canalla de mucho cuidado. Cuando se alejó para preparar sus cosas, me acerqué a Gary y le pegué con el dedo índice en el pecho.

—Deberías madurar un poco. —Hablé bajito para que nadie escuchara lo que iba a decir.

—¿Con qué objetivo? —preguntó interesado.

—¿Dejar de abochornarme?

—¿Qué gano yo con eso? —Achicó los ojos de manera calculadora.

—Madurar, por supuesto, y evitar que me muera de un soponcio.

Se detuvo a pensar con la mirada centrada en sus compañeros, que parecían muy atareados. Volvió a mirarme con el ceño fruncido.

—Lo siento, pero no. Me encanta verte abochornada: estás preciosa con las mejillas coloradas. Además, madurar no está entre mis prioridades. Si me conocieras, sabrías que nunca lo ha estado, y, a estas alturas, es demasiado tarde para cambiarme y convertirme en un buen chico.

La voz de mi madre me retumbó en la cabeza: «Los hombres maduran hasta los ocho años, después solo crecen». Cuánta sabiduría y qué poco la había escuchado.

—Pues vale. —Puse los brazos en jarras; él me dedicó una sonrisa cálida antes de unirse al grupo.

Me acomodé en el sofá para no estorbar. Aproveché para mandar un mensaje a Ana diciéndole que iba a perderme la cena en el Hard Rock Café y que más tarde la llamaría. No estaba segura de cuáles eran los planes después del ensayo, ni si yo era parte de ellos, pero quería estar disponible.

Chris encendió unos focos sobre el escenario improvisado, mientras Josh afinaba las guitarras y los otros dos colocaban todavía más cables de los que ya había.

Me sentía emocionada, nerviosa y acalorada, pero eso era por los focos.

¿Sería verdad que habían llegado a tocar delante de veinte mil personas? Si lo era, ni siquiera era capaz de asimilar lo que significaba.

Cuando los chicos terminaron de enchufar, desenchufar, atar, soltar, afinar..., Gary se me acercó con una púa roja entre los labios. Dejó la guitarra apoyada en el sofá a mi lado y se agachó frente a mí. Retiró la púa para darme un beso casto en la boca.

—Espero que disfrutes el ensayo; eres la primera chica que viene en mucho tiempo.

Su mirada y su expresión decían a gritos que estaba siendo sincero. Aunque pareciera una tontería, las palabras que acababa de pronunciar significaban algo muy importante para él. Deseaba que estuviera allí, cosa que me hizo recordar sus comentarios acerca de lo solo que se había sentido en la cima. El mero hecho de pensar que con mi presencia podía hacer que su vida fuera un poquito menos solitaria, hizo que mi corazón se derritiera.

Volvió a darme otro beso rápido, pero antes de que se pusiera en pie y se alejara, llevándose su boca y todo el placer que me prometía, metí el dedo en el cuello de su camiseta y lo atraje hacia mí con brusquedad. Recorrí su mandíbula con los labios, disfrutando de cada milímetro de su piel y de la anticipación que me corría por las venas. Él gimió con suavidad, casi pareció un lamento, y giró la cara ofreciéndome su boca mientras acariciaba mis piernas.

Dudé durante unos instantes en los que nos quedamos mirándonos en silencio.

Pero de pronto la pasión venció a la razón y el local de ensayo dejó de existir; estábamos solos. Lo único que me importaba era acoplarme a su cuerpo en todas las maneras posibles. Mis labios se pegaron a los suyos con suavidad y comenzaron a moverse despacio, saboreando el momento. Fue un beso profundo y lento, más o menos hasta que su lengua perdió la paciencia e invadió mi boca sin contemplaciones, me agarró de la nuca con una mano y yo le rodeé el cuello con los brazos.

Había una ansiedad mutua que empezaba a ser incontrolable, tanto que, si no hubiera sido por el redoble de la batería de Chris, habríamos acabado haciéndolo

encima del frigorífico.

—Ignóralo —dijo pegado a mi boca.

Me separé de él con la respiración entrecortada, prácticamente incapaz de contener las ganas de arrancarle la ropa.

Él volvió a colocarse la púa entre los labios, se puso en pie y se dio la vuelta dejándonos a ambos a medias.

Se alejó hacia el escenario, apagando la luz por el camino. Yo me recosté en el sofá, más apabullada que otra cosa, pero igualmente dispuesta a disfrutar del espectáculo.

—Empecemos con *I want you back* —dijo Josh haciendo que todos asintieran de mala gana, sobre todo Gary, que dio un par de pasos con la cabeza gacha, hasta situarse en centro del escenario con su guitarra eléctrica roja entre las manos.

Josh, que estaba a su derecha, comenzó a tocar un acorde lento, pronto se unieron la batería y el bajo. Era una melodía triste, pero contundente. Me sonaba, por supuesto. Unos segundos después se unió Gary con un suave punteo; sus fuertes brazos se movían al ritmo de la melodía, mientras mantenía la vista fija en el suelo. No me cupo la menor duda de que él era el líder, el centro de atención del grupo, y no solo por su altura, que sobresalía varios palmos por encima de los demás: su apariencia con la guitarra entre las manos era electrizante y sensual. Además, que Chris se escondiera detrás de la batería le daba una clara ventaja.

Gary miró hacia donde yo estaba; la luz iluminó sus ojos azules dándoles un fulgor especial, y comenzó a cantar suavemente. Tenía una voz aterciopelada y suave, se relamía el labio de vez en cuando y se giraba para mirar a Josh, que lo acompañaba en algunas estrofas cantando en un tono más agudo.

Cuando comenzó con el estribillo cerró los ojos. Casi parecía que estaba gritando lleno de resentimiento mientras la música atronaba a su alrededor, dándoles a sus palabras más fuerza de la que ya tenían.

Me quedé desconcertada escuchando la letra.

Hablaba sobre un amor que no funcionó, sobre el dolor de la pérdida y la soledad que vino después. Cantaba cada palabra haciendo todos los sentimientos suyos, dejándolos salir llenos de arrepentimiento.

Entonces la reconocí: era la canción que había escrito para su ex.

Aunque él mismo admitía estar arrepentido, sufría por sus cagadas más de lo que dejaba ver. El calvario que parecía haber vivido estaba todavía presente en cada nota que interpretaba.

Varios minutos después, una vez terminada la canción, se pusieron a hablar entre ellos.

—¿Qué hacemos con la nueva? La letra que probamos la semana pasada no va bien con la melodía —dijo Josh de manera competente—, no me gusta la mezcla.

—Tengo una letra nueva que he escrito esta mañana, vamos a probarla —sentenció Gary haciendo que los otros tres lo miraran sorprendidos.

—¿Esta mañana? —preguntó Chris mirando en mi dirección con disimulo—. Pero ¿no estabas con...?

Gary asintió mientras soltaba una carcajada socarrona.

— Beck's, le he escrito una canción a tu culo —comentó como si nada—, quiero decir, a la curvatura del final de tu espalda, ya me entiendes. —Sonrió, ignorando que el resto del grupo se había quedado desconcertado.

—No seas tan exagerado, esta mañana me has dicho que hablaba sobre la luz del sol, mis piernas y no sé qué más...

—También te he dicho que he escrito un par de canciones. No solo una.

—¡Venga ya!

—Cuando me he despertado, tu culo estaba ahí, medio tapado con las sábanas, y esas braguitas tan... No podía ignorarlo. Así de simple.

Todos los presentes estallaron en una carcajada sonora.

Gary se ganó mi mejor mirada asesina, porque no tenía la suficiente confianza para darle una patada en su maravilloso trasero.

—Eres un... ¡salido! —gruñí enfadada.

Chris me dedicó una mirada compasiva al tiempo que Josh resoplaba con fastidio.

—Y tú una exhibicionista —contestó Gary con picardía—. Chris, la vamos a tocar más rápido que la semana pasada; necesito que marques un ritmo más vivo cuando entres.

Volvieron a ponerse en sus puestos, como si no acabáramos de estar hablando de mi trasero. Cosa que agradecí.

La canción sonaba rápida y sucia, al menos musicalmente hablando, porque la letra era preciosa: describía mi trasero como si fuera una obra de arte. Me arrepentí un poquito de haberme enfadado.

Cerré los ojos para meterme de lleno en la canción, provocando que mi mente desconectara del todo.

Los latidos de mi corazón se sincronizaron con el ritmo rápido que marcaba Chris, y la melodía me hizo sentir lo mismo que la primera vez que me enamoré. Ese sentimiento primario que te llama a gritos y tú acudes hipnotizada, dispuesta a entregarte sin reparos. Fue como una revelación: me estaba empezando a enamorar de aquel tío que no dejaba de sorprenderme y que se salía de todo lo normal. No solo eso: en mi pecho latía la esperanza, algo que me habían arrebatado hacía

muchos meses.

Las alarmas comenzaron a sonar en mi cabeza haciéndome abrir los ojos de golpe. Tal como sucedió la noche anterior, mi subconsciente trataba de decirme algo a gritos, pero la música estaba tan alta que no fui capaz de entenderlo. Tampoco le di demasiada importancia.

Seguía tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta de que la canción había terminado, hasta que Gary se sentó a mi lado con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —Me besó en la sien con dulzura.

—Sí. Tal vez un poco alucinada con la canción. Ha sido preciosa. Nunca imaginé que se pudiera escribir algo tan bonito sobre un culo —dije compungida por la emoción.

Él acarició mi mejilla con suavidad y me dedicó una mirada intensa.

—Me alegro. A ellos también les ha gustado, así que es muy probable que la incluyamos en el siguiente disco. ¿Crees que podríamos llegar a un acuerdo para la portada del sencillo? —Me vaciló, pero a mí me importó una mierda. No pude resistirme; lo rodeé con mis brazos y lo apretujé contra mí. Fue un abrazo sincero y lleno de ternura, para agradecerle el fin de semana tan maravilloso que me estaba ofreciendo, y para que supiera que era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo.

Siguieron trabajando durante tres horas más. Estaba perpleja por lo largo que podía llegar a ser un ensayo y cuántas veces repetían las mismas canciones hasta aborrecerlas, aunque solo fueran trozos que no acababan de salir bien. Eran increíbles la coordinación y la camaradería que había entre los cuatro.

Más tarde, Josh se sentó a mi lado.

—¿Te ha gustado?

—Sí, mucho, ha sido alucinante. Brutal.

—Espera a vernos en concierto. El público hace el resto del trabajo para que parezcamos casi perfectos. ¿No habías oído nada nuestro? Hemos tocado unas cuantas veces en España.

—Algunas canciones me suenan, pero no es mi estilo habitual —admití sonrojándome un poco—, soy más de punk.

—¿Has oído, Connolly? Tu chica es más de punk. Everlasting Wound es demasiado blandengue para ella —bromeó.

Estuve a punto de corregir que yo no era su chica, pero la idea me resultó de lo más tentadora, así que me callé y disfruté del momento con una sonrisilla que no venía a cuento para el resto.

Gary se acercó a nosotros con curiosidad mientras envolvía su brazo con un

cable.

—¿Punk? Está en la ciudad correcta, pero con más de treinta años de retraso. — Ambos comenzaron a reírse—. Menos mal que ha conocido al tío ideal para enseñarle lo que es la buena música.

—No deberíais cachondearos tanto, el punk es... —Traté de buscar la palabra correcta—. Divertido.

Fallé estrepitosamente, consiguiendo que volvieran a partirse de la risa. Sean y Chris también se unieron al festival del humor desde el otro lado de la habitación, y yo me puse como un tomate.

—No creo que haya mucha diferencia entre vuestra música y el punk —dije entre dientes—. El punk marcó una época de la que todo el rock posterior se ha beneficiado, incluso el vuestro.

—Hay dos diferencias básicas entre el punk y lo que hacemos nosotros. —Gary volvió a tomar la palabra—. Una es la calidad de la composición musical y la segunda son las letras. En una canción punk hablan de follar como un animal en los baños públicos de una estación, hablan sobre los gemidos y los jadeos, desenfreno... Es crudo y descarnado, todo ello aderezado con un ritmo vertiginoso y acordes sencillos. —Hizo una pausa para mirar a sus compañeros buscando su aprobación—. Nosotros, en cambio, hablamos sobre hacer el amor, las caricias, el respeto, la sinceridad, los sentimientos... Cuidamos la melodía y hacemos que quien escucha la canción sienta lo mismo que cuando la escribimos.

Josh y yo lo miramos boquiabiertos. ¿A qué venía tanta justificación? ¿Acabábamos de presenciar un ataque de testosterona?

—¿Mientras suenan violines? —repliqué con sorna—. Venga ya, todos hemos sentido la necesidad de follar en los baños públicos de una estación, o en cualquier otro lugar, un parque por ejemplo... Esa es la emoción de la vida, no pensar y actuar, y el punk llama a las cosas por su nombre.

—Connolly, tío, vale que el punk es una mierda, musicalmente hablando, pero tú hasta hace poco te apuntabas el primero a lo de follar en cualquier sitio —afirmó Josh con saña, mientras Gary le dedicaba una mirada poco amistosa—. Además, cuando hablamos de que la música debe transmitir algo, creo que el punk cumple con su cometido. La diferencia es que no se molestan en que sea algo tan elaborado como haces tú, pero siento decirte que por mucho que te hayas currado una letra muy poética, básicamente acabas de cantar sobre el culo de una tía que no conoces de nada.

—¿Y qué? Al menos he salido del bloqueo que tenía y he escrito algo. No me jodas, Josh; de todos los presentes, ¡soy el único que lo hace!

—Tal vez porque esa es tu responsabilidad y lo único que se te da bien.

Chris se acercó con la mandíbula apretada y una mirada de exasperación, como si supiera que iba a tener que tomar cartas en el asunto y no le hiciera ni puta gracia. Gary parecía estar a punto de entrar al trapo, pero, en lugar de eso, se metió las manos en los bolsillos y sonrió con frialdad.

—Solo trato de hacer las cosas lo mejor que puedo, para que estéis todos contentos.

—Pues empieza por centrarte en otro tipo de cosas, porque escribiendo sonetos a la primera tía que tiene un culo bonito no vamos a llegar al número uno en las listas de ventas.

—¿Me lo está pareciendo o para ti solo importa la pasta? —espetó Gary con acritud—. ¿Es lo único que te interesa de todo esto?

Se fulminaron con la mirada durante unos segundos. Mantuvieron algún tipo de conversación en silencio, cosa que me hizo sospechar que había algo entre ellos que no cuadraba con la camaradería que había visto minutos antes, una tensión a punto de explotar o algún problema no resuelto.

En definitiva, mierda.

Gary se pasó la mano por el pelo exasperado y continuó recogiendo los cables; Chris, que lo observaba sin perder detalle, dio un paso atrás. Josh cambió de tema.

—¿Vas a estar mucho por aquí? —preguntó.

—No, oficialmente estoy en una despedida de soltera, nos vamos mañana.

—Espero que volvamos a verte pronto; es agradable tener un soplo de aire fresco.

—Yo también espero volver pronto —afirmé mirando a Gary, que había terminado con los cables y estaba guardando las guitarras, mientras nos miraba fijamente.

Parecía no agradaarle que estuviera hablando con su compañero, como si fuera a dejarlo plantado por Josh.

Salimos del ensayo pasada la medianoche, y decidí mandarle otro mensaje a Ana, Gary me había ofrecido comprar algo y cenar en su casa. Oferta que no pude rechazar, porque me moría por exprimir todas las horas que me quedaban en Inglaterra con él.

Paramos en un Subway cerca de Covent Garden, compramos unos bocadillos y fuimos paseando hasta su casa. Una vez allí, puso unos platos sobre la barra de la cocina y cenamos mientras sonaba una música lenta de fondo; tiempo después supe que era un pelirrojo muy salado llamado Ed Sheeran.

Mientras comía estuve absorta en mis pensamientos, intentando buscar la manera de preguntarle sobre nosotros sin sonar desesperada.

Pero él se me adelantó.

—¿Tan malos son los bocadillos? Te veo preocupada. —Alzó suavemente mi barbilla con la mano—. ¿Qué sucede?

—Han sido las mejores veinticuatro horas de mi vida, pero mañana tengo que coger un avión y volver... —Me fui por las ramas—. Lo que realmente quiero decir es que...

—Estás loca por mí —afirmó con tono jocoso.

Jaque mate.

Me colapsé por completo mientras el muy cabrón se mordía los labios para no reírse.

Sí, claro que me volvía loca, pero odiaba que resultara tan evidente.

Carraspeé con suavidad antes de continuar hablando.

—¿Qué vamos a hacer? —conseguí preguntar mirándolo a los ojos e ignorando que todavía me ardían las mejillas.

—No te acompañaré al aeropuerto. Los odio casi tanto como tú las despedidas.

Hizo una pausa observándome con atención: la decepción había hecho desaparecer el rubor de mi cara de golpe, y su sonrisa juguetona había dado paso a una mirada condescendiente.

—Pero iré a Bilbao —afirmó como si fuera el premio de consolación—, así tendremos algo de tiempo para pensar en todo esto. Para mí también han sido las mejores veinticuatro horas de mi vida.

Rodeó mi cara con sus manos dando por terminada la conversación con un beso voraz.

Tras unos minutos y un morreo que parecía no terminar, nos sentamos en el sofá.

Me puse a horcajadas sobre él, haciendo que nuestros cuerpos encajaran a la perfección, y continuamos besándonos con pasión, con manos largas, lenguas enroscadas y respiraciones entrecortadas. La temperatura de la habitación subió unos cuantos grados mientras yo enredaba los dedos en sus rizos y él se centraba en arrancarme los pantalones y sacarme la camiseta por la cabeza, sin muchos miramientos.

Se tomó unos segundos para admirar mi conjunto de sujetador y braguitas negro; acto seguido, comenzó a besarme el cuello y poco a poco fue bajando hacia mis pechos, recorriendo cada milímetro de mi piel con su deliciosa lengua. Tiró de su camiseta por detrás del cuello y la dejó caer al suelo. Repasé su torso con los ojos y acaricié su suave piel con los dedos.

Un impulso apasionado y ardiente llevó a mis manos a deslizarse por sus abdominales y hurgar en su bragueta. Cuando me disponía a bajársela, agarró mis muñecas con fuerza, deteniéndome.

Alcé la mirada pasmada.

—No voy a hacerlo, Rebeka —dijo con voz grave.

—¿Me has llamado «Rebeka»?

—Sí. Eso parece —contestó divertido.

El hecho de que hubiera pronunciado mi nombre real convertía la conversación que vendría a continuación en algo serio.

—¿Qué quieres decir con que no lo vas a hacer? —pregunté mientras acariciaba su pecho y seguía moviendo las caderas.

Él seguía sin camiseta, con los rizos alborotados, los ojos brillantes y los labios hinchados, cosa que no me animaba a parar de restregarme contra su cuerpo en lo más mínimo. Tampoco parecía incómodo al respecto; de hecho, seguía notándolo duro entre mis piernas.

—Que no te voy a follar. Sería lo más fácil ahora mismo, pero no lo voy a hacer.

¿En qué mundo paralelo estaba sucediendo todo aquello?

—¿Te estás haciendo el duro?

Me fulminó con la mirada y chascó la lengua. Pero yo seguía mirándolo como si fuera comestible. Vale, el concepto correcto era «chupable», pero es que, joder, lo quería lamer de arriba abajo. Me moría por degustar el premio gordo. No solo con la boca.

—Por lo visto sí que hay algo que se interpone entre tú y tu objetivo de hacerme disfrutar.

La bruja calentorra e insatisfecha que llevaba dentro había hecho acto de presencia dejándonos a ambos boquiabiertos.

Él puso los ojos en blanco y yo me mordí la lengua para no continuar por ese camino.

—Eres una romántica empedernida, ¿eh?

Mi ritmo cardíaco continuaba acelerado y mi cabeza solo buscaba argumentos para convencerlo a seguir. No estaba para bromitas.

—Estás decepcionada —añadió.

La palabra exacta no era esa, se quedaba un poco corta.

Deseaba con todas mis fuerzas que volviera el tío que me había prometido todo el placer del mundo contra un árbol en Hyde Park.

—No te voy a mentir. Pero tranquilo, no pasa nada. ¿No? —Traté de fingir una sonrisa mientras alzaba los pulgares.

El tío con mayores expectativas en *follabilidad* de todo el Reino Unido me estaba rechazando de manera rotunda. Después de lo del parque y después de haberme montado en su regazo, yo no iba a ser uno de los novecientos sesenta polvos que tenía previstos en el armario del baño.

Saludé a mis viejas conocidas inseguridades y me concedí un aplauso mental.

—La subsistencia de la raza humana me impide interponerme entre una mujer y su deseo de jugar con mi miembro, pero debemos parar ahora mismo. Sé que he empezado yo con todo esto, y lo siento.

Traté de dar rienda suelta a la actriz porno que se escondía en mi interior, le acaricié el pecho con las uñas, lo miré con deseo... pero ni con esas conseguí terminar con la orden de alejamiento que me había impuesto. Seguía mirándome con cara de circunstancias, como si hubiera muerto alguien. Aunque pensándolo bien, estábamos asistiendo al triste funeral de mi libido.

«Menuda mierda».

—Pensaba que estabas de broma, no te pega nada el voto de castidad. Es que... ¿no te gusto? —titubeé mirándolo con los ojos entornados.

Acercó mi mano a su entrepierna bruscamente.

—¿Tú qué crees? —dijo levantando una ceja con una sonrisa insolente que hizo que sus hoyuelos aparecieran en escena, cosa que no ayudaba a su causa en lo más mínimo—. Ahora mismo me hierve la sangre en las venas, y no conseguirías enfriarme ni con nitrógeno líquido.

Me dieron ganas de desabrocharle la bragueta con los dientes sin darle opción a protestar, pero en lugar de hacerlo, puse los ojos en blanco. ¿De verdad creía que no me había percatado del abultado asunto?

—Entonces no lo entiendo. —Fruncí el ceño al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho—. Esta tarde has estado a punto de hacérmelo en un parque y ahora te rajás. Me confundes.

Me lanzó una mirada de lástima a la que yo respondí enfurruñada con un mohín. No podía mirarme así, ¡no era justo!

—Yo también tengo *follabilidad*.

—¿*Follabilidad*? —dijo entre risas—. Dudo que ese término exista en inglés, al menos en el convencional...

—Pues debería. ¡De alguna manera hay que definir a alguien que tiene novecientos sesenta condones escondidos en el baño! Como si fueras a sobrevivir a un apocalipsis zombi follando con precaución...

Aguantó la compostura durante dos segundos exactos. Acto seguido se partió el culo de risa durante un buen rato. Traté de aniquilarlo con la mirada sin éxito.

—Por Dios, ¿los has contado? —Me miró estupefacto, con los ojos todavía llenos de lágrimas de tanto reír.

—Oh, claro que los he contado, pequeño vicioso. He descubierto tus secretos y adicciones mientras buscaba una crema.

—Te aseguro que no —afirmó con una sonrisa torcida.

—Pues casi me caigo de culo en tu precioso baño cuando los he visto. Joder, tío, ¡estás muy por encima de la media mundial!

Volvió a reírse. La verdad era que no estaba muy enfadada, pero tampoco como para echar cohetes y unirme a la fiesta. No acababa de verle la gracia al hecho de que tuviera un armario lleno de condones y que no estuviera dispuesto a usarlos conmigo.

—Ojalá fuera así, follar los trescientos sesenta y cinco días del año, mínimo dos veces al día... —Se relamió el labio inferior; a continuación sacudió la cabeza como tratando de despejarse—. El año pasado participamos en una campaña para fomentar el uso de condones en las universidades. Tocamos en todas las del Reino Unido, y la compañía que los fabrica los regalaba por miles. Nos dieron unas cuantas cajas, y el baño parece un buen sitio para guardarlas, ¿no crees?

Rocambolesco, pero ¿creíble? Uhm.

—Está bien, pero todo eso no explica por qué no quieres hacerlo conmigo —dije sin poder ocultar el tono de fastidio infantil.

—Ahora mismo sería lo más fácil del mundo. Bajar un poco mi pantalón, retirar tus bragas a un lado y hundirme en ti. —Jadeó con la excitación empapando sus palabras—. Pero no quiero empezar así.

Echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. Soporté la tentación de lamerle el cuello como una jabata.

—Expícate —exigí rotundamente mientras lo zarandeaba un poco—. Hace un rato que no te sigo.

Soltó una palabrota, abrió los ojos y pegó los labios a mi oreja.

—Maldita sea, deja de mover las caderas contra mí o seré incapaz de recordar el motivo por el que aún no te he arrancado las bragas de cuajo.

Clavó sus ojos en mis pechos y se relamió los labios.

—Con esa mirada lujuriosa es pedirme demasiado, ¿no crees? —protesté.

—No me estás haciendo ni puto caso.

Ahí tenía razón. Perdía el hilo de la conversación cada vez que miraba su boca o su torso desnudo, y así no íbamos por buen camino, ¡pero no era la única!

—Para, por favor, soy incapaz de concentrarme —rogó mientras ponía sus manos en mis caderas para detenerme, pero apretó más de la cuenta, como tratando de

hundirse en mí.

Alcé una ceja ante su enésima contradicción, y aunque no quería abandonar mi papel de amazona por nada del mundo, me armé de valor y paré en seco.

—Perdona. —Me disculpé sin estar muy convencida del motivo.

—Follar por follar es muy fácil, pero quiero darme la oportunidad de conocerte mejor y solucionar unas cuantas cosas antes. —Me miró taciturno—. Ambos lo merecemos. Ayer por la noche, apenas pude apartar la vista de ti mientras dormías. Ni una ni dos, escribí una docena de canciones. Solo hace veinticuatro horas que te conozco, y esto me asusta. La tensión que hay entre nosotros es imposible de aflojar. Ten claro que acabaré esto; llevo deseándolo desde que te traje a rastras de madrugada, pero no será esta noche.

—Vale.

Rebosaba lujuria y me escaseaban las palabras.

—Mi cuerpo me pide que termine lo que tengo entre manos antes de que te vayas, y soy prácticamente incapaz de controlar la fuerza del sexo que palpita entre mis piernas. Pero mi cabeza me dice que vaya despacio, que merece la pena esperar y sentir, que no debo construir otra relación tan excitante como incorrecta.

Le había saltado a la yugular, en realidad un poco más abajo, pero eso era lo de menos, y no me había tomado en serio que él quisiera ir muuy despacio, pero es que la manera en la que me había arrancado la ropa... Dejé de darle vueltas, me rendí y me puse la camiseta.

En la vida hay algunas batallas que debes estar dispuesta a perder para poder ganar la guerra.

—Estoy un poco confusa con todo lo que está pasando entre nosotros. Ayer por la noche pensé que nuestra historia se acabaría esta mañana al salir el sol, y resulta que no...

—¿Como si fuéramos unos vampiros del sexo casual salvaje? —me interrumpió.

—Algo así —dije cohibida.

—Pues estabas más que equivocada. Al menos en lo que a mí respecta. Pero ¿eso es lo que quieres? —preguntó con el ceño fruncido.

—Eso es lo que esperaba. —Esquivé su pregunta sin pestañear—. Como has podido ver, no es que se me dé muy bien lo de tomarme las cosas con calma, pero, vale, lo haremos a tu manera.

Me lanzó una mirada de desconfianza. ¿Era posible que yo fuera la primera mujer que conocía que pensaba como un hombre? ¿De las que a veces se conformaban con una cerveza y un revolcón?

—Iremos despacio, con toda la calma que sea capaz de encontrar a base de

castraciones químicas. Todo lo despacio que tú me permitas, porque algo me dice que no vas a ponerme las cosas fáciles.

No le faltaba razón: a la mínima oportunidad volvería al ataque y no me rendiría tan fácil. Pese a todo, ya no me sentía rechazada, sino «aplazada para el momento adecuado». No era un problema de deseo, era una cuestión de tiempo y confianza. O eso quise creer.

¿Podría lidiar con eso?

Me rodeó el cuerpo con sus fuertes brazos hundiendo su cara en mi cuello. Fue un momento de conexión íntima muy profundo; él respiraba tranquilo, pero noté que una angustia inquietante nos amenazaba. Como si hubiéramos sentado las bases de nuestra relación sin haber tenido en cuenta todos los parámetros.

—Solo hay una cosa capaz de amansar a las fieras salvajes como tú, y encima tiene poderes paliativos para mí. Espero que no te quedes dormida.

Me levantó de su regazo y me dejó en el sofá. Se puso en pie, cogió una acústica negra y volvió a acomodarse en el brazo del sofá a mi lado.

Comenzó a acariciar las cuerdas con suavidad, trazando una canción dulce y lenta. Pero yo no podía fijarme en otra cosa que no fueran sus anchos hombros todavía desnudos y su perfectamente torneado pecho.

—Dentro de ti me siento... —cantó con voz seductora.

Paró de tocar con una sonrisa maliciosa. Rasgó otra serie de acordes creando una melodía diferente.

—Empujo entre tus piernas tratando de conectar contigo como nunca lo hemos hecho... —Sacudió la cabeza sonriendo—. No, esta tampoco.

Miró la pared pensativo durante unos minutos.

—Joder, todas mis canciones hablan de sexo... O lo insinúan de alguna manera. Soy un puto perverso —dijo mientras se revolvía el pelo, contrariado.

Había algo muy sexy en la manera que soltaba tacos. Aunque probablemente a esas alturas era capaz de encenderme hasta con un eructo.

—Probemos con el tío por el que mi madre me puso el nombre...

Comenzó a cantar *Still got the blues*, y yo me acurruqué en el sofá completamente derretida y apaciguada por su voz. Gary Moore siempre era un acierto.

5

ESTA PELI YA LA HE VISTO, Y SIEMPRE ACABA MAL

A la mañana siguiente me desperté entre besos.

Sus suaves labios besaron mi boca una y otra vez, alternando con pequeños mordiscos en el labio inferior que despertaron mi libido, que por lo visto estaba a jornada completa y más que dispuesta a meter horas extra.

Abrí los ojos. Gary estaba tumbado de costado junto a mí con la cabeza apoyada sobre su codo y con una sonrisa arrebatadora adornando su cara. Un gesto que empezaba a ser bastante habitual en él y que me dejó muy claro el tipo de travesuras que tenía en mente.

Me emocioné pensando en que tal vez se había arrepentido del frenazo en seco de la noche anterior.

—He pedido un taxi que llegará a recogerte en dos horas —dijo pegado a mi boca.

—¿Me estás echando?

—Tengo por norma no echar a las chicas que duermen desnudas en mi cama. — Me mordió el labio inferior y yo me interpose en su labor levantando la sábana. Despertarme semidesnuda en su cama se estaba convirtiendo en una costumbre bastante peculiar, pero en esa ocasión, para mi regocijo, estaba en bragas y sujetador.

Él no.

Me tapé la cara con las sábanas. Una cosa era tener un momento de pasión, tocarlo, acariciarlo, besarlo... y arrancarle la ropa. Y otra muy diferente era verlo desnudo en todo su esplendor por primera vez, sin previo aviso, así, en frío. No es que la imagen me horrorizara, ni que yo fuera una santurróna, todo lo contrario, pero Dios inventó los preliminares para algo.

—¡Joder, Gary! Si mi memoria anatómica no falla, eres tú el que está desnudo.

—Eres la primera mujer que me ve desnudo y se cabrea.

Pese a lo extraño de la situación, mi cuerpo decidió empezar una revolución tensando todos los músculos y humedeciéndose, mientras él intentaba quitarme la sábana sin éxito. Cuando vio que no iba a poder, optó por meterse debajo y me rodeó las mejillas con las manos.

—Anoche fue bastante complicado. Estaba más cómodo sin nada; si no lo hubiera hecho, hoy tendríamos serios problemas.

—Ah, ¿sí? —Aluciné con su sinceridad, aunque a esas alturas ya debería estar inmunizada.

—Digamos que toda mi sangre estaba concentrada en la zona que acabas de conocer —dijo divertido al tiempo que yo me ruborizaba—. Mi cerebro no funciona bien sin sangre.

Se ganó un guantazo en el brazo y un gruñido de fastidio.

—¿Qué? —preguntó indignado mientras tiraba de la sábana destapándonos—. Joder, llevaba horas empalmado, tenía un dolor de pelotas...

—¡Vale, vale, vale! Ya lo he pillado. No hace falta que me des más detalles.

El dolor de pelotas duraba minutos, incluso horas, pero aquella humillación me iba a durar años.

—Solo quiero que sepas lo que aguanto por ti —dijo muy serio.

Miré a mi alrededor desorientada y sin saber de dónde me había venido el golpe bajo.

—¿Lo que aguantas por mí? ¿En serio? Fuiste tú el que no quiso nada más, el que nos ha impuesto una absurda ley seca, y aquí estoy yo sin quejarme. Porque, como empiece, vas a flipar.

—No quería que fueras una de tantas y que a la mañana siguiente te arrepintieras, o que yo acabara haciendo alguna gilipollez.

¿Una de tantas? Por el amor de Dios...

«No, no, no, Rebeka, para el carro», pensé, pero ya era demasiado tarde: acababa de venir a mi cabeza un estadio lleno de féminas hambrientas haciendo cola para follárselo después de un concierto.

Y los novecientos sesenta condones.

—¿Una de cuántas? —Traté de sonar lo más sosegada que me fue humanamente posible.

—Esta peli ya la he visto, y siempre acaba mal, así que no vayas por ahí. No vamos a hablar de la lista de ligues. No tengo ningún interés en saber con quién te has acostado, y me niego a contarte nada sobre mi vida sexual, y, sobre todo, no importa cuántas hayan sido —contestó secamente.

—A mí sí: cada vez que te acuestas con alguien, te acuestas con su pasado.

Claro que me importaba cuántas habían sido; el mito del Gary romántico y cariñoso se me estaba desmoronando, estaba empezando a aparecer el juerguista y ligón que le había puesto los cuernos a su exnovia para luego disculparse con una canción.

—Yo no me he despertado hoy para esto.

Me levanté de la cama disgustada. Comencé a vestirme, mientras él se incorporaba para mirarme. Trastabillé un poco intentando ponerme los pantalones a la pata coja, pero respiré hondo manteniendo la compostura.

—¿Qué esperabas? Me he pasado los últimos años de mi vida de gira por toda Europa. No sabría decir ni cuántas han sido solo en el Reino Unido. —Se levantó de la cama con un movimiento brusco convirtiendo aquella escena en lo más surrealista que había vivido—. ¡Te abalanzaste sobre mí! —bramó mientras el origen de nuestra discusión se meneaba al ritmo de lo que gesticulaba con las manos—. Alguien tenía que pararlo. Es mejor que nos tomemos las cosas con calma.

¿Por qué había tenido que conocer a la única estrella del rock que reivindicaba el celibato desnudo?

—Y tú no querías, ¿verdad? —Me enfrenté a sus ojos dolida, sujetando un calcetín en la mano. Opté por tirárselo para que tapara sus partes íntimas y así poder concentrarme—. Fueron imaginaciones mías, los besos, las caricias... No significaron nada. ¿Solo soy un puñetero punto más que sumar a tu marcador?

—¡Justamente lo contrario! —gritó mientras se enfundaba los *boxers* de un salto y me devolvía el calcetín con una ceja levantada—. Joder, Beck's, soy el único tío en diez mil millas a la redonda que ha sido capaz de decirte que no, todo por tu bien, y tú te cabreas. —Me miró asqueado—. Creo que te dije bien claro ayer por la noche que necesito tiempo para procesar todo esto.

—¿Qué coño es lo que tienes que procesar? Como tú bien has dicho, nos conocemos desde hace un par de días, nadie ha hablado de amor infinito o de fidelidad eterna. De momento esto solo debería consistir en honestidad y sexo. Muchísimo sexo del tipo «aquí te pillo, aquí te mato».

—No lo entiendes, y yo no estoy preparado para explicártelo —farfulló mientras se ponía una camiseta—. Solo sé que no quiero hacerte daño.

—Pues yo solo sé que ya me lo has hecho. Me rechazaste, después de haber pasado juntos un día maravilloso, y hoy me echas en cara que te duelen las pelotas. ¡No entiendo nada!

Para cuando me quise dar cuenta, ambos estábamos gritando, agitando las manos en el aire y fulminándonos con la mirada. Estábamos teniendo nuestra primera

pelea. ¡Por sexo!

Y yo tenía un doctorado en disputas gracias a Alex.

Prácticamente no nos conocíamos de nada, y tampoco estaba muy segura sobre qué trataba la discusión en realidad, pero si algo tenía claro era que éramos capaces de disparar donde más nos dolía, algo innato en cualquier ser humano.

—Joder, pensaba que significaba algo para ti... ¡Hasta me escribiste una canción!

—He escrito cientos de canciones durante toda mi vida; llevo componiendo desde los quince años. ¿Qué te crees? —Me miró enfurecido—. ¿Que realmente robé un coche, como decía en una canción? ¿Que atrapé las estrellas con mis manos? Son canciones, nada más; encuentro la inspiración en cualquier cosa que me rodea.

—¿En cualquier cosa? Perfecto, escribe una canción sobre esto y fórrate con ella —sentencié mientras le mostraba mi dedo corazón.

Le sostuve la mirada durante unos segundos y bajé las escaleras.

Todas las palabras bonitas que me había dedicado no eran nada más que parte de su negocio, nada que me convirtiera en algo especial para él. Puso como excusa no hacerme daño, pero lo que realmente quería era que no me hiciera ilusiones, porque no estaba a la altura.

Pensé que teníamos la oportunidad, pensé que algo estaba naciendo entre nosotros, pensé que era una completa gilipollas...

Encontraría la manera de olvidarlo. Solamente quería salir corriendo de aquella casa, pero no encontraba mi maldito bolso por ninguna parte.

Típica escena melodramática con portazo que solo sale bien en las películas.

Pocos segundos después, Gary bajó las escaleras, se colocó frente a mí con la mano estirada y mi bolso colgando de ella.

—¿Te largas? —preguntó con una pizca de arrepentimiento en la voz.

Si no hubiera sido porque hubiera parecido una tarada, me habría comido a besos esos malditos labios carnosos que tenía y le habría metido la lengua hasta la campanilla para reconciliarnos.

—No, qué va, me voy a quedar para que sigas rechazándome y ninguneándome. Me encanta ser la carnaza que alimenta tu gigantesco ego de rockero. ¡No te jode!

Se quedó pasmado.

Discutir en otro idioma y tener la última palabra me hizo sentir como una listilla invencible, aunque a los pocos minutos me desinflaría como un balón de playa botando entre cactus.

Cogí el bolso de un tirón y le di un empujón para apartarlo de mi camino.

Abrí la puerta e intenté salir por el armario.

Retrocedí unos pasos acercándome a la otra puerta.
Cerré de un portazo sin mirar atrás. Por fin.

No controlaba las líneas de metro, así que me bajé donde no debía un par de veces, circunstancia que aproveché para comprar un café ante las críticas miradas de algunos londinenses madrugadores. La pinta que debía de tener era digna de Kate Moss después de una noche intensa: despeinada, con el maquillaje corrido y la ropa del día anterior arrugada. Encima, no paré de lloriquear en todo el trayecto, cosa que hizo que la máscara de pestañas me llegara a los pies.

¿Qué demonios nos había pasado? Él había sido mezquino tratándome así y yo cruel con mis palabras. Y ambos lo habíamos mandado todo a la mierda de una patada sin que nos importara no volver a vernos nunca más, olvidando todo lo que habíamos vivido juntos, ese esperanzador comienzo de algo que podría haber sido maravilloso.

No debería haberme hecho ilusiones como una idiota, no cuando era una persona a la que conocía desde hacía como veinte minutos. Y es que Gary tenía pinta de ser el típico tío tan sexy como dañino que te robaba el corazón y jugaba con él hasta que acababa rompiéndose en sus manos. Sus palabras sinceras y cursis habían podido conmigo, y fui tan estúpida como para no darme cuenta de que ese era su oficio, las palabras, con melodía o sin ella. Di gracias a que en menos de seis horas estaría de vuelta en Bilbao y podría borrar aquel fin de semana como si no hubiera existido. Aunque fuera a base de chupitos.

En parte agradecí su negativa a acostarse conmigo. Solo en parte.

Llegué al hotel media hora después. Las chicas ya habían terminado de desayunar en la cafetería, y solo Ana seguía sentada a la mesa con las gafas de sol puestas, rodeada de platos y vasos sucios. Me acerqué, dejé mi *frappuccino* con triple de caramelo y un montón de canela sobre la mesa, me senté frente a ella y observé cómo acribillaba con el cuchillo un plátano.

—Vaya, vaya... Mira quién está dando el paseo de la vergüenza... ¿Qué tal te ha ido con San Patricio, ha conseguido evangelizarte?

Ni la monumental resaca que parecía tener era capaz de hacer flaquear a su humor.

—Buenos días —contesté malhumorada, haciendo caso omiso a su pregunta.

—¿Buenos días sin más, o maravillosos fantásticos excelentes buenos días? —preguntó levantando las cejas por encima de los cristales oscuros.

—Una mierda de horribles espantosos días.

Se quitó las gafas con gesto teatral dejando a la vista unas ojeras considerables. Pese a todo, era guapísima, con su pelo corto rubio y su cara redondita de niña. Su carácter abierto, a veces demasiado, y su inteligencia eran dos ingredientes más que componían a una gran persona. Además, tenía un sexto sentido para desenmascarar a las personas que jamás le hubiera permitido caer tan fácil como yo en las redes de Gary.

Por la mirada elocuente que me dedicó y el silencio que nos invadió a ambas, supe que estaba a punto de soltar algún comentario de carácter sexual que iba a cabrearme a base de bien.

—Me lo temía: no te lo has follado.

—Joder, Ana, ¿y tú cómo sabes qué pinta tengo después de...? Déjalo, no quiero saberlo. —Puse los ojos en blanco—. Ha sido fantástico hasta que se ha torcido esta mañana.

—¿Gatillazo? —Sonrió entusiasmada—. ¿No se le dan bien los conciertos en directo?

—No joder, no es eso. No siempre se trata de sexo —mentí descaradamente.

—SIEMPRE se trata de sexo. Cuéntamelo.

—El sábado fue maravilloso. Es un tío genial, divertido, romántico, cariñoso, apasionado... De esos que hacen que te plantees qué has estado haciendo con tu vida sin buscarlo.

—Está bueno, sí —dijo afirmando con la cabeza.

—No es solo eso, es mucho más, es todo él. Su cuerpo es solo una parte muy pequeña del total.

Le conté con detalles todo lo que había pasado desde que me despedí en el pub. Ella no hizo ningún comentario, señal de que cuando yo acabara de hablar me iba a soltar una gran charla, lo veía venir: casi podía verla blandiendo un tampón en la mano como la noche que nos conocimos. Y yo lo necesitaba. De verdad que necesitaba a mi mejor amiga y sus consejos.

—Me estás mirando como si me hubieran salido dos cabezas —le dije cuando terminé.

—No sé qué decirte.

—No me jodas, no te puedes quedar sin palabras justamente hoy. ¡Di algo, por favor! —La sacudí agarrándola por lo hombros—. Por lo menos dime que no soy gilipollas por creer que había algo más.

Estaba a punto de llorar, pero me aguanté. Ella era de las que perdían los nervios con lagrimitas.

—Es una perspectiva jodida —afirmó abstraída—; te ha dejado conocerlo, te ha

gustado lo que has visto, te ha puesto a cien y te ha rechazado. Como mínimo, debes de estar muy decepcionada y resentida.

—Ni yo misma lo hubiera descrito mejor.

—Todo eso sin tener en cuenta que es una jodida estrella del rock y que está buenísimo. ¡Uf! Yo estaría arañando la pared con las uñas y maullando desesperada. Pero vamos a intentar ser prácticas. Deja a un lado el calentón que tienes y míralo desde su perspectiva.

—Te juro que he intentado entenderlo, pero no lo consigo.

—A ver, recuerda lo que él te ha dicho; no es que no le gustes, es que quiere hacer las cosas bien. ¡Ese tío está acojonado! Y si algo tengo claro es que los tíos aterrorizados se sienten impotentes, y esa es la sensación que peor llevan con diferencia.

—¿Acojonado? ¿De qué crees que tiene miedo?

—De ti —afirmó de manera concluyente.

—Venga ya, tía, no estoy para chistes. ¿Tanto romanticismo para luego tirarlo por la borda? Si por lo menos se hubiera acostado conmigo, me llevaría un buen recuerdo.

—No entiendes nada. —Se carcajeó—. Tiene miedo de ti porque siente algo. A ese tío no le supone un problema cantar a los cuatro vientos sobre el amor en abstracto, pero cuando se trata de sí mismo, apaga y vámonos. Lo que no sé es cuál es la razón; ¿miedo al compromiso? ¿Una mala experiencia en el pasado? Pueden ser mil cosas, incluso su carrera puede ser un motivo. No lo sé. Está claro que quiere algo más, pero tiene miedo a lanzarse, a que no funcione... Un tío no te para los pies sin una buena razón, y en este caso, por lo que me has dicho acerca de su miembro viril, con muy pocos detalles por cierto... —me acusó cuchillo en mano—, no hablamos de que no le gustes exactamente.

—¿Estás segura de que se trata de miedo? ¿Tan simple?

—Sí, absolutamente. Aunque te repito que no sé cuál es la razón, y ahí puede estar el quid de la cuestión, una tontería que requiera un poco de tiempo o una barrera insalvable contra la que no podrás hacer nada.

—¡Yupi! —Hice un gesto de animadora con pompones.

—Tú también tienes miedo, siempre lo tienes, por eso tienes los ojos enrojecidos de llorar; te has abierto a él y te ha hecho daño. Él no es Alex, no lo olvides.

—Lo sé, tienes razón. Me daba bastante vértigo la situación. Al principio pensaba que se trataba solo de sexo, algo que podía manejar con facilidad, pero después de la conversación de anoche estaba dispuesta a lanzarme de cabeza y que fuera algo más, pero esta mañana cuando hemos discutido se me ha venido todo encima.

—Deberías hablar con él dentro de unos días, cuando se te haya pasado el mosqueo. Dios inventó WhatsApp para este tipo de situaciones. Mándale un mensaje y ahórrate los emoticonos, que nos conocemos.

—Mierda. ¿Y qué le digo? —dije muerta de miedo.

—Cita alguna canción.

—¿Yo para ser feliz quiero un camión? —dije sonriendo, y ella puso los ojos en blanco.

—Recorre a alguna canción suya, sería divertido citarlo. A ver cómo se lo toma.

—No conozco ninguna canción suya —admití avergonzada.

—Joder, tía, ¿qué mierdas has estado escuchando durante todos estos años? ¿Dónde te quedaste, te suenan los Beatles?

Gruñí en señal de protesta. Claro que conocía a los malditos Beatles, pero eso no significaba que debiera conocer a todos los grupos del planeta.

—Everlasting Wound es una de las bandas más conocidas del Reino Unido, incluso en España son famosos. Llevan mucho tiempo en el candelero.

—¿En plan U2?

—No, no tanto, pero andan cerca. Hasta los de Oasis los han criticado: dijeron que la mayor «herida eterna» es el daño cerebral que le hacen a la gente con sus himnos al desamor. ¡Así que imagínate el nivel! Hace algunos años publicaron una de las canciones de amor más potentes que jamás hayas escuchado; fue número uno en varios países durante meses. No te das cuenta de que has pasado todo el fin de semana con el puto amo que escribió y compuso *I want you back*. Es una declaración de amor monumental a una tía...

—Sí —dije cortándola—, después de ponerle los cuernos. Se la escribió a su ex.

—¡Qué buena! —Se puso a aplaudir, encantada con la idea—. ¡Me encanta cuando hay una historia real detrás!

—Reza para que yo no me convierta en la historia detrás de otro número uno de Everlasting Wound.

—Al menos no escribiré sobre el sexo contigo, puedes estar tranquila. —Se burló sacándome la lengua.

—El sexo con Gary es el menor de mis problemas ahora mismo.

—Los tíos suelen ser más claros que nosotras cuando hablan: si él te ha dicho que quiere ir despacio, créetelo; el polvazo estelar llegará si tienes paciencia. Mientras tanto, bájate algún disco suyo, te recomiendo los dos últimos. Escúchalos en el avión y piensa, tómate tu tiempo y dáselo a él también.

—Vale —suspiré algo más relajada.

Hablar con ella era reparador; siempre tenía la habilidad de ver las cosas desde

otro punto de vista, y era muchísimo más intuitiva que yo.

—Me gusta cuando me haces caso sin rechistar.

—No me queda otra opción. Tal vez no vuelva a estar con Gary nunca más, pero no hago otra cosa que pensar en él. Soy un maldito desastre.

—No lo eres, lo que sucede es que te gusta, y mucho, razón por la cual estás bien jodida. Vamos a preparar las maletas.

6

ESTO NO ES UNA CANCIÓN QUE HABLA SOBRE LAS ESTRELLAS

Facturamos relativamente rápido y antes de pasar el control de seguridad nos sentamos en una cafetería del aeropuerto para hacer tiempo.

No tenía demasiadas ganas de seguir la conversación banal acerca de la despedida, así que puse mi iPod en marcha con el volumen a tope. Tal como me había sugerido Ana, me descargué los últimos discos de Everlasting Wound. A continuación, empecé a escrutar Internet para hacerme daño, en plena crisis masoquista.

A esas alturas de la película, ya sabía que Everlasting Wound era algo grande, aunque para mí seguían siendo unos desconocidos. Tecleé «Gary Connolly» en el buscador. Los resultados no se hicieron esperar. Hasta Google se rio de mi ignorancia: 420.000 referencias en páginas web y 300.000 vídeos.

Hice clic en la pestaña de imágenes haciendo que la pantalla se llenara de fotos suyas, con el pelo más corto, más largo; más joven, muchísimo más joven; sonriente, con los ojos cerrados, con fans a su alrededor, en un escenario, delante de un piano, en la calle paseando... La cerré con un nudo gigantesco en el estómago.

Joder, había pasado el fin de semana con el maldito Elvis.

La inofensiva Wikipedia contenía información bastante completa sobre el grupo. Según pude leer, Everlasting Wound comenzó su andadura en 2004. A continuación, había varios artículos que describían los diferentes aspectos de su música, categorizada en la segunda ola del Britpop como «rock alternativo». Leí la lista de discos publicados: *Below the belt*, *Your life without me*, *Forgiveness*, *Overstep the line* y *Fall from grace*. También mencionaba el nombre provisional del disco que publicarían a finales de año: *Drunk on a Wednesday*.

Me quedé un pelín mosqueada con el título *¿Borracho un miércoles?*

Dejé la investigación para otro momento, abrumada por la cantidad de información, y me recosté en la silla. Cerré los ojos intentando relajarme con su suave voz, mientras pensaba en qué era lo que podía ponerle en el mensaje que

había decidido enviarle más tarde.

Cuatro canciones después, abrí los ojos para comprobar la hora y de pronto me di cuenta de que un montón de pares de ojos me observaban.

—¿Qué pasa? —Me quité uno de los auriculares. Ana se limitó a señalar hacia mi espalda con un gesto suave de la cabeza—. ¿Han retrasado nuestro vuelo? — pregunté mientras me giraba para mirar los paneles informativos.

Volví a sentarme de frente con los ojos como platos y el pulso descontrolado.

Gary estaba en mitad de la terminal, dispuesto a darle a mi vida un giro inesperado, de los que provocan mareo y confusión, y acabas preguntándote si hay cámaras captando la cara de gilipollas que se te acaba de quedar.

Eché otro vistazo de reojo a mi espalda mientras me mordisqueaba el labio nerviosa. Ahí seguía, con las manos metidas en los bolsillos, sin hacer nada, excepto mirarme.

Busqué en la mirada de mi mejor amiga algún consejo.

—No me pidas que me haga la difícil, porque en ese caso estamos jodidas — susurré.

Ella se limitó a suspirar y disimular una sonrisilla.

—Con que no se lo pongas muy difícil, suficiente. Lo que daría por unas palomitas y una Coca-Cola de medio litro en este momento...

Me levanté despacio y caminé hacia él con piernas temblorosas. Lo escaneé de abajo arriba; llevaba unos vaqueros negros y un jersey bastante llamativo, con rayas horizontales rojas y negras. Tenía el pelo húmedo.

No estaba segura de qué significaba que hubiera aparecido en el aeropuerto, y su cara no me daba muchas pistas: estaba serio y con el ceño fruncido. Yo, en cambio, estaba histérica, como si mi vida dependiera de las cuatro frases que iban a salir de su boca. Cosa que, en parte, era verdad.

Si en ese momento se hubiera desatado el maldito apocalipsis, habría recibido a los cuatro caballos con una sonrisa y un montón de zanahorias, con tal de no enfrentarme a aquella situación.

Me coloqué delante de él, guardando cierta distancia. Miré hacia donde estaban mis amigas: todas nos estaban mirando, por supuesto. Eran unas pedorras de lo más predecibles.

—¿Escuchando punk? —me preguntó.

Seguía con un auricular puesto, y llevaba el iPod colgando. Me lo quité de un tirón y lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Escuchando Everlasting Wound.

Sonrió con timidez, sacó las manos de los bolsillos y se las miró.

—¿Pensabas irte de Londres sin despedirte?

Abrí la boca para decir algo, pero las palabras se me escurrieron hasta el estómago y me lo retorcieron.

—Me siento triste y un poco utilizado —dijo con su habitual tono vacilón.

Alcé una ceja con incredulidad y carraspeé.

—¿Qué haces aquí? —No pretendía sonar borde, pero probablemente lo hice.

Suspiró provocando que sus rizos húmedos bailaran en el aire con pesadez.

—Lo siento.

Me impresionó verlo desconcertado. Alcé la vista al techo; necesitaba calmarme.

—¿Qué sientes exactamente?

—Todo. —Negó abatido, como si la lista fuera demasiado larga para una sola vida.

—Solo tengo quince minutos.

—No he podido venir antes. Londres tiene tres aeropuertos... —Sonaba desesperado—. Me la he jugado y no he acertado a la primera.

—¿Qué quieres? No puedo perder el avión. —Empecé a perder la compostura, pero él lo ignoró y dio un paso hacia mí.

—¿Sabes qué fue lo primero que pensé la noche que te conocí?

—«Sabe correrse en alemán, no puedo dejarla escapar»? —propuse con rencor.

Se echó a reír a la par que yo lo fulminaba con la mirada.

—No, joder, no soy tan simple. Lo que pensé fue: «He conocido a la tía más interesante de toda mi vida por pura casualidad en la barra de un bar. Es preciosa, divertida y encantadora. Por una vez el azar ha jugado a mi favor». En cuanto a lo segundo, tienes razón: no puedo dejarte escapar. —Hizo una pausa y me observó—. Aquí hay algo más que una atracción de sábado noche —dijo señalándonos a ambos—. Es la primera vez en años que conecto con alguien. Estoy descolocado. Siento algo, y no es solo atracción, porque, si lo fuera, ayer no hubiera podido parar y te hubiera dado lo que reclamabas.

—¿Qué estás insinuando?

—Que aquí hay algo más, te lo he dicho bien claro. Solo estamos en la primera página de nuestra historia. El tiempo acabará dándome la razón.

—¡Para el carro, Nostradamus! Solo hace un par de días que nos conocemos.

Me eché a reír con crueldad y él se revolvió el pelo, incómodo.

—¿Qué quieres que haga si quiero algo más? Todo esto es muy simple. Sal conmigo. Y después, lo que surja. Todo lo que surja. A lo mejor nos enamoramos —propuso con una sonrisa triunfal.

—¿Todo o nada? —pregunté sorprendida.

Cerró los ojos y emitió un suspiro.

—Todo.

—¿Has bebido? Porque lo que sea que te has tomado te ha sentado fatal.

Frunció los labios mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Quiero darte cosas que no sé si estás preparada para recibir, porque es pronto, lo sé, y ni siquiera sé de dónde sale todo esto. Pero no quiero ser tu polvo del sábado por la noche.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarme qué es lo que quiero yo de ti?

La rabia continuaba trepando por mi espalda, aunque tal vez fuera la frustración sexual. Quién sabe.

—Ayer me dijiste que querías volver a verme, que han sido las mejores veinticuatro horas...

—Sé lo que dije.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Finalmente, dio otro paso en mi dirección.

—Aquí hay algo más —afirmó tajante—. De todo Londres, soy el tío que más veces se ha largado dando un portazo de casa de una tía después de habérsela follado, el que más veces ha dejado a una mujer llorando sin mirar atrás... No me siento orgulloso de ello, pero quiero que entiendas que contigo las cosas son diferentes. Que ayer parara es una señal inequívoca de que necesito algo más de ti.

—Escribe una canción —dije con aspereza.

Sugerirle que escribiera una canción se estaba convirtiendo en el nuevo «vete a tomar por saco, colega».

—Esto no es una canción que habla sobre las estrellas, el sol y la luna, ni de cómo se alinean para que todo vaya bien. Es mi puta realidad. —Me miró desencajado, como si acabara de darse cuenta de que su vida apestaba—. No hay nada que se alinee por arte de magia. Hay que trabajar duro para que todo eso suceda.

—¿Te acerco una tribuna para que sigas con tu charla?

La rabia seguía campando a sus anchas entre mi estómago y mi lengua, haciéndome escupir más veneno del que la situación requería.

—¿He perdido el rumbo de la conversación? —preguntó entornando los ojos.

—Ajá. Un poco.

—Genial. Debería dejar la música y dedicarme a dar charlas sobre cómo ser un imbécil con incontinencia verbal. Maldita sea, soy un desastre explicando cómo me siento. —Hizo una pausa y cuadró los hombros—. Lo que pretendo es pedirte disculpas porque te he hecho daño. Exploté. Esa es la verdad. Y no sé muy bien por qué, solo sé que no puedo hacerlo peor. Así que estamos de suerte. Vayamos

despacio y a ver qué pasa. Hagámoslo, por favor. Está claro que no vemos la relación de la misma manera: tú querías un revolcón rápido y adiós, y yo quiero algo más. Lo que te di en el pub de Joe no fue solo un beso. Nunca lo fue. Aunque no tenga ni puta idea de cómo hacerlo, ni de cómo puede salir, quiero intentarlo.

—¿Para qué? —pregunté con aburrimiento.

—Te lo dije ayer, joder, te lo he repetido durante todo el fin de semana: lo mío no son las relaciones que funcionan, nunca lo han sido, pero contigo es diferente, necesito que lo sea... Intentaré dominar a mis fantasmas.

—¿Fantasmas? ¿Vas a soltarme algún tópico más? Porque si vas a empezar a culpar a una infancia infeliz...

Me arrepentí nada más haberlo dicho; fui demasiado cruel, pero ya estaba dicho y no quise retirarlo. Estaba cabreada.

—No soy una persona tan fácil y divertida siempre, no tienes ni puta idea. Todos arrastramos mierda, y a veces se nos viene encima. Eso también suena a tópico, lo sé, pero es la verdad. Prométeme que volveremos a vernos y que esto no se va a acabar aquí. —Me miró esperanzado.

—Mira, Gary, no lo sé, y no lo voy a saber en los próximos diez minutos. En cuarenta y ocho horas he vivido contigo un ligue de sábado por la noche, una relación de pareja el domingo y un divorcio esta mañana. Te has metido bajo mi piel, y no de la manera que a mí me gustaría. —Hizo un gesto de sorpresa abriendo mucho los ojos y un músculo se contrajo en su mandíbula. Lo había herido. Parecía que era la primera vez que alguien le echaba en cara no haber follado, y tenía que ser yo. ¡Fantástico!—. Esto va a la velocidad de la luz.

—Lo sé —reconoció.

—¡Al menos estamos de acuerdo en algo! Necesito coger ese avión y poner unos cuantos kilómetros de distancia. Ambos lo necesitamos.

—Las cosas conmigo suelen ser intensas. —Me miró a los ojos como si ese fuera el motivo que mueve el mundo, y no le faltaba razón, al menos en lo que refería a mi universo en ese momento—. ¿Crees que esto no me da miedo? ¿Abrirme a ti y dejar que te asomes a mi mundo? Me da pánico, puedes estar segura de eso, pero, si no lo hago, te largarás y no volveremos a vernos. Así que no me queda otra que conseguir que me des una oportunidad.

—Hablaremos.

—¿Me lo prometes? —dijo con unos ojos de cachorrito que estuvieron a punto de desmontarme—. Necesito saber que voy a volver a verte...

Estaba martirizado y su mirada era suplicante. Me deseaba, más allá de lo que yo podía desearlo a él, y más allá del sexo casual ardiente. Cosa que me dio ganas de

salir corriendo, esconderme bajo una mesa, abrazarme las rodillas y balancearme hasta que alguien me rescatara.

—Sí, lo pensaré y hablaremos. Te lo prometo —dije con calma fingida.

Se pasó la mano por la mandíbula haciendo un esfuerzo para no reírse y yo fruncí el ceño.

—Algo me dice que me estás mintiendo. Tal vez tenga algo que ver con el hecho de que no tienes mi número de móvil, ni ninguna otra forma de ponerte en contacto conmigo... A no ser que estés planeando colarte en algún concierto, sortear la seguridad y saltar al escenario.

Llevaba toda la mañana especulando con la posibilidad de mandarle un mensaje, y no había caído en la cuenta de que no tenía su número. Me hubiera dado unos cuantos bofetones a mí misma con mucho gusto, pero decidí esperar a estar en la intimidad de mi casa.

Me tendió la mano con una mirada condescendiente y yo le entregué el móvil. Hizo una llamada, colgó y, tras devolvérmelo, comprobó el suyo.

—No pensaba que fueras de esos tíos que salen corriendo detrás de una tía.

—Y no lo era. Pero de pronto tengo ganas de dejarte hasta que me elijas las cortinas de la cocina. No hace falta que pongas esa cara, yo también estoy acojonado.

La rabia fue derrotada por un miedo atroz. Saber que él quería algo más me hacía temblar..., pero saber que yo también reconocía en mi interior algo más me bloqueaba.

Puso su mano con delicadeza en mi cintura, se acercó lentamente sin quitar sus ojos de los míos y me besó en la mejilla con dulzura. Me miró a los ojos durante un par de segundos más antes de marcharse dejándome desarmada.

Lo observé caminar hacia la puerta de salida. Su escandalosa altura, el baile de sus rizos rebeldes, la anchura de sus hombros y cómo se movía... Tuve que morderme los nudillos de la mano hasta casi hacerlos sangrar para no salir corriendo tras él y gritarle que yo también lo quería todo.

«Y que me hiciera suya allí mismo. Oh, Señor».

Pero no podía hacerlo: me debía a mí misma tiempo y poder pensar si estaba preparada para el reto que suponía un hombre como él. Tenía pinta de ser una mercancía peligrosa altamente inflamable y muy difícil de manejar.

Volví a la cafetería con una sonrisita radiante adornándome la cara.

—¿Tenía razón? —preguntó Ana.

—Creo que sí. Está hecho un lío.

—Eres mi heroína. Yo no hubiera dudado en saltar a sus brazos y hacerle cosas

muy deshonestas sobre una mesa del Burger King.

—Sus labios son un gran problema.

—Su culo es motivo suficiente para un conflicto internacional —dijo guiñándome un ojo.

—Mejor no te hablo de su...

—¡Cuéntamelo! ¡Déjame que lo viva a través de ti!

—¡Ni pensar! —Le saqué la lengua.

7

COMERSE LAS FAROLAS

Aterrizamos en Bilbao a primera hora de la tarde, después de un vuelo tranquilo durante el que Ana durmió apoyada en mi hombro babeando un poco y yo me limité a mirar las nubes y pensar mientras escuchaba Everlasting Wound. Para ser más exactos, una canción en concreto. No conseguía pasar a la siguiente. La voz de Gary, que era preciosa, estaba acompañada solo por un piano; sonaba desgarrada y triste. Hablaba sobre los recuerdos de una persona que se había ido y el sufrimiento de recordarla en cada pequeño detalle. La ausencia de sus llaves en la entrada, el libro que no terminó de leer sobre la mesilla, un cepillo de dientes abandonado... En el estribillo gritaba que no encontraba ninguna solución para superar el dolor, y que tampoco pudo hacer nada para evitarlo.

Era el mismo tipo de derrotismo que había escuchado en la canción que le escribió a su ex. Tal vez algún día me contaría qué lo llevó a componer esa canción, porque algo me decía que no trataba sobre una chica.

No cabía duda de que detrás del Gary romántico y cariñoso había un tío que metía la pata a menudo, y tenía la sospecha de que nuestra pequeña discusión solo había sido una muestra de lo que podía venir. Era el tío más imprevisible que había conocido, cosa que me acojonaba y me volvía loca a partes iguales.

Tras salir del avión encendí el móvil mientras las maletas llegaban por la cinta transportadora. Ana estaba a mi lado como una zombi y el resto de las chicas hacían cola para ir a los servicios. Oí un pitido y miré mi teléfono al instante.

***Gary Connolly - 14:05:** Si durante el vuelo se te ha ocurrido pensar que la distancia es un obstáculo, míralo desde mi perspectiva: 850 millas son menos que 1 370 kilómetros. No busques excusas, me lo has prometido.*

Zarandé un poco a Ana para espabilarla y se lo mostré. Ella trató de enfocar la vista observando la pantalla y me sonrió.

—¿Qué respondes a un mensaje así? —dije suspirando.

—Que ya has llegado. —Se encogió de hombros.

—¿Así de simple?

Frunció el ceño pensativa y resopló.

—¿Sabes qué? Deja de hacerte pajas; conociéndote, te vas a liar a darle vueltas y al final no harás nada. En serio, sé que te he dicho esta mañana que lo pienses, pero, qué coño, ¡no lo hagas! Haz una locura, tírate a la piscina sin mirar si hay agua y en pelotas. Tal vez funcione y te llevas una sorpresa.

—Estás loca. Has perdido la puñetera cabeza. No va a funcionar; si me lanzo, acabaré con el corazón destrozado y un montón de camisetas de su grupo. ¡Mira lo que ha pasado este fin de semana!

—¡Lo digo en serio! —Gesticuló como una loca, consiguiendo ser el foco de atención de todos los presentes—. Lánzate. Sé que dar el paso te parece un plan terrible, autodestructivo y una locura, pero yo te apoyo al cien por cien. No tienes nada que perder.

—Eso es lo que me preocupa, que lo dices en serio. ¿A qué viene este cambio de opinión? —pregunté pasmada.

—A ver, podemos analizarlo de todas las formas posibles: que si él tiene miedo, que si tú te has enfadado porque no quiso follar, blablablá... Pero no vamos a llegar a ninguna parte estando tú aquí y él en Londres. Que haya aparecido en el aeropuerto lo cambia todo, porque demuestra mucho interés por su parte, y esta mañana no contaba con esa información cuando me he puesto a repartir mis grandes consejos.

—¿Entonces qué le contesto?

—Primero dile que ya has llegado, y después pídele que venga este fin de semana a Bilbao.

Tecléé el mensaje antes de arrepentirme. Ana apoyó la cara en mi hombro cotilleando.

17:04 - Rebeka: Ya estoy en Bilbao. El vuelo ha ido bien. He estado pensando.

Decidí no poner nada más: él era el que tenía el don de la palabra, no yo. Además, quería jugar un poco y ver cuál era su reacción. Vale, tal vez fui un poco infantil.

En menos de treinta segundos mi móvil volvió a pitar.

17:05 - Gary Connolly: Me alegro de que el viaje haya ido bien. Yo también.

A Ana le dio un ataque de risa monumental que hizo que todo el aeropuerto nos volviera a mirar. Yo me quedé varada mirando la pantalla.

—¡Qué cabrón! —gritó agarrándose la barriga muerta de risa—. Este juego va a ser divertido.

—¿Y ahora qué le pongo? —No le veía la gracia, pero me lo tenía bien merecido.

—Yo le preguntaría alguna cochinada, pero conociéndote a ti y sin haberte tomado unas cervezas... Pregúntale a ver qué ha pensado, no es tan difícil.

17:11 - Rebeka: ¿Qué has estado pensando?

Nos quedamos mirando la pantalla hipnotizadas, pero su respuesta no llegaba. Quince minutos después decidimos irnos del aeropuerto. Nos despedimos de las chicas, recogimos mi coche del parking y nos adentramos en el centro de Bilbao.

Cuando llegamos a casa deshicimos las maletas, pusimos la lavadora a trabajar y salimos a cenar. Nuestra nevera estaba vacía, como siempre. Éramos un desastre con la logística básica.

—¿Italiano o turco? —preguntó Ana mientras caminábamos por la calle.

—Mientras no sea norirlandés, cualquier país me va bien —contesté tratando de sonreír.

—¡Eh! Nada de dramas: ya has completado el cupo para el resto de tu vida. Vamos a cenar tranquilas en un italiano, hablaremos de tonterías y nos relajaremos. ¿Vale? Y deja de rayarte; ya te contestará al mensaje.

—Eso espero —dije haciendo un mohín.

—Piensa que tú y yo, así como el noventa por ciento de las tías, miramos el móvil cada diez minutos. Ellos no. Un simple partido de fútbol puede ser excusa suficiente para que sus cerebros estén ocupados durante noventa minutos.

—No sé si le gusta el fútbol —dije pensativa—. Ni siquiera sé cuál es su plato favorito, el último libro que ha leído o si tiene cosquillas.

—¿Cosquillas? ¿En qué está pensando tu retorcido cerebritito? —dijo poniéndose frente a mí y agarrándome por los brazos.

—En que esto es disparatado. Me estoy comiendo la cabeza por un tío que conozco de una noche, y ¡ni siquiera puedo decir que fuera una noche loca!

Continué caminando calle abajo y ella me siguió.

—Tú lo has dicho: no te comas la cabeza. Ya sé que somos tías y que lo hacemos habitualmente, pero piensa que, por ejemplo, creías que conocías bien a Alex, y te llevaste unas cuantas sorpresas. Con Gary ha surgido algo que todavía no sabes qué es. Es diferente.

—Está claro que a mi ex no lo conocía por mucho tiempo que lleváramos juntos. El hecho de que fuera posesivo conmigo me hacía pensar que yo era la única en su

vida, y sus celos me hacían sentir importante.

—No es tu ex, es el origen de todos tus males, es las diez plagas de Egipto, ¡es el Isis! Y perdona que te diga, pero tú eras la única que lo veía así. —Me miró horrorizada—. Porque no eres capaz de detectar al gilipollas de turno ni aunque lleve un cartel en la frente. Si yo me hubiera visto en una relación con él... No me lo puedo imaginar, porque si me lo follaría ni a oscuras.

—Supongo que cualquier cosa era mejor que perderlo. Seguí con él por miedo a quedarme sola: la mayoría de mis amistades nos habían dado la espalda, porque allá donde íbamos había bronca. Y es que por mucho que tratara de ser como Alex quería, nunca era suficiente...

—Déjate de suposiciones absurdas. No querías ver que ese tío era un cabrón de mierda, y sabes que lo hemos hablado más de una vez. Solo abriste los ojos cuando lo pillaste con esa zorra. Es triste, pero cierto. Pillarlo con otra fue lo mejor que te pudo pasar, ya que con el resto de mierdas que te hizo no espabilabas y te dedicabas a disculparle.

—Fui bastante gilipollas, ¿verdad? —pregunté hecha polvo.

—Estabas locamente enamorada, y a veces es como ponerte una venda e ir caminando por la calle comiéndote todas las farolas: una hostia tras otra, pero sigues caminando para llegar a casa.

—Muy gráfica tu descripción. —Hice un amago de sonrisa—. Además, ese cabrón sabe cómo pedir perdón.

Tal como decía mi abuela..., si no matas al cabrito a tiempo, se acaba convirtiendo en un cabrón.

—Gracias a Dios. Por fin empiezas a llamar a las cosas por su nombre, aunque te hayas quedado corta, porque a tu ex no lo arreglamos ni con agua bendita. Gary al menos se disculpa con más estilo; su aparición en el aeropuerto ha sido estelar, nos ha dejado a todas muertas de envidia. Solo han faltado aplausos y flashazos.

—Sí, claro, o que hubiera corrido por la pista tras el avión.

—No me des ideas, que bastantes fantasías tengo ya con él.

—¡Ana! —protesté, y le di un manotazo en el brazo.

—Sabes que te quiero y que siempre podremos hablar de lo que quieras. A cualquier hora y en cualquier huso horario. —Sonrió con picardía.

—Lo sé.

Cenamos tranquilas y tratamos temas menos espinosos. Ana me estuvo hablando sobre cierto camarero sexy con el que se veía de vez en cuando. Hacía un par de meses que se conocían, y el asunto entre ellos estaba más caliente que el Challenger.

Más tarde, una vez en casa, me apresuré a meterme en la cama para echar un

último vistazo a mi móvil.

22:21 - Gary Connolly: *Perdona que haya tardado en contestar; estoy en mitad del ensayo y pierdo la noción del tiempo. He estado pensando en que la discusión de esta mañana ha sido absurda y que me he explicado bastante mal, pero ya lo hablaremos.*

22:35 - Rebeka: *Yo tampoco he estado muy acertada, he sido una niñaata.*

22:36 - Gary Connolly: *Ya somos dos. Y tú, ¿en qué has estado pensando?*

22:36 - Rebeka: *En invitarte a venir a Bilbao.*

22:37 - Gary Connolly: *Tengo un billete comprado para el próximo viernes.*

22:38 - Rebeka: *Oh.*

22:38 - Gary Connolly: *¿Oh?*

22:39 - Rebeka: *Me has sorprendido.*

22:39 - Gary Connolly: *Pues aquí va la segunda sorpresa: es para ti. Quiero que vengas el fin de semana; yo tengo ensayos y Josh no me va a dejar escapar.*

22:40 - Rebeka: *¿Estás seguro?*

22:41 - Gary Connolly: *Tan seguro que no he reservado el billete de vuelta.*

Lo estaba intentando de verdad: quería estar conmigo, y eso era una buena señal, ¿no?

22:41 - Rebeka: *El lunes tengo clase. ¿Cuál es el plan?*

22:42 - Gary Connolly: *Podrás irte cuando quieras, pero no quería ser yo quien te dijera hasta cuándo quedarte. Todavía no sé qué haremos.*

22:43 - Rebeka: *Vale.*

22:43 - Gary Connolly: *Eso quería oír.*

22:43 - Rebeka: *Una pregunta: ¿tienes cosquillas?*

22:44 - Gary Connolly: *¿?*

22:44 - Rebeka: *Curiosidad.*

22:44 - Gary Connolly: *¿Piensas usarlo en mi contra?*

22:45 - Rebeka: *Solo intento saber algo más sobre ti, es una tontería que se me ha ocurrido...*

22:46 - Gary Connolly: *Depende de con cuántos dedos intentes hacerlo; si es con uno, no importa, puedo aguantar las cosquillas, pero si vas a usar toda la mano con la excusa de sobarme, podemos tener problemas.*

22:46 - Gary Connolly: *De todas formas, me gustaría saber qué es exactamente lo que estás pensando. ¿Sabes que las cosquillas estimulan el deseo sexual? A lo mejor debería salir un rato a la calle. Me estoy poniendo cachondo solo con pensarlo.*

Ahí estaba de nuevo el tío del sábado por la noche. Me hacía sentir bien, me hacía pensar que ese tipo de conversaciones eran normales en una pareja, no como Alex, que odiaba hablar abiertamente de esos temas y tontear, porque le parecía infantil.

22:46 - Rebeka: *Oh.*

22:47 - Gary Connolly: *¿Otro «oh»?*

22:47 - Rebeka: *A veces es fácil sacarme los colores, pero no te cortes.*

22:49 - Gary Connolly: *Tranquila, no me voy a cortar. Quiero verte tal como eres. La Beck's del sábado por la noche estuvo bien, pero la Rebeka de la mañana siguiente estuvo aún mejor.*

22:50 - Rebeka: *Esto se merece otro «oh».*

22:50 - Gary Connolly: *Lo esperaba ansioso.*

8

MI MADRE TAMBIÉN DICE «OH»

El martes comenzó con mi despertador bailando en la mesilla, como siempre, demasiado pronto para mi gusto. Me arrastré fuera de la cama y fui a la habitación de Ana con intención de despertarla, pero para mi sorpresa no estaba. Salí al pasillo y escuché la televisión de la cocina encendida. Me acerqué a investigar. Me la encontré sentada en la mesa desayunando.

—Buenos días, ¿has visto a Ana? —pregunté de broma.

—He salido a correr.

—En serio, ¿has visto a Ana?

—Tenía que sudar todo el alcohol que bebimos el fin de semana, me daba cargo de conciencia. Es que tuvimos una despedida, ¿sabes?

—Estás muerta de envidia.

—Más bien te odio, con todo mi corazón. —Se levantó y dejó su taza en el fregadero—. Me voy, tengo álgebra a primera hora.

Estudiábamos en el mismo campus, aunque ella estaba en la facultad de ingeniería estudiando electrónica. Ninguna de las dos sabía por qué había elegido esa carrera, ya que la odiaba a muerte.

—¿Quedamos para comer?

—Ok, te veo a las dos en la cafetería. ¿Tuviste respuesta ayer? —dijo llena de entusiasmo y meneando las cejas arriba y abajo.

—Sí.

Me ruboricé recordando las palabras que había releído tantas veces desde la noche anterior.

—Ay madre, estás más jodida de lo que pensaba. Estoy deseando que me lo cuentes. ¡Nos vemos!

Se marchó lanzando un beso al aire como si fuera una vieja gloria de Hollywood y yo me senté a desayunar.

De camino a la facultad de comunicación, más concretamente a la biblioteca donde estaba preparando el proyecto y pasaba las horas muertas, quise darle los buenos días a Gary.

08:05 - Rebeka: Buenos días. ¿Qué tal ha amanecido el día en Londres? Aquí tenemos un sol radiante, toda una novedad. Voy de camino a la universidad.

La mañana pasó volando mientras investigaba para mi proyecto como una posesa. Hacia el mediodía me dirigí a la cafetería y me senté a esperar a Ana en nuestra mesa habitual. Aproveché para echar otro vistazo a mi móvil.

12:55 - Gary Connolly: La niebla es tan densa y hay tanta humedad que hasta se me ha rizado el pelo. Nada que ver con el día soleado que hizo estando tú aquí. Me voy a ensayar, tengo un par de ideas nuevas que tienen que ver con cosquillas y contigo. Tengo muchas ganas de que llegue el viernes, y todavía estamos a martes...

13:30 - Rebeka: ¡Hoy ya no cuenta! :-)

Estaba sonriendo a mi móvil cuando noté la presencia de alguien frente a mí.

La felicidad se me borró de la cara en cuestión de segundos y me encogí en la silla, sometida por la presencia de Alex e intimidada por su complejo de superioridad.

Era un tío alto, pasaba del metro ochenta con holgura, y estaba bastante musculado. Y era guapo, eso no lo podía negar. Sus ojos del color de la miel y su pelo corto castaño oscuro le daban un toque de chico bueno que podría engatusar a cualquier mujer. Era la viva imagen de la estabilidad y la seriedad, y no solo porque tuviera treinta y seis años, once más que yo. Pero lo malo no estaba a la vista, refugiándose tras una mirada de aparente sinceridad: escondía falsedad y una habilidad innata para conseguir sus objetivos a base de mentiras. Se sentía superior a todos los que lo rodeábamos, y estaba enamorado de sí mismo. Era toda una manzana podrida en un cesto de fruta fresca, solo que, para cuando eras consciente, ya era tarde.

Representaba todo lo que hacía salir corriendo a una mujer con dos dedos de frente.

—¿Qué? —pregunté fingiendo desinterés.

—¿Quién es Gary Connolly? —preguntó sin rodeos y con el ceño fruncido, haciendo que se me secara la boca de golpe.

No tenía derecho a preguntar por él. No tenía ninguna razón para hablar

conmigo. Hacía cinco meses que lo había dejado y no se había dignado a acercarse en todo ese tiempo, excepto algunos mensajes esporádicos que traté de ignorar y alguna que otra miradita.

Pero de alguna manera retorcida ver que aún se preocupaba por mí me reconfortó e hizo que miles de sensaciones contradictorias empezaran a enroscarse alrededor de mi garganta.

—El cantante de Everlasting Wound —susurré.

—Ya. —Sonrió con frialdad—. ¿Y qué tiene que ver ese tío contigo? —preguntó de forma autoritaria, como siempre.

—¿Perdona?

Apoyó los puños sobre la mesa y me golpeó con una mirada mordaz.

—Hay algo en tu tono que no me gusta un pelo. ¿Quieres cabrearme? Ambos sabemos que no. Así que deja de hacerte la tonta y no me provoques.

Cada gesto que reflejaban su cara y su cuerpo me hundían en un mar de miseria y recuerdos. Su sonrisa fría, idéntica a la que fingía cuando me veía hablando con algún compañero de clase. Su ceño fruncido, el mismo que utilizaba para reprocharme cada pequeña cosa que hacía y a él le molestaba. La manera en la que se relamía los labios, tal como hacía antes de besarme para marcar su territorio. Cómo apretaba los puños, al igual que cuando estaba a punto de perder los papeles...

La reacción de mi cuerpo fue poderosa, casi como si tratara de llevar la contraria a mi corazón, que iba por su cuenta. Me puse tensa y sentí la necesidad de gritar y pegarle, pero, en lugar de eso, me quedé helada.

Lo temía, pero en el fondo lo seguía echando de menos. Era macabro.

—He oído que habéis estado en una despedida en Londres, y que tú pasaste la noche con ese tío. Toda la universidad está hablando sobre lo mismo. Con pelos y señales.

Suspiré. Los celos siempre habían podido con él, y tenerlo impartiendo clases en la universidad era una maldita desgracia que duraría hasta que acabara a carrera.

—¿Y eso qué más da? —susurré.

Varias emociones pasaron rápido por su cara, pero la única que identifiqué con claridad me acojonó.

—Venga, Rebeka, ¿crees que te conviene estar en boca de nadie? —preguntó subiéndome el tono más de la cuenta.

—No me hagas perder el tiempo, por favor —dije envalentonada por algún motivo desconocido—. ¿Qué es lo que quieres?

—Escúchame bien —susurró aparentando calma—, no sé lo que ha podido pasar

este fin de semana, pero las habladurías son muy malas. Y no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada el respecto.

¿Dónde demonios estaba Ana cuando hacía falta?

Me quedé en silencio y deseé con todas mis fuerzas volatilizarme y aparecer en Londres.

O en cualquier aldea remota de Groenlandia, me daba igual.

—¿Por qué no tomamos un café, como en los viejos tiempos, y lo hablamos?

Sus ojos color miel me taladraron a la espera de una respuesta a su proposición. No quería aceptar, pero fui vagamente consciente de que mi cabeza comenzaba a moverse asintiendo. Me jodió ser incapaz de decir que no. ¿Era el miedo? ¿Era idiota?

—Mándame un mensaje un día de estos —dije intentando que se marchara y me dejara en paz.

De pronto, escuché una voz detrás de mí berreando palabrotas como una loca y de una forma poco elegante para una mujer. Se iba acercando muy deprisa. Miré por encima de las mesas que estaban detrás de mí y agradecí que Ana ya estuviera allí armada con toda su pirotecnia verbal. Toda la que yo no tenía cuando se trataba de Alex.

—Déjala en paz, tío.

—¿Qué coño le pasa a tu amiga? —me dijo Alex con repugnancia en la voz—. Estamos hablando, no te metas en esto.

—Déjala en paz —repitió mi amiga con toda la contundencia que a mí me hubiera gustado tener.

—Toda la jodida universidad está hablando de lo que ha hecho el fin de semana. Tengo derecho a saber la verdad.

Ana se echó a reír con tanta maldad que me provocó un escalofrío.

—¿A ti qué cojones te importa? Ella te dejó, asúmelo.

El desgaste por haberme visto sufrir durante meses le estaba dando un pequeño empujoncito. Pese a todo, me sentí mal por las palabras de Ana. En el fondo Alex no merecía semejante maltrato. O sí. Estaba hecha un lío.

—Vete, Alex, ya hablaremos en otro momento —susurré acobardada.

—Eso, vete, y ten cuidado: no vayas a tropezarte con tu ego y acabes matándote.

—Esto no quedará así —dijo señalando a Ana para a continuación darse la vuelta. Se marchó de la cafetería en dos zancadas. Pegó semejante portazo al salir que hizo que el edificio se tambaleara y todos los presentes nos observaran.

Ana aprovechó el momento, por supuesto.

—Compañeros y compañeras, el *show* ha terminado. Ni se ha tirado a la estrella

del rock ni va a volver con su ex. Gracias por vuestra atención. Que aproveche.

Se acercó a mí y me envolvió con sus brazos.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó, mientras me masajeara suavemente la espalda.

—Tranquila, la conversación estaba siendo bastante normal, pero, bueno, nunca le viene mal un poco de presión. ¿Dónde te sueles poner el traje de heroína? Aquí no hay cabinas tan chulas como en Londres.

—No lo necesito, soy como Catwoman, pero sin el traje. Sexy, peligrosa, con las uñas afiladas y doy miedo. —Se reía a carcajadas al tiempo que hacía gestos con las garras en el aire.

—No sé qué haría sin ti. —Me aferré a su cuerpo, estrujándola, necesitada de cariño y protección—. Tampoco sé cómo manejar este tema con Alex.

—¿Hay algo tipo Las Vegas en el Reino Unido? —preguntó pensativa.

Negué con la cabeza, sin saber muy bien dónde quería llegar.

—Da igual, Alex tampoco lo sabrá. Escúchame bien, la próxima vez que te pregunte, dile a ese capullo que te has casado con Gary, que esperas su primer hijo y que os vais a comprar una casa en las afueras de Londres con una valla blanca. Y pones cara de «no sé cómo ha pasado, todo ha sido tan rápido...».

Le dediqué una mirada de incredulidad con la ceja alzada hasta el nacimiento del pelo.

—Tienes razón, el plan hace aguas por todos los lados. Me he pasado un poco con lo de la valla blanca. ¿Quién en su sano juicio la elegiría de ese color? —Sonrió y me guiñó un ojo—. Ahora en serio, deberías ser muy clara con él y decirle que ha habido algo y que va a haber más, mucho más. No escondas los cadáveres en el armario como hacía él. Trata de fingir que la idea te excita, que solo con mencionar a Gary se te empapan las bragas. Eso le cabreará.

—Te aseguro que no va a hacer falta que finja.

—No sé qué haría sin tus dramas personales, haces que mi vida sea como una montaña rusa, pero me encanta, luego duermo bien.

—Yo me encargo de los sándwiches, tú vete a coger sitio, anda.

La empujé hacia la puerta y me puse a hacer cola.

En una mesa cercana estaban hablando sobre mí.

Yo era la chica de esa historia que habían estado comentando antes de la hora de comer, la que se había tirado a un rockero teniendo novio. Dos mentiras bien gordas.

Me atribuían cosas que por desgracia no eran verdad; volvían a remover toda la mierda de la época de Alex y lo mezclaban. Y es que mantener una relación con un

miembro del claustro no era moco de pavo.

Y lo peor era que los rumores iban a seguir creciendo sin control a mi alrededor. «Que les den», pensé, y saqué mi móvil para amenizar la espera.

14:05 - Gary Connolly: *Me has llenado de optimismo con tu mensaje y ahora todas mis canciones hablan sobre el arcoíris y los unicornios. Hemos hecho una parada para comer algo. ¿Qué tal va el día?*

14:08 - Rebeka: *Ahora mucho mejor.*

14:08 - Gary Connolly: *¿Algo va mal?*

14:09 - Rebeka: *Un encontronazo con Alex.*

14:09 - Gary Connolly: *¿Tu ex?*

14:10 - Rebeka: *Sí, ya te lo contaré.
¿Sabes que toda la universidad está hablando de ti?*

14:10 - Gary Connolly: *Solo dime si estás bien. ¿Te extraña? Soy una estrella del rock, canto maravillosamente bien y toco la guitarra como un Dios. Apuesto a más no poder y encima un tío fascinante. Soy un partidazo de cojones.*

14:11 - Rebeka: *Estoy bien, de verdad. ¿Te has probado ya la corona del Reino Unido? A lo mejor te queda pequeña.
Saluda a tu ego de mi parte.*

14:12 - Gary Connolly: *¿Quieres saludar a alguna parte de mi cuerpo más?*

14:12 - Rebeka: *Te mereces un «oh», pero tengo que dejarte: estoy en la cola para pedir unos sándwiches y me toca. Que sepas que estoy completamente abochornada.*

14:12 - Gary Connolly: *Te llamo cuando termine el ensayo. Cuídate, querida.*

Recogí los sándwiches y me dirigí fuera.

—¿Sobredosis de Gary? —preguntó Ana al verme llegar con una sonrisa bobalicona.

—*Take care, darling.*

—¿Eh? —Me miró sorprendida.

Dejé nuestra comida sobre la mesa y me senté frente a ella.

—Me ha mandado unos mensajes y se ha despedido con eso, «*Take care, darling*». Me encanta que lo haga.

—Ay, Dios, estás enamorada del guiri.

Lo dijo como si me estuviera muriendo de una enfermedad muy chunga para la que no había cura. Me miró con los ojos como platos esperando una reacción por mi parte, pero yo no pensaba reconocer lo evidente. Inspeccionó el relleno de los sándwiches y cogió el vegetal con atún; a mí me dejó el de jamón y queso.

—Estás babeando porque te ha llamado «querida». —Comenzó a reírse—. Pensaba que te gustaba, pero está claro que es mucho peor. Estás perdida.

—Ana, los ingleses usan esa palabra bastante habitualmente. No es nada importante, solo que...

Abrí el envoltorio de mi comida y le pegué un buen bocado. La pequeña discusión con Alex me había abierto el apetito.

—Justifícate todo lo que quieras, pero te ha encantado. Te ha vuelto loca con una mísera palabra y tú lo tienes comiendo de tu manita, *querida*. —Levantó una ceja mientras agitó su sándwich en el aire—. Es adorable verlo pasar por la fase «me gusta Rebeka», como cuando teníamos quince años...

Puse los ojos en blanco. La idea de que yo pudiera gustarle a Gary a mi autoestima todavía le resultaba de lo más absurda.

—Bueno, cuéntame, ¿qué ha pasado antes de que llegara?

Le resumí la conversación que había mantenido con Alex, omitiendo la parte en la que le dije que tomaría un café con él. No quería que mi amiga me retorciera las orejas. Ya me fustigaría yo cuando llegara el momento.

—Tenéis un odio romántico que no acabo de entender, pero hay algo en lo que debo darle la razón, por mucho que me sepa mal —admitió con la boca llena mientras arrugaba la nariz—. Toda la puta universidad está hablando de ti. Y creo que sé cuál es la fuente —dijo mientras le quitaba la lechuga a su sándwich y la metía en el mío.

Siempre hacía lo mismo: pedía un sándwich vegetal y después de un par de mordiscos le quitaba todo lo verde. Según decía, era comida para conejos.

—¿Lara? —Mencioné a una de las chicas que había venido a la despedida; no era una amiga cercana, pero había sido compañera de piso de la chica que se casaba y se apuntó a la fiesta.

—Exacto. Esa zorra os estuvo sacando fotos en el pub. Pero al final de la noche me encargué de que su móvil acabara en un charco. —Se paró a pensar, se relamió los dedos y sonrió con maldad—. Bueno, resulta que los ingleses lo llaman el Támesis, un pequeño detalle que siempre se me olvida.

—¡Eres la jefa! —afirmé orgullosa, y choqué mi sándwich con el suyo a modo de brindis.

—Odio esas cosas. Sé que son pocas las ocasiones en las que alguien se enrolla con un Dios del rock, pero me da igual. Gary merece la misma privacidad que el resto de los mortales. Además, la muy bruja con complejo de gabinete de prensa de Cupido pretendía subir las fotos a Facebook. Tenía que pararla.

—No sé cómo te voy a devolver todos los favores que me estás haciendo.

Me limpié la comisura de los labios con la lengua y lancé el envoltorio de mi comida a una papelera. No encesté.

—No te preocupes, somos amigas, ¿no? Es parte del contrato, como que tú seas la responsable de hacer la compra y limpiar el baño. Cada una se come sus marrones, ¡somos un equipazo! —Me sacó la lengua—. Venga, ahora háblame de los planes para el fin de semana. ¿Te atreviste a invitarlo? ¿Va a venir?

El mero hecho de pensar en coger un avión provocó que mi corazón me golpeara el pecho con fuerza.

—Lo invité y me dijo que no. Resulta que ha comprado un billete a Londres para que vaya yo; dice que va a estar liado ensayando. Así que este viernes a media mañana me tienes que llevar al aeropuerto. Eso también es parte del contrato de amistad.

Se puso a aplaudir como una loca, como si tuviera a Bon Jovi delante. Desnudo.

—No sabes cuánto me alegro por ti. Aunque yo me tenga que dedicar a lloriquear muerta de envidia porque mi mejor amiga está con un tío alucinante disfrutando del mejor fin de semana de su vida. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé.

—¿Se te ha ocurrido mirarlo en el billete? —Puso los ojos en blanco.

—La cuestión es que no hay billete de vuelta.

—¿Qué? —Abrió tanto los ojos que pensé que se le iban a salir.

—Ha comprado solo un billete de ida, según me ha dicho. No quiere decirme cuándo debo volver. Así que lo ha dejado a mi elección.

—Oh. —Sonrió con ternura mientras le salían corazoncitos por los ojos.

—¿Ahora vas a empezar tú con los «oh»? Pasas demasiado tiempo conmigo. —Comencé a reírme.

—No es la primera vez que ese tío me deja sin palabras, y no me pasa a menudo. Dile que me cae mal.

Se levantó de la mesa para tirar los restos de su comida a la basura.

—Se lo diré. ¿Tienes clase?

—Sí, para variar...

La abracé de nuevo y salí del campus con el maravilloso objetivo de hacer la compra y evitar que muriéramos de inanición. Vi a Alex en el parking hablando con

un alumno, cerca de su coche.

Convertirme en la mujer invisible pasó a ser la meta de mi vida.

Media hora después llegué al supermercado. Fui cogiendo de las estanterías cosas al azar, porque no éramos tan organizadas como para tener una lista, hasta que algo me hizo quedarme clavada delante de las latas de tomate que se agolpaban en una torre casi perfecta frente a las cajas.

Aquella voz sedosa que sonaba por todo el hilo musical...

—¿Everlasting Wound? —pregunté a la cajera con una sonrisa que estuvo a punto de partirme la cara en dos.

—Sí, chica, la encargada no pone otra cosa. Yo también estoy aburrida. Treinta y cinco con setenta y siete.

Después de haber pagado me quedé un rato junto a la caja escuchando. Más o menos hasta que un segurata me preguntó si tenía algún problema y me tuve que alejar hacia la puerta. Pero antes de marcharme, decidí hacer una foto donde podía verse a un montón de señoras mayores haciendo cola. Se la envié a Gary.

16:28 - Rebeka: Saluda a tus fans.

Cuando llegué a casa dejé la compra en la cocina y decidí llamar a mi madre.

O más bien me obligué a hacerlo.

Mis padres vivían en la costa; mi padre estaba retirado de la vida laboral y mi madre continuaba con sus tareas hogareñas, pero no los veía muy a menudo a causa de su apretada agenda de jubilados «ociosos».

Mi madre contestó antes del segundo tono, cosa que me hizo pensar que vivía pegada al teléfono esperando nuestras llamadas que nunca llegaban. Me sentí un pelín mal.

—Hola, cariño —me dijo—. ¿Qué tal por Londres?

—Hola, ama. Bien, lo pasamos muy bien. ¿Qué tal estáis?

—Muy bien. Tu padre ha salido a correr, ha empezado a hacerlo a diario. La crisis de los cuarenta le está atacando ahora, ¡con veinticinco años de retraso! ¿Qué tal tú, mi vida? ¿Vendrás el fin de semana? Hace mucho que no te vemos.

Tres frases y ya nos había metido caña a dos miembros de la familia.

—Bien, estoy bien. Estudiando y a tope con el proyecto..., ya sabes. Oye, mamá, el fin de semana no voy a poder ir, vuelvo a Londres.

—¿Te has dejado algo? —preguntó extrañada.

—Eh..., no. Pero... tengo un amigo nuevo allí. —Solté el eufemismo del siglo sin pestañear.

—Oh.

Acababa de descubrir de quién había heredado la manía de decir «oh».

—Solo es un amigo, ama —dije, satisfecha por no mentir, porque de momento éramos solo amigos, ¿no? ¿No?

—Está bien, pero ten cuidado; los ingleses son fríos, tienen un humor muy raro, conducen al revés, miden todo en millas, comen fatal y más cosas que ahora no recuerdo. —Se puso seria, y yo me carcajeé por lo bajini—. ¡Ya ves cómo se comportan cuando vienen de vacaciones! ¡Son unos *booligans*! Menos mal que con el *brexít* no podrán salir de la isla.

Mi madre se había convertido en una enciclopedia de estereotipos ridículos. Quise decirle que el *brexít* no significaba que fueran a aislarse del mundo, pero si se sentía más tranquila pensando eso, no iba ser yo la que pinchara la burbuja.

—Tranquila, mamá, de verdad, solo es un amigo. Además, técnicamente es norirlandés.

—No me digas más, no quiero saber en qué líos estás metida. ¡Espera a que se lo diga a tu padre! Ay, hija mía, con lo bien que estás soltera...

Bufé ante su enésima exageración y le pregunté por mi hermano. En cuanto se puso a protestar porque no había hablado con él en varias semanas, supe que la había distraído y respiré aliviada.

—Te llamo esta semana antes de irme —le dije varios minutos después, prometiéndome que lo cumpliría—. Dale un beso a papá de mi parte.

La escuché suspirar preocupada antes de colgar. Detalle que me hizo sentir responsable de la neurótica en la que se había convertido por culpa de mis escarceos amorosos.

Mis padres no supieron demasiado sobre lo que había pasado con Alex, pero ella, con su instinto materno —que era más potente que cualquier sistema de espionaje de la CIA—, prácticamente lo sospechó todo sin necesidad de que yo se lo contara. Desde entonces, el tema de los tíos no estaba entre sus favoritos. Todos los hombres, excepto mi hermano, Robert, y mi padre, que eran las dos únicas excepciones que confirmaban la regla, eran unos psicópatas que querían hacerle daño a su hija y robarle la virtud.

La imagen de mi progenitora, con los ojos entornados y el morro torcido, estrechando la mano de cierto rockero norirlandés, me dio escalofríos.

18:03 - Gary Connolly: ¿Quiénes son esas amables señoras?

18:04 - Rebeka: Vecinas de mi barrio; creo que te van a hacer un club de fans.

18:05 - Gary Connolly: No entiendo nada, Beck's.

18:05 - Rebeka: Tu voz sonaba a todo volumen en el supermercado... La próxima vez te mandaré un vídeo para que las veas bailando.

18:05 - Gary Connolly: Ok, ahora las reconozco: son unas groupies que conocí hará un par de años.

De pronto el móvil comenzó a sonar entre mis manos; me llevé un susto de muerte y se me cayó al suelo. En cuanto vi el nombre de Gary en la pantalla, me tiré en plancha para cogerlo.

—¿Hola? —pregunté tímidamente mientras me mordisqueaba el pulgar.

—Hola, Beck's. —Su acento norirlandés inundó la línea, y así, como quien no quiere la cosa, el estómago se me puso del revés—. En realidad, no tengo *groupies*, excepto cuatro fans que me persiguen allá donde voy. Debería poner una queja en el sindicato de músicos: en los 70 los grupos tenían al menos diez por cada miembro.

—Si quieres yo puedo serlo este fin de semana —desvarié, intoxicada por los nervios.

—¿Has estado bebiendo? —preguntó en un tono que me hizo imaginar su sonrisa y que provocó que mi estómago diera otra vuelta más.

—No... Ehm... ¿Qué tal? —titubeé sin saber muy bien qué decir.

¿De qué se suponía que debía hablar con él? Porque ya habíamos hablado sobre el tiempo en los mensajes. De repente, mi habitual fluida verborrea se fugó.

—Estoy agotado —se lamentó—. Hemos estado todo el día ensayando, tengo los dedos en carne viva. Me espera una larga noche en vela para acabar de ajustar algunas canciones. Encima, todavía tengo que escribir unas cuantas más para el disco nuevo, y el plazo está empezando a morderme el culo.

Él no parecía tener problemas: hablaba como si nos conociéramos de toda la vida. Y, sobre todo, como si mencionar su trasero no fuera a distraerme de la conversación.

—Vaya, ¿tenéis prisa por la gira?

No tenía ni idea de cómo funcionaba el mundillo de la música.

—Sí y no. La discográfica ha decidido lanzar un sencillo del disco nuevo antes de lo que pensábamos. Ya sabes, para crear expectación... y esas cosas... Pero no quiero aburrirte. ¿Estás mejor? —preguntó preocupado.

—Sí, no te preocupes. Hacía meses que Alex no me dirigía la palabra, pero, como te he dicho, toda la universidad está hablando de la despedida, así que se ha pasado

a preguntar.

—Liarte con un rockero es lo que tiene, fama, aun cuando no la buscas. En cuanto a tu ex, que le den. Estará celoso, y no puedo reprochárselo. No hace ni una semana que te conozco y ya te echo de menos.

—Gary, voy a empezar a soltar «oh» como una loca —dije con la cara ardiendo.

—Hazlo, no hay problema. Si te echo de menos, te echo de menos, no te lo voy a ocultar —comentó como si tal cosa.

—Hoy he descubierto que mi madre también dice «oh».

Lo escuché reírse al otro lado de la línea telefónica, me encantó la vibración de su risa pegada a mi oído.

—No sé a qué vienen tantos «oh» en mi familia últimamente, pero debes saber que lo ha dicho justo después de que le hablara de ti.

—¿Has hablado con tu madre sobre mí? —preguntó asombrado.

—Sí, le he comentado que el viernes me iré a Londres a visitar a un amigo.

—Amigo, ¿eh? Está bien saberlo.

—¿Debería haberte definido de otra manera?

—Depende de tus intenciones. Si yo tuviera que definirlo, habría utilizado la palabra «amante», pero no delante de ti, porque volverías a echarme en cara lo que pasó el domingo por la noche.

Si algo bueno tenía, era que no se andaba con rodeos.

—Lo del domingo es agua pasada, ¿no?

—Lo será.

No quise saber a qué se refería: si todavía no lo habíamos olvidado o si pensaba hacer algo para ponerle remedio.

—Deberías saber que también me ha dicho que tenga cuidado...

—No podría estar más de acuerdo con ella.

—Ah, ¿sí? Porque, según mi madre, los ingleses conducís al revés, tenéis un humor raro, sois fríos y medís con millas, así que sois gente peligrosa.

—Me gusta tu madre, y sí, sigo estando de acuerdo: los ingleses son muy raros. — Se desternilló.

—¡Como que los norirlandeses no conducís al revés! —dije muerta de risa yo también.

—Los norirlandeses tenemos otros dones, aparte de poder beber más litros de alcohol que cualquier otro ser humano, que no te voy a desvelar todavía. Tendrás que descubrirlos por ti misma. Tampoco somos tan fríos, aunque creo que eso ya lo sabes.

—Oh.

—Deseaba volver a escuchar esa palabra. Me imagino cómo te ruborizas cuando la dices y tus labios formando la O más perfecta que he visto jamás, y me gusta. Me hace imaginar tu cara con nitidez, casi como si no nos separaran ochocientas cincuenta millas.

Escuché cerrarse la puerta de casa de un portazo y deduje que Ana ya estaba de vuelta.

—Gary, te tengo que dejar. Ana ha llegado. Si no empezamos a cenar se pone a refunfuñar como una cría. Hablamos mañana.

Colgué, respiré hondo y me giré hacia mi amiga, que estaba detrás de mí haciendo como que tocaba un violín en el aire. Le pegué un cachete en el culo y ambas fuimos echando una carrera hacia la cocina.

9

¿QUIÉN DIJO QUE EL SEXO SIN AMOR ES UN ACTO DESCAFEINADO?

El miércoles a primera hora de la mañana recibí un mensaje de Alex para que quedáramos esa misma tarde para tomar el condenado café. Cosa que me revolvió el estómago y me jodió el día.

Adiós a mis esperanzas de que fuera a olvidarlo.

No sabía cuál era la razón exacta por la que le había dicho que sí, porque podría haber puesto cualquier excusa para librarme, pero sospeché que todavía seguía sintiendo que Alex era una parte importante de mi vida, y no era capaz de darle la espalda sin concederle la oportunidad de mantener una conversación civilizada. Dos años y medio y todo lo que habíamos vivido no se olvidaban tan fácilmente.

Además, yo creía en las segundas oportunidades, era así de ingenua; ¿por qué si no confiaba en Gary sabiendo que su comportamiento había sido similar al de Alex en el pasado? Si el norirlandés merecía una segunda oportunidad, y yo estaba dispuesta a dársela, Alex también.

En el fondo, me sentía como una versión perturbada de la ONU, tratando de hacer un acto absurdo de conciliación para zanjar un problema muy chungo. Aun sabiendo que la mierda podría salpicar.

Recibí un mensaje de Gary hacia el mediodía, pero decidí no mirarlo; me encontraba en un estado sentimental bastante desastroso, del que yo solita era culpable, pero no quería preocuparlo. Cosa que no me dejaba en muy buen lugar, pero me engañé pensando que no tenía nada serio con él como para sentirme mal por no contarle mis planes, y funcionó.

Pasadas las cinco de la tarde Alex me hizo una llamada perdida para que bajara al portal.

¿Dónde se había quedado la tradicional costumbre de tocar el timbre?

Cuando abrí la puerta, me sorprendió verlo apoyado en su brillante Golf GTI negro. Parecía el fantasma de la navidad pasada, con toda nuestra pesada historia

cargada a su espalda. La verdad es que a esas alturas pensaba que ya se habría comprado un coche escandalosamente caro. Alex era el primogénito de uno de los abogados más cotizados de Bilbao y propietario de un bufete, en el que tenía asegurada una plaza desde el día que nació, pero en un acto de rebeldía se había decantado por la enseñanza.

Para mi desgracia, ver su GTI me trajo demasiados recuerdos.

Mi mente era una cabrona traidora que me arrasaba sin contemplaciones con recuerdos en alta definición de épocas que deseaba olvidar y no era capaz de recordarme el cumpleaños de mis seres queridos.

Y es que su coche fue el escenario del crimen que desató nuestra ruptura.

La noche de autos, observé desde fuera completamente bloqueada cómo se tiraba a aquella zorra en el asiento de atrás, como si estuviera viendo una reposición chungu de la noche que nos conocimos, pero con menos vaho en los cristales y sin ser yo la protagonista.

Recordaba como si hubiera sucedido el día anterior el sonido de mi llave destrozando su flamante carrocería y el placer que corrió por mis venas. No era típico en mí responder con violencia, pero en aquel momento era rayar su coche o matarlo a él. Y podía sentirse más que agradecido de que no hubiera tenido una motosierra a mano.

Sacudí la cabeza y traté de centrarme en los buenos momentos que compartimos: cuando recorrimos el sur de Francia en su Golf, cuando me dejó conducirlo por primera vez y rocé el camión de un circo rumano, la primera vez que lo hicimos... Un agridulce recuerdo que hizo que mi mente retrocediera a aquella lluviosa noche...

Estaba sentada en las escaleras de la facultad pasada de rosca, como era habitual en mí, después de haber asistido a una fiesta.

Las farolas a mi alrededor ondeaban como si fueran banderas, las luces de los coches brillaban con un tono azulón bastante sospechoso y las rayas de la carretera se movían formando dibujos extraños. Me tumbé en la acera tratando de recuperar la cordura.

El frescor de la lluvia de febrero, el viento y el frío del suelo me sentaron bien.

Un coche se detuvo cerca; no abrí los ojos porque temía volver a marearme, pero escuché el motor ronroneando al ralenti. El sonido cesó, una puerta se abrió y se cerró, y pronto noté los pasos y la presencia de alguien a mi lado. Me puse la mano a modo de visera en la frente, tratando de que la lluvia no se me metiera en los ojos, y miré hacia arriba.

Vi unas piernas enfundadas en unos vaqueros oscuros, una camiseta roja y un ceño muy fruncido.

Tenía el frágil recuerdo de haberlo visto merodeando por la facultad, pero nunca me había fijado en él. No era el tipo de tío que llamaba mi atención, porque era demasiado mayor y parecía aburrido. Además, en aquella época no me paraba a observar a la gente que me rodeaba, solo trataba de conseguir lo que necesitaba sin importarme demasiado con quién.

Tomaba más alcohol que buenas decisiones.

—Estás empapada —dijo extrañado, como si en Bilbao no lloviera nunca.

Retiré la mano de mi frente y volví a cerrar los ojos ignorándolo. Traté de dormirme; estaba tan a gusto y tan fresquita...

—Oye, ¿estás bien? —preguntó mientras me daba unos golpecitos en el hombro con el pie como si fuera un cadáver.

Continué pasando de él, hasta que de buenas a primeras me cogió en brazos por sorpresa, obligándome a abrir los ojos.

Miré hacia el suelo tratando de calcular mis opciones para saltar. Me sorprendió lo alto que estaba y lo rápido que se movía. Pensar en que iba a necesitar un paracaídas me hizo soltar una carcajada. Él me miró desconcertado, evidentemente sin pillar el chiste.

Me aferré a su cuerpo para no caerme. El calor que desprendía me resultó de lo más acogedor.

—No hablas demasiado —dijo secamente.

—Me has despertado, así que no pretendas que sea doña simpatías contigo. Tampoco he pedido un taxi aéreo, que yo sepa.

—No me vengas con tonterías, no estabas dormida. No creo que sea lo más sensato estar tirada en el suelo a las cinco de la mañana cerca de una fiesta universitaria, y menos con la que está cayendo. Hay mucho inconsciente suelto.

Bufé con desdén y apoyé una mano en su hombro.

—¿Y tú qué eres? ¿Un inconsciente que recoge cadáveres del suelo?

—Alguien que te va a llevar a casa.

—¡Ja! Ni pensar, bájame ahora mismo. ¡La fiesta no ha terminado!

Le di unos cuantos golpes en el hombro y agité las piernas hasta que me soltó al lado de un coche. Continuaba lloviendo mucho; parecíamos dos idiotas discutiendo y mojándonos, pero no estaba dispuesta a irme si la fiesta no había terminado. De hecho, el aire frío me había despejado bastante la mente.

—Monta —ordenó.

—Y una mierda —dije mientras cruzaba los brazos con un gesto pueril.

—Como quieras. —Se dio la vuelta para encaminarse hacia la puerta del piloto—. La fiesta ha terminado hace un buen rato. Espero que tengas suerte encontrando un taxi.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras le daba unos golpes a mi reloj, que tenía la esfera empañada.

—Las cinco menos cuarto de la mañana, te lo acabo de decir. —Su tono era de cansancio, como si estuviera negociando con una niña de tres años para abandonar el tobogán e ir a casa.

—¡No fastidies! Mierda, a esta hora no vamos a encontrar un taxi para volver. Estamos jodidos. Vamos a tener que ir andando. —Pataleé contra el asfalto enfadada.

—¿Qué parte de «te voy a llevar a casa» no has entendido? —Se echó a reír.

Guau. Su sonrisa captó mi atención. Enfoqué todos los radares hacia él.

—Oh. El coche es tuyo, es verdad, lo había olvidado. Menos mal que hemos tenido la gran suerte de encontrarlo... Pues nada, si tienes las llaves, ¡iremos en tu coche! Yo conduzco.

Me acerqué a él estirando la mano para que me diera las llaves con mi mejor sonrisa.

Él me dedicó una mirada de incredulidad adorable.

—Baja esa mano ahora mismo. Ni siquiera estás en condiciones de andar. ¿Qué te has metido? Luego que ocurren desgracias, esto es la hostia. —Resopló mosqueado—. Hazme el favor de meterte en el coche.

Me empujó hasta el otro lado del coche, abrió la puerta del copiloto y me hizo un gesto educado para que me montara.

Aunque continuaba perdida en la nebulosa del alcohol, supe que tenía razón: cada fin de semana arriesgaba mi integridad física. Siempre me prometía que iba a parar, pero nunca encontraba el momento. Lo que no sabía era que aquella noche iba a ser el punto y aparte que tanto había buscado con mis actos irresponsables.

—No me he metido nada, Gargamel —murmuré con retintín.

—Por favor, entra en el coche de una puta vez y deja de decir chorradas; está empezando a granizar.

—Eres un señor viejo de lo más mandón y antipático. —Le saqué la lengua—. Ya me monto, pero porque yo quiero hacerlo y porque no podemos seguir discutiendo en la calle con la que está cayendo.

Me acomodé en el asiento mientras él se posicionaba al volante. Encendió la calefacción y dirigió las salidas de aire hacia mí. El calor que desprendía el coche me recordó el frío que realmente tenía; estaba tiritando, y me rechinaban los dientes.

Para colmo, el agua que empapaba mi ropa estaba dejando su coche hecho un asco. Me entró la risa floja de nuevo, pero haciendo un gran esfuerzo lo miré arrepentida.

—No pasa nada, yo también me he calado.

En el fondo aquel gruñón tenía compasión.

Cogió una chaqueta del asiento trasero y me la ofreció con una dulce sonrisa. Por segunda vez en el poco rato que llevábamos juntos me paré a observarlo.

Lo recorrí con la mirada, empezando por sus manos, que estaban sujetando la sudadera; continué por su fuerte pecho, que se dibujaba debajo de la camiseta que llevaba húmeda y pegada, y finalmente llegué a su cara: era guapísimo; su labio inferior estaba aprisionado por sus dientes y su mirada reflejaba cansancio. Ojalá hubiera estado sobria para poder recordar aquella imagen al día siguiente con la nitidez que merecía.

Miré la sudadera que todavía sujetaba entre las manos y, antes de cogerla, me quité la camiseta sacándomela por la cabeza. Él continuó mirándome impertérrito.

Eso supuso un reto para mí; fue como si alguien diera el pistoletazo de salida de una carrera en la que debía vencer su autocontrol.

Mi dominio sobre los instintos carnales era cero. La euforia etílica hizo el resto.

No me lo pensé dos veces. De hecho, tomé la decisión sobre la marcha. Arrojé mi camiseta y su sudadera a la parte trasera del coche y con un movimiento rápido me abalancé sobre él; llené con mi cuerpo el hueco entre el suyo y el volante. Agradecí que fuera alto, porque tocar la bocina con el culo hubiera arruinado el momento.

Comencé a besarlo mientras cogía postura a horcajadas y lo apresaba contra el asiento.

—¡Para, para, para! —gritó mientras levantaba las manos—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Parecía estupefacto, pero yo estaba bastante excitada, motivo por el cual no me detuve.

—De momento, besarte hasta dejarte seco, está claro. —Le dediqué una mirada ardiente, apoyé las manos en sus hombros y le lamí el cuello—. Después ya veremos.

—No tienes que pagarme el viaje de esta forma. Tampoco quiero que mañana me llegue una denuncia.

Dejé de besarle el cuello y alcé la mirada para encontrármelo con el ceño fruncido.

—Técnicamente soy yo la que se está aprovechando de ti, dulce pimpollito —dije con recochineo mientras apretaba las piernas a su alrededor y me contoneaba con decisión.

Me miró boquiabierto, como si le hubiera dado una patada en las mismísimas pelotas.

Nada más lejos de mis planes.

Sospeché que le gustaba llevar la voz cantante, pero aquella noche era yo la que iba al volante y él quien se había cruzado en mi camino. Ya tendría su oportunidad en otro momento.

—No te estás aprovechando de mí: para eso debería oponer resistencia, y no lo estoy haciendo. Pero estás bebida, no nos conocemos de nada... ¡Joder! Esto no va a salir bien.

—¿Tienes miedo de que no se te levante? —Hice un mohín.

Volvió a mirarme desconcertado, pero no dijo nada sobre mi comentario, aunque la rabia empañó su mirada. Había herido su orgullo masculino. Pese a todo, noté que su determinación estaba flojeando.

—¿Votos a favor de dejar de hablar y seguir enrollándonos? —pregunté con la mano levantada.

Sonrió desarmado y negó con la cabeza; alzó sus manos hasta tocar el techo del coche, cosa que yo aproveché para quitarle la camiseta. Él se aferró a mi cintura, atrapándome entre sus brazos y acortando las distancias.

—Buen chico. —Tiré de su pelo para que me mirara a la cara—. Esta noche estás de enhorabuena, porque voy a poner por ti lo mejor de mí. Algo rápido, sin preguntas y sin denuncias. No digas nada si estás de acuerdo.

Volví a besarlo sin darle opción a protestar, consiguiendo que se uniera a la fiesta con más ímpetu que unos minutos antes.

Seduje su cuerpo y él satisfizo el mío hasta que todo el deseo que llevaba dentro explotó varias veces. Perdí la cuenta de cuántas fueron. Todo lo que hizo fue perfecto, tan fácil y tan ardiente que casi me pareció irreal.

A ninguno nos importó estar aparcados en la puerta de la facultad. Fue un acto lleno de imprudencia no premeditada y locura transitoria.

¿Quién dijo que el sexo sin amor es un acto descafeinado?

¿Quién dijo que el sexo en un coche es incómodo?

Horas después, con el sol asomando entre los nubarrones y los cristales completamente empañados, aparcó su coche en la puerta de la casa de mis padres. Se giró en su asiento dispuesto a despedirse, probablemente con la cándida intención de besarme y pedirme el número de teléfono, pero yo me bajé dejándolo con la palabra en la boca, desbordado por la lujuria y vacío de sentimientos.

Ni siquiera le pregunté su nombre.

Con el recuerdo del revolcón tenía suficiente, y es que aquella noche yo no

buscaba nada que se le pareciera al amor.

Su sorpresa fue colosal cuando se dio cuenta de que lo había utilizado.

Volví a conectar con el presente.

Aquellos buenos recuerdos me sosegaron los nervios, y menos mal, porque no quería empezar a cabrearme desde el minuto cero sin haber cruzado ni una palabra con él.

—Me alegro de que hayas bajado —dijo con una leve sonrisa, y me abrió la puerta del coche.

—Habíamos quedado en eso —contesté secamente mientras lo fulminaba con la mirada.

—¿Debería ponerme un chaleco antibalas? —bromeó.

No le contesté. Me monté cerrando la puerta de golpe.

¿Quién le había dicho que ya estábamos en la fase de las bromitas?

Caminó alrededor del vehículo y se sentó al volante. Me miró a los ojos durante unos instantes. No supe interpretar aquella mirada, pero sospeché que había tenido un cortocircuito entre el pasado y el presente, y es que había cosas que ni siquiera el tiempo era capaz de borrar. Fue el típico momento en el que estás a punto de besar a la otra persona, te das cuenta de que ya no puedes hacerlo y te preguntas qué es lo que ha cambiado y dónde estabas cuando sucedió.

Respiré hondo y miré por la ventanilla, mientras él arrancaba sin mediar palabra.

—¿No crees que coger el coche para tomar un café es el colmo de la vagancia? —pregunté con desprecio.

—Vamos a ir a la costa. He pensado que sería mejor que quedarnos aquí: tenemos la ciudad muy vista y por suerte no hace demasiado frío para pasear en la playa.

—Gracias por preguntar.

—¿Tienes prisa? —preguntó irritado, con su habitual tono prepotente, que casi hasta echaba de menos.

—No, pero me hubiera gustado tener la opción de elegir. Ya veo que contigo las cosas nunca van a cambiar.

—No creo que sea la primera vez que tú y yo salimos de la ciudad para tomar algo, y tampoco creo que nunca haya tenido que pedirte permiso. De hecho, cuando nos conocimos tú no acostumbrabas a pedir permiso según y para qué.

—¿Sabes, Alex?, da igual. Vamos donde quieras. No me apetece discutir contigo —dije desmoralizada.

Estábamos muy compenetrados y en la misma sintonía, como siempre.

—No te pongas así. —Cambió el tono por uno un poco más afectuoso—.

Sencillamente he pensado que sería agradable pasear junto al mar. No lo he hecho con mala intención.

—Haber empezado por ahí.

—¿Estás «en esos días» o qué coño te pasa?

Alex tenía un doctorado en dar por saco, y le encantaba alardear de él. Pero aquel día no estaba segura de tener la suficiente paciencia para aguantarlo.

—En serio, déjalo, no quiero discutir.

—Está bien, yo tampoco quiero discutir —dijo poco convencido.

Por primera vez en mucho tiempo, parecía que era yo la que tenía la sartén por el mango, y no iba a soportar su comportamiento mandón. Por lo menos iba a dejarle claro que no me gustaba que lo hiciera, aunque pudiera desatar una discusión acalorada como en los viejos tiempos.

Alex salió de la ciudad dirigiéndose hacia la carretera de la costa. Las vistas desde mi ventanilla eran espectaculares; me encantaba cómo las montañas se fundían con el mar. Como en Irlanda. ¡Oh!

Condujo despacio y de una manera bastante cuidadosa. Cosa poco habitual en él, porque su *modus operandi* siempre había consistido en ser brusco e irritable, abusar del carril izquierdo y solicitar al resto de conductores que les cedieran el paso, a él y a su ego. Además, le encantaba chupar culos, tratando de buscar el amor, la cercanía y el cariño que su estricto y exigente padre y su preciosa mamá-florero no le dieron durante su infancia. Todo un gilipollas turbo-idiota.

Casi media hora después, aparcó cerca de la playa. Nos bajamos y caminamos hacia la orilla. Me quité las zapatillas sobre la marcha; estaba deseando poner mis pies sobre la arena, aunque estuviera húmeda. Me encantaba.

Paseamos en silencio durante unos minutos mientras las olas heladas del Cantábrico nos mojaban los pies. La verdad es que era un día perfecto para pasear, Alex tenía razón, pero no se lo dije.

De pronto el olor a salitre me hizo pensar en la isla esmeralda de nuevo, y por segunda vez en pocos minutos tuve que sacar a Gary de mi cabeza a patadas.

Me fijé en la arena entre los dedos de mis pies tratando de distraer mis pensamientos.

¿Cómo había llegado toda esa arena hasta la playa?

Levanté la vista y me encontré con que Alex me miraba impaciente.

—No —contesté al azar.

—No me estabas haciendo caso.

Parpadeé aturdida y sonreí con falsedad.

—Es posible que no haya escuchado bien tu pregunta.

—Te he preguntado: «¿En qué piensas?».

—En el mar. —Escapé.

—Es un tema muy profundo.

¿En serio que no había entendido que no era el momento del cachondeo?

—¿De qué querías hablar? —Estaba deseando que fuera al grano y poder largarme a casa.

—Sabes que hablar no es lo mío, pero, bueno, siento haber sido tan arisco al preguntarte sobre el tema de Londres. Los rumores me sacaron de quicio.

Intentó disculparse, pero yo sabía que en realidad no lo sentía.

—No hacía falta venir hasta aquí para que te disculparas. Un mensaje hubiera tenido el mismo efecto.

Lo miré de reojo: a lo mejor pensaba que el asunto me quitaba el sueño.

—Esa no era la única razón por la que quería estar contigo. Hace mucho que no pasábamos una tarde juntos y me apetecía hacerlo. —Se encogió de hombros.

—La gente comparte el tiempo por algún motivo; por amistad, por amor... La idea es disfrutar de la compañía del otro, pero ninguno de esos casos se da entre nosotros. Hace meses que no sé nada de ti, y no es que me importe, pero no es justo que me prepares una encerrona.

—Yo sí disfruto de tu compañía. —Su voz tenía un ligero tono de arrepentimiento—. Te echaba de menos, pero decidí darte espacio. Ambos necesitábamos un tiempo separados para poder ver las cosas desde otro ángulo.

—Sabes que te dejé, ¿verdad? Espero que no lo hayas olvidado.

La sangre había empezado a hervir en mis venas, así que me adentré un poco más en el agua. Hacía cinco meses que lo había dejado, pero tal y como se comportaba, parecía no recordarlo.

—Claro que no lo he olvidado. Cometí un error y no me diste la oportunidad de repararlo —afirmó lleno de remordimientos—. No me diste ni una mísera oportunidad.

¿Era inmune a mis comentarios afilados? ¿Sus sentimientos estaban hechos de puñetero cemento armado?

—¿Un error? —Me detuve en seco y lo miré ojiplática—. No creo que te cayeras por error sobre esa tía, que casualmente estaba desnuda, y acabaras follándotela sin querer. En varias ocasiones. Por el amor de Dios, si no lo hubiera visto con mis propios ojos, serías capaz de negármelo.

Él también se detuvo frente a mí con cara de cabreo. Me pregunté dónde demonios había escondido la careta de arrepentimiento tan deprisa.

Hay que joderse.

—No me refiero a que me la follara por error, sino que cometí el error de follármela cuando te tenía a ti. —Se defendió como si sus actos tuvieran disculpa—. No te valoré lo suficiente. Jugué sucio.

No supe si alegrarme por sus palabras o pegarle.

—Claro, y ahora que te has enterado de que tengo la oportunidad de rehacer mi vida con alguien, se te ha ocurrido reparar el pasado. Me muero por saber cómo pretendes hacerlo.

Comencé a andar de nuevo chapoteando en el agua.

El sarcasmo me irritaba la garganta, pero me hacía sentir más fuerte. Ya no tenía nada que perder con él, y eso lo cambiaba todo.

—No puedes considerar un rollo de una noche como una oportunidad para rehacer tu vida, no seas tan ingenua, por favor. El hecho de que una vez te saliera bien no significa que siempre te vaya a funcionar.

Segunda puñalada recordándome la noche en la que nos conocimos. Cabronazo.

—Y tú no seas condescendiente. No tienes ni puñetera idea de lo que pasó con ese tío; no tiene nada que ver con la noche que nos conocimos tú y yo. Absolutamente nada. Sé quién te lo ha contado, y siento informarte de que no pudo ver más allá de lo que sucedió antes de que nos fuéramos del bar. Un uno por ciento.

Aceleré el paso un poco más. Aquel paseo estaba siendo el más rápido de la historia. Divisé Finisterre a lo lejos.

—Estaba seguro de que no sería nada importante, y confiaba en que tú me lo contarías si hubiera algo más.

Lo miré como si le faltaran media docena de tornillos y algún que otro hervor.

—Por supuesto, estaba deseando mandarte un whatsapp mientras nos enrollábamos en su apartamento de Covent Garden. Lástima que no encontré el momento adecuado, porque tenía las manos muy ocupadas —mentí descaradamente.

La nuestra era una relación muy sana y ejemplar. Sí, señor.

—No hace falta ser sarcástica, ni dar detalles. —Noté dolor en su voz y me importó una mierda. Mi plan no era torturarlo deliberadamente, pero verlo pasarlo mal me estaba gustando demasiado.

No reconocí aquella versión cruel de mí misma.

—Lo que pasó no es de tu incumbencia, pero sigo queriendo saber cómo pretendías reparar tus «errores». —Hice unas comillas en el aire que me recordaron a Gary.

—¿Crees que un simple «lo siento» hubiera cambiado las cosas? —Me miró a los

ojos entristecido—. Porque yo creo que no merece la pena decirlo cuando tus actos demuestran lo contrario. Hubiera supuesto desaprovechar una oportunidad, ensuciarla con excusas y promesas que no iba a cumplir. La verdad es que pensaba seguir haciendo lo mismo: no me importaban las consecuencias, y tampoco pensaba que fueras a pillarme. Pero cuando lo hiciste, me sentí fatal y no pude encontrar la manera de arreglarlo.

—Vale, me he perdido.

Volví a detenerme, esta vez porque habíamos llegado al final de la playa. Él me hizo un gesto indicándome que nos sentáramos en las rocas.

—No puedes reparar tus errores diciendo que no merece la pena pedir perdón por ellos. No funciona así, es justamente al revés.

—Cuando me pillaste no tenía la menor intención de dejarlo; me gustaba lo que estaba pasando y estaba enamorándome de ella, esa es la verdad.

Esa frase me recordó dolorosamente otra que había escuchado recientemente: «Por mucho que lo sienta, no significa que no lo disfrutara». Mierda.

Entonces comprendí mejor que nunca cómo debió de sentirse la ex de Gary, solo que ella tuvo que sufrirlo muchas veces, y encima tenía una canción para recordárselo a diario. ¿Iba a ser capaz de confiar en él? Todo se veía muy distinto desde la jodida perspectiva en la que me encontraba.

—¿Pensabas seguir engañándome? —pregunté sin voz—. No entiendo por qué no me dejaste. Hubieras sido libre. Además, aquella relaciónapestaba. El hecho de que tú te acostaras con otra era solo la punta del iceberg.

Siempre lo culpaba por haberme puesto los cuernos y olvidaba que, antes de eso, nuestra relación ya era muy triste: discutíamos a menudo, él me trataba mal, yo estaba deprimida...

¿Cómo se había comportado Gary con su ex antes de engañarla?

—Nuestra relación noapestaba. No voy a dejar que la conviertas en algo horrible, porque no lo fue. El único problema era que no recibía de ti todo lo que necesitaba y lo acabé buscando fuera de la relación.

Bufé ante sus palabras. Bendita paciencia la que yo tenía.

—Tú no estás bien de la cabeza. Que no recibieras de mí todo lo que necesitabas ¿tal vez tenía una relación directa con el hecho de que tú me tratabas como a una mierda?

—Si alguna vez te he tratado mal, no ha sido solo mi culpa: tú siempre has tenido la habilidad de sacar lo peor de mí. Además, puede que la presión a la que nos vimos sometidos por todo lo que pasó y el miedo a perderte me hicieran cometer alguna que otra estupidez. Pero es que, joder, no me ponías las cosas nada fáciles

con tu comportamiento insensato e infantil.

—Gritarme en público y humillarme no entran en la categoría de estupidez.

Cogió mis manos entre las suyas con una mirada triste.

—Yo te quiero, siempre te lo he dicho sin reparos, y siento mucho que esto haya acabado así. Metí la pata hasta el fondo. Ojalá tuviera una solución instantánea y volviéramos a estar juntos. Haría cualquier cosa por borrar el pasado y recuperarte.

«Ojalá cerraras el pico», pensé mientras retiraba las manos.

Qué diferente era la manera de expresarse de Alex comparada con la de Gary. Mi ex no dudaba en decirme que me quería y Gary, en cambio, nunca había conseguido amar a nadie hasta llegar al punto de decírselo abiertamente. Ambos habían cometido errores graves, pero demostraban el arrepentimiento de una manera muy diferente. Gary admitía el error, pero se justificaba con la imposibilidad de haberlo evitado; Alex, en cambio, culpaba a los demás, en este caso a mí, por haberlo empujado a cometerlos.

—No sé ni qué decirte. Excepto que estás confundido. No me quieres; se trata de sentimientos fantasma, como cuando te rascas el brazo que te han amputado. A mí me pasó lo mismo. Además, creo que necesitas controlar tu carácter, eso para empezar. Ahora mismo ni siquiera puedo pensar en una buena razón para volver contigo.

Envolvió mi cara con sus manos y me miró con cariño.

—Seamos amigos, aunque sea solo eso. Déjame acercarme a ti de nuevo, dame la oportunidad de demostrarte que ahora soy una persona mejor y que he aprendido la lección. Te prometo que no te arrepentirás.

Parecía destrozado, triste y rechazado. Tal y como me hacía sentir cada día mientras duró nuestra relación.

—No quiero perderte, Rebeka. El tiempo dirá todo lo que tú no eres capaz de decir ahora mismo, que todavía me quieres.

Sus palabras me pillaron desprevenida.

¿Todavía sentía algo por él? Sí, no había pasado suficiente tiempo como para haberlo olvidado del todo.

¿Lo quería? No estaba segura.

¿Quería volver con él? No, pero...

—Te daría la razón, pero en ese caso ambos estaríamos equivocados. Solo puedo ofrecerte una amistad, y poco más ahora mismo —contesté satisfecha.

Se alejó y me observó con el ceño fruncido.

—¿El problema es el tío ese? No recuerdo ni cómo se llama... —Se hizo el loco, negándose a pronunciar su nombre. Qué tierno. Aunque yo sabía que la

investigación que había hecho sobre Gary era más valiosa que cualquier informe del FBI. Seguramente ya tenía una lista con todos los detalles que pudieran darle ventaja y atacar en el momento menos pensado.

Maldito abogado pretencioso.

—Se llama Gary. —Me puse como un tomate solo con pronunciar su nombre—. Es el cantante.

Si iba a tratar de venderle la película de que no era importante para mí, estaba bien jodida.

—Me sorprende que sepas su nombre. Al menos te tomaste la molestia de preguntárselo —afirmó con rencor, y yo lo fulminé con la mirada—. Recuerdo haberlos visto tocando hace unos años, pero poco más. ¿Estás segura de que es el cantante?

—Sí, efectivamente. —Asentí mecánicamente.

—En un bar a oscuras, de juerga..., un tío puede soltarte cualquier mentira con tal de meterse en tus bragas, y tú eres bastante crédula y fácil. Espero que no estés confundida.

¿Fácil? Estaba claro que nunca iba a dejar de echármelo en cara. Era un tocapelotas sin remedio. No me comporté como una tía fácil, me comporté como una tía decidida que le arrebató lo que necesitaba.

Si volvía a insinuar algo sobre mi comportamiento, lo iba a ahogar en el puñetero mar. Y es que no debería jugar con una tía cabreada tan cerca del agua.

—Es él, no tengo ninguna duda. Lo he visto ensayando, he estado en su casa...

¿De dónde sacaba tanta serenidad?

—Entonces ¿tienes algo con él? —insistió.

—Ni tengo tiempo, ni paciencia ni una pizarra y tizas para explicarte lo que tengo con él. No es de tu incumbencia.

Sopesé por un instante la posibilidad de omitir que ese fin de semana iba a irme a Londres, pero mantuve la estrategia de soltarle las cosas con claridad. Si se cabreaba, era su problema.

Pensar en aterrizar en Londres hacía que me sudaran las manos.

—¿Te acostaste con él? —preguntó con determinación.

Mi medidor de impertinencias explotó y me clavé las uñas en las manos.

—¡Venga ya! No me acabas de preguntar eso, no puedes ser tan capullo. Además, lo haya hecho o no, es algo que nos concierne a él y a mí. Te estás pasando tres pueblos. Me parece increíble no haber sabido nada de ti en cinco meses y que ni a la media hora me estés interrogando sobre mi vida sexual.

—No te enfades, joder. Solo pretendía saber cómo de dura es la competencia. Sé

que no tengo derecho, pero necesito saber a qué me enfrento y cuáles son mis opciones.

Apreté los labios para no sufrir el mayor ataque de risa de toda mi vida, y conseguí dominar la irresistible tentación de hacer algún comentario sobre «lo dura» que era la competencia. La verdad es que tampoco era plan de hacer leña del árbol caído, aunque lo mereciera.

Lo que no conseguí evitar fue la imagen de Gary en el sofá: yo a horcajadas sobre él, su mano acercando la mía a su... Tenía que dejar de imaginármelo cada diez minutos.

—Este fin de semana lo voy a pasar en Londres. He quedado con él. Creo que debes saberlo.

¿Eso también podía considerarse un pequeño hachazo al arbolito?

—Vaya, pensaba invitarte a acompañarme a Barcelona. Tengo que ir el viernes a recoger unos documentos muy importantes para el bufete de mi padre, y quería que vinieras conmigo. Tal como imaginarás, sigue intentando que deje la universidad y me involucre en el negocio familiar...

Su propuesta hizo que mis ojos se abrieran como platos. Lo que hubiera dado por ese ofrecimiento meses atrás, cuando todavía pensaba que era el hombre de mi vida... Pero no, entonces se dedicaba a ignorarme y aprovechar esos viajes para hacer Dios sabe qué. Y yo me limitaba a no protestar por miedo a que las cosas empeorasen más todavía.

—Gracias por la invitación, pero no.

—Venga, no me digas que prefieres pasar el fin de semana con ese tío que no conoces de nada antes que conmigo.

No me estaba mirando con la esperanza de que anulara lo de Londres para irme con él. No podía estar creyéndoselo tanto...

—Lo siento, pero ya ha comprado los billetes y le he prometido que iré.

—Puedes decirle que te ha surgido un imprevisto, no sé, algo se te ocurrirá. No creo que perder un par de cientos de libras le suponga un problema. Además, cuanto antes termines con él, mejor; menos desilusiones te llevarás.

Su ego podría provocar un eclipse solar y dejar la Tierra a la sombra quince años.

—Alex, no insistas. No va a ser posible. Ya te lo he dicho: me iré a Londres.

—Venga, no me jodas.

«Prefiero jugar con uranio enriquecido antes que irme a Barcelona contigo».

—¡Te he dicho que no! Tengo planes, y los voy a llevar a cabo —dije elevando el tono.

Resopló mosqueado y se puso una careta de indiferencia que le venía grande.

—Como quieras. Si cambias de opinión, házmelo saber. Pese a que sigas siendo una cabezota de cojones, me alegro de que hayamos hablado.

—Yo también —afirmé con un puntito minúsculo de sinceridad.

Volvimos caminando hacia el coche en silencio. No teníamos mucho más que decir; la intensidad de la conversación nos había dejado agotados.

Mientras Alex conducía de vuelta a Bilbao, me apresuré a sacar el móvil del bolso. Tenía tres mensajes y cuatro llamadas perdidas de Gary.

12:38 - Gary Connolly: *¿Hoy no brilla el sol en Bilbao?*

15:12 - Gary Connolly: *Hemos hecho un descanso para comer. ¿Ya te has olvidado de mí?*

17:45 - Gary Connolly: *Estoy empezando a preocuparme de verdad. ¿Por qué no me coges el teléfono?*

19:52 - Rebeka: *Hola, perdona. He estado metida en la biblioteca trabajando en el proyecto y me he dejado el móvil en casa.*

Le mentí porque no tenía ganas de empezar a dar explicaciones. Aunque eso no evitó que me sintiera como una mierda.

Alex paró delante de mi casa en doble fila.

—Gracias por haber pasado la tarde conmigo. Ha sido genial, como en los viejos tiempos. —Apoyó su mano en el respaldo de mi asiento y sonrió.

Vi un gesto de añoranza en su mirada y me pregunté si notaba la diferencia. Volvía a ser feliz y empezaba a ser de nuevo yo, una versión mejorada de mí misma, más valiente y menos sumisa que la chica inmadura que fue su novia.

—Lo único que hemos hecho ha sido discutir, como en los viejos tiempos. Si eso te parece genial... —No terminé la frase; abrí la puerta y me bajé del coche.

22:10 - Gary Connolly: *Me has tenido muy preocupado todo el día. ¿Qué haces?*

22:11 - Rebeka: *Me dispongo a ver un concierto de Everlasting Wound en YouTube.*

Volví a mentirle e intenté no tocar el tema de mi supuesto olvido.

22:12 - Gary Connolly: *Sé que estás evitando hablar sobre la razón por la que me has ignorado, pero que sepas que si lo estás consiguiendo es porque yo lo te lo consiento. ¿YouTube? No quiero que veas un concierto en YouTube, al menos no el primero. Espera al fin de semana.*

Sus palabras me hicieron sentir fatal. Ocultárselo hacía que pareciera grave, y no lo era, pero prefería hablarlo en persona con él que ponerme a dar explicaciones en un idioma que no era el mío y por teléfono.

22:13 - Rebeka: ¿Estás planeando un concierto privado en tu casa?

22:15 - Gary Connolly: Soy capaz de alquilar el Wembley Arena si hace falta, pero hazme el favor de dejar YouTube.

22:16 - Rebeka: ¡Tú me recomendaste que te buscara en YouTube!

22:16 - Gary Connolly: Lo retiro; borracho digo muchas tonterías.

La noche del jueves preparé la maleta teniendo en cuenta el consejo de Gary: ropa para el frío y ropa para temperaturas templadas. Parecía ser que en Londres íbamos a tener distintas versiones del clima británico.

Quedamos en que me esperaba en el aeropuerto, no consintió en que fuera en tren hasta la ciudad.

22:14 - Rebeka: Maleta preparada, y yo también.

*22:15 - Gary Connolly: No pierdas el vuelo; todavía no gano suficiente dinero como para recogerte en un jet privado.
10:35 hora local de Bilbao, no te lés.*

22:16 - Rebeka: Tengo el billete impreso con la hora subrayada, no te preocupes. Te escribo desde el aeropuerto.

22:16 - Gary Connolly: Te veo mañana, querida.

10

BECK'S

—Llegaremos a tiempo, Rebeka, te lo juro por el culito respingón del príncipe Harry. ¡Quita de en medio, gilipollas! —gritó Ana al coche de delante.

Aquella mañana se había convertido en una locura contrarreloj, y mi amiga no conducía lo bastante rápido. Nos habíamos dormido. Habíamos hibernado un par de meses, maldita sea.

Menos mal que la noche anterior lo dejé todo preparado, así que en cuanto salté de la cama ya estaba vestida y con la maleta en la mano. Jamás me hubiera perdonado perder el avión; solo de pensar en la cara de decepción de Gary se me hacía un nudo en la garganta.

Ana todavía iba en pijama y con pelos de loca. No paraba de pitar a los demás coches, y los adelantaba por la derecha mientras soltaba tacos a grito pelado y a todo color. Parecía que estábamos en una versión casera del Grand Theft Auto con el viejo M3 de mi hermano como protagonista. Yo me limité a agarrarme al asiento mientras rezaba en silencio por el alma blasfema de mi amiga, por mi vida de pecadora y por que no hubiera cola en el baño, ya que me estaba haciendo pis.

—Me gustaría llegar a tiempo, pero viva. Soy un poco tiquismiquis —consegui decir entre sus insultos.

Hizo caso omiso a mis palabras y siguió conduciendo como una auténtica psicópata hasta que paró de un derrape delante de la terminal. Me empujó fuera del coche.

Tuve la suerte de poder agarrar mi maleta antes de que saliera pitando de nuevo.

—¡Sé feliz! —gritó con la cabeza fuera de la ventanilla mientras pisaba el acelerador a fondo.

Tuve una premonición sobre cómo iba a ser su viaje de vuelta con toda la adrenalina que le corría por las venas. Me despedí con la mano de mi pobre herencia automovilística. Tal no volveríamos a vernos.

Entré en la terminal corriendo, hice pis casi sin quitarme los pantalones, pasé

corriendo por el control de pasajeros y llegué al trote y con la lengua fuera a la zona de embarque.

Cogí el vuelo por los pelos, justo cuando mi nombre sonaba por megafonía por segunda vez.

Para cuando me tiré en mi asiento estaba empapada en sudor. Para colmo, el resto de pasajeros me lanzaban miraditas de desaprobación mientras tecleaba un mensaje para Gary. Como que no tenía suficiente con la taquicardia que me martilleaba todavía en el pecho.

10:30 - Rebeka: Montada en el avión. Cambio y corto.

Me pasé todo el vuelo muy agitada. Neurótica. Psicótica.

Tan pronto como pude me quité el cinturón y me dediqué a pasear arriba y abajo, abajo y arriba... hasta que una azafata, forzando la sonrisa más plastificada de la historia, me pidió muy educadamente que me sentara de nuevo en mi sitio. Aunque lo que realmente quería la muy pécora era atarme, amordazarme y bajarme a la bodega de carga. Y no se lo reproché. Así que, atrapada en mi asiento, me dediqué a pasar las hojas de la revista de la aerolínea sin leer nada, tamborilear con los dedos en la mesita y contar los tornillos del ala del avión, que, por cierto, tenía uno menos en el lado derecho. Pedí una cerveza para relajarme y unos cacahuetes que acabaron rodando por el suelo de la aeronave.

La señora que estaba sentada a mi lado no dejaba de lanzarme miradas de preocupación. Tal y como era de esperar, acabé sufriendo un ataque inesperado de sinceridad, empujada por la ansiedad que se estaba acumulando peligrosamente en mi cuerpo. Y la cerveza.

—Voy a ver a Gary. —Miré a la señora como si supiera de qué le estaba hablando, y ella me sonrió de una forma muy tierna.

—Ay, querida, no hace falta que lo digas: sé que estás así por un hombre. Esos nervios, tanto corretear por el avión, cómo te tiemblan las manos... Solo dime una cosa: ¿merece la pena?

—Creo que sí —respondí, avergonzada por ser tan transparente—. Es un tío increíble.

—Mi marido me conquistó siendo impulsivo y sorprendente. Todavía hoy es el día que me divierto con él, y no soy capaz de imaginar mi vida de otra manera. Disfruta del momento. Yo llevo con mi Henry cuarenta años y no cambiaría ni un solo día, pero nunca olvidaré los primeros.

—Oh —fue lo único que acerté a decir, boquiabierta.

Pensar en lo bonito que debía de ser pasar cuarenta años con la misma persona me entretuvo durante unos minutos, los suficientes como para que el piloto comenzara con la maniobra de aterrizaje y nos obligaran a ponernos los cinturones de nuevo. El corazón me retumbaba con fuerza contra el pecho, y estaba más que segura de que la amable señora podía escucharlo latir por encima del sonido de los motores. Comencé a tener sofocos; los nervios estaban a punto de hacerme sufrir un colapso o un ataque de risa tan fuerte que derribaría el avión.

Tocamos el suelo de Londres a la hora prevista. Pero para entonces yo ya estaba con mi chaqueta puesta y lista para salir corriendo.

La noche anterior decidí ponerme unos vaqueros negros ceñidos, una camiseta roja de media manga y mi chaqueta de cuero negra favorita, con la esperanza de que a Gary le gustase.

Cuando los motores se detuvieron del todo, saqué mi móvil y lo encendí. Me sugirió cambiar la hora, cosa que acepté con dedos temblorosos; se conectó al wifi del aeropuerto y pitó anunciando mensajes.

10:00 - Gary Connolly: Salgo en breve hacia Heathrow, te veo en un par de horas. Dios, estoy nervioso de cojones. Creo que es la primera vez que tengo una cita con alguien. En plan serio, formal y eso...

11:35 - Rebeka: El avión ha aterrizado. Te veo enseguida. Estoy impaciente.

11:36 - Gary Connolly: No me hables de impaciencia: llevo una hora aquí.

No hacía otra cosa que repetirme que no debía olvidar la maleta mientras empujaba a los pasajeros para que me dejaran salir de mi asiento. Recibí unas cuantas miraditas de cabreo por parte de los intransigentes viajeros, que, si hubieran sabido lo impresionante que era el hombre que me esperaba, me habrían desplegado una alfombra roja.

Por fin nos dejaron bajar del avión. Pasé de largo por la zona de recogida de maletas, taconeando por el suelo de baldosas como un caballo desbocado.

—¡Que tengas suerte, nena! —gritó la señora que había viajado a mi lado.

—¡Gracias! —respondí mirando hacia atrás sin parar de correr y lanzándole un beso al aire con la palma de la mano.

Nada más cruzar las puertas de salida me puse a buscar a Gary entre la gente. Me sujeté a la maleta como si me fuera la vida en ello, incapaz de confiar en mis piernas de mantequilla.

Me mordí el labio angustiada: no conseguía verlo entre el gentío.

Di un pequeño rodeo; estudié un montón de caras desconocidas hasta que de pronto lo vi: sobresalía entre la multitud gracias a su altura.

Estaba a un lado, lejos de la muchedumbre, sujetando algo entre las manos que no llegué a ver bien. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha y me buscaba con la mirada. Con esa mirada azul que derretía a cualquiera que se cruzaba con ella y que él portaba con toda la naturalidad del mundo, como si no fuera un arma de destrucción masiva culpable del calentamiento global.

Me quedé clavada observándolo. Mis recuerdos no le habían hecho justicia a su atractivo.

Llevaba unos vaqueros grises claros bastante desgastados, una camiseta blanca muy ceñida y una chupa de cuero negra. Estaba atractivo a rabiar, pero mis ojos eran incapaces de abandonar los botones del cuello de su camiseta. Tres, y los tres abiertos, dejando a la vista la piel de su pecho, sutilmente salpicado de pelo... Y la cadena plateada que llevaba, que me tentaba a tirar de ella y estampar mis labios en los suyos. El deseable conjunto estaba completado por sus rizos revueltos y una barba incipiente.

Dicen que cuando miras a alguien del que estás enamorado sientes mariposas. Mi estómago parecía el arca de Noé, lleno de animales y en medio de una tempestad. No parecía una mala señal.

De repente, sus ojos se posaron en los míos y me dedicó una sonrisa cálida y sensual, y sí, fue con hoyuelos incluidos. Por lo visto, pillarme con la boca abierta y babeando le resultó de lo más sugerente. Menos mal.

Comencé a acercarme despacio, disfrutando de cada paso que me acercaba a su cuerpo.

Pero paré en seco cuando vi lo que sujetaba entre las manos. Casi derrapé.

Fue él quien acortó las distancias en cuanto se dio cuenta de que yo no iba a ser capaz de moverme. Se detuvo frente a mí y me miró de arriba abajo, como si su mayor deseo se hubiera hecho realidad y llevara toda la vida esperándome.

Madre mía. Ese tío sentía algo realmente fuerte por mí. Una temprana pero voraz atracción.

—¿Oh? —preguntó sonriendo.

Me eché a reír abrumada; incapaz de creer que se hubiera tomado la molestia de llevar lo que sujetaba entre sus manos: un viejo cartel publicitario de metal, típico en la decoración de los pubs. Era de Beck's.

Nadie había hecho algo así por mí. Nunca.

Acababa de enamorarme un poco más de él, y no había dicho nada más que una palabra. Ni siquiera eso: una jodida sílaba y ya me había hecho perder la cabeza.

—¿Hola? —dijo con gesto divertido mientras agitaba la mano delante de mis narices.

Tardé unos segundos en reaccionar; estaba fascinada. Encima, él me complicó la situación un poco más acariciándome la mejilla con dulzura.

—Soy Gary, el rockero del fin de semana pasado. ¿Me recuerdas? —preguntó muerto de risa, recreando la mañana que desperté en su cama.

Lo ideal hubiera sido propinarle un manotazo juguetón en el hombro, pero estaba demasiado ocupada buscando las palabras y sonriendo como una idiota.

—Menudo detalle —farfullé señalando el cartel.

Se ruborizó un poco, pero, aun y todo, me devolvió una sonrisa soberbia.

—Nunca había recogido a una chica en el aeropuerto, así que recordé las palabras de mi madre: la primera impresión es la que cuenta. Tenía que impresionarte. La primera idea fue traerte unas flores del supermercado, pero he pensado que podía currármelo un poco más... ¿Te ha gustado?

—Me he quedado sin palabras —admití lo evidente.

—Esas cosas pasan, querida. Voy a echarte una mano, ahora que ya me recuerdas; deberías empezar por saludarme: «Hola Gary, me alegro de verte, estás muy guapo, te he echado de menos...». —Hizo una imitación bastante pésima de mi voz—. Ese tipo de cosas, ya sabes.

Entonces me abalancé sobre él y lo abracé, tan fuerte que temí hacerle daño. Él hundió la cara en mi cuello y depositó un besito, tierno e inocente, que mi cuerpo interpretó como el acto más ardiente del mundo lanzando escalofríos por mi columna.

Inspiré relajada entre sus brazos. Olía a hogar, intimidad, sexo, risas, sueños, futuro...

—Gracias.

—Gracias a ti por haber venido a pesar de que me porté como un cerdo.

Pocos minutos después, me dio un mordisquito juguetón en el cuello y rompió nuestro abrazo. Quise protestar como una niña a la que le han arrancado de las manos su osito favorito.

—No veo el momento de volver a Londres y disfrutar de estos días contigo... Estoy más nervioso de lo que pensaba.

Me hizo un gesto para que le diera mi maleta, cosa que hice encantada, él me ofreció el cartel.

—¿Puedo quedármelo?

—Lo siento. Joe lo ha quitado del pub con la condición de que se lo devuelva.

—Lástima —dije haciendo un mohín.

En cuanto movió mi equipaje y comprobó el peso, me lanzó una mirada de desaprobación. Pese a todo, lo arrastró entre los coches como si no pesara tanto como una cría de hipopótamo. ¿Quién en su sano juicio no cargaría con toda la artillería?

Salimos al parking y nos acercamos a un BMW gris metalizado gigantesco, que no era para nada el tipo de coche que le pegaba. Porque, vista su casa, no parecía una persona amante de los lujos modernos y ostentosos.

—Es un X4 —comentó como si tal cosa.

Rodeé el coche alucinada con el tamaño, consciente de que el precio debía de ir en consecuencia.

—Parece un tanque. Perfecto para cruzar a Francia sin usar el eurotúnel y ¡sin mojarte!

—Es de Josh. Antes, solía alquilar un coche cuando lo necesitaba, hasta que tuve la suerte de que me tocara un Micra amarillo chillón porque no había otra cosa y tuve que pasar tres días con él. Así que, desde entonces, se lo pido prestado. Aunque es posible que me compre uno para poder venir a recogerte sin depender de nadie.

—Es demasiado grande, pero bonito —opiné contemplando de nuevo el flamante acorazado.

—Si tú lo dices... A mí me parece demasiado llamativo. Pero, bueno, da igual: ha cumplido con su función y esta noche se lo devolveré. Se va a Plymouth a pasar el fin de semana.

—¿Plymouth? —pregunté extrañada.

—Sí, está a unas cuatro horas de Londres, en el condado de Devon. Suele ir todas las semanas. Es una ciudad bonita. Podemos ir algún día, si te apetece.

Asentí moviendo la cabeza arriba y abajo. Y es que el mero hecho de que hiciera planes a futuro me emocionó más de lo debido.

Colocó mi maleta en el maletero; a continuación se me acercó.

—Josh tiene algún rollito en Plymouth ¿o qué? —pregunté.

—¿Te interesa? —Me observó con curiosidad y yo me ruboricé un poco. Más por la intensidad de su mirada que por la pregunta.

—¿A mí? No, qué va. Tengo otros intereses.

Se pasó un dedo por el labio inferior de manera pensativa.

—Tienes otros intereses... No sé si ese plural me gusta mucho.

—¿Estás celoso? —Alcé las cejas.

—Es posible que un poco. Pero no me preocupa demasiado. Esos otros tíos que forman el plural en tus *intereses* no son competencia para mí. Tengo un fin de

semana entero contigo por delante y ellos no —proclamó satisfecho.

Volví a sonreír al recordar «lo dura» que era su competencia.

—Oh. —¿Era el segundo o el tercero?

—No puedo creer lo fácil que te sofocas con mis palabras. ¿Tu zona de confort está más allá de la octava cerveza? —Movié la cabeza negando—. Adoro cómo intentas esconder tras una fachada de timidez a la bestia fogosa que eres en realidad, pero a mí no me engañas. Vamos, sube al coche, querida.

Caminé hacia el lado del copiloto, abrí la puerta y me encontré el volante.

Di un paso atrás desconcertada chocando con el cuerpazo de Gary. Rodeó mi cintura y me hizo girar.

—¿Quieres conducir? —dijo intentando no reírse mientras me ofrecía las llaves que colgaban de su dedo índice.

—Eh..., no. Mejor que lo hagas tú. —Levanté las manos en señal de rendición mientras daba otro paso atrás.

Si mis nervios tenían que conducir aquel tanque fabricado en Alemania, íbamos a acabar mal. MUY MAL. Además, dudaba de que mis pies alcanzaran los pedales.

—Eso pensaba, pero has venido tan decidida a este lado del coche que he supuesto que estabas deseando conducir. —Puso su mano en la parte baja de mi espalda—. Voy a asegurarme de que llegas hasta tu sitio, no vaya a ser que decidas montarte en el maletero.

Me escoltó hasta el lado correcto; después rodeó el coche para sentarse al volante.

Arrancó y *Stockholm Syndrome*, de Muse, salió por los altavoces con tanta potencia que nos dejó pegados a los asientos. Bajó el volumen con una sonrisa traviesa en la cara.

Salió del aeropuerto por una carretera de único sentido, pero en cuanto entró en la autopista, flipé. No es que no supiera que circulaban al revés, pero verlo en vivo y en directo me impactó, y más cuando el fin de semana anterior habíamos viajado en tren.

—Esto es muy raro —dije con la voz temblorosa.

—¿El qué? —Me observó de refilón con el ceño fruncido.

—¡Que cojas las rotondas al revés! Por Dios, estáis locos. Joder, te están adelantando al revés, mira ese coche...

Se echó a reír y me miró como si el asunto fuera divertido.

—Tranquila, sé lo que hago. No hace falta que te agarres así.

Volvió a mirar al frente a la vez que yo soltaba el reposabrazos de la puerta a regañadientes. Me agarré al cinturón por si acaso con disimulo. La verdad era que, quitando la locura de la circulación al revés y la cantidad de tráfico que había,

conducía muy bien. Pese a todo, eso no evitó que tocara la palanca de cambios en un par de ocasiones con intención de cambiar la marcha. Era fácil olvidar que, aunque para ti era como si fueras en el asiento del piloto, en realidad no estabas conduciendo.

—¿Por qué no me cuentas el plan para este fin de semana? —pregunté ansiosa.

—Estás impaciente, eso me encanta. Veamos... Primero vamos a devolverle el coche a Josh; tendrás la oportunidad de preguntarle tú misma si está soltero. Después...

Lo miré horrorizada.

—Estaba bromeando —dijo con tono tranquilizador—. Los padres de Josh viven en Plymouth, por eso suele ir. Y, que yo sepa, está soltero y disponible. Eso sí, rollitos esporádicos, algunos.

—¿Y tú? —solté sin pensarlo demasiado.

—Soltero también.

—¿Rollo esporádico?

—Bastantes —respondió bajito, con arrepentimiento en la voz.

Me miró un par de segundos intentando tantear mi reacción y volvió a fijar la vista en la carretera.

—¿Se te acabaron? —Traté de sonsacarle un poco más, aunque no estaba segura de querer oír la respuesta.

—Digamos que perdí el interés el sábado pasado. Pero hasta entonces he estado viéndome con alguien de vez en cuando. Nada que deba preocuparte ahora mismo, porque ya se ha acabado.

No debería haberme preocupado su vida amorosa antes de conocernos, pero no pude evitar sentir una punzada de decepción y cierto agobio, como si de pronto hubiera descubierto que no era virgen.

—¿A eso te referías cuando mencionaste tus fantasmas?

—En parte sí; quería hacer las cosas bien, porque gracias a mi experiencia en el pasado sé que solapar relaciones no suele funcionar. Ni por muy carnales que sean.

—Me alegro de que me pararas los pies —afirmé con sinceridad, regodeándome en el hecho de que él realmente estaba tratando de hacer las cosas bien.

—Eso lo dices ahora —contestó con ironía.

Decidí que lo mejor era cambiar de tema antes de que nos embarcáramos en otra disputa.

—¿Qué haremos después de dejar el coche?

—No te voy a dar ninguna información hasta que tú me digas qué pasó el miércoles. —Me lanzó una mirada severa.

Mierda. Pensaba que a estas alturas ya se habría olvidado de mi mentirijilla. De todos modos, pensaba sacar el tema en algún momento... Porque, en realidad, era una chorrada como una casa.

—No pasó nada relevante. Simplemente quedé con mi ex para aclarar algunas cosas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó acelerando el coche un poco más de la cuenta y agarrando con fuerza la palanca de cambios, un gesto bastante absurdo, ya que el coche era automático.

—No fue nada importante. Vivimos tan lejos el uno del otro que no quise preocuparte. Además, pensaba contártelo hoy.

—Esas tres excusas las inventé yo. —Sus ojos se convirtieron en dos glaciares—. Si por cada vez que he dicho «no fue nada importante», «no quería preocuparte» o «pensaba contártelo hoy» me hubieran dado un penique..., habría ganado más que con la música.

—No son excusas. Me invitó a tomar un café, fuimos a pasear... Estuvimos hablando y nada más. Supongo que quería disculparse. —Hice una pausa para mirarlo y me lo encontré mordisqueándose el labio inferior—. Pero tienes razón: debería habértelo dicho.

—Si mal no recuerdo, te preguntó por lo que pasó el sábado entre nosotros. ¿Eso sucedió antes o después de sus disculpas?

—Sé adónde quieres ir a parar, soy consciente de ello. Sé que lo que pasó entre nosotros motivó sus dudosas disculpas. Si no, hace meses que lo hubiera hecho. Pero confía en mí: no significó nada. Lo que él tenga que decir no va a cambiar las cosas. De hecho, pasé la mayoría del tiempo tratando de centrarme en la conversación y apartándote de mis pensamientos.

—¿Lo sacaste de quicio hablándole sobre lo fantástico que soy? —Sonrió de medio lado.

—Es posible que un poco. —Marqué la distancia de un par de centímetros entre mi dedo índice y el pulgar.

—Estoy orgulloso de ti. —Me dio una palmada en la pierna y dejó la mano ahí—. Confío en ti, pero la próxima vez cuéntamelo, por muy insignificante que te parezca. Quiero que hagamos esto bien, y no depende solo de mí. No compliquemos la distancia con secretos.

—Lo haré. Y ahora, ¿vas a contarme cuál es el plan?

—Tenemos dos opciones. Esta noche hay un concierto en el pub de Joe; podemos ir. En caso de que prefieras no hacerlo, cenaremos fuera; podemos ver una película en mi casa. Lo que quieras. —Respiró hondo—. Llevo toda la semana

haciendo planes, ¡hasta me he comprado una guía de Londres! Pero los he cambiado tantas veces que al final he decidido que elijas tú. Haremos lo que quieras; la ciudad y yo estamos a tu disposición, este fin de semana y todos los que estén por venir —dijo mientras tamborileaba con los dedos en el volante.

—¿Todo lo que yo quiera? —demandé con picardía, y él se echó a reír.

—Esta vez depende de ti; cuando depende de mí, ya viste cómo acaban las cosas. —Dejó de tamborilear para apretar el volante con fuerza de nuevo.

—Tenías tus razones.

—Sí, las tenía, pero la cagué. Cada vez que recuerdo que te eché en cara mi dolor de pelotas, me las cortaría sin pensarlo dos veces, y no quiero ni hablar de mi disculpa en el aeropuerto. Parece mentira que sea capaz de escribir canciones...

—Si algo no tienes son problemas para expresar lo que sientes, no te agobies. Lo que sucede es que fue demasiado intenso para ambos —dijo con cariño.

—La verdad es que a la mañana siguiente de haberte rechazado estaba muy enfadado conmigo mismo. Me pasé toda la noche en vela preguntándome por qué demonios te había dicho que no quería hacerlo, y a su vez, me reprochaba el hecho de que tenía que poner las cosas en orden antes de seguir adelante. Pero volvía a mirarte acostada en mi cama, y te imaginaba de nuevo sobre mí, sin tu camiseta, moviéndote, tan jodidamente atractiva..., que solo podía pensar en meterme entre tus piernas. —Me dedicó una sonrisa triste—. Cuando te desperté, estabas tan sexy y juguetona, y yo tenía un dolor de cabeza y de pelotas tan horrible que solo quería culparte por todo. Estaba deseando que te fueras y poder aclararme...

—Pues lo conseguiste.

—Sí, me marqué un gran triunfo —dijo con ironía—, pero cuando me vi solo en casa, me cabré más todavía. ¿Cómo coño fui capaz de tratarte así y permitir que te fueras llorando? Porque sé que estuviste llorando, y eso no me lo perdono. —Se presionó el puente de la nariz con los dedos—. No hacía nada más que repetirme que la había cagado por encima de mis posibilidades y que no iba a tener la oportunidad de volver a verte. Joder, para una vez que intento hacerlo de la manera correcta... Cogí el móvil para llamarte y me di cuenta de que ni siquiera tenía tu número. Esa fue la gota que colmó el vaso. Cogí las llaves del coche de Josh y salí pitando hacia el aeropuerto.

—Me sorprendió mucho verte allí...

—A mí me sorprendió llegar de una pieza: este bicho rinde muy bien cuando se le exige. —Acarició el volante con suavidad—. Las dos multas que le han llegado a Josh lo corroboran. En fin, creo que ya me disculpé de la manera más pésima posible en el aeropuerto, pero lo voy a hacer de nuevo: lo siento.

—No te preocupes, la próxima vez tomaré yo las riendas del asunto.

Le guiñé un ojo de manera juguetona, pero no obtuve ningún cambio en su semblante serio, excepto un profundo suspiro.

—La próxima vez espero no acabar cagándola pase lo que pase —dijo con voz triste, cosa que no aclaraba en lo más mínimo si iba a volver a rechazarme.

Opté por dejarlo pasar, porque no era una pregunta fácil de hacer. Además, tarde o temprano acabaría descubriéndolo.

—¿A qué concierto tenías pensado ir?

—Everlasting Wound —comentó como quien no quiere la cosa.

—¡¿Everlasting Wound!?! —grité como una loca, y él me hizo un gesto para que bajara la voz.

A lo mejor me había pasado un poco con la emoción, pero es que ahora que ya sabía lo importantes que eran. Me moría por verlos en acción.

—Josh ha pensado que estaría bien organizar un concierto acústico esta tarde para ir calentando motores para la gira. Algo íntimo y privado con algunos conocidos, gente de la discográfica... Nos gusta hacerlo un par de veces al año; seguir conectando con la gente a un nivel que no te permiten los estadios es genial. Así que, si quieres...

—¿Que si quiero? Claro que sí. —Intenté sonar menos emocionada que en la frase anterior.

—La verdad es que no tengo otra opción —sonrió—, pero así parece que ha sido idea tuya y que estás encantada.

—Me parece un plan perfecto. Será divertido.

—No te creas, los acústicos no son tan espléndidos, perdemos fuerza e intensidad. Además, en un concierto normal estamos los cuatro en el escenario, incluso algún músico más, pero en un acústico solo tocamos Josh y yo. A lo sumo se nos une Chris en algún tema. Si metemos la pata, es más que evidente, y me pone un poco tenso tener tantos pares de ojos mirándome de cerca.

—Yo estaré ahí; puedes mirarme si eso te ayuda.

—Es lo que tengo planeado: estudiar tu cuerpo y tu cara al detalle. Necesito material para recrearme cuando no estés Inglaterra. Así que no te pongas demasiado lejos.

—Estaré en la primera fila, puedes estar seguro. ¿Qué más tienes planeado? —pregunté intrigada, mientras él conducía por las calles de Londres. ¿En qué momento habíamos entrado en la ciudad?

—¿Un poco de turismo? —preguntó dubitativo.

—Suena bien.

Continuamos atravesando las calles del centro, atestadas de tráfico y peatones que cruzaban en todos los sentidos. Si Bilbao era un caos, Londres era la maldita guerra. Gary aparcó el coche, nos bajamos y cogió mi maleta. No tenía ni idea de dónde estábamos.

—Covent Garden está a la vuelta de la esquina. Me has dado suerte encontrando aparcamiento.

—Es la segunda vez que estoy aquí y, sinceramente, no me oriento demasiado bien ni en mi propia casa. ¿Puedes parar un momento?

—Claro.

Se detuvo frente a mí con la duda reflejada en la mirada.

—Coge el cartel de Beck's, por favor.

Obedeció sin preguntar. Lo sujetó entre sus manos y sonrió. La cara se le llenó con esos hoyuelos tan deliciosos que tenía, haciendo que mi corazón se saltara un par de latidos. El pobre iba a sufrir de lo lindo todo el fin de semana.

Disparé la cámara de mi móvil con manos temblorosas y envié la foto.

*16:35 - Rebeka: Así me esperaba en el aeropuerto.
He llegado sana y salva. Te escribo después.*

Percibí cierto miedo en su cara cuando comprendió lo que había hecho.

—Dime que no estoy en Instagram, Twitter o Facebook con un cartel de Beck's sonriéndote como un gilipollas.

—No, solo se la he mandado a Ana.

—Mejor. No me gusta airear mi vida personal más de lo debido; intento separar las cosas todo lo que puedo.

En un par de minutos llegamos a su casa.

Él se dirigió al piso de arriba a dejar mi maleta y, cuando bajó, me encontró en medio del salón sin saber muy bien qué hacer.

—Estás en tu casa, ponte cómoda. Revisa los armarios, róbame toallas...

—Gracias.

—Ahora es cuando me dices que tienes la horrible costumbre de pasearte desnuda, te quitas la camiseta y descubro que no llevas sujetador. Me hago el indignado y disimulo lo cachondo que me has puesto diciéndote que las visitas deben comportarse.

Noté que la cara me ardía y abrí la boca para decir algo, pero las palabras se me perdieron por el camino. Así que me quedé con el buzón abierto y cara de susto.

—Te has vuelto a sofocar. Solo es una broma para romper el hielo —se justificó tratando de esconder una risita de capullo.

Los nervios estaban haciendo su agosto con nosotros. Él sufría incontinencia verbal y yo, timidez extrema. Estar con él me superaba en muchos sentidos. A lo mejor la solución consistía en acabar lo que dejamos a medias la semana anterior.

—Esta noche tienes dos opciones —dijo apoyándose en la barra de la cocina y mirándome fijamente.

—¿A qué te refieres? —Arrugué la frente confundida.

—Solo tengo una cama y un sofá. Lo dejo a tu elección: puedo dormir contigo o en el sofá. No tienes que decidirlo ahora.

Estaba dispuesta a ir despacio, porque era lo que necesitábamos, pero aquello era un límite absurdo y arbitrario. Me descolocó que estuviera dispuesto a dar veinte pasos atrás; no quería un fin de semana de «solo amigos».

—Daba por hecho que íbamos a dormir juntos —susurré, incapaz de ocultar la decepción.

—No me malinterpretes. Estás aquí porque quiero que estés, y deseo dormir contigo, que no te quepa duda. Hasta le he cambiado el nombre al wifi: «disculpado el sexo ruidoso a las dos de la mañana», porque quiero que mis vecinos sepan que has venido para quedarte. Pero delante de ti intento disimular para no incomodarte y demostrarte que puedo ir despacio.

Me eché a reír. Era imprevisible.

—¿La estoy cagando mucho? —Entornó los ojos.

—No, vas bastante bien.

—Entonces, no se hable más: dormiremos juntos. Lo único que necesitas saber es que siempre duermo en el lado derecho y me levanto temprano para salir a correr. No suelo roncar ni hablar en sueños, pero paso bastante calor, así que es probable que amanezca desnudo sobre la cama, y teniéndote cerca... Ya sabes lo gloriosa que puede ser la mañana. Y ahora vamos a comer algo, que tengo que ir a trabajar.

Mi mandíbula pegó contra la barra. Él se giró como si tal cosa, sacó algo de comida italiana de la nevera y la puso a calentar.

—Tengo la vergüenza a estrenar y los filtros ausentes casi todo el tiempo —dijo dándome la espalda—. Ya deberías conocerme.

Comimos sentados en la barra de la cocina. Me habló sobre su representante y sobre la agencia de publicidad que trabajaba para ellos. Tenían a un equipo enorme y un presupuesto todavía más grande. Conocer los entresijos de un grupo musical me resultó de lo más interesante.

Gary recogió la cocina mientras yo continuaba absorta en mis pensamientos sobre lo grande que era Everlasting Wound y la cantidad de dinero que se movía a su alrededor, cosa que me dejaba estupefacta. Probablemente ganaba el dinero a

paladas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó de pronto—. Tengo la sensación de que te has ido a otro lugar, y no quiero saber dónde estás.

Exhalé una larga bocanada de aire. Miré a mi alrededor nerviosa buscando una excusa, porque no era plan de decirle «acabo de caer en la cuenta de que estás forrado».

—En que tenemos el mismo frigorífico —dije como si aquello fuera una señal del destino para que estuviéramos juntos.

«Bien, Rebeka».

Gary me dedicó una mirada comprensiva y cambió de tema. Me preguntó por mis estudios, y yo le conté detalladamente qué fue lo que me llevó a estudiar publicidad, lo que me gustaba y lo que no, y qué pensaba hacer cuando acabara la carrera ese verano.

—Tengo que entregar el proyecto, hacer la defensa, las prácticas y decidir qué hacer a continuación.

—Conozco varias agencias. En caso de que estés interesada en hacer las prácticas aquí, puedo pasarles tu currículum.

La verdad es que nunca me había planteado trabajar en el sector del entretenimiento; siempre había pensado que acabaría trabajando en algún medio de comunicación tradicional.

—Tranquilo, todavía no he pensado qué quiero hacer —mentí.

Varias semanas atrás me había apuntado a unas prácticas en una agencia en el norte de Alemania, cerca de donde vivía mi hermano. Pero estaba segura de que no me iban a coger. Razón por la cual ni siquiera se lo había dicho a mis padres, tan solo se lo había comentado de pasada a Ana.

Así que no contárselo a Gary, técnicamente, no era una mentira.

11

SE SUPONE QUE ES UNA CANCIÓN ROMÁNTICA

—¿Una estrella del rock como tú tiene que cargar con la guitarra a cuestas? ¿Dónde están la limusina y los guardaespaldas? Qué poco glamour. Si llego a saberlo...

Íbamos caminando hacia el pub de Joe. Gary con la guitarra al hombro y yo con el cartel de Beck's.

—Me gusta mantener la esencia, llevar la guitarra, hacer las pruebas de sonido, acordar el *setlist* con los chicos, improvisar... Sin camerinos, sin maquillaje y sin pantallas. Rock en estado puro, que es lo que me gusta, y lo que hacíamos cuando éramos un grupo unido y las cosas todavía no se habían desmadrado —afirmó con pesar—. Cuando tocas al nivel en el que estamos, las cosas son de todo menos normales. Imagínatelo: tú sola en un escenario enorme, los focos te ciegan, solo alcanzas a ver un par de caras difusas en el público y te resulta imposible conectar con el sentimiento que debes transmitir.

—Supongo que cuando has tenido éxito es fácil añorar los viejos tiempos.

—Si cuando empezamos a tocar me hubieran dicho que echaría de menos dormir con cinco tíos en una furgoneta aparcada en la cuneta...

Cuando giramos en la esquina que daba al pub me quedé clavada en el suelo: había una cola enorme que daba la vuelta al edificio, al menos hasta donde alcanzaba mi vista. Menos mal que iba a ser algo íntimo... Los cientos de personas que esperaban en la cola se giraron para mirar al rockero que caminaba con naturalidad a mi lado.

Él me sonrió mientras me apretaba la mano.

—Toda esta gente está aquí porque han recibido una invitación. Hemos enviado unas trescientas.

Tiró de mí para atravesar el gentío. Algunos lo saludaron sin más y con otros, en cambio, se paró a hablar unos minutos. Se desenvolvía con una soltura envidiable.

Cuando llegamos a la puerta, un chico joven chocó el puño amistosamente con el de Gary y nos dejó entrar. Nos acercamos a Josh, que estaba en la barra hablando

con Chris y Sean.

—Me alegro de volver a verte por aquí —dijo Josh mientras me daba un ligero abrazo.

—Yo también me alegro de volver a verte.

Gary saludó a los chicos y le lanzó las llaves del coche a Josh.

—Voy a colocar mis cosas por ahí y a calentar la voz en privado; no quiero que conozcas el rinoceronte que soy en realidad. Enseguida estoy contigo —dijo Gary, para a continuación alejarse hacia el fondo del bar.

—¿Le estás pillando gustillo a Londres? —me preguntó Chris.

—Sí, es más entretenido que Bilbao —dije guiñándole un ojo.

—Ahí tocamos el año pasado, ¿no, Josh?

—Sí, diría que sí. Fue en el festival ese que entramos en el último momento. Creo que era el no sé qué Live...

—¿BBK Live? —pregunté casi gritando.

Los tres asintieron.

Venga ya. Yo vivía en Bilbao, había visto los carteles del festival cientos de veces en la calle, en la universidad, en los bares... Everlasting Wound había estado delante de mis narices y no me había fijado. Empezaba a estar segura de que desde arriba habían trazado un plan para mí, estuviera de acuerdo o no, en el que se estipulaba que debía conocer a Gary en una despedida y no por su faceta musical, dejándome en un ridículo épico cada vez que salía el tema.

Visto que Gary iba a tardar en volver, decidí sentarme en un taburete junto a Josh dejando el cartel de Beck's sobre la barra. Observé frente a mí el hueco en la pared donde Joe lo había tenido colgado. Se acercó a recogerlo y le di las gracias.

—¿Robasteis el cartel? —preguntó Josh mientras Chris y Sean se alejaban hacia el escenario.

Su cara de asombro me hizo sonreír.

—Es largo de contar, pero no: Joe se lo ha prestado a Gary. Es una broma entre nosotros.

Me miró como si le hubiera hablado en chino, pero no me preguntó nada más. Tampoco es que tuviera ganas de ponerme a contar batallitas.

—¿Qué tal van las cosas entre vosotros? —quiso saber con cautela.

—Bien. Estamos empezando, conociéndonos y esas cosas. Ya me entiendes.

Sonreí entusiasmada, pero él se mantuvo serio y miró fijamente el botellín de cerveza que sujetaba entre las manos.

—Te lo pregunto porque en el ensayo del miércoles no parecía estar demasiado... —hizo una pausa buscando la palabra correcta— centrado.

—Que yo sepa, está bien y todo lo centrado que puede estar un rockero... De hecho, está muy contento por el acústico de hoy.

Josh tiró de la etiqueta de su cerveza, hizo una bola con ella, la arrojó al suelo y me dedicó una mirada penetrante.

—La verdad es que no esperaba verte aquí. Gary no me había comentado que fueras a venir. Supongo que tiene otras cosas más importantes en la cabeza que lo mantienen distraído.

Abrí los ojos como platos. ¿Le molestaba mi presencia?

—Vamos a hacer una cosa: te voy a dar mi número de móvil, por si algún día lo necesitas, ya sabes, para que no te sientas sola en Londres y puedas tener un amigo... —Garabateó en un papel el número y me lo pasó.

Lo cogí y lo miré con los ojos entornados.

—¿Hay algo que me quieras decir? —dije sin saber muy bien qué estaba pasando mientras metía el papelito en el bolso.

—A veces se va un poco por la tangente, pero no te preocupes, ya lo irás conociendo —afirmó como si me acabara de dar la hora—. Él es así.

—¿A qué te refieres? —pregunté entre dientes.

—Tranquila, no es nada. Solo quiero que sepas que, si me necesitas, puedes contar conmigo.

No me miró a los ojos, cosa que me puso los pelos de punta.

De pronto noté unas manos en mi cintura, me giré sorprendida.

—¿Te dejo un rato sola y ya estás ligando con Josh? —me preguntó Gary.

Para cuando quise reaccionar, Josh ya se había largado.

—Los rockeros me resultan irresistibles, ya sabes.

Arrugó la nariz, apretó la mandíbula y se acercó a mi oído.

—Entiendo que los tíos quieran ligar contigo, porque eres una preciosidad, pero solo de pensarlo me sale una vena posesiva que no sabía que tenía. Porque es Josh, si no, ya le hubiera roto las piernas por acercarse a ti.

—¡Tranquilo, machote!

Me acarició la mejilla y yo lo aparté de un manotazo. Estaba tensa, aunque probablemente tenía más que ver con las palabras de Josh que con las de Gary.

—No me gusta que te pongas en plan «eres mía y solo mía».

Jamás mantendría otra relación con un tío así; con una vez había sido suficiente.

—No lo hago, pero tampoco puedo permitir que nada me estropee esta oportunidad. Me valgo y me sobro para cagarla yo solito. No necesito que ningún gilipollas se interponga. —Sonrió con cierta amargura—. Te veo luego, querida. ¡Joe, cuidala! Voy a estar un poco liado animando tu garito.

Se alejó hacia el escenario y desapareció por detrás.

Joe se acercó con una cerveza para mí. Le di un buen trago a su salud y me acomodé en medio del local con mi taburete, lista para disfrutar del concierto, ignorando los comentarios de Josh que todavía retumbaban en mi mente.

Pasados los minutos, el pub empezó a llenarse de gente. Cuando parecía que no iba a caber ni un alfiler más, los chicos salieron, cogieron sus guitarras y se colocaron en sus respectivos taburetes, listos para deleitarnos con un poco de rock.

—Buenas noches —saludó Josh al público—, gracias a todos por estar hoy aquí.

—Esto va a ser un poco especial; vais a escuchar cómo desafinamos en acústico —comentó Gary haciendo que la gente se riera, a la par que Josh negaba con la cabeza un pelín avergonzado.

—El primer tema que vamos a tocar es algo nuevo. Esperamos que os guste —añadió Josh acompañado por un punteo rápido de su guitarra.

Pocos instantes después, Gary se unió con sus acordes. Cerró los ojos y comenzó a cantar a un ritmo vertiginoso sobre salir de un bar cuando ya ha amanecido y no saber ni qué día es. No podía dejar de observarlo y de disfrutar con su voz. La canción duró varios minutos, cuando terminó, todo el local estalló en un gran aplauso, incluida yo.

—Ahora vamos con una que ya conocéis —anunció Josh al tiempo que trazaba otra melodía con su acústica.

Gary comenzó de nuevo a cantar y yo lo miré ensimismada; cantaba con devoción para un público que estaba entregado desde el minuto cero, cosa que no era de extrañar, teniendo en cuenta lo sexy que estaba con la guitarra sobre sus piernas mientras acariciaba las cuerdas distraído. Tuve que admitir que sentía celos de aquel instrumento, de sus curvas y de su posición privilegiada. Deseaba ser yo la que estuviera montada en su regazo, necesitaba que me acariciara con sus dedos, tal y como hacía con las cuerdas, y, sobre todo, deseaba terminar lo que había dejado a medias la semana anterior.

De buenas a primeras, recordé la imagen de su cuerpo desnudo bajo las sábanas, y supe que era demasiado tarde para impedir que mi mente sucia empezara a liármela. Me abaniqué discretamente con la mano, di un trago largo a mi cerveza tratando de centrarme en el concierto, pero mis pensamientos ya se habían desatado.

Y lo que tenía enfrente no me ayudaba en lo más mínimo. La sensual manera en la que Gary pronunciaba algunas palabras, sus susurros y ronroneos incendiarios, estaban fuera de lugar en un concierto supuestamente inocente. El morbo que me provocaba era como un elefante de diez mil kilos sentado sobre mis rodillas que no podía ignorar, porque no paraba de darme trompazos en la cara.

Estaba más tensa que las cuerdas de su guitarra. Mierda.

«Oh, dios todopoderoso de la libido descontrolada, ¿por qué me pones esta tentación delante?».

Solo íbamos por la segunda canción, pero aquel concierto ya se había convertido en un suplicio.

Por culpa de Gary mis pensamientos incumplían todos los códigos morales de todas las religiones del mundo. ¡Acabaría siendo una leyenda en el infierno!

Hice un esfuerzo sobrehumano para concentrarme en la música, pero una vez más mi cerebro empezó a trazar un plan descabellado sobre cómo distraer a todos los presentes y secuestrarlo.

Crucé los dedos para que no hubiera nadie en el pub capaz de leer mis pensamientos lascivos y di otro trago a mi cerveza. Levanté la vista y me encontré a Gary dedicándome una mirada de lo más traviesa, pero como estaba segura de que no era capaz de oír lo que pensaba, le devolví mi mejor sonrisa inocente.

¿O sí era capaz?

Me revolví nerviosa en el taburete, miré hacia otro lado y me trinqué lo que me quedaba de la cerveza de un trago. Lo miré de reojo de nuevo; seguía observándome, por supuesto, pero su mirada se había convertido en la más indecente que había visto en mi vida. Noté un cosquilleo recorriéndome la piel, como si la ropa se me estuviera escurriendo.

Miré el techo abrumada por la situación y resoplé más alto de la cuenta.

Cuando volví a observar el escenario, el muy retorcido estaba sonriendo medio escondido detrás del micrófono, que tapaba su boca pero no sus hoyuelos, delatándolo de manera escandalosa. Comencé a sudar y a menear la pierna frenéticamente.

Se notaba a la legua que estaba desconcentrado: rasgaba la acústica distraído, casi improvisando. Y era más que evidente que se había saltado algunas estrofas: las repitió cuando no debía, y aunque carraspeó tratando de retomar el hilo varias veces, fue en balde.

Sabía perfectamente cómo me estaba haciendo sentir y cuál iba a ser el desenlace de aquella situación si la tensión no dejaba de escalar entre nosotros: él acabaría muerto de risa tirado en el suelo y yo corriendo sin rumbo por las calles de Londres.

La gente empezó a darse cuenta de que algo estaba pasando, cuchicheaban a mi alrededor, y para colmo, Josh llevaba un rato con el ceño fruncido y nos lanzaba miraditas de desaprobación. ¡Como si yo tuviera la culpa!

Llegó un momento crítico en el que Josh tuvo que hacerse cargo de la situación y empezar a cantar, ya que Gary había dejado de hacerlo y parecía estar a punto de

morir por un ataque de risa. Mis sospechas no iban desencaminadas: a los pocos segundos paró de tocar pegando un golpe sobre las cuerdas de su guitarra.

Alzó la mirada todavía sonriendo, rodeado por el silencio sepulcral que se había apoderado de todo el pub. Incluso los camareros que estaban trabajando en la barra se detuvieron para mirarlo. Pero el ataque de risa no explotó. Fue mucho peor que eso.

—Puedo tocar la guitarra y cantar delante de veinte mil personas y ni siquiera notar que están ahí. —Hizo una breve pausa y su mirada conectó con la mía—. Pero no delante de ti cuando me miras así. Tus pensamientos retumban por todo el pub como si fueran el maldito Big Ben.

El público se debatía entre pensar que el concierto había acabado o que estaba gastando una broma a alguien.

—¿Me estás imaginando desnudo? —Movi6 su guitarra a un lado para mostrar su cuerpo—. ¿Es eso?

Como era de esperar, las carcajadas que explotaron a mi alrededor. Incluso Josh tuvo que taparse la boca con la mano para disimular, y Chris y Sean estaban en una esquina doblados por la risa. Di gracias a Dios porque la gente parecía no haberse percatado de que era conmigo con quien hablaba.

Pero para mi desgracia, Gary se levantó del taburete, se abrió paso entre la gente y, cuando estuvo a mi altura, agarró mi barbilla para que lo mirara a los ojos. Yo me quería morir, como poco.

—Hace un momento no sabía ni en qué cuerda estaba tocando, y hace rato que he perdido la línea de la letra —me susurró al oído con la voz ronca—. De hecho, creo que estaba cantando una letra que ni siquiera es nuestra. Vas a arruinar mi carrera. Eres mi peor distracción.

De repente fue como si no hubiera nadie a nuestro alrededor.

«¿Me lo llevo al baño y dejamos el concierto a medias? ¿Qué concierto?».

—Yo no he hecho nada —mentí con una vocecilla más aguda de lo normal, y él asintió mientras alzaba una ceja.

—Tensión en los hombros, piernas cruzadas, labio apresado entre los dientes, rubor en las mejillas, ojos brillantes... Y encima *esa* mirada.

—¿Qué mirada?

—La misma que el domingo pasado a horcajadas sobre mí, *esa* mirada cargada de lujuria capaz de ponérsela dura a cualquiera —acarició mi labio inferior con el pulgar—, a mí y a cualquier tío en un kil6metro a la redonda.

Por lo visto, llevaba un cartel luminoso en la frente que decía «cachonda a bordo» y él era un higroscopio andante. Acababa de descubrir su superpoder.

Podría haber ganado ese juego obsceno de haber estado más atenta, pero tenía la vista nublada, el buen juicio descontrolado y todos los músculos del cuerpo contraídos. Y ni puñetera idea de cómo abordar esa situación. Así que me limité a respirar para mantenerme viva.

—Cuando acabe el concierto hablaremos sobre cómo has caído rendida ante mis encantos norirlandeses, y lidiaremos con toda esa tensión que te tiene tan acalorada, pero mientras tanto, trata de disfrutar de la música y deja de despelotarme con la mirada. Es más que evidente. No seas tan impaciente.

«Tocada y hundida. Y empapada».

Soltó mi cara, cogió el botellín de cerveza vacío de mis manos y se giró hacia el público, que lo observaba con diversión.

Y eso que no habían escuchado toda la conversación. ¡Ja!

—Por favor, que alguien le saque otra cerveza a mi chica a ver si se distrae y deja de desnudarme con la mirada, y yo consigo acabar este concierto y llevármela a casa.

El muy cabrón volvió al escenario tan tranquilo, meneando con gracia su apetecible culito.

Pronto tenía como unas veinte manos a mi alrededor ofreciéndome cervezas de todo tipo.

Seguía esperando que el suelo del pub se abriera a mis pies y me tragara, cuando, sentado de nuevo en el taburete, sus ojos azules se apoderaron de los míos.

—Relájate, Rebeka —murmuró con su tonito provocador—. Tendremos novecientos sesenta oportunidades de perder los papeles en casa.

Toma. Decir que me puse roja sería quedarse muy corta, porque estaba segura de que me estaban viendo desde la estación espacial.

—¿Quieres decir algo? —Me ofreció el micro con una sonrisa arrogante.

Bufé y me bebí la cerveza que me había dado un desconocido de trago. Él empezó la canción de nuevo desde el principio, como si no hubiera pasado nada, mientras Josh continuaba atónito a su lado con una sonrisa de incredulidad en la cara.

El resto del concierto lo pasé tratando de mirar lo menos posible a Gary, porque seguía buscando cualquier excusa para volver a decirme algo que me pusiera en evidencia, y yo no estaba dispuesta a ser de nuevo el centro de atención. De hecho, buscaba mi mirada en cada canción y yo lo rehuía. Tiré del bajo de mi camiseta y hasta me planteé taparme la cara en plan futbolista, pero enseñar las tetas no parecía la mejor opción para aflojar la tensión. Lástima no haber tenido a mano unas gafas de sol con un bigote enorme.

Jamás en toda mi vida había pasado semejante bochorno, pero sospechaba que no iba a ser el único.

Durante la hora y media que duró el concierto, me entretuve mirando los cosidos de mis vaqueros, a la pareja que bailaba agarrada a mi lado, las juntas entre los listones de madera del suelo... Cualquier cosa, con tal de que no pareciera de ningún modo que estaba desnudando a alguien.

12

HALLEY NO ES UN COMETA

Cuando terminaron de tocar, Gary se acercó a mí y me besó en la mejilla delicadamente, mientras algunas personas nos observaban con curiosidad. Tal vez esperaban más espectáculo del que ya les habíamos regalado.

—¿Te ha gustado? —Sonrió de oreja a oreja.

—Te voy a matar. Me has hecho quedar como una calentorra delante de toda esta gente.

Crucé los brazos sobre el pecho intentando parecer enfadada. Él fijó la vista en mi escote y carraspeó.

—He conseguido que te excites viendo mi actuación, ¿verdad?

La sonrisa obscena que me dedicó estuvo a punto de desintegrarme. Solo él era capaz de soltar semejante grosería y hacerme sentir cosas.

—Estoy muy cabreada contigo. Muchísimo. No me hagas reír, por favor.

Ambos sonreíamos como dos idiotas. Maldita sea, su sonrisa, además de dejarme fuera de juego, me hacía replantearme hasta que la tierra fuera redonda.

—Te voy a matar —repetí entre dientes.

—¿Pensabas que me iba a frenar porque tú te fueras a cabrear? Estabas desflorando mi honor con tu mirada y sabe Dios qué más. Tengo todo el derecho del mundo a defenderme y devolverte la jugada.

—Oh vaya, ¿te has sentido ofendido? Porque yo me he sentido un pelín humillada. Solo un pelín —dije con ironía.

Se puso serio y me acarició la mejilla con dulzura.

—Nada más lejos de la realidad. Me he sentido atrapado. Solo deseaba tirar mi guitarra a tomar por saco y hacértelo sobre la barra.

Dejé de recordar la razón por la que quería matarlo, la dirección de mi casa y cómo demonios debía respirar.

—Creo que lo del fin de semana pasado nos está pasando factura —añadió apenado.

—Tienes un problema muy serio con la idea de hacérmelo en público y nunca en privado. ¿Será este pub? —Miré alrededor con los ojos entornados—. ¿El espíritu irlandés que empapa las paredes?

—Eres tú la que se empapa y me obliga a hacer el mal.

Claro, era yo la única calenturienta en dos kilómetros a la redonda según el hombre más incendiario de todo el jodido planeta.

—Es lo que hay. Dios me podría haber condenado a sufrir soberbia, tal vez así me valoraría más como persona, y no este apetito desmedido hacia los placeres carnales, esta lujuria de mierda que me deja en evidencia cada dos por tres. Pero soy humana, es mi maldición. Y tú juegas con mi libido a tu antojo. Te agradecería que no lo hagas si no piensas terminar lo que empiezas —afirmé con retintín.

Me lanzó una mirada mordaz.

—Me gusta que reclames las deudas. Está claro que voy a tener que compensarte por el calentón de la semana pasada.

—Y por lo de hoy. Lo que nos lleva al primer punto: te voy a matar.

—Me echarás de menos.

—Achucharé tu cadáver mientras siga caliente.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca. —Se echó a reír como un loco y a continuación se puso serio—. Soy todo tuyo. Puedes hacer lo que quieras conmigo, incluso matarme después de haberte saciado con mi cuerpo cual mantis religiosa.

—Levantó las cejas de manera sugerente—. Vamos a tomar algo antes de que cometas una locura y empieces a comerme por donde no debes.

Nos sentamos a la barra, y mientras Gary pedía nuestras bebidas vi que Josh estaba hablando con algunas fans que lo tenían acorralado. Parecía sentirse a gusto; supongo que cuando llevas quince años subiendo a un escenario pierdes parte de la vergüenza y te acostumbras a hablar con desconocidos sobre banalidades. El resto de los miembros del grupo estaban al otro lado del pub tomando algo y hablando.

—Debería recoger mi guitarra, no quiero parecer vanidoso. Espérame aquí, vuelvo en dos minutos. —Saltó de su taburete y se alejó corriendo hacia el escenario.

Joe me sirvió una Beck's. Estaba claro que esa era mi cerveza y que no había la posibilidad de pedir otra cosa en aquel pub. Aunque tal vez necesitaba a mi colega el germano maligno para poder lidiar con Gary como una adulta y que no me desarmara cada dos por tres.

—Hola, Rebeka. —Escuché una voz femenina detrás de mí.

Me giré para encontrarme con una rubia, bajita y con unos maravillosos ojos azules muy vivos.

—Soy Lucy —dijo como si yo debiera conocerla, pero no tenía ni idea de quién era—. La novia de Chris.

—¡Oh, vaya! Encantada de conocerte. No sabía que tuviera novia.

A lo mejor soné un poco decepcionada, nada más lejos de mi intención, pero me sorprendió que un tío como él estuviera pillado.

—Encantada. Bueno, cuéntame, ¿qué te ha parecido el concierto? Chris ha comentado que es la primera vez que los ves en directo.

—Sí, supongo que el ensayo de la semana pasada no cuenta. Creo que no soy la mayor fan del grupo en este pub —susurré mientras daba un sorbo a mi cerveza.

—Tal vez es lo que le gustó de ti a Gary, quién sabe, pero desde luego que es de lo más curioso. ¿En qué tipo de cueva has estado escondida? Porque es casi imposible no conocerlos, y eso que Chris, gracias a Dios, siempre está en segundo plano. Con Gary es una locura.

—No me puedo hacer una idea —dije pensativa.

Me resultaba imposible medir las consecuencias de su carrera y lo que podría afectar a nuestra relación si las cosas seguían escalando entre nosotros.

—¡Ya te digo yo que no tienes ni idea! Connolly es el alma y la cara del grupo; la gente lo quiere a él, mueve a las masas a su antojo. Es increíble lo lejos que ha llegado y todo el camino que aún le queda por recorrer. —Habló con mucho orgullo y cariño—. Es muy bueno en lo que hace, y los chicos confían plenamente en él. ¡Chris lo tiene casi idolatrado!

—Vaya... ¿Llevas muchos años con Chris?

—Sí, nos conocimos durante la construcción de Stonehenge, así que imagínate.

Abrí la boca para decir algo y me quedé tal cual. Ella sonrió traviesa.

—Lo conocí en el instituto, hace como diez años, ¿puedes creerlo? Hemos tenido nuestras idas y venidas... Sé que suena aburrido llevar tanto tiempo enamorada de la misma persona, pero puedes estar segura de que estos años junto a él han sido de todo menos aburridos. Tener a Gary cerca te asegura una vida impredecible, y si tu chico está tan loco como para seguirlo hasta el fin del mundo...

Ambas nos reímos, sobre todo cuando miramos a Chris, que estaba distraído dándole todo tipo de explicaciones, con pies y manos, a Sean.

—Perdona que me entrometa, pero ¿tú y Gary...? —Hizo un gesto con las cejas arriba y abajo.

—¿Te refieres a si estamos juntos?

—Sí, bueno... Los chicos no saben qué pensar, y tampoco son muy de preguntar, ya sabes. Hemos estado especulando.

—¿Y habéis llegado a alguna conclusión? —la interrogué muerta de curiosidad.

—Está claro que no eres un rollo de una noche. Sean decía que, si lo fueras, jamás te hubiera traído al concierto, y yo estoy de acuerdo. Chris comentaba que tal vez sois solo amigos. ¡Mi pequeño inocente! —Se encogió de hombros con un gesto divertido—. Pero después de haber visto cómo tonteaba Gary contigo desde el escenario, no me cabe la menor duda: no se trata solo de una amistad. Ha sido maravilloso, es tan diferente... Nada que ver con la época en la que estaba saliendo con su ex.

—¿Y cómo era con ella? —pregunté atónita.

—Gary siempre se comporta de la misma manera; es descarado, pasional y divertido, pero ella le hacía sacar lo peor de sí mismo provocándole a cada momento. Trataba de llamar su atención y lo ponía en situaciones bastante tensas con tal de conseguirla. De manera que, acabábamos viendo una versión diferente: descontrolado, enfadado, arisco y manipulado. Nada agradable.

—¿Cómo lo provocaba? ¿Qué hacía?

—Bueno, generalmente intentaba ponerlo celoso de las maneras más rastreras que puedas imaginar, desde tumbarse en el regazo de Josh hasta darle cachetes en el culo de manera juguetona a Sean, ¡a nuestro Sean! Menos mal que nunca llegó a tocar a Chris delante de mí, porque la hubiera arrastrado de los pelos. —Sonrió con malicia. Yo me atraganté con mi propia saliva y empecé a toser—. Gary no soportaba la presión, y cuando estaba sobrepasado, ella lo presionaba aún más. Finalmente tenían una discusión épica, ella lloraba y gritaba, hasta que conseguía hacer las paces con él de manera escandalosa. Era la reina del drama y nosotros, su público favorito.

—¿Por qué no la mandaba a tomar por saco?

—Porque de alguna manera que desconozco lo tenía cogido por las pelotas. Encima, estaba loco por ella. Nunca había visto a una persona tan enamorada, al menos hasta que lo he descubierto tonteando contigo. —Hizo una pausa y comprobó que no hubiera nadie a nuestro alrededor—. Recuerdo un concierto en Belfast como el mejor ejemplo de lo sociópata que es la pelizorra.

—¿Pelizorra? —Sonreí alucinada con la palabra.

—Chris y yo la llamamos así. —Sonrió ella también.

—¿Y qué pasó en Belfast?

—No puedo darte detalles, porque no estaba allí, pero digamos que Gary tenía unos planes y que, para cuando los quiso ejecutar, su ex estaba coqueteando con quien no debía. Hubo una pelea brutal entre bastidores que el alcohol y la droga convirtieron en una batalla campal en la que Gary acabó rompiéndole la muñeca a Josh. Chris tuvo que intervenir y separarlos. Creo que se les fue tanto de las manos

que ni sabían a quién pegaban. Fue lamentable.

—¿Le rompió la muñeca a Josh?

Algo muy grave debió de provocar que Gary perdiera los estribos de esa manera y acabara pegando a un buen amigo como era Josh.

Lucy asintió con pena.

—A su ex solo le faltó aplaudir como una foca. Cuando aparecieron los seguratas, les contó la pelea con un orgullo y una satisfacción que Chris casi la estrangula. Después de aquello cancelaron la gira y estuvieron a punto de dejar el grupo. Tardaron casi un año en juntarse de nuevo. Ni siquiera se dirigían la palabra.

Me estaba quedando a cuadros.

—No entiendo cómo pudo llegar a hacerle eso a Josh —afirmé disgustada.

—Yo tampoco. Chris nunca quiere hablar del tema; lo zanjaron entre ellos. Pero Everlasting Wound ya no es lo que era, ni Gary tampoco. Queda mucho rencor entre ellos.

De pronto los enormes brazos de Gary estrujaron a Lucy, haciéndola dejar la historia a medias.

—Vaya, vaya, Campanilla. Ya veo que conoces a Rebeka.

Lucy le arreó un codazo en las costillas provocando que él se echara a reír con sorna. La verdad es que tenía cierto parecido con el personaje de Disney, pero visto cómo se las gastaba, no me atreví a mencionarlo.

—Te he dicho mil veces que no me llames «Campanilla», capullo. Y sí, visto que tú no estabas dispuesto a hacerlo, me he presentado yo solita. Ya era hora de que hubiera otra chica en el grupo, me sentía muy sola. —Hizo un mohín.

—Cuando las chicas empiezan a abundar en los grupos significa que los rockeros se están haciendo viejos.

—Habla por ti, Connolly. Chris y yo nos sentimos más jóvenes que nunca, aunque yo en realidad lo soy, bastante más que tú. Justo acababa de comentarle a Rebeka que los chicos y yo hemos estado especulando acerca de vosotros. ¿Verdad?

—Cierto, me he quedado sin saber el final —contesté con timidez.

Me gustaba mucho Lucy: no tenía pelos en la lengua, además de que era divertida y ocurrente. Gary se sentía cómodo con ella; noté que la apreciaba por la forma en que la había abrazado y cómo la miraba. Pensé que tal vez algún día podríamos ser amigas, incluso que los cuatro podríamos salir por ahí.

Me estaba haciendo ilusiones con nuestra relación.

—No hace falta que especuléis. Solo tenéis que preguntarme.

Lucy soltó una sonora carcajada.

—Sabes que especular es más divertido que preguntar, sobre todo después del

espectáculo que has dado hoy. Pero está bien... Cuéntame, Connolly: ¿qué hay entre vosotros? Dame los detalles morbosos y no escatimes.

No se andaba con rodeos, aunque tuve que admitir que a mí también me interesaba la posible respuesta de él.

—¿Qué hay entre nosotros? ¿Tú qué dices, Beck's?

—No domino vuestro idioma lo suficiente como para seguir esta conversación — dije al tiempo que levantaba las manos en señal de inocencia y ponía cara de buena.

Era posible que a esas alturas de la noche ya hubiera bebido un poco más de la cuenta, pero fue para sentirme más tranquila e integrada, incluso para mejorar mi acento inglés y pasar desapercibida, pero de ninguna manera estaba preparada para esa conversación.

—Esta chica me gusta mucho —apuntó Lucy—. Tendrás que salir de esta tú solito.

Se quedó pensativo durante unos segundos, mirando el cartel de Beck's. Lucy no perdió detalle. Yo comencé a contar los vasos de la barra un pelín agobiada. Gary se pasó la mano por el pelo y volvió a mirarnos.

—Lo que hay entre nosotros es todo lo que necesitamos ahora mismo. —Me miró buscando mi aprobación, a lo que respondí asintiendo levemente.

Estaba de acuerdo en que en aquel momento teníamos todo lo que necesitábamos, aunque yo albergaba la esperanza de que ambos necesitáramos más. Yo necesitaba más.

—¿Entonces puedo tacharte de mi lista de los solteros más codiciados de Londres?

—Puedes hacerlo.

El corazón me dio un vuelco; de no ser porque hubieran pensado que estaba chiflada, me habría echado a reír como una histérica dando saltitos de alegría por todo el bar.

—Pero haz la raya que tache mi nombre a lápiz, no vaya a ser que la tengas que borrar.

¿Borrar? ¿Qué demonios significaba eso? Arrugué el morro disgustada.

—Connolly, Connolly... Tan poético y poco conciso como siempre que se trata de tu vida personal... —dijo Lucy negando con la cabeza—. Creo que voy a dejaros un ratito solos para que habléis de vuestras cosas... Rebeke, espero que Gary organice una cena dentro de poco y podamos vernos de nuevo.

Le guiñó el ojo a Gary, se dio media vuelta y se acercó a Chris.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté algo disgustada.

—¿El qué? —Me miró extrañado.

—Eso de borrar la raya.

—Eres tú la que tiene el borrador en la mano. Ya te he dicho que quiero ir despacio. ¿Tú cómo vas?

—Apenas me has besado desde que he llegado. —Hice un mohín—. Así que no voy bien, creo que es bastante evidente.

Mi deseo estaba descontrolado por la tensión que estaba acumulando desde nuestro «*momentus interruptus*» del fin de semana anterior, y el concierto no había mejorado la situación en lo más mínimo. Y sus comentarios, menos.

—¿Estás con el síndrome de abstinencia? ¿Sufres las consecuencias de haberme visto desnudo?

El muy capullo se lo estaba pasando pipa con el asunto. A mí empezaba a cansarme.

—Es posible.

—¿Duele?

—No sabes cuánto.

—Te aseguro que sí. —Ladeó la cabeza y alzó las cejas con un gesto de ironía.

—Técnicamente toda la culpa es tuya; yo solo soy una pobre tía insatisfecha de la que llevas cachondeándote toda la noche, qué digo, ¡todo el día!

—No me estaba cachondeando, estaba intentando romper el hielo, pero, por lo visto, no es lo mío. Supongo que vacilarte es mi manera de tantear el terreno, de ver en tus reacciones que sientes lo mismo que yo. Es posible que también sean los nervios, que me hacen desvariar un poco.

—Pues yo empiezo a no verle la gracia. Dices que quieres ir despacio, pero me provocas cada vez que tienes una oportunidad y luego no haces nada, me dejas así... Me estás volviendo loca. Por cada insinuación que hagas me voy a tomar un chupito; así al final de la noche estaré a la altura de tu descaro.

—¿Por qué no te tomas uno cada vez que tengas un pensamiento subido de tono? Porque las miraditas que me has lanzado durante todo el acústico superan con creces cualquier cosa que yo pueda hacer o decir en un millón de años.

Le lancé una mirada cargada de significado y él me regaló una sonrisa con hoyuelos. *Touchée*.

—Que yo quiera ir despacio no significa que tenga que soportar el peso de todas las decisiones. Puedes acelerar el proceso; creo que seré capaz de seguirte. Además, llevo toda la semana preguntándome qué demonios implica ir despacio. Tal vez debería comprarme alguna revista de tías e investigar a fondo.

Se colocó entre mis piernas y puso sus manos en mi cintura.

—Claro que puedo acelerarlo. —Sonreí—. Incluso puede que acabe saltándome

alguna fase. O todas.

—¿Quieres que pasemos directamente a la fase en la que nos hacemos tatuajes a juego y meo con la puerta del baño abierta?

—Eso significaría llegar a la etapa en la que el erotismo de la relación ha muerto. —Lo miré con fastidio—. Lo siento, pero, para eso, prefiero que sigamos en la etapa inocente.

—Te voy a pedir una cosa, casi te lo voy a rogar: siempre que sientas la necesidad de recibir algo de mí, cógelo sin preguntar. No puedes estar esperando a que yo te bese; si realmente es lo que quieres, hazlo. Da igual dónde estemos y con quién: siempre me encontrarás con los brazos abiertos dispuesto a darte todo lo que tengo. —Me dedicó una mirada intensa—. Sé sincera y haz lo que te dicta el corazón: todo será mucho fácil.

—No quiero que vuelvas a pararme los pies, con eso me conformo. No quiero que se repita la discusión de la semana pasada.

—¿Ese es el problema? Puedes estar tranquila, esta vez no te has puesto la lencería sexy en balde. Sé lo que quiero, y no me voy a frenar en ningún sentido. Te aseguro que no voy a permitir que volvamos a discutir por sexo; es lo más absurdo que he hecho jamás.

Me acerqué a sus labios mientras sus ojos me observaban muy abiertos y lo besé, tal como había estado deseando desde que me había bajado del avión.

Al principio fui yo la que marcó el ritmo, saboreando cada instante.

Lo besé con devoción, moviendo mi lengua suavemente contra la suya; hice que mis manos se enredaran en los rizos de su nuca y tiré de ellos. Gary soltó un pequeño gruñido y cogió el mando. Rodeó mi cara con sus manos, acercó su cuerpo más al mío convirtiendo el beso, que hasta aquel momento había sido suave y cariñoso, en otra cosa. Más agresivo y pasional, con el objetivo de arrancarnos la ropa bien definido.

Me sentí feliz. Cosa que me sorprendió, porque hacía mucho que no conectaba con esos sentimientos de una manera tan intensa.

Continuamos besándonos hasta que pasados los minutos noté que mi móvil vibraba en mi bolso. Él también se dio cuenta, y con un leve gemido de protesta se alejó de mis labios. Me miró con una extraña mezcla de exasperación y excitación.

—He notado un vibrador. ¿No estamos solos? —preguntó con picardía—. ¿Te has traído algún juguetito?

—¿Vas a necesitar refuerzos? —le vacilé.

—Me suelo apañar solo, pero todo depende del nivel de exigencia.

—Ambos sabemos que era mi móvil y no un vibrador, ¿verdad?

—Me gustaba más la posibilidad del juguetito.

—Mente sucia...

—Sé que te encanta mi mente sucia casi tanto como a mí que cojas la iniciativa, aunque debo admitir que yo llevo el ritmo bastante mejor que tú. Será que mis conocimientos musicales por fin me sirven para algo.

—Tendrás que enseñarme.

—La clave es practicar. ¿Piensas mirar tu móvil? Ya que nos ha interrumpido, espero que por lo menos sea importante.

Descolgué el bolso de mi hombro y lo abrí para buscar mi móvil bajo su atenta mirada.

Tenía dos mensajes, uno de Ana y otro de Alex.

19:35 - Ana: Ese cartel le quedaría muchísimo mejor estando desnudo, deberías hacérselo saber. El cartelito es tan jodidamente pequeño...

22:21 - Alex: ¿Estás en Londres? He pensado que puedo pasar a recogerte por el aeropuerto cuando llegues. Estoy en Barcelona tal como te dije, pero volveré mañana por la tarde.

Gary seguía mirándome atento mientras yo volvía a guardar el móvil sin haber contestado a ninguno de los dos mensajes.

—Eran Ana y Alex. —Decidí decirle la verdad sin que tuviera que preguntarme—. Ana dice que estarías bastante mejor desnudo detrás del cartel de Beck's, y Alex se ha ofrecido a recogerme en el aeropuerto cuando vuelva.

—Dile a Ana que ya te encargas tú de desnudarme sin que yo tenga que quitarme la ropa. En cuanto a tu ex, pensaba que apenas teníais relación, pero cuando alguien se ofrece a recogerte en el aeropuerto denota que tiene ganas de verte. —Me miró con ojos sinceros mientras un fogonazo me encendía las mejillas—. Y no me siento cómodo.

—Gary, te lo he dicho antes: no tienes que preocuparte. No hay nada entre nosotros.

—En ese caso déjame que le conteste a tu ex.

Metió la mano en mi bolso y yo le arree un manotazo.

—¡No! Estate quieto.

Resopló y los rizos de su flequillo se alborotaron.

—Entonces háblame de vuestra relación.

—¡Ya te lo he contado!

Sonrió con malicia y me acarició la mano.

—Oh no, querida. No lo has hecho, y lo vas a tener que hacer, porque veo mucha confianza en su ofrecimiento, más de la que me gustaría y más de la que tú me has contado. Y la confianza importa, casi más que la atracción.

—Para mí no hay ningún tipo de confianza: es la última persona a la que me apetece ver después pasar el fin de semana contigo. Ojalá no tuviera que irme.

—No lo hagas. Londres está lleno de oportunidades —afirmó tajante.

Me eché a reír.

—No puedo dejarlo todo de repente y quedarme aquí. Familia, estudios, amigos... La lista es interminable. Además, apenas te conozco...

—Tal vez más adelante tengamos que discutir este tema, pero no esta noche, no cuando todavía estamos... ¿En la segunda fase hemos dicho? Esa fase en la que no dejo de besarte y planeo cómo te voy a engañar para llevarte a mi casa esta noche y tú me cuentas cómo te corriste en alemán mientras te haces la borracha.

—Eso no vale; no puedes manipularme con las cosas que te conté el fin de semana pasado, y sabes perfectamente que voy a dormir en tu casa esta noche. —Le saqué la lengua.

—Lo sé, pero pienso ganármelo, como el sábado pasado.

Ambos nos echamos a reír.

Si Gary había decidido ganarse algo, iba a luchar a muerte hasta conseguirlo. Yo iba a dormir en su casa, pero estaba deseando ver qué tipo de cosas se le ocurrían para convencerme.

Miré distraídamente a la gente que nos rodeaba mientras daba un trago a mi cerveza. Vi a Lucy y Chris besándose cerca de la pared que conducía al baño; me pareció de lo más tierno que se enrollaran como adolescentes. Sean estaba cerca de ellos hablando con un par de tíos. A Josh, en cambio, me costó localizarlo; se encontraba a unos pocos metros detrás de Gary, apoyado en la barra con una pelirroja despampanante delante de él.

—¿No me habías dicho que Josh estaba soltero?

—Sí, lo está. —Se giró para mirar—. Esa es Halley.

Sospeché que Halley no era un cometa; me mordisqueé el labio inquieta.

—Lo dices como si tuviera que conocerla.

—No creo que la conozcas, pero me has oído hablar de ella por lo menos en una canción.

Desde donde yo estaba solo podía ver cómo su larga melena rojiza se movía mientras ella gesticulaba y hablaba, pero lo que sí pude observar con claridad fue la mano de Josh en su cintura.

—Son amigos —me susurró Gary con cierto tono de culpa.

Volví a mirar, porque la última imagen que tenía en mis retinas me sugería un lenguaje corporal de algo más que una amistad. La mano de Josh continuaba en la cintura de la chica, y no en una zona neutral exactamente: estaba más cerca de su cadera de lo que podrías esperar de un amigo. Y estaban muy pegaditos el uno al otro.

Notaba los ojos de Gary clavados en mi cara, pero no podía apartar la mirada.

Entonces ella se giró para saludar a alguien y yo me quise morir.

Me prometí que no la catalogaría en la categoría de golfa sin conocerla. Pero no funcionó.

Tenía unos preciosos ojos verdes de gata rasgados, pelo rojo ardiente, ondulado y sedoso, labios carnosos maravillosamente perfilados, sonrisa de anuncio y una piel tersa y bonita.

Llevaba un pantaloncito corto que dejaba a la vista unas piernas perfectamente torneadas que le llegaban hasta el sobaco y una camiseta de tirantes escotada, aún más corta que los casi inexistentes *shorts*. Iba vestida de un riguroso negro que hacía resaltar el rojo intenso de su cabellera, que caía a ambos lados de su abundante pecho. Una delantera que no me cupo la menor duda de que era prefabricada; pese a todo, voluminosa y espectacular. En su canalillo no cabía ni un maldito alfiler.

Cuanto más la miraba, más insignificante y mediocre me sentía.

Curvas y más curvas, en todas las partes de su cuerpo. Era como si el circuito de Silverstone se hubiera convertido en una mujer. Hasta me estaba mareando.

Entonces entendí por qué había un póster de Beyoncé en el local de ensayo del grupo. Todas las piezas encajaron. Halley era su versión pelirroja.

Genial, si es que aquello era genial.

Una alarma comenzó a sonar en mi cabeza, con un estruendo tan alto que no conseguía escuchar la música del bar ni lo que me estaba diciendo Gary. Me encontraba en reserva de autoestima, me quedaban aproximadamente cinco minutos de integridad antes de tirarme al suelo para patalear y gritarle a Dios dándole las gracias por haberme dado lo que le había sobrado después de haberla creado a ella.

—A su lado parezco un *hobbit* —pensé en voz alta, sin poder dejar de mirar a aquella tigresa—. Yo no soy como esas chicas perfectas que acompañan a los rockeros. Guapas, con cuerpazos, siempre dispuestas y sexys. Ella sí. —Parpadeé tratando de controlar la situación—. Joder, ni siquiera sé ponerme unas pestañas postizas sin sacarme un ojo.

Gary me miraba atónito, tratando de no reírse. La verdad es que aquello no iba a acabar bien si lo hacía.

—Ahora mismo no sé si estás celosa o cabreada conmigo... —dijo con temor.

—Es preciosa... ¡Eso no lo detallaste en tus canciones! —Lo miré enfadada, como si fuera culpa suya que la chica fuera una bomba sexual.

Joder, claro que en parte era culpa suya, ¡él la escogió!

—Pero se te está olvidando el detalle más importante: jodí la relación que tenía con ella, la destrocé y la rematé. Fui un desgraciado; que ella tenga ese aspecto no evitó nada. No tiene importancia.

—¡Oh, vamos! ¿Cuando te la tirabas le ponías una careta de Margaret Thatcher porque era demasiado bonita para ti? No me vaciles.

—¿Margaret Thatcher? —Comenzó a reírse.

—No se me ocurría ninguna otra mujer inglesa.

—Halley es preciosa, es evidente. —Puñalada a mi autoestima—. Nadie va a negarlo. Pero es solo eso. A ti acabo de conocerte y ya eres mucho más.

—Yo tengo las piernas cortas.

—No digas tonterías, por favor. Tienes un cuerpo precioso... Y, sobre todo, eres lo que me interesa ahora mismo, y eso debería ser suficiente para ti, porque para mí lo es. —Hizo una pausa para depositar un beso en mis labios—. Además, nunca he tratado de arreglar mi relación con ella, ni soy la misma persona que era antes. No conviertas esto en algo que no es.

—Pero ¿seguís siendo amigos?

—Ella es amiga de Josh. Ya lo eran antes de que saliéramos; me la presentó él en un concierto. Y suele venir a veces. Yo solo trato de ser educado con ella.

—¿La ves a menudo?

—Depende. Hay temporadas en las que pasan más tiempo juntos y por lo tanto la veo más; otras veces paso meses sin verla. Suele irse a Plymouth.

—¿Es de allí, como Josh?

—Sí, se conocieron en el colegio.

—Entonces, ¿él sabe que la canción la escribiste para su amiga de la infancia?

Me estaba convirtiendo en una ametralladora, pero es que aquella historia me parecía lo más truculento que jamás había escuchado. No conseguía saciar mi curiosidad, consciente de que antes de preguntar por su talla de sujetador debía parar.

—Claro que lo sabe. Estaba conmigo —contestó sin demasiado entusiasmo.

—Rebobina un poco. ¿Josh estaba contigo cuando le pusiste los cuernos a su amiga?

—Sí, la mayoría de las veces andaba cerca. —Soltó un profundo suspiro—. Y habla más bajo, por favor. Hay algunos periodistas.

—Oh.

Menudo artista estaba hecho el amigo Josh.

—Exacto, «oh». ¿Te importa si dejamos el tema de Halley para otro momento? — dijo con cansancio.

Pero tal como suelen decir, es mejor no mencionar al Diablo, porque acaba apareciendo.

Una zarpa delgada y estilizada, con unas uñas largas y pintadas de rojo furcia, hizo acto de presencia en el hombro de Gary. Un fuerte olor a pelandusca invadió mis fosas nasales haciéndome arrugar la nariz disgustada.

Él la miró con gesto de sorpresa mientras yo me ponía en guardia. Verlos uno al lado del otro me asfixió: parecían la pareja perfecta. La puñetera peor pesadilla de cualquier tía se estaba convirtiendo en mi triste realidad.

—¿«El tema de Halley»? —preguntó la muy pécora sonriendo con demasiada efusividad—. Si te refieres a *I want you back*, debes saber que sigo adorando cómo suena. Me trae tan buenos recuerdos que la escucho siempre que puedo.

Apenas fui capaz de contener las ganas de darme cabezazos contra la barra.

Esa maldita bruja con la manicura perfecta se acababa de ganar que la quemaran en la hoguera, y yo estaba dispuesta a echar la gasolina. Con tanto accesorio de plástico y silicona debía de ser inflamable a más no poder. Como un cementerio de neumáticos. La idea de verla arder durante toda la eternidad hizo que se me escapara una sonrisita maligna que no venía a cuento con la conversación.

Gary puso su mano en la parte baja de mi espalda y me atrajo hacia él, pero yo estaba demasiado ocupada lanzándole miraditas asesinas a la conejita de Playboy.

—Me alegro de que te siga gustando —farfulló Gary poco entusiasmado.

Vi que Lucy nos miraba fijamente desde el otro extremo del bar. No estaba sola.

—Hace mucho que no os veía en directo. Por un momento he pensado que había vuelto a ponerte nervioso tocar delante de mí. —Parpadeó de una manera muy sexy con sus pestañas de diez centímetros—. Me ha recordado al concierto de Belfast — dijo con tono empalagoso.

Todo lo que salía de sus labios tenía el objetivo de darme por saco.

«Piensa en cosas bonitas. Flores, ponis, desbrozadoras... No la agarres del cuello».

Decidí hacer como si las palabras de esa tía no fueran puñales y no me estuviera jodiendo la vida.

«Elegancia, ante todo elegancia, y mantén la compostura. Ese pendón no va a poder contigo».

—Halley, esta es Rebeka.

Gary la miró; observé cómo se le dilataron las pupilas hasta que se convirtieron

en dos malditos agujeros negros dentro de sus iris azules. Cosa que no me gustó un pelo.

Cuadré los hombros mientras la muy zorra miraba hacia abajo como si no fuera capaz de verme, justo cuando estaba a punto de soltarle cualquier burrada, Josh, el mal amigo pacificador, apareció en escena.

—Halley, será mejor que nos vayamos. —Miró a Gary con el ceño fruncido.

—Encantada de conocerte, *Becky* —bramó la golfa.

—Es Rebeka. Erre, e, be, e, ka, a —deletreé despacito para que lo entendiera.

—¿Y no te gusta más «Becky»? Es como más... juguétón. —La muy sinvergüenza me guiñó un ojo como si fuéramos íntimas amigas y compartiéramos secretitos.

Me dieron ganas de arrancarle las extensiones para hacerme un collar. Ella se giró hacia Gary con una sonrisa satisfecha, tratando de buscar público para su chiste, pero cuando vio que él no le iba a seguir el juego, se puso de nuevo la careta de devorahombres.

—Connolly, nos veremos pronto. Estoy deseando que empiece la gira para que volvamos a la acción —dijo mientras acariciaba el hombro de Gary con su zarpa.

Le hubiera dado un puñetazo en la nariz si no supiera que se podía ir a comprar otra igual de bonita y aprovechar la visita para ponerse unos melones aún más grandes.

Era una versión pervertida del señor Potato.

Se dio la vuelta y se alejó colgada del brazo de Josh hacia la puerta. Sus taconazos retumbaron por todo el bar pese a que la música estaba alta. La elegancia con la que se movía me daba ganas de llorar.

—Ahora mismo no podría sentirme más fuera de lugar —dije al tiempo que negaba con la cabeza.

Era demasiada información para digerir en una sola noche. Me sentía como cuando entras al cine y la película hace media hora que ha empezado. No tenía ni idea de lo que había sucedido mientras Gary salía con Halley, y, en el fondo, no quería saberlo; tenía suficiente con haberla visto.

—Espero que ahora entiendas por qué te he dicho que es todo fachada. Encontraré la manera de que te sientas bien conmigo, de que no tengas dudas de que eres lo que ahora mismo deseo.

—Lo que más me gustaría es un chupito de Jägermeister, tener una cita normal contigo, que a Halley se le pinche el relleno de una teta y olvidarme de tu grupo y todo lo que implica.

Gary se echó a reír como si hubiera contado un chiste.

—¿Quieres una cita normal? ¿Una cena, cine, pasear...? Joder, eso puedo hacerlo,

al menos cuando no esté de gira; es mucho más fácil que llenar un bar con gente para darte un concierto.

—¿Has tenido que llenar el bar?

—Sí, y me ha salido caro. —Me guiñó un ojo—. En realidad, somos bastante malos. Nadie viene a nuestros conciertos, excepto la familia por compromiso. —Me besó en la comisura de los labios—. En serio, si lo que quieres es que esta relación sea lo más normal posible, lo será. Ahora mismo eres lo primero. Ni Everlasting Wound, ni Halley, ni Belfast, ni el pasado ni todas las fans del mundo. Solo tú, varios chupitos de Jäger y mi casa.

13

NOVECIENTOS CINCUENTA Y NUEVE

—¿Esta vez te has emborrachado de verdad?

Las cervezas y el brebaje alemán acabaron haciendo estragos en mí. Caminé hacia casa haciendo algunas eses y cantando «Asturias, patria querida», hasta que Gary me puso su chaqueta de cuero sobre los hombros, me agarró por la cintura y dirigió mi trayectoria.

—Solo he bebido un poco más de la cuenta y no es tan divertido si lo hago yo sola. —Le saqué la lengua, mientras él me miraba partiéndose de risa—. Tú solo te has bebido un par de refrescos... ¿Vas a manejar maquinaria pesada?

—Te voy a manejar a ti, y algo me dice que voy a necesitar todas mis facultades. —Alzó ambas cejas de manera juguetona.

—La semana pasada lo hiciste, bebiste.

—Las cosas cambian, querida.

Había algo soterrado en sus palabras que despertó mi curiosidad. Si no hubiera estado pedo habría indagado, pero... mala suerte.

Cuando por fin llegamos a casa, tenía la adrenalina desbordada y un subidón etílico espectacular, así que, por el bien de todos, decidí darme una ducha rápida. Gary me trajo el pijama muy amablemente.

Media hora después salí del baño, despejada y ataviada con mi pijama verde de pantalón corto y camiseta. Él no estaba en el salón, de manera que subí la escalera de caracol con el corazón acelerado. Lo encontré recostado en la cama, con las piernas estiradas y el torso apoyado sobre el cabecero. Se había cambiado de ropa; llevaba un pantalón holgado de pijama negro y una camiseta blanca de tirantes. Todavía tenía los calcetines puestos, pero desaparejados, y sujetaba entre sus manos *Rebeldes de Irlanda*, de Edward Rutherfurd. Me sonrió asomando por encima de las páginas.

Me subí a la cama y gateé por la colcha hasta sentarme a su lado. Él dejó el libro en la mesilla dispuesto a no perder ni un detalle de mis movimientos. Se tapó la

boca con la mano intentando ocultar una sonrisilla.

—¿Sabes que tus hoyuelos te delatan?

—Soy consciente, sí.

—¿Y se puede saber de qué te ríes? —pregunté intrigada devolviéndole la sonrisa.

—Mejor no te lo digo. Hemos dicho que vamos a ir despacio.

—Pensaba que también íbamos a ser sinceros —protesté.

—Está bien, tú lo has querido, pero que te quede claro que la culpa es de mi imaginación fluida. —Hizo un gesto de disculpa—. Estaba pensando en cómo se movían tus caderas mientras te deslizabas por la cama y en las cosquillas que me haría tu pelo si estuvieras sobre mí. Cosa que me ha llevado a recordar tu extraña pregunta: ¿por qué querías saber si tengo cosquillas?

—Estuve hablando con Ana sobre los detalles insignificantes que no sé de ti. El tema de las cosquillas fue algo que se me ocurrió entre otras muchas cosas. —Coloqué la cabeza sobre su pecho y mi mano al lado. Él se movió para acomodarse mejor. Comenzó a acariciar mi espalda con el pulgar mientras me miraba con atención.

—No hace falta que lo sepamos todo de golpe para saber si esto va a funcionar; de hecho, estoy bastante seguro de que lo hará, pero ir conociendo esos pequeños detalles es lo que ayuda a no perder la ilusión.

Me desmontaba siempre que hablaba así. Lo miré a los ojos prendada, y resultó que funcionaron como dos puertas enormes de acceso a su alma. Vi sinceridad, cariño y esperanza, pero también una desconfianza en sí mismo que me preocupó.

—Me encantaría saber qué más se te ocurrió.

—Uhm... ¿Te gusta el fútbol?

Se carcajeó como si fuera un ser demasiado inocente para caminar sobre la faz tierra.

—Soy norirlandés: lo de beber nos lo tomamos muy en serio, pero el fútbol también. Llévame a un partido del Manchester United, siéntate en mi regazo, ponme una cerveza en la mano y sonreiré durante toda la eternidad.

—Yo soy de Bilbao, y el fútbol me da bastante igual. Y mira que he crecido rodeada de fanáticos... —Me encogí de hombros.

Pensaba que una de las cosas buenas de librarme de Alex iba a ser librarme del fútbol también, pero estaba visto que estaba condenada a enamorarme de un tío al que le gustaba ver a veintidós hombres sudorosos en pantalón corto corriendo tras un balón.

—Creo que uno de los mejores días de mi vida fue cuando siendo un niño conocí a George Best.

No tenía ni puñetera idea de quién me estaba hablando, pero supuse que era alguna figura importante de su infancia.

—¿Conoces muchos famosillos?

—Unos cuantos.

—Háblame de alguno que te haya sorprendido —rogué con una sonrisa.

—El que más me impactó fue Noel Gallagher. Es tan imbécil como parece; en una ocasión me dijo que todos tenemos historias penosas de amor y que le repugna que haya hecho carrera de ello, que soy un pelmazo como Nicholas Sparks pero con una peluca de payaso en la cabeza y una bandurria entre las manos.

Recordé que Ana lo había mencionado y me eché a reír con ganas.

—¡Esa es buena! Te describió como si fueras Asuracentúrix.

—Así que a Oasis sí que los conoces... No sé si me molesta más que sepas quién es él, y su grupo, o que te hagan gracia sus insultos.

—Bueno, el rollito que se traen esos dos hermanos es muy sexy... No te enfades... Además, tampoco es que sean de mi estilo.

—Yo también quiero interrogarte, ¿puedo? —preguntó, y yo asentí recelosa, porque, conociéndolo, era capaz de abochornarme en la primera pregunta—. ¿Película favorita?

Fruncí el ceño, una cuestión demasiado inocente viniendo de él.

—*Grease*, sin duda. La he visto millones de veces, y lo más gracioso es que odio los musicales.

—¿De pequeña soñabas con ser Sandy y que el malote del instituto te cantara al oído cosas bonitas? *Oh, Sandy, maybe someday...* —Imitó el falsete de John Travolta haciéndome reír.

La verdad es que yo nunca había sido la chica guapa, formal y buena estudiante, siempre me había sentido como Rizzo, la rebelde que se metía en problemas.

—Aprovechando que tienes ganas de cantar, ¿tres canciones que signifiquen algo para ti? —pregunté.

—Esa es fácil. La primera es *Hallelujah*, de Leonard Cohen, sin lugar a duda. Si fuera a morir de manera inminente electrocutado por mi guitarra en un concierto, esa sería la última canción que me gustaría tocar. Y la segunda fue la banda sonora de mi adolescencia, *Creep*, de Radiohead.

—No la conozco.

—... *you float like a feather in a beautiful world, I wish I was special, you're so fuckin' special but I'm a creep, I'm a weirdo. What the hell am I doing here? I don't belong here.* —Cantó con esa voz profunda y sexy que tenía, haciendo que se me pusieran todos los pelos de punta.

Pese a todo, lo miré desconcertada por el significado de la letra. Si algo no era él, era un perdedor.

—¿Y la tercera? —dije.

—Voy a confesarte un pecado. Llevo ocho años cantando la misma canción en la ducha, y es que ¡es jodidamente buena! —dijo con incredulidad.

—Oh, Dios mío. ¿Se me va a desmontar el mito del rockero? ¿Has empezado a colocarte con reguetón?

—¡No te pases! Tengo mis límites y cierto orgullo. Me da un poco de vergüenza, pero me voy a arriesgar: *Halo*, de Beyoncé. Es brillante, es una de las mejores canciones que he escuchado. Tiene una letra muy poderosa y una melodía brutal.

—Menudo rockero de pacotilla. ¿Por eso tienes un póster en el local de ensayo?

Asintió y se echó a reír, mientras yo recordaba a Halley. Esa tía iba a ser la protagonista de las próximas pesadillas que tuviera. Sentí cierta lástima por que no se pusiera a cantar de nuevo. Oírlo me ayudaría a olvidar a la maldita Beyoncé pelirroja.

—¿Comida favorita? —me interrogó.

—La tortilla de patatas de mi madre. ¿La mentira más cruel que has dicho?

Se quedó en silencio durante unos segundos. Exhaló una bocanada de aire.

—Que encuentro la inspiración en cualquier cosa que me rodea. Y que la canción que escribí para ti no significó nada.

El corazón se me detuvo en el pecho. Me giré para mirarlo, incapaz de disimular la sorpresa.

—Esa canción lo es todo. Describe el momento más intenso que he vivido jamás. Siento haberte mentado.

—Ambos estábamos cabreados y dijimos cosas que no pensábamos de verdad. No retomemos ese tema de nuevo, es agua pasada.

De pronto se puso serio.

—¿Pretendes que lo deje pasar, así como así? Me humillaste, Rebea —me acusó con sequedad—. No creo que vaya a superarlo jamás.

¿Humillarlo? ¿De qué estaba hablando?

De pronto se le marcaron un par de hoyuelos en la cara. El muy capullo se lo estaba pasando bomba con el asunto.

—¿Qué número calzas? ¿Un cuatro?

—Un treinta y ocho.

—Da igual. Me tiraste un maldito calcetín de tamaño infantil con motitas rosas para que me tapara el único motivo de orgullo que Dios me dio. Me insultaste de la peor manera posible. Fue perverso y muy ofensivo.

Era un sobrado encantador.

—¿Perverso? ¡Eras tú el que estaba vociferando desnudo! Maldita sea, no conseguía concentrarme, tenía que hacer algo, tu... miembro se movía... ¡Me señalaba!

—No se me va a volver a levantar. Pisoteaste su dignidad, lo ridiculizaste con tus actos crueles... Así que tendrás que currártelo si quieres que salga a jugar contigo.

Cruzó los brazos sobre el pecho y yo puse los ojos en blanco. Debía cambiar la dirección de la conversación urgentemente.

—Hablando de calcetines..., ¿sabes que los llevas desaparejados?

—Claro, los emparejo según salen de la secadora. ¿Quién soy yo para obligarlos a aparearse? Creo que la libertad sexual empieza por abandonar la opresión de los calcetines —afirmó solemnemente—. No como tú.

Abrí los ojos como dos paelleras mientras volvía a tumbarme sobre su pecho.

—La verdad es que soy una calamidad con las tareas del hogar. Esta semana he contratado a alguien para que se haga cargo. Si vas a venir a menudo, quiero que te sientas como en tu casa y que no mueras sepultada por una torre de ropa sucia. —Suspiró—. ¿Hay algo más que quisieras saber sobre mí?

Me quedé pensativa durante unos segundos.

—Si tu casa estuviera en llamas, ¿qué te llevarías?

—A ti.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, yo impactada por sus palabras, él planeando un segundo golpe con el que acabar conmigo.

—Y si no estuvieras, me llevaría el pasaporte para ir donde quiera que estés. ¿Y tú?

—A Ana. No sé qué sería de mi vida sin ella —dije entre risas, tratando de disimular la presión del momento—. ¿Qué es lo que más te asusta?

Se quedó en un silencio absoluto.

—Si quieres puedes dejarlo pasar...

—Lo que más me asusta es esto: meter la pata y arruinarlo incluso antes de que hayamos llegado a algo. Me tienes muy acojonado.

—A mí también me asusta. Todo esto es como... muy precipitado, pero, a su vez, demasiado lento.

—Te entiendo mejor que nadie, puedes estar segura. ¿Alguna pregunta más?

—¿Tienes algún superpoder? —pregunté de cachondeo, recordando su habilidad para detectar ciertas humedades.

—Joder. Eso no me lo puedes preguntar ahora mismo. Me pones las cosas muy difíciles, ¿sabes? Porque me encantaría decirte que mi superpoder es hacerte gozar,

horas y horas de placer ininterrumpido... Pero se supone que estoy yendo despacio, y, claro, ¿qué puedo decir? ¿Que sé dar la vuelta a las tortitas en el aire?

—Creo que eso de darme placer durante horas no se ajusta del todo a nuestra situación actual. Pero sí que me haces sentir... cosas.

—En realidad quieres decir que te pongo, hablemos claro.

A esas alturas de la película ya sabía que era una perversa en lo que a él se refería, de manera que asentí con una sonrisilla, mientras toda la sangre de mi cuerpo se amontonaba en mi cara.

—¿Ves? Te lo he dicho en el pub: tu mirada te estaba delatando —afirmó satisfecho—. Tienes una mente muy sucia.

—Sí, tengo una mente de dudosa reputación, y gracias a tu negativa de la semana pasada, no haces otra cosa que pasearte desnudo por mis pensamientos a todas horas.

—Creo que en tu cabeza he hecho algo más que pasearme en pelotas, ¿me equivoco? La lujuria reprimida es la peor...

—Tal vez tu superpoder sea ponerme. Tendremos que averiguar tu rango de actuación.

—Lo dudo. Estoy bastante seguro de que mi superpoder es aguantar las ganas que tengo de follar contigo sin volverme loco.

—Pero si acabas de decir que no se te va a levantar...

—A lo mejor esa es la mentira más gorda y cruel que he dicho en toda mi vida. —Se echó a reír—. Porque solo hay una parte de mi cuerpo que se apunta a la fiesta antes que mi cerebro... —Exhaló una lenta y profunda bocanada de aire—. La noche que te conocí fue la primera que salía en un año —confesó de repente, como si hubiera estado contando hasta tres en silencio antes de decirlo.

—¿La primera en un año? —Me volví para mirarlo—. ¿Por qué?

—Le prometí a Josh que, por el bien del grupo y de la grabación del disco nuevo, me mantendría alejado del desmadre durante al menos un año. La última vez me costó volver a casa un par de días; de hecho, una vez salí a tomar una cerveza en Londres y a los dos días le mandé una postal a mi madre desde Estocolmo... No podía seguir mezclando las juergas con el trabajo, porque mi carrera terminaría en un par de años. Esa noche, estaba disgustado, cabreado, aburrido, asqueado, bloqueado... Me sentía solo y buscaba una excusa para liarme; bajé al pub para estar con los chicos, y ahí estabas tú. No tuve tiempo ni de saludarlos. Nada más sentarme en la barra, te escuché quejarte por no estar lo suficientemente borracha como para no ser consciente de lo que te rodeaba, y pensé que ambos buscábamos lo mismo. —Me acarició el hombro pensativo.

—¿Un coma etílico o una noche loca?

—Una mezcla de ambas cosas, por eso al principio traté de traerte a mi casa. En cuanto te presentaste como una actriz porno, supe que no iba a ser difícil conseguirlo, y contaba con que, tarde o temprano, te darías cuenta de quién era. Y, claro, no tenía ninguna buena intención: sexo y nada más. Pero según fue avanzando la noche, conseguiste despertar otros intereses en mí; me di cuenta de que si sabías quién era, en realidad te daba igual, y eso lo cambió todo. Después aceptaste venir conmigo y te quedaste dormida en mi sofá. Te estuve observando —afirmó con voz grave—. Tan joven, tan guapa, tan a mi alcance... Me hiciste perder la cabeza.

—Tan inocente que ni sabía que eras toda una leyenda del rock que intentaba meterse en mis bragas —añadí de modo sarcástico.

—Exacto. Aunque a esas alturas de la noche quería algo más que eso. Tu ignorancia fue lo que me atrajo de ti; no eres como el resto de las tías con las que he estado, las que gritan al pie del escenario y no quieren nada de mí, excepto hacer realidad su fantasía sexual de follar con un rockero. Tú no sabías quién era. Te daba igual por mucho que te lo dijera, y hasta te reías de mí. Tonteabas conmigo de una manera tan natural que me hiciste pensar que había esperanza, que no necesitaba tirar de currículum y Grammys para ganarme tu compañía.

—¡Eras tú el que tonteabas conmigo! —dije tratando de sonar indignada.

—Eso es lo de menos, qué más da si fui yo o fuiste tú. La cuestión es que era la primera vez en mucho tiempo que una tía se fijaba en mí y no en mi fama. Decidí que quería pasar contigo todo el fin de semana, necesitaba conocerte mejor.

—Sin estar borracha.

—Sin estar borracha, sí. Aunque debo admitir que tu *alter ego*, la actriz porno borracha, es genial.

—Yo pensaba que aquello era una aventura de una noche, que ambos deseábamos perdernos en el cuerpo del otro durante unas horas. Fue un malentendido.

—Ni mucho menos. Yo lo deseaba más que nada, no malinterpretaste mis señales. Te deseaba desnuda contra la pared, por decirlo finamente. Soy muchas cosas, pero te aseguro que a veces no soy un buen tío. Y no me hables de perdernos: he perdido tantas veces el argumento de mi vida que sin Josh probablemente hoy estaría muerto. Y sin ti, todavía estaría en algún pub sin poder volver a casa desde el sábado pasado.

Las palabras de Josh volvieron a mi mente, y supuse que se refería a lo mismo que me estaba contando Gary, de manera que respiré tranquila: no parecía haber un motivo para preocuparme.

—Si algún día hacen una película sobre tu vida, será más que interesante.

—No podrán proyectarla en salas normales, puedes estar segura. No sé qué has podido ver en mí para haber aceptado pasar el fin de semana conmigo —dijo apesadumbrado—. Y más después de cómo terminamos la semana pasada. Esto es un maldito milagro.

—Te veo a ti, lo que hay aquí dentro —dije poniendo mi mano sobre su pecho—, y no hay nada que pueda gustarme más ahora mismo.

—Soy bastante feo por dentro. —Negó con la cabeza, y yo sospeché de nuevo que había algo más.

—Y por fuera —bromeé mientras lo abrazaba.

—Eso sí que no me lo trago. Por fuera tengo esto —tiró de su labio inferior—, esta maravilla —me mostró su sonrisa— y estos dos —señaló sus ojos—. Sé que te gustan, lo confesaste la primera noche.

Puso las manos detrás de la cabeza sonriendo. Yo aproveché la situación para montarme sobre él a horcajadas. Empecé a hacerle cosquillas y comenzamos a reírnos como niños. Fue liberador.

Continué toqueteándole los costados con mis dedos mientras él se revolvió debajo tratando de evitarlo.

Ni siquiera fui consciente de cómo sucedió, pero pasé de estar dominando la situación sobre él a estar de espaldas contra la cama a su merced. En cuestión de segundos nuestros cuerpos encajaron a la perfección y noté la dureza del deseo de Gary entre mis piernas.

El corazón se me subió a la garganta.

Él se quedó unos instantes en silencio con su boca a escasos milímetros de la mía y sus manos rodeando mi cara. Su aliento entrecortado se mezclaba con el mío mientras sus ojos brillaban hambrientos. Ambos sabíamos que aquel paso era importante y que el juego se había terminado.

Me besó sin piedad. Fue un beso tórrido y pasional, dulce y golfo, de esos que prenden la llama de un deseo imposible de controlar.

Se separó de mí, me miró de arriba abajo y suspiró.

—No lo voy a hacer —afirmó con voz grave.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo dispuesta a pegarle y no de una manera graciosa.

Iba a rechazarme de nuevo y yo le cortaría las pelotas. Fin de la historia.

—Hoy no voy a ser capaz de echar el freno. —Sonrió como el cabronazo vacilón que era—. Solo quería avisarte.

Hundió su cara en el hueco entre mi cuello y mi hombro y comenzó a torturarme

de nuevo; sus labios recorrieron mi mandíbula y me succionó el lóbulo. Yo incliné la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados para facilitarle el camino. El calor de su boca hacía que mi piel ardiera; una corriente eléctrica me atravesó hasta la parte más húmeda de mi cuerpo, y lo rodeé con las piernas. Nuestras caderas se mecían al mismo ritmo, cada terminación nerviosa de nuestro cuerpo estaba sincronizada. La anticipación estaba devastando mi cuerpo, que se tensaba más y más con cada roce y caricia.

Perdí el control de mis manos, que viajaron a su espalda, levantando su camiseta y acariciando sus músculos bien definidos. Con un gesto rápido, Gary se quitó la camiseta, regalándome una vista privilegiada con la que me recrearía el resto de mis días. Deslicé mis manos desde sus pectorales, a través de su firme abdomen, hasta la uve que se dibujaba entre sus caderas, tocando cada milímetro de suave piel. Me relamí los labios y le clavé los dientes en el hombro; él gimió mientras ponía sus manos bajo mi trasero y presionaba sus caderas contra las mías con un deseo primitivo.

Ambos tratábamos de estar más cerca el uno del otro, aunque era imposible sin fundirnos. Volvió a centrarse en mi boca, depositando suaves besos e introduciendo su lengua. Deslizó su mano por dentro del pantaloncito de mi pijama; yo me apreté contra su tacto y elevé una pierna facilitándole el acceso. Cada una de las cosas que hacía, cada movimiento, cada ruido, cada caricia, cada gemido... me excitaba más todavía.

Continuamos besándonos hasta que se detuvo para arrancarme la parte de arriba del pijama; la lanzó contra la ventana con una sonrisa indecente y miró mis pechos con devoción. Mi corazón se desbocó cuando su mano cubrió uno de mis senos y su boca recorrió la distancia hasta el otro. El calor de su aliento y la humedad de sus labios sobre mi pezón me hicieron jadear sobrepasada. Cubrió la senda entre mis pechos con la lengua y se dirigió a mi boca de nuevo. Arquee la espalda alzando las caderas contra las suyas.

Deslicé las manos entre nuestros cuerpos húmedos para soltar el cordón de su pijama y poder quitárselo, pero me entretuve acariciando la parte que más ansiaba de su cuerpo, segura de que en esa ocasión no iba a detenerme. Solté el cordón con dedos temblorosos, y él terminó de quitarse el pantalón con impaciencia. Arrastró también el mío, junto con mis bragas, rozándome las piernas con suavidad.

Tuve que contener la respiración: despojado de toda su ropa estaba impresionante.

Cuando por fin noté su cuerpo desnudo sobre el mío, tiré de sus rizos, descontrolada e insaciable, y él fue bajando lentamente hasta mis pechos, donde

continuó jugando a trazar círculos con su lengua.

Mis gemidos inundaban la habitación y mi cuerpo temblaba torturado, escalando hacia el orgasmo más brutal que jamás había vivido.

Sus labios abandonaron mis pechos para comenzar a recorrer zonas inexploradas más allá de mi ombligo. Colocó sus manos bajo mi trasero y lo elevó un poco para continuar lamiendo, mordisqueando y acariciando. Cada músculo y cada nervio de mi cuerpo vibraban al ritmo que marcaba su lengua, y mi cuerpo se retorció cada vez más cerca de la meta. Mis jadeos se convirtieron en gritos y mis caderas se contonearon contra su boca. Sus dedos se introdujeron entre mis piernas con delicadeza y yo dejé de respirar, vencida por la tensión y la necesidad.

Gimoteé demasiado cerca del final y él alzó la cabeza entre mis piernas entendiendo perfectamente lo que le pedía.

Se colocó de rodillas y su mirada recorrió mi cuerpo mientras su dedo índice hacía lo mismo desde mi boca hasta mi ombligo. Cogió un preservativo de la mesilla y se lo puso con destreza; agarró su miembro con la mano, y justo antes de introducirse en mí me miró a los ojos con una mirada azul salvaje, medio escondida entre sus rizos húmedos y revueltos.

Yo lo miré implorando en silencio que acabara lo que había empezado cuanto antes.

—Esto ya no tiene vuelta atrás. Voy a entrar en la tercera fase de nuestra relación.

Me estremecí con el deseo que escondían sus palabras.

Se deslizó con demasiada lentitud en mi interior mientras se mordía el labio inferior y cerraba los ojos con un gesto de placer infinito. Un suave gruñido escapó de su garganta cuando comenzó a moverse dentro de mí con un ritmo pausado y profundo. Yo alcé las caderas tratando de que llegara más lejos.

—Nos quedan otros novecientos cincuenta y nueve. Esto va a ser lo único en lo que no voy a ir despacio.

Hundió la cara en mi cuello y el compás de sus embestidas se volvió brutal.

14

BORRACHO UN MIÉRCOLES

Me desperté a eso de las cuatro de la mañana, acalorada y con un agradable dolor por todo el cuerpo. Gary estaba dormido sobre mí; respiraba tranquilo y parecía relajado. Su cabeza descansaba en mi pecho y su brazo en mi vientre. La suave luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba su espectacular cuerpo desnudo.

Hacer el amor con él era un acto que ensombrecía todo lo anterior, era un agravio comparativo. Algo que nunca contaría a mis nietos pero que recordaría en mi lecho de muerte con una sonrisa.

Nunca había vivido una experiencia tan endiabladamente erótica, y es que él era una delicia de combustión lenta o rápida, según se mire, a la que estaba más que dispuesta a viciarme. Hizo que el sexo se convirtiera en un arte elaborado: fue cariñoso, dulce, suave, tierno, considerado, salvaje, intenso, enérgico... Había tantos matices en lo que habíamos hecho que no existían suficientes adjetivos para describirlo.

Seguía mirando su cuerpo desnudo cuando noté que se movía.

—¿Rebeka?

—No, soy Boris Johnson —me pitorreé.

Levantó la cabeza con ojos soñolientos y el pelo revuelto.

Tenía una pinta de recién follado que me daban ganas de volver a follármelo y entrar en un bucle infinito que podría alargarse una semana.

—Shhh, sigue durmiendo —susurré muerta de risa.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Joder, claro que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

Se acercó a mi boca, me mordió el labio inferior, comenzó a trazar circulitos malignos en mi pecho con sus dedos consiguiendo conectar directamente con mi entrepierna.

—Estás despierta y deberías estar dormida, agotada e incluso algo dolorida.

—Me he despertado por culpa del fuego que emana tu cuerpo. Y mientras te

observaba dormido, he empezado a pensar en por qué has decidido hacerlo esta noche...

Me estudió en silencio durante unos segundos.

—La primera vez te dejé dormir, la segunda te rechacé y esta vez no encontraba razones para hacer ninguna de las dos cosas. Eres preciosa —declaró rotundo—. Nada me lo impedía. Nos lo debía. Sabía que iba a ser brutal. ¿Necesitas algún argumento más? Tengo unos cuantos más en la cabeza, pero tal vez sean demasiado difíciles de explicar con palabras...

—Me vale —contesté aturdida.

—De acuerdo. Ahora vuelve a dormirte: tengo pensados varios juegucitos entre tus piernas dentro de unas horas. —Se mordió la lengua mientras lo decía. Volvió a recostarse en la cama a mi lado.

Me abracé a su cuerpo y coloqué mi cara sobre su pecho; no tenía sueño, de manera que pocos segundos después me puse de costado y lo miré. Tenía los ojos cerrados.

—¿Cómo fue tu primera vez? —disparé a bocajarro haciéndole abrir los ojos de golpe.

—Ehm... Podría contarte con muchos detalles cómo ha sido la última vez... y cómo será la siguiente...

—Tanta destreza ha debido de implicar mucha práctica. Venga, cuéntamelo.

—En serio, no me siento cómodo hablando sobre eso. Además, tengo sueño.

—Vaya, vaya, ¿el señor está abochornado?

—En realidad estoy dormido.

Hizo un ruido que estaba entre un ronquido y un oso con muy malas pulgas recién levantado. Se giró dándome la espalda.

—Cuéntamelo. Sé sincero, por favor.

—Me gusta que me azoten —afirmó con voz soñolienta— y que me arañen la espalda, pero eso ya lo sabes.

—Oh, venga, déjate de bromas. Si no me lo cuentas tendré que hacerte cosquillas de nuevo.

Se giró a la velocidad de la luz con la boca abierta.

—¿Estás planeando otro asalto? —preguntó sorprendido—. Siento decirte que la esclavitud sigue siendo ilegal en el Reino Unido, al contrario que orinar en la vía pública, siempre y cuando apuntes a la rueda de tu vehículo y apoyes la mano derecha en él.

Me deslicé por su pecho como una víbora y le hice un chupetón suavcito en el cuello.

—Venga, cuéntamelo. No tengo sueño.

Resopló haciendo que los rizos de su flequillo se alborotaran de una manera adorable.

—Mi primera vez fue durante el último año de instituto. No tenía demasiado éxito con las tías. Esa es la noticia.

—Eso no me lo puedo creer.

—Pues créetelo, querida. Te lo he dicho antes, ya sabes cuál fue la banda sonora de mi adolescencia —afirmó con tono mordaz—. Soy un introvertido rarito reformado.

—Introvertido desatado te pega más.

—*Whatever*. Ahora, a dormir.

—Oh, venga, no me dejes así. ¿Querías llegar virgen al matrimonio? ¿Tus compañeras de clase estaban ciegas?

Miró al techo asqueado, consciente de que no iba a parar mi interrogatorio.

—Imagíneme con la misma estatura, pero con veinte kilos menos.

Lo hice y el resultado me hizo fruncir el ceño.

—Exacto. Era un muchacho delgaducho, desgarrado y feo que llevaba un arbusto en la cabeza. Y a eso súmame que era un poco temerario y empollón, además de tener un acento norirlandés terrible. Encima, estaba más interesado en mi guitarra, en las juergas y en el fútbol que en las mujeres. Y las tías, o pasaban de mí o me trataban como el amigo gay al que nunca se follarían.

Intenté no hacerlo, pero fantasear con la imagen de todas las tías que lo rechazaron fustigándose era demasiado tentador.

—¿Y qué sucedió?

—Una chica que no era demasiado exigente se fijó en mí. Eso es todo.

El complejo de sacacorchos me estaba agotando. Pero continué. Quería saber más.

—¿Y cómo fue la noche del estreno?

—¿Eres consciente de que después de contarte todo esto voy a necesitar que me consueles? —Se removió intranquilo entre las sábanas.

—Estaré encantada de hacerlo. —Deslicé mi mano por su estómago en sentido descendente—. Eso y algo más...

Sonrió encantado con la idea.

—Fue como la mayoría de las primeras veces: un desastre. La típica historia en la que un adolescente bebe para acercarse a una tía en una fiesta, se le va de las manos y acaba echando el peor polvo de la historia. Ella me dio dos oportunidades, y digamos que la defraudé en ambas, así que conseguí tener una reputación sin

precedentes... Mucho mayor que la que tengo ahora como cantante.

—Bueno, con el tiempo acabaron volviéndose locas por ti... Así que ni tan mal.

—En realidad, no. Lo que las vuelve locas es Everlasting Wound, yo no he cambiado en nada, excepto que empecé a correr a diario y me recorté el seto que tenía en la cabeza. —Hizo una pausa—. ¿Y tú? No tienes pinta de haber sido la rarita del instituto.

—Bueno, yo era algo más joven que tú cuando sucedió.

—¿El tío sigue en la cárcel? —Me aguijoneó con sorna.

—Tenía dieciséis años y él veinticuatro, pero como no lo he vuelto a ver desde entonces, no sé si está en la cárcel o fuera de ella... Era verano, estaba de vacaciones en la playa, conocí a un chico... Lo típico: un novio que iba a ser para toda la vida y me duró un mes. Surgió, y la verdad es que conservo un buen recuerdo. Supongo que el hecho de que él supiera lo que estaba haciendo ayudó bastante.

—¿Te gustan los tíos mayores? ¿Tengo que preocuparme?

—La edad no es algo que me haya importado. Alex me saca diez años, pero no lo busqué. Nunca me he parado a pensar en lo que me atrae de un tío, siempre me he dejado llevar... Como contigo.

—Tu lado insensato me encanta, es auténtico, pero si hoy en día siguieras igual, me volvería loco. Quiero que te dejes llevar conmigo, solo deseo eso. A todas horas.

—Pues ya tienes algo que agradecer a Alex —contesté enfurruñada.

—¿Te metió en vereda?

—Más o menos —balbuceé incómoda—. El tío atento y responsable con el que empecé a salir se convirtió con el tiempo en mandón y controlador, y lo que al principio apreciaba porque me daba seguridad después no tanto, porque me asfixiaba.

—No te gusta hablar sobre él.

—No. Hacerlo implica entrar en una serie de detalles que no me gusta dar porque incitan a más interrogantes.

—Es la misma razón por la que a mí no me apetecía hablar sobre mi primera vez, porque tarde o temprano acabarás queriendo saber cómo fueron los primeros años de Everlasting Wound y volverás a preguntarme con cuántas tías me he acostado. Y ese día, te aseguro que acabaremos discutiendo.

Gary no mentía cuando dijo que iba a despertarme con juegucitos. Lo que no me dijo es que acabaríamos tirados en el suelo dándole un nuevo sentido al placer

matinal.

Sus rizos me hacían cosquillas en la cara interna de los muslos.

—Gary, estoy... ¡Oh, Dios!

Su boca volvió a cerrarse en torno a mí mientras su lengua volvía a moverse frenéticamente.

Cuando actuaba en directo, daba igual que tocara su guitarra o me tocara a mí: el éxito siempre era rotundo y se ganaba la mayor de las ovaciones. Estuve a punto de gritar como cualquiera de sus fans desde la primera fila, aplaudirle, silbarle e incluso pedir un bis.

—Adoro madrugar para saborearte. Ahora solo me falta un café para que el día sea perfecto. Voy a preparar una cafetera —dijo con la cara apoyada en mi vientre y la respiración todavía acelerada.

—No perdamos el tiempo tomando café.

—Podría quedarme tirado en este suelo contigo desnuda todo el día, olvidarme de quién soy, de lo que fui, de la música, del mundo... Pero quiero que salgamos por ahí, quiero fardar de chica. Ya sabes que soy de esos tíos raros que quieren algo más que sexo. Aunque eso no quita para que cuando volvamos...

Ascendió por mi cuerpo besando cada milímetro de piel que encontraba a su paso y me mordió suavemente un pezón. Se acomodó a mi lado.

—Creo que te va a costar superarte.

—Ni yo mismo podría cantar acerca de todo lo que pienso hacerte esta noche. Aunque dudo que seas capaz de esperar tanto.

Le acaricié la cara interna del muslo con destino a su entrepierna, tratando de sugerirle un nuevo asalto y que se olvidara del maldito turismo, pero me detuve en seco. Volví a pasar la mano por la zona con suavidad y noté la piel irregular.

—¿Cómo te hiciste esta cicatriz? No me había fijado en ella, es enorme.

La susodicha medía unos seis centímetros, lo que la sacaba automáticamente de la categoría de rasguño.

—Es un tropezón más en el camino que he recorrido para llegar a ser quien soy. Está ahí para recordarme lo jodidas que pueden ponerse las cosas y lo gilipollas que puedo llegar a ser. —Suspiró—. Es una marca de supervivencia.

—Pero ¿cómo te la hiciste? —insistí mientras apoyaba las manos en su pecho.

Puso el brazo bajo su cabeza y me miró.

—Si quieres que te sea sincero, no tengo ni puta idea. Solo recuerdo que me desperté tirado en la calle, me dolía horrores y había perdido mucha sangre.

—¿Tirado en la calle? —Traté de que continuara hablando.

Me sostuvo la mirada y noté que estaba incómodo; sabía de sobra que no le

apetecía hablar sobre el tema. Razón de más para insistir.

—Tocamos en Berlín, en un local bastante peculiar en el barrio Kreuzberg. Creo que era la gira de presentación de *Fall from grace*, nuestro cuarto LP. Era un miércoles normal y corriente, pero la fiesta fue bestial.

—¿Borracho un miércoles? —pregunté atando cabos.

—Exacto. Fue la noche que mi padre murió.

Si es que las cosas no podrían ser más imprevistas con Gary. Abrí los ojos impresionada mientras la pena invadía mi corazón.

—Lo siento, nunca me habías dicho nada sobre su muerte...

Me arrepentí de haber insistido, pero no lo suficiente: algo me decía que era un hilo del que tenía que seguir tirando.

—No acostumbro a hacerlo, no es un tema que salga muy a menudo en la familia. Fue muy duro.

—¿Estaba enfermo? —tanteé.

—No, se mató en un accidente de tráfico cerca de Belfast. Mi padre no era el tipo de hombre que yo pensaba, tenía tantas sobras como luces. Lo gracioso es que en el fondo nos parecemos mucho.

—Oh —acerté a decir con los ojos llenos de lágrimas.

—No te agobies, ahora ya sabes lo que pasó. Algún día iba a tener que contártelo. ¿Podemos cambiar de tema?

«No, ni hablar», pensé.

—Está bien. Cuéntame cómo acabaste poniéndole a vuestro próximo disco el título en honor a esa fatídica noche.

—Hace un año estuvimos en una entrega de premios en Berlín y lo recordé. No es que fuera la primera vez que pisábamos la capital alemana desde la nochecita aquella, pero me parecía mentira que fuera capaz de seguir vivo, y que los chicos no me hubieran dejado tirado... El título del disco es un recordatorio de aquella época. Volver allí fue como cerrar un ciclo, porque allí fue donde Josh me dio el ultimátum, y justo al año siguiente has aparecido tú.

—Entonces el ultimátum de Josh ha servido para algo.

—Empiezo a creer que sí, y tú eres la mejor prueba de ello. Es como si me hubieras despertado, como si me hubieras hecho poner los pies sobre la tierra por primera vez en años. Eres el argumento que me faltaba para cumplir con la promesa que le hice a Josh.

—¿Y qué necesitas para creértelo del todo? —pregunté con tono sugerente mientras mi mano emprendía un nuevo viaje exploratorio.

—Un café. —Me mostró su famosa sonrisa juguetona—. Estas charlas son

demasiado profundas para tenerlas tan temprano. Además, si me quedo un par de minutos más, no sé por dónde puede acabar yendo tu interrogatorio. Y tu mano.

Enlazó sus dedos con los míos y me besó con dulzura en la frente.

—Así que mejor no te pregunto sobre el concierto de Belfast que mencionó Halley ayer...

—Yo que tú lo dejaría estar, al menos, si quieres que salgamos de casa en los próximos seis meses. Estoy dispuesto a asumir el riesgo y derribar todos mis muros, pero hagámoslo despacio, sin presiones.

Y lo iba a dejar estar, hasta la próxima ocasión que tuviera.

—Vale, entonces me conformo con que nos quedemos un rato más aquí.

—Si por ti fuera, estaríamos aquí tumbados hasta el día de nuestra muerte, pero siento decirte que, con tu nivel de exigencia, moriré por deshidratación antes de lo que crees. No soy un ser superior, solo soy un mero norirlandés atractivo. De manera que voy a preparar el desayuno.

—No seas tan modesto: para mí eres un virtuoso de los orgasmos. Amo y señor de mi cuerpo.

Se echó a reír, pero se levantó dejándome con las ganas.

—Soy muchas cosas, querida. Hacer que te corras con tanta facilidad solo es uno de mis muchos superpoderes.

Me reí de su orgullo lleno de testosterona.

Paseó alrededor de la cama buscando algo que ponerse mientras yo lo observaba tirada en el suelo sobre una manta. Se sentía muy cómodo con su cuerpo. Caminó desnudo con seguridad sorteando las sábanas y almohadas, levantándolas y agitándolas hasta que por fin dio con el pantalón de su pijama. Se lo puso en un salto, bajó por la escalera de caracol y lo perdí de vista, pero la imagen de su trasero desnudo seguía muy nítida en mis retinas y me quemaba el interior.

Me quedé tumbada un rato en el suelo, pensando en que me estaba enamorando locamente de Gary. Era fácil hacerlo. Demasiado.

Cogí una camiseta suya del suelo, unas braguitas de mi maleta y bajé a la cocina.

15

BECK'S STONE, LA ACTRIZ PORNO

Durante las siguientes semanas ir a Londres se convirtió en parte de mi rutina.

De hecho, perdí la cuenta del número de vuelos que cogí y la cantidad de puntos Travel que acumulé. Me sentía como una azafata de British Airways, capaz de soltar el discursito de seguridad a bordo sin pestañear y en diversos idiomas. Gary bromeaba con que en algunos vuelos habían empezado a decir: «Señores pasajeros, el comandante, Rebeka y toda la tripulación les desean un feliz viaje con destino a Londres».

Enero se fue volando, febrero llegó con días lluviosos y muchas tardes de peli y manta y marzo pasó dejando atrás el invierno y alargando el día, casi tanto como mis estancias en la capital inglesa, ya que empecé a escaparme desde el jueves. Gary ensayaba todos los días de la semana sin descanso, la fecha para entrar al estudio se les estaba viniendo encima, y parecía que se iba agobiando según avanzaban los días. Me prometió que en cuanto acabara la gira en Estados Unidos se tomaría unas semanas de descanso y vendría a Bilbao a relajarse.

Nuestra relación no había parado de escalar en los casi tres meses que llevábamos juntos, y la verdad es que nunca me había sentido tan feliz.

Jugar a las casitas con Gary era sencillo y divertido. Era un tío atento, y siempre hacía todo lo que estaba en su mano para hacerme sentir como en casa. Sospeché que las cosas cotidianas le gustaban y las disfrutaba, probablemente porque no podía hacerlo a menudo.

En la universidad los comentarios jocosos acerca de mis escauceos con una estrella del rock cesaron, en parte gracias a que siempre nos veíamos en Londres. Cosa que a veces me hacía sentir que nuestra relación no era del todo real: era como si viviera dos vidas paralelas, una con mi familia y amigos y otra con él. Tampoco es que me quejara de la situación, pero sabía que tarde o temprano cambiaría.

Alex tampoco me volvió a hablar del tema. De vez en cuando me preguntaba si pasaría el fin de semana «fuera», pero poco más. Yo trataba de ser escueta, sincera y

correcta con él.

Lo único malo de aquella situación era que apenas tenía tiempo para salir con Ana, excepto algunas noches entre semana que aprovechábamos para hacer algo juntas.

Gary se apoyó en la barra de la cocina y me sonrió.

—¿Sábado cultural o consumista? —preguntó.

—¿Qué tienes en mente? —respondí; a continuación le di un sorbo a mi café.

Rodeó la barra para sentarse a mi lado y apoyó las manos en mis rodillas.

—Hay dos sitios que me gustaría visitar contigo, aprovechando que parece que no va a llover: el mercado de Camden Town y la Torre de Londres.

—¿Te estás ofreciendo para ir de compras con una tía?

—Lo retiro. Iremos a la Torre de Londres: prefiero que me ejecuten allí.

—No puedes ponerme la miel en la boca. —Tiré de su camiseta y lo besé con decisión. En cuanto él introdujo su lengua en mi boca, me alejé—. Y luego echarte atrás.

—Camden Town. No se hable más. —Se puso en pie entre mis piernas, me agarró por la cintura y me besó con intensidad—. Aunque ahora mismo solo puedo pensar en quitarte la ropa...

Una hora después, salimos a la calle. El sol nos inyectó cierta euforia, aunque continuaba haciendo un frío de mil demonios. La primavera estaba a la vuelta de la esquina, pero el invierno seguía dando sus últimos coletazos. Me pegué al cuerpo de Gary helada de frío y metí mis manos dentro de su abrigo; él iba sonriendo como un loco, entusiasmado con la idea del gran día que teníamos por delante.

Pasamos la mañana mirando los diferentes puestos del mercadillo, caminamos de la mano y nos comportamos como una pareja normal. Y qué bien sonaba aquella palabra. Normal.

Me probé distintas prendas y él se dedicó a tratar de quitármelas. Sospeché que su objetivo aquel día era que yo acabara abusando de él en medio de la calle, porque si seguía así, era lo que iba a suceder. Solo conseguí comprarme un pañuelo negro con calaveras, muy típico de la época punk del barrio.

—Me gusta ese pañuelo —me dijo mientras tiraba de él y me acercaba a sus labios.

—A mí también. Por mucho que trates de quitármelo, seguiré vestida; tiene sus ventajas.

—No me subestimes.

Me dio una palmada en el trasero, de esas que suenan, pero no duelen, haciéndome reír como una niña traviesa.

—Perdona, ¿Gary Connolly? —nos interrumpió una chica morena muy guapa.

Gary asintió levemente. Parecía un pelín incómodo con la situación.

—¿Te importaría firmarme un autógrafo? —sonrió ella con una dentadura perfecta.

Traté de no ponerme nerviosa por la situación. Para mí era algo nuevo que alguien nos parase en mitad de la calle para que él firmase un autógrafo, evidentemente, era la primera vez en mi vida.

Él se acercó con naturalidad para atender a la chica.

—Claro, no hay problema. ¿Cómo te llamas?

—Angie.

La miró a los ojos fijamente durante unos segundos que a mí me parecieron una eternidad. Acto seguido, se puso a tararear con voz ronca el exitazo de los Rolling Stones, e hizo como que tocaba la guitarra en el aire.

La chica sonrió alucinada con el regalito que acababa de recibir.

—Un nombre precioso, casi tanto como la canción.

Los celos treparon por mi columna haciéndome apretar los dientes. Si se comportaba así con todas sus fans, no me extrañaba que cayeran todas rendidas.

Gary, ajeno a todo, cogió el papel que Angie le tendió; garabateó algo rápidamente y se lo devolvió con una amplia sonrisa. Una de esas que hacía aparecer a sus hoyuelos, cosa que no me hizo ni pizca de gracia.

—¿Puedo hacerme una foto contigo? —preguntó la chica con un ruego en su preciosa mirada verde—. Por favor, por favor, por favor. Mis amigas no me van a creer cuando se lo cuente.

«¿En serio?».

Taconé contra el suelo con fastidio haciendo que Gary me observara de reojo, pero, pese a todo, le dijo que sí.

—Perdona, ¿nos haces la foto? —La chica me ofreció su móvil con una sonrisa pícara.

Asentí, respiré hondo y traté de poner la mejor de mis sonrisas falsas. Ella estaba loca de emoción, y ahora que la tenía frente a mí pude ver que no solo era guapa: era preciosa. Acercó su cara sonriente de muñeca de porcelana a la de Gary, él le pasó el brazo por el hombro. Una punzada de angustia me sacudió de nuevo, pero traté de continuar con mi sonrisa forzada mientras enfocaba y apretaba el botón de disparo.

—Gracias, Gary, este momento será inolvidable.

—Gracias a ti —contestó él educadamente, y se dio la vuelta para centrarse de nuevo en mí.

Noté cómo Angie se nos quedaba mirando con cara de sorpresa. ¿Pensaba que no estaba a la altura?

Continuamos recorriendo los pasillos del mercadillo en silencio; de pronto la situación entre nosotros se había enrarecido. Y si algo tenía Gary, era que no se le escapaba una.

Media hora después, decidimos que era hora de ir a otro lugar y comer algo tranquilos.

Nos sentamos a ojear la carta en una cafetería bastante pintoresca en una bocacalle del barrio.

—A veces la gente me reconoce; es parte del negocio —dijo de repente—. Lo raro es que no haya sucedido en todo el tiempo que llevamos juntos.

—Empiezo a hacerme una idea —contesté con ironía.

—No te preocupes —dijo con una mirada indulgente, y puso su mano sobre la mía.

—No lo hago, solo es que no estoy acostumbrada. Encima... la chica era muy guapa...

Su móvil repiqueteó contra la mesa; miró la pantalla y lo silenció con el ceño fruncido. Volvió a acariciarme la mano con suavidad.

—No importa si era guapa —continuó ignorando la pantalla del móvil, que volvió a iluminarse anunciando otra llamada—. Era una admiradora, el tipo de mujer a la que no me acercaría por nada en el mundo. Y menos desde que te tengo a ti y sé lo que puedo perder. Además, no me gusta exponerme, pero hay veces que los carteles de los conciertos llevan fotos nuestras, los pósteres promocionales... y los videoclips. —Suspiró—. A nuestra agencia de publicidad le encanta hacer magia con los audiovisuales y fardar con lo guapos que somos, pero siempre les he dejado bien claro que el único límite que jamás voy a permitir que traspasen es mi vida personal: mi novia y mi familia quedan fuera de la ecuación.

—Novia —repetí para probar qué tal me sonaba la palabra, y la verdad era que sonaba perfecta.

—Sí, mi novia. La chica que me tiene loco y que tendrá que acostumbrarse a lo que supone salir conmigo. Porque es inevitable que me reconozcan: es mi trabajo, y me pagan mucho por ello. Además, suele empeorar cuando empieza la promoción.

—No hace falta que te justifiques: me acostumbraré. Además, tampoco es que vayas apartando hordas de fans por la calle. —Sonreí para quitarle peso a la conversación.

¿Qué diablos esperaba? Había sido bastante absurdo por mi parte no darme cuenta de lo que podía suceder, joder, era un tío que cantaba delante de miles de personas, salía por la televisión nacional, había cientos de vídeos suyos en YouTube... ¡Era una estrella del rock!

Pese a todo lo racional que parecía, no podía evitar que los celos me invadieran. Una cosa era ser consciente de su fama y otra muy diferente, compartirlo.

La camarera interrumpió mis pensamientos y pedí al azar algo que ni sabía lo que era.

—Pensaba que todas las chicas son como yo, que no tenía ni idea de quién eras. Todavía hoy, después del tiempo que llevamos juntos, me cuesta hacerme a la idea.

—Eso es lo que me gustó de ti, ya te lo he dicho más de una vez. No ves a la estrella del rock, me ves a mí. Tú seguirás conmigo cuando no sea capaz de recordar cómo tocar una canción con la guitarra, cuando tenga la voz cascada y ya no pueda cantar, cuando Everlasting Wound sea una banda histórica que se disolvió veinte años atrás. Y te dará igual, porque seguiré siendo yo, el chico demasiado alto, con los rizos alborotados y el acento norirlandés más terrible que has escuchado jamás. Solo soy Gary, y debería ser suficiente con eso. En cambio, una tía que se enamora de la fama que tengo tiene poco recorrido, se le acabará el chollo tarde o temprano, y ¿entonces qué? Me desplumaría y me dejaría por un Justin Bieber lleno de acné.

—No sé si me deja en muy buen lugar, es ridículo. Si por lo menos hubiera conocido de oídas tu grupo...

—Esa es la diferencia entre las mujeres con las que he salido hasta ahora y aquella con la que me casaré.

Casarse. Me eché a reír, más por lo nerviosa que me ponía la palabrita de marras que porque fuera gracioso.

—Piensa que, si hubieras sido una fan, probablemente ahora no estaríamos aquí. —Acarició mi mano sobre la mesa—. Eres mi segunda oportunidad.

—Si no odiara las despedidas, tampoco estaría aquí.

—Una vez más, se cumple la típica frase de que de las bodas salen bodas.

La camarera no tardó en traer nuestros platos; por lo visto había pedido un plato de cordero que me hizo arrugar la nariz disgustada. Comimos mientras conversábamos sobre lo que haríamos a continuación. Me propuso visitar la Torre de Londres, tal como me había dicho por la mañana, y yo acepté encantada.

De camino al metro recordé que me había dicho varias veces que no le gustaba airear en Internet su vida personal, pero que la agencia insistía en que debía ser la imagen promocional del grupo, así que tuve una idea.

—¿Tienes cuenta en Twitter? —le dije de sopetón.

Me sostuvo la mirada como si le hubiera preguntado si me iba sentado.

—No me mires así, muchos artistas lo utilizan para comentar sus cosas, para promocionarse y para atender a los fans. No tienes que dar la cara, pero puedes ser parte de la conversación. ¿Por qué no lo pruebas?

—¿Porque prefiero invertir mi tiempo en hacérmelo contigo? —Alzó una ceja.

Hablar en voz alta con toda la naturalidad del mundo era su *modus operandi*. Lo miré sonrojada, pero con cierto cosquilleo prometedor recorriéndome el cuerpo.

—En realidad, no lo había pensado —dijo rascándose la cabeza.

—Twitter es un saco sin fondo de personas que hablan sin parar a todas horas, pero creo que te sentirías cómodo.

—Vale, pongamos un ejemplo. Si tuviera Twitter, ¿qué podría escribir ahora mismo?

—Uhm... Déjame pensar. Algo como que estás trabajando en tu nuevo disco, algún progreso en cuanto a ese tema. Podrías decir que estás disfrutando de un día de sol, incluso poner alguna foto de la Torre de Londres.

—Puedo decir que estoy contigo y que eres mi fuente de inspiración. Podría comentar lo de esta mañana, lo de anoche, lo de ayer al mediodía... y poner alguna foto de tu trasero, ¿no crees?

—Muy gracioso.

—Soy nuevo en esto —justificó con inocencia—. Está bien, abriré una cuenta y probaré. A nuestro agente le va a encantar. Lleva dos años insistiendo para que haga algo en las redes sociales, y llegas tú y en cinco minutos me has convencido.

—No sabe venderse como yo.

—Brian es un gran profesional, pero te aseguro que no es gay, ni tiene tus tetas.

Le pegué en el brazo y sonreí.

Durante el viaje en metro, lo ayudé a configurar la cuenta, e incluso le hice una foto para ponerla en su perfil, en la que insistió en salir con un mechón de mi pelo a modo de bigote.

—No te encuentro, Beck's —dijo haciendo un mohín—. No conozco a nadie. —Agitó su móvil enfadado—. Dios, esto está lleno de gente hablando de gatos y de fotos de una tal Kim Kardashian.

La escena era tan adorable que no pude evitar reírme. Le quité el dispositivo de las manos y escribí mi nombre en el buscador.

—Rebeka Arriaga. —Trató de pronunciar mi apellido, pero la verdad es que sonó fatal al mezclarse con su acento norirlandés—. Difícil de escribir e imposible de pronunciar.

—No estás preparado físicamente para pronunciar tantas erres. Tu lengua no está

acostumbrada.

Alzó la mirada con un gesto sugerente.

—Parece mentira que seas capaz de hablar así sobre mi lengua, ella que tanto te ha dado...

Me encogí en el asiento avergonzada. Su descaro era a prueba de bombas. A veces se sobraba un poco, pero era irresistible.

—¿Qué significa? —Volvió a mirar la pantalla con curiosidad.

—Es un topónimo, pero su etimología significa «lugar de piedras», o algo así.

—Bueno, puedo llamarte Beck's Stone hasta que consiga pronunciar tu apellido en condiciones. —Me besó la nariz suavemente.

—Beck's Stone suena a nombre de actriz porno —afirmé con fastidio.

Él me dedicó una mirada digna de una pena de cuatro años de cárcel por acoso sexual, e hizo que se me contrajeran todos los músculos del cuerpo.

Visitamos todos los edificios del complejo de la Torre de Londres, así como las joyas de la Corona Británica, la colección de armaduras reales y los restos de la muralla romana.

Mientras tomábamos un café cerca del jardín en el que ejecutaron a Ana Bolena, observamos los cuervos que pululaban alrededor de la torre.

—Hay una leyenda que dice que, si los seis cuervos que mantienen la Torre desaparecieran algún día, esta se caería, y con ella la monarquía.

—¿En serio? —pregunté anonadada.

Me encantó la pasión con la que me habló sobre los detalles de la época. Casi podía imaginarlo hablando delante de una clase llena de alumnos, vestido con una chaqueta de *tweed* verde oscuro, con coderas beis y unas gafas plateadas.

¡Qué diferente sería su vida si no fuera una estrella del rock!

Y qué fácil hubiera caído rendida también.

—¿Tienes hambre?

—No, mi estómago sigue trabajando con el cordero...

—Genial. Podemos quedarnos para ver la ceremonia de las llaves: tiene más de setecientos años de antigüedad.

—¿Y en qué consiste?

Sonrió emocionado, se puso en pie a mi lado y miró a nuestro alrededor.

—A eso de las diez menos diez, los guardias de la torre, los *Beefeaters*, cierran y aseguran la Torre. La historia dice que solamente se han retrasado en una ocasión, durante la Segunda Guerra Mundial, porque cayó una bomba en el recinto; aún

conservan la carta del jefe de la Guardia pidiendo disculpas al rey Jorge VI —narró con afán educativo, y completamente metido en el papel de profe—. Tal como te he dicho antes, la reina no reside aquí, pero están las joyas de la Corona que hemos visto y otros muchos objetos de valor que deben proteger.

Cuando se acercaba la hora, nos aproximamos a Traitor's Gate, para contemplar de primera mano el ritual. El jefe de guardia salió de la Torre Byward con las llaves en una mano y un candil en la otra. Lo seguimos a través de las diferentes puertas, mientras las iba cerrando. Finalmente, con un «Dios salve a la reina Isabel», a lo que el todo el mundo respondió «Amén» y yo nada, dieron por finalizada la ceremonia.

16

HACER LA COLADA CONTIGO ES LA HOSTIA

—Si estoy inspirado, puedo contar historias sobre cualquier cosa y acabar convirtiéndolo en una canción que venderá millones de copias. No te puedes hacer una idea de dónde han salido muchas de las letras que la gente tararea como si fueran fantásticas proezas líricas. Y gano miles de libras con ellas, es así de fácil.

Me eché a reír ante su fanfarronería y volví a revolverme entre la ropa sucia tratando de escapar, pero no me lo permitió. El encarcelamiento de sus brazos era férreo.

Aquella mañana de abril, el frío y la fina lluvia primaveral londinense nos habían chafado los planes de pasear a orillas del Támesis y visitar el London Eye.

—¿Y todo sale de tu cabeza?

—De mi cabeza, de mi pasado, de mis sueños, de mis deseos, de mi tristeza... Supongo que dejo salir todo lo que escondo. Deberías probarlo; una vez que lo dejas salir, solo consiste en hacerlo rimar.

—Sigo sin creérmelo. —Puse los ojos en blanco—. La inspiración es famosa por ser una traidora infiel, y tú no eres el Dios de las palabras y las rimas. Además, no puede ser tan fácil.

Gary giró el carrito de la lavandería, casi haciéndolo volcar, y a mí con él. Me agarré a los laterales con fuerza y le lancé un calcetín sucio a la cara. Sonrió mientras se acercaba hasta casi rozar su nariz con la mía. La travesura empapaba su mirada.

—Te lo demuestro cuando quieras, querida —afirmó con tono grave—. Las musas me adoran, casi tanto como tú. Las tengo besándome los pies y muriéndose por los celos, sobre todo desde que tengo a ti como combustible. Solo tengo que estar atento, tener una guitarra cerca y... ¡bam!, surge la magia.

—Así que no tengo la exclusividad de ser tu musa... Gracias por hacerme sentir que soy la única —susurré con ironía.

Bufó, picado, y se revolvió el pelo.

—Eres mucho más que eso, ya lo sabes. Desde que te conozco canto más alto y

toco mejor. Y no solo eso. —Me dedicó una mirada llena de significado que me tensó todos los músculos.

Me apoyé en su hombro para morderle el labio inferior con suavidad. Él gruñó y rozó con su dedo la apretada senda de mi escote, cosa que le recriminé con una sonora palmada en la mano. Aproveché su distracción para salir atropelladamente del carrito, a punto de perder el equilibrio y acabar patas arriba con sus *boxers* en la cabeza.

Pero él no perdió el tiempo. En menos de un segundo me tenía acorralada contra una de las lavadoras de tamaño industrial. Recorrió mi cintura con sus manos.

—Venga, ponme a prueba.

Nos costó dar el primer paso en el terreno físico, pero desde que había sucedido, nos habíamos convertido en un par de adictos al roce y la fricción.

Con una pirueta digna de una bailarina escapé de su abrazo, me senté encima de una de las enormes lavadoras con las piernas abiertas rodeando la puerta y le lancé una mirada abrasadora. Él suspiró contrariado, acercó el carrito y comenzó a meter la ropa.

—Está bien. Háblame de esa toalla. ¿Cuál es su historia? —dije alzando una ceja.

Se quedó inmóvil con la enorme toalla naranja en una mano y la mirada clavada en la entepierna de mis vaqueros. Se rascó la barbilla pensativo de una manera muy sexy.

—Está húmeda —afirmó con cierta lascivia y mucha emoción, como si acabara de descubrir una verdad universal.

—¡Qué elocuente! —Me eché a reír recordando abochornada que yo misma había hecho un comentario igual de conmovedor y profundo a la mañana siguiente de haberlo conocido—. Estás hecho todo un poeta de la industria del porno.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Los hoyuelos se dibujaron en sus mejillas dándole ese aspecto de chico malo que tanto me gustaba. Y que me ponía. Para qué nos íbamos a engañar.

—Déjame seguir. Impaciente. Necesito un poco de tiempo, no es algo automático: me tengo que poner en situación.

Cerró los ojos concentrado; se mordió el labio inferior al tiempo que manoseaba la tela con insistencia.

—Tal como he dicho, está húmeda... —Abrió un ojo, sonrió divertido y volvió a cerrarlo—. Porque esta mañana ha vivido una experiencia endiabladamente erótica y memorable. Nunca será capaz de olvidar el roce contra la suave piel de tus piernas, ascendiendo poco a poco desde el tobillo hasta el muslo, secando cada pequeña gota; la locura que supone recorrer las curvas de tus caderas, la jugosidad

de tus labios mojados, tu pelo, sedoso y revuelto, tapando tus deliciosos pechos..., y tus pequeñas manos... —Abrió ambos ojos de pronto—. Obligándola a recorrer tu vientre hasta la placentera y deliciosa hendidura que se esconde entre tus piernas.

Un fuego violento me arrasó de pies a cabeza; tuve que obligarme a cerrar la boca para que no pareciera que me había dado algo chungo. Los recuerdos de aquella mañana seguían muy vívidos en mis retinas y en cada uno de mis músculos. Ya no me quedaba espacio en la mente para pensar en otra cosa que no fuera su cuerpo desnudo sobre el mío.

—¿Sigo? —preguntó mientras metía la toalla en la lavadora como si tal cosa.

Asentí, todavía impactada por las palabras del próximo número uno de Everlasting Wound, y pensé que, si todas las personas tuvieran a alguien como él en sus vidas, no habría guerras en el mundo. Serían felices, estarían satisfechas e irían dando saltitos por la vida y contagiando la felicidad a todo el que se cruzara en su camino. Los unicornios pastarían en los jardines de Londres y el arcoíris iluminaría todas sus calles.

Gary cogió uno de mis tangas negros de la pila y lo enrolló entre sus dedos. Yo me tumbé de costado sobre la lavadora y lo miré cautivada. Aunque probablemente esa era la cara que tenía desde el día que lo conocí.

—Esta prenda también ha sido feliz en acto de servicio. Pero no tanto como yo arrancándotela.

Tiró un poco más de la tela hasta que la prenda se deshizo entre sus dedos. Su provocación era simple, pero devastadora para mi cuerpo. Contuve el aliento, incapaz de articular ni una mísera palabra.

Arrojó el tanga a una papelerera cercana encestando a la primera. Volvió a hurgar en la cesta para sacar otra prenda. —¿Esto debería lavarlo en frío?! —preguntó a grito pelado mientras alzaba mi sostén negro de encaje en alto.

Me pareció ver que al señor mayor que estaba en la lavadora contigua se le caía la dentadura postiza al suelo. Le arrebaté a Gary el tanga de las manos para guardarlo en el bolso. Él metió un par de pantalones en la lavadora muerto de risa, a continuación cogió una camiseta blanca y la extendió para mostrarme el dibujo que tenía en la zona del pecho. El transatlántico *vintage* de la noche que nos conocimos.

—Te veo distraída; deberías prestar más atención. —Me advirtió con una sonrisa de medio lado.

Obedecí, me senté erguida de nuevo, prometiéndome que no iba a perderme un maldito detalle de todo lo que él tuviera que decir.

Me rodeó el cuello con la camiseta acercándose a sus labios.

—La historia de esta camiseta es la más romántica jamás contada.

Me besó. Mis manos salieron disparadas para enredarse entre sus rizos. Lo rodeé con las piernas, ajena a la sonrisita desdentada del viejecito de la lavadora de al lado.

—Fue la noche en la que el caos recuperó la cordura. Y ese será el título de la canción —puntualizó con profesionalidad.

Alzó mi barbilla y volvió a depositar un beso en mi labio inferior. Yo llevaba un buen rato flotando a la deriva en un mar de deseo. Húmedo.

—Cuando salí de la ducha y me la puse, no podía imaginar que tu luz iba a ser capaz de acabar con la oscuridad que reinaba en mi interior desde hacía meses. Que aquel día ibas a cambiarlo todo, darle un nuevo rumbo y convertirte en la protagonista de todas las canciones que he escrito desde entonces, las mejores que jamás han salido de las cuerdas de mi guitarra. —Hizo una pausa; de pronto todo el coqueteo había desaparecido y se había puesto serio—. Recuerdo cómo te sonrojaste mientras escaneabas mi cuerpo por primera vez, y cómo sonreíste cuando leíste el texto de la camiseta. Pero, sobre todo, recuerdo cómo te aferraste a ella con los dedos mientras te besaba por primera vez, deseando casi tanto como yo que aquel beso acabara en algo más. Nunca podré olvidar cómo me la quité mientras te observaba tirada en mi cama, suplicando en silencio que te despertaras y me dejaras desnudarte.

Aunque llevara tres meses con él, seguía dejándome traspuesta la facilidad de palabra que tenía y la intensidad con la que había vivido nuestro comienzo.

—Lo único malo que puedo decir es que no rima.

—Hacer la colada contigo es la hostia —me dijo con una sonrisa radiante.

Yo sí que estaba colada. Perdida. Arruinada. Jodida. Y enamorada hasta las trancas. Tiré de su camiseta obligándolo a estampar sus labios contra mi boca. Él me apretujó contra su pecho. Nunca había tenido ese tipo de ataques lujuriosos hasta que lo conocí. Introduje mi lengua buscando la suya mientras él se agarraba a mi trasero como si fuera el único salvavidas en dos kilómetros a la redonda.

Varios minutos después, metió un par de prendas más en la lavadora, echó un poco de jabón y me ofreció la mano para ayudarme a bajar.

—He estado pensando en una cosa. Sé que te prometí que iría a Bilbao después de la gira, pero quiero hacerlo antes de irme. Llevas tres meses yendo y viniendo cada fin de semana, es muy egoísta por mi parte. Creo que podré escaparme un par de días.

Sus palabras hicieron que me invadiera la angustia.

¿Por qué demonios había sacado el tema? Todavía no estaba preparada para abrirle la puerta de mi vida en Bilbao. Tal vez fuera yo la egoísta, la que vivía dos realidades paralelas incapaz de asumir todas las responsabilidades de una relación

seria. Y es que permitir que se acercara demasiado me ponía nerviosa, porque sabía lo que era que las cosas acabaran mal. No estaba dispuesta a exponerme a sufrir a la primera de cambio, pero tampoco quería herirlo. Solo necesitaba más tiempo para estar segura de que lo nuestro iba a funcionar.

El riesgo de volver a acabar con el corazón destrozado me bloqueaba.

—No te agobies, comprendo la situación. Tienes que centrarte en el disco nuevo. Después de eso, ya haremos planes.

Sonreí, me acerqué a su boca y lo besé.

—¿Estás intentando distraerme? —preguntó contra mis labios.

—¿Yo? ¿Por qué? —Aparté la vista, incapaz de mentirle a la cara.

—Me ha dado la sensación.

Lo nuestro había crecido más de lo que podía soportar.

Él nunca lo supo, pero aquella noche, cuando se quedó dormido, hui.

Me senté en las escaleras de la parada del metro de Holborn, temblando e incapaz de respirar.

17

ALERTA «BIKINI ÁMBAR»

Con tanta visita a Londres, había tenido a mis padres abandonados y los reproches que iba a recibir por parte de mi madre se acumulaban peligrosamente, así que aquella tarde fui a verlos.

—Hace más de un mes que no sé nada de tu hermano, y tú, peor aún, llevas desaparecida desde enero. Un par de llamadas y te crees que has cumplido. ¡Ten hijos para esto! —dijo mientras aplastaba unas raíces con saña.

Mi madre estaba de rodillas junto a las hortensias, arrancando partes muertas, removiendo la tierra y plantando esquejes. Tener el mejor jardín del barrio era un combate a muerte para ella.

—Hola, ama —dije con timidez, pero ella ni siquiera me miró; estaba demasiado ocupada trabajando—. Yo también me alegro de verte.

Visto el recibimiento, descarté la idea de sentarnos tranquilas a tomar algo.

—Y qué decir de tu padre... Ya sabes que sale a pasear por las mañanas y a correr por las tardes. El caso es no pasar tiempo conmigo. ¡Desde que se jubiló lo veo menos que cuando trabajaba! —protestó mientras agitaba una pala de jardinería en el aire y me tiraba tierra encima.

Mi padre siempre había sido una persona muy activa, por lo tanto, la jubilación le resultaba de lo más aburrida. Además, mi madre podía llegar a ser bastante absorbente si se la dejaba suelta. Era incapaz de imaginar a mi padre todo el día en casa, cumpliendo con los quehaceres hogareños mientras mi madre lo perseguía con la fusta por detrás impidiéndole hasta respirar. Me alegré de que mi padre tuviera una rutina nueva, con nuevas aficiones y cierta independencia. Aunque no se lo dije a ella.

—He estado liada terminando el proyecto. No he tenido tiempo para nada.

—No me mientas, Rebeka, ¡no me mientas! —Entornó los ojos con desaprobación—. Has estado en Londres visitando a tu amigo muchas veces, y eso está bastante más lejos que la casa de tus padres. ¡Sabe Dios qué habrás estado

haciendo allí! —exclamó de manera dramática.

—Oh, eso... Sí, he estado en Londres un par de veces... —admití omitiendo el número real de las visitas, que ascendía a más de una docena.

Ella dejó de agujerear el suelo, se quitó los guantes, se sentó en una de las sillas del jardín, se retiró el sudor de la frente con el dorso de la mano y me hizo un gesto autoritario para que me sentara a su lado. Obedecí.

—Háblame de él —ordenó mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—No hay mucho que contar.

—Recuerdas cuánto me cabréé cuando supe que tu hermano llevaba saliendo con Verena dos años, ¿verdad?

Me envaré en la silla y la miré con ojos de cordero degollado. Mi hermano nos había ocultado su relación durante los dos primeros años; la chica en cuestión era alemana y él no se veía viviendo allí. Qué equivocado había estado. Para cuando se quiso dar cuenta, estaba pilladísimo por la germana y ella no tenía ninguna intención de abandonar su país natal.

—Sí, lo recuerdo. Ya sabes cómo es Robert, ama...

—Tú eres igual: me ocultas las cosas, solo que tú vives aquí y él en Alemania, así que a ti te pillo antes —dijo con orgullo detectivesco—. Ya no tengo autoridad para castigarte, pero te prometo que te corto el grifo como no empieces a desembuchar.

—Está bien... Vive en Londres, pero nació en Irlanda del Norte, creo que eso ya te lo dije... Estudió Historia, aunque actualmente no se dedica a ello. —Me fui por las ramas y traté de darle la información que más positivamente iba a valorar.

—Si no ejerce como historiador o lo que sea que hace la gente que ha estudiado esa carrera, ¿qué hace para ganarse la vida? —Entornó los ojos con curiosidad.

—Bueno, la verdad es que tiene un grupo desde hace algunos años.

—¿De estudio? —Me miró extrañada.

—De rock —dije en un susurro, esperando que estallara la tormenta, cosa que no sucedió, lo que me dejó descolocada.

—¿Un grupo de rock? —preguntó con las cejas rozándole el nacimiento del pelo.

—Sí, eso he dicho. —Crucé los dedos en la espalda: tal vez no le diera mayor importancia.

—¡Ja! Lo que me faltaba por oír. Eso ni es un trabajo ni es nada, espera a que se entere tu padre. Por el amor de Dios, un rockero...

Le dio semejante ataque de risa que me hizo flipar. Esperaba que pusiera el grito en el cielo, que me echara en cara que no sabía elegir novios normales, pero que le entrara la risa no entraba entre las opciones.

—Ama, no le veo la gracia.

—Pues a mí me parece graciosísimo. Es como decir que vive del aire que respira y que con eso paga las facturas. —Se secó las lágrimas alrededor de los ojos.

—Ahora mismo está preparando una gira en Estados Unidos —afirmé con orgullo.

Dejó de reírse para mirarme con el miedo reflejado en los ojos.

—¿Va en serio? —La desconfianza inundó su mirada.

—Sí, ha publicado cuatro discos y ha vendido millones de copias. Además, tiene varias canciones muy famosas... y es capaz de llenar estadios.

—Oh. —Se quedó con la boca abierta de par en par.

—Sí, eso mismo dije yo cuando lo supe. Un «oh» enorme, y todavía hay momentos en los que alucino. Por mucho que fuera lo primero que me dijo cuando nos conocimos, justo después de su nombre, no me lo creí. Pensé que me estaba tomando el pelo, incluso me cachondeé de él. Pero lo he visto tocando en varias ocasiones y es grandioso.

—Espero que tenga algo más que toda esa fama, porque, ya sabes, con la edad esas cosas se van perdiendo. Quién sabe cuántos años le quedarán en ese mundillo o si de buenas a primeras dejará de tener éxito... ¿Se droga?

Típico de mi madre: sacar las cosas de quicio antes de tiempo.

—No, no hace nada de lo que tú podrías esperar de un rockero. Simplemente es un tío maravilloso que se dedica a la música, es bueno en lo que hace y es una persona increíble. Es divertido, cariñoso... —Dejé de enumerar las virtudes de Gary antes de pasarme al físico y acabar sonando como una novia obsesionada y un pelín perversa.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tres —respondí bajito—. Cumplirá treinta y cuatro en septiembre.

—¡Pero si es bastante más mayor que tú! Si piensas tener hijos, más te vale darte prisa.

—Ama, joder, ¿hasta dónde te has ido? ¿Te vas a poner a tejer patucos?

—Hija mía, el reloj biológico no espera. Él es mayor, tú eres joven, pero la diferencia de edad entre los dos es alta. No pierdas el tiempo.

Por Dios. Cómo me gustaría ser adoptada. Mi madre era la reina de las neuróticas. Las posibilidades de acabar siendo como ella eran demasiadas.

—¿Cuándo va a venir? —preguntó esperanzada—. ¿Nos lo presentarás?

—Sí, algún día, pero prefiero esperar un tiempo. No quiero precipitarme.

Ella asintió y yo respiré tranquila.

—Con Alex te precipitaste —sentenció arrugando el morro—. Ese chico empezó a entrar en casa demasiado pronto y luego no había manera de que se marchara.

Muy educado al principio, pero ¡menudo prepotente resultó al final! —exclamó irritada—. Tu padre y yo nos alegramos mucho cuando dejó de aparecer. No nos gustaba lo más mínimo.

Me sorprendió que mi madre opinara eso sobre Alex; siempre había disimulado su aversión hacia él y lo había tratado de manera cariñosa y cordial. Pero estaba claro que había detectado los problemas y que lo tenía más calado de lo que yo pensaba.

—No quiero que todo vaya demasiado rápido; necesito tiempo. Pero lo haré, ama: cuando esté preparada os lo presentaré —prometí con sinceridad.

—Está bien, le hablaré a tu padre de él, iré trabajándome el terreno.

Me imaginé a mi madre en el papel de poli buena ganándose un anti Oscar, porque si alguien no iba a poner pegas a mi relación, ese era mi padre.

—¿Tu hermano lo sabe? —Entrecerró los ojos mientras se golpeaba el mentón con un dedo.

—No, no se lo he dicho, hace mucho que no hablo con él. —Mentí, porque admitir que hablaba todas las semanas con mi hermano hubiera supuesto otra tanda de reproches, y ya iba bien servida.

Robert estaba más que informado acerca de mis viajes al Reino Unido, por mucho que su novia tratara de aislarlo. Pese a todo, acababa de darle a mi madre una excusa para hacer una llamada de emergencia a Alemania. En menos de una hora tendría a mi hermano a su servicio investigando a Gary, su grupo y su ascendencia celta, y a la Cancillería Federal de Berlín pinchando todos los teléfonos del Reino Unido. Pero mi querido hermano se lo pasaría genial relatándole la vida de cualquier rockero pasado de rosca con tal de hacerla chincar. Confiaba en sus dotes de tocapelotas.

—Yo se lo diré cuando lo llame esta noche —me dijo orgullosa.

«Qué predecible eres, amatxu», pensé mientras me daba una palmadita de reconocimiento mental en la espalda.

Tenía que avisar a Robert de la que se le venía encima y darle tiempo para buscar alguna historia rocambolesca en la Wikipedia. Asustar a nuestra madre era nuestro deporte favorito.

—Es tardísimo y he quedado con Ana. —Fingí que tenía prisa y me levanté de la silla.

—Está bien, me alegro de que te hayas dignado a venir. La próxima vez, trae a Ana y quedaos a cenar. Hace mucho que no la vemos.

—Te llamaré esta semana —dije prometiéndome que lo haría.

—Eso, prométeme que me llamarás y luego haz como siempre: no acordarte de tu madre.

Una nueva fase de reproches por ser una mala hija estaba en marcha; no estaba dispuesta a quedarme para verlo. La abracé y me precipité, casi corrí, hacia el coche, donde tarareé una canción para mí misma con el objetivo de tapar las recriminaciones que todavía me llegaban desde el jardín.

Nada más montarme en el coche alerté a mi hermano sobre la inminente crisis maternal.

19:30 - Rebeka: Hermanito, la ama te va a llamar: estamos en alerta «BIKINI ámbar».

19:31 - Robert: *¿Han subido de precio los bulbos de tulipán? Activemos el DEFCON 4.*

19:32 - Rebeka: ¡Jajajaja! No, la operación «flower power» va viento en popa. El problema es que ha descubierto que tengo novio...

19:33 - Robert: *«Novio». Qué tierna eres.*

19:34 - Rebeka: Capullo.

19:34 - Robert: *No te enfades, Dulcinea. Te dije que deberías habérselo contado antes.*

19:36 - Rebeka: Invéntate alguna historia para volverla loca antes de que ella me vuelva loca a mí.

19:36 - Robert: *Hecho. Por cierto, ¿quién es el afortunado? Todavía no me lo has dicho.*

19:37 - Robert: *Está sonando el teléfono... Me debes una.*

19:38 - Rebeka: ¡Cúbreme!

19:39 - Robert: *Por lo menos dime a quién estoy protegiendo.
¿Te has liado con Bob Dylan?*

19:40 - Rebeka: Muy gracioso. ¿No estaba sonando el teléfono?

19:40 - Robert: *Está torturando a Verena con las azaleas de nuestro jardín.*

Sonreí recordando los tiempos en que mi hermano todavía vivía en casa y el gran equipo que hacíamos juntos; lo echaba mucho de menos. Pensé con tristeza que si él hubiera estado viviendo en casa cuando sucedió lo de Alex, las cosas no habrían ido tan mal, pero, para mi desgracia, su novia iba antes que su hermana.

18

¿SABE ELLA LO JODIDO QUE ESTÁS?

Encaramos mayo encerrados en el estudio. El mismo en el que Queen grabó *Bohemian Rhapsody*, casi nada.

La grabación del disco nuevo iba con mucho retraso, gracias a Gary y a su lento proceso creativo, según le echaba en cara Josh cada vez que tenía oportunidad. Por lo visto, no estaba consiguiendo los buenos resultados de los discos anteriores, y yo me preguntaba preocupada si sería capaz de sacarse de la manga otro número uno que los catapultara a la cima una vez más. Aun así, estaba segura de que Gary exageraba sobre el cabreo de Josh; este parecía un tío calmado y con mucha paciencia, no un ogro gruñón cagaprisas, tal y como me lo pintaba.

Pese a toda la presión a la que estaba sometido, dejó la parte poética a un lado para encarcelarse en el estudio de lunes a domingo y grabar las pistas instrumentales que le correspondían, con el objetivo de terminar antes de marcharse de gira. Yo crucé los dedos para que todo saliera bien a la primera, porque, según me dijo, por muy bien que lo hiciera tendría que repetir algunas tomas. Cuanto más se dilataba el proceso, más se encarecía la producción. Y es que cuando terminaran de grabar, todavía faltaría editar, mezclar y la masterización. Motivo por el cual los ingenieros de sonido protestaban a diario, la discográfica se tiraba de los pelos, los fans se quejaban y mi querido novio se rascaba la barriga tan tranquilo, mientras me metía mano.

Si algo tenía claro es que cada persona se enfrenta al estrés a su manera.

Ese sábado en concreto Gary estaba grabando las pistas de guitarra para dos canciones, y me había rogado que lo acompañara, para evitar que la aburrida vida en el estudio lo matara.

Y así habíamos acabado, yo sentada en un taburete con una guitarra acústica negra entre las manos y él apretujado contra mi culo.

—Usa mis dedos —le sugerí con tono juguetón.

—No los necesito.

Su mano se coló por detrás de la guitarra, rozó la piel de mi vientre y empezó a jugar con los botones de mi pantalón. Soltó el primero con destreza.

—Oh, Gary... ¡No te distraigas!

Sus carcajadas retumbaron por todo el estudio haciendo que el técnico de sonido, que estaba al otro lado del cristal, levantara la cabeza de la mesa de mezclas.

—Está bien. Dame el dedo índice —me ronroneó al oído.

Obedecí ofreciéndole mi mano izquierda. Él sujetó mi dedo índice, lo introdujo entre sus carnosos labios y lo lamió entre varios gemidos orgásmicos.

Y supe que así no íbamos a llegar a ninguna parte. Carraspeé.

—Lo sé, lo sé... —se disculpó mientras me besaba en el cuello.

Acercó mis dedos al mástil de su acústica haciéndome presionar con las yemas diferentes cuerdas. A continuación, cambió de postura y apoyó la barbilla en mi hombro derecho. Alcé mi mano derecha para acariciarle la mejilla y jugueteé con sus rizos. Él no se cortó un pelo.

Volví a toser, pero no se dio por aludido.

—Gary, no estás mirando la guitarra.

Levanté un poco la tela de mi camiseta para taparme los pechos, que asomaban por encima del escote. Él gruñó, me besó detrás de la oreja y deslizó su lengua por mi cuello. Pegué mi espalda a su pecho mientras un sonido ahogado escapaba de mi garganta. Le lancé una mirada furtiva al técnico de sonido, se había quitado los cascos y ojeaba aburrido unos papeles.

—Le he dicho que nos deje a nuestro aire un rato. Tranquila.

Se movió un poco y cogió mi mano derecha. Sentí la presión de su deseo en la parte baja de mi espalda, mientras juntos rasgábamos las cuerdas con la púa arriba y abajo.

—Perfecto. Eso es do sostenido mayor —dijo pegado a mi oído con la voz ronca.

—Cuando tú lo haces parece más fácil —protesté enfurruñada.

—Solo llevamos una nota. No seas impaciente.

—Creo que intentar grabarme tocando un par de acordes no es la mejor idea que has tenido.

Me quitó la guitarra del regazo y la apoyó contra la pared. Se colocó entre mis piernas y me clavó los dedos en el culo.

—Supongo que hacer salir a la rockera que llevas dentro es más complicado de lo que pensaba. Tendré que seguir exprimiendo el resto de tus facetas.

Me mordió el labio inferior y yo le rodeé la cara con mis manos.

—El rock lo es todo para ti. Lo mío es la publicidad...

—Ahí estás muy equivocada. La música solo es el incentivo que me empujó fuera

del cascarón cuando era un adolescente y hoy en día, un trabajo que paga las facturas. Tal vez sea más satisfactorio que otros empleos, porque tengo la oportunidad de crear algo del aire, lanzarlo al mundo y que el mundo me responda con una ovación. Pero no lo es todo. Tú sí. —Se encogió de hombros con un gesto adorable; a mí se me pusieron todos los músculos en tensión, pidiendo a gritos que me tocara y que no dejara de hacerlo hasta hacerme gritar extasiada.

Se separó de mí para coger la eléctrica roja. Le conectó un cable, rasgó las cuerdas, frunció el ceño y ajustó una clavija. Repitió el proceso mientras yo lo observaba atenta. Lo repasé de arriba abajo. Iba a necesitar un milagro enorme, algo como el Big Bang, para no saltar a sus brazos, arrancarle la ropa y devorarlo allí mismo. Tragué saliva.

Él tocó una línea melódica compuesta de varios compases mientras se mordía el labio inferior, ajeno a mis instintos carnales.

—Eso ha sonado genial —comenté acalorada.

—Esa es la idea. Es lo que se conoce como un *riff*. La melodía de acompañamiento repetitiva y pegajosa con la que os quedáis los fans. —Sonrió orgulloso.

—¿Por eso tenéis dos guitarras?

Estaba empezando a comprender los entresijos de un grupo de rock, cosas que hasta la fecha me habían importado una mierda pero que de pronto me parecían de lo más interesantes.

—Sí, querida; Josh toca la parte rítmica y yo, la melódica.

—Nunca me habías hablado de estas cosas. Cuéntame más. Lo quiero saber todo. ¿Cuándo empezaste a tocar la guitarra? —pregunté desesperada.

Se echó a reír y volvió a rasgar la guitarra de manera aleatoria.

—No quiero aburrirte.

Crucé los brazos sobre el pecho rogándole con la mirada.

Necesitaba escuchar la maldita historia de la guitarra desde el siglo XVI. Sobre todo, para distraerme de la tensión que se había acumulado en la parte baja de mi vientre.

Dio un paso en mi dirección, apoyó un pie en la barra baja del taburete a la par que me dedicaba una mirada desconfiada.

—Creo que tenía cinco años la primera vez que toqué las seis cuerdas de una acústica. Mi padre también aprendió de pequeño, así que no me dio tregua: en cuanto fui capaz de sujetarla, me la puso entre las manos y me enseñó. Primero lo intentó con mi hermana, pero ella siempre ha tenido una coliflor por oído, así que se centró en mí. —Sonrió con la mirada perdida en el pasado—. Todavía recuerdo

la sensación de la madera en mi regazo, el sonido que reverberaba dentro de la caja... Toqué hasta que mis dedos sangraron, era alucinante. Compartir ese momento con mi padre es algo que nunca olvidaré.

El corazón se me encogió en el pecho; la pasión con la que hablaba era sobrecogedora. Las pocas veces que mencionaba a su padre captaba el mismo mensaje: lo adoraba, y recordarlo le dolía.

—Vaya, así que tu padre también era un rockero.

—Lo era, sí, y también lo utilizó como gancho para engatusar a mi madre. —Alzó una ceja juguetona—. Él y algunos de sus amigos del instituto fundaron un grupo, con el objetivo de juntarse para rocanroleo siempre que podían. Cuando era pequeño, me parecía supermolón que mi padre tocara a Deep Purple en el salón... La verdad es que nos parecemos mucho: la pasión por la música la llevamos en la sangre. Por eso toco a diario, como él; es mi válvula de escape y la mejor manera de airear mis frustraciones. De hecho, cuando la adolescencia me poseyó, mi padre pensó que necesitaba algo más «duro», así que, me regaló a Brooklyn.

—¿Brooklyn?

—Mi primera eléctrica; esta preciosidad que estás mirando como si fuera un simple pedazo de madera es una Gibson Les Paul Deluxe. Un tío de mi padre se la mandó de Nueva York; para mí, tenerla entre mis manos supuso cumplir mi mayor sueño. Después vinieron otras: una Gretsch Duo Jet negra, una Fender Jaguar Sunburst del sesenta y cinco... Pero nunca será lo mismo.

—Muy bonita la historia, tío. ¿Piensas grabar tus pistas o te pongo un té y nos deleitas con la historia de Les Paul diseñando las guitarras de cuerpo macizo? —La voz de Josh rugió a través de los altavoces; estaba al otro lado del cristal junto al técnico de sonido.

Gary pegó un brinco, sobresaltado, y yo me envaré.

—¿Intentas matarme de un infarto para quedarte con el grupo? —preguntó Gary de cachondeo, pero con la mandíbula tensa—. Estoy en ello, *tío* —añadió con sorna.

Josh se echó a reír con malicia, cruzó los brazos sobre el pecho impaciente dedicándole una mirada envenenada.

—¿Sabes cuántas libras tiramos a la puta basura cada hora?

Gary apretó los puños y respiró hondo.

—Sé cuánto nos cuesta el puñetero estudio porque me lo recuerdas cada cinco minutos. Relájate un poco; así solo vas a conseguir que el disco nuevo suene a rencor.

—Si me relajo no habrá disco, es así de simple. Además, ya estás tú para tocarte

los huevos y perder el tiempo con tu chica en lugar de hacer tu trabajo.

Mi mirada conectó con la de Josh durante unos instantes. Traté de adivinar dónde se había escondido el tío majo con el que había estado en otras ocasiones. ¿Gary sacaba lo peor de Josh? ¿O viceversa?

—¿Ahora el problema es Rebeka? —preguntó Gary de manera incisiva.

La desconfianza que reinaba entre ellos me crispaba los nervios.

—No he dicho eso —se justificó Josh.

Gary se acercó al cristal y lo encaró con arrogancia.

—Venga, admítelo, alégame el día. Te molesta que ella esté aquí.

Josh se quedó callado durante unos segundos, negó con la cabeza y suspiró.

—Espero que tengas un plan B para sacar adelante todo el trabajo —continuó—, porque, si no, estamos bien jodidos.

—Mi plan B es idéntico al A, pero con una botella de whisky entre pecho y espalda —lo retó Gary con un tono mordaz que no comprendí, pero que hizo a su compañero mirar al techo asqueado.

—No acabas de decir eso.

La cara que vi al otro lado del cristal me hizo temblar; parecía que habían entrado en un terreno peligroso. Me revolví en el taburete nerviosa mientras observé que el técnico de sonido se largaba.

—¿Sabe ella lo jodido que estás? —Josh lanzó la pregunta empapada de amenazas.

—No es asunto tuyo. —Gary parecía estar a punto de soltarle un puñetazo al cristal y reventarlo.

—¿Y de ella?

Ni corto ni perezoso, Gary se dio la vuelta, dejó la guitarra contra la pared y se acercó a mí lentamente, ante la mirada estupefacta de Josh. Apoyó sus manos en mis rodillas y con un suave empujón me hizo abrirlas. Lo acogí entre mis caderas mientras él ponía sus manos a ambos lados de mi cintura. Sonrió como el gamberro que era.

—No permitamos que Josh nos desanime.

Asentí y le eché los brazos al cuello. Él me besó con desenfreno.

Era un provocador nato, en todos los sentidos, pero si pensaba que me había distraído, la llevaba clara.

Horas más tarde, pasamos por el supermercado. Gary iba a cocinar algo especial para cenar y celebrar que llevábamos cuatro meses juntos, aunque me había

advertido que corriamos el riesgo de morir envenenados.

—Coge un par de libras —me dijo como si supiera lo que me estaba pidiendo, mientras señalaba un estante lleno de carne.

Y yo no pude aguantar más.

—¿Qué sucede con Josh?

Su expresión cambió de golpe, noté cómo levantó los muros a su alrededor convirtiéndose en una fortaleza inaccesible.

Cogió una bandeja de pollo y se puso a mirar la etiqueta con atención.

—Estamos tensos por la grabación; él tiene una visión de las cosas y yo otra. Siempre ha sido así. —Se defendió fingiendo despreocupación.

—¿Y por qué ha dicho que estás jodido?

Detrás de las palabras de Josh había una historia que no quería conocer, más de lo que Gary me había contado.

—Por la tensión del disco, porque exteriorizo menos estrés del que padezco y porque tiene miedo a que vuelva a liar alguna. Ya sabes que le prometí que me mantendría lejos de los pubs, y lo estoy cumpliendo sin ningún problema. Se preocupa sin motivo: puedo cargar con la presión.

Volví a tener la amarga sensación de que había algo más que me estaba ocultando. Empezaba a conocerlo, y detrás de toda esa seguridad en sí mismo asomaban inseguridades y conflictos. Yo también tenía los míos, así que opté por no acorralarlo.

—¿Sabes qué me ayudaría a relajarme?

—¿Sexo? —Alcé una ceja y sonreí.

—También. Pero no, me refiero a otra cosa. Salir de Londres un par de días. Sé que se me está acumulando el trabajo, pero una escapadita me vendría bien.

—¿Plymouth? —Recordé la excursión que me había prometido meses atrás.

—Un poquito más cerca. Southampton.

El corazón me dio un vuelco. Él malinterpretó mi gesto.

—¿No lo recuerdas? Mi madre vive allí. Podríamos pasar un par de días, conocer la ciudad... Mi madre está deseando conocerte y muy cabreada porque no te he llevado todavía.

Di un paso atrás chocando con una cámara frigorífica. Claro que lo recordaba.

El problema era que me veía otra vez sentada en mitad de la noche en las escaleras del metro intentando controlar el pánico. Implicar a nuestras familias era precipitarse, ¿no?

¿Me estaba engañando a mí misma? ¿No me había volcado en la relación tanto como fingía?

Estaba cómoda en ese punto donde las cosas no estaban definidas del todo y no tenía que preocuparme por el futuro, sino por vivir el presente. No había agentes externos que influyeran: familia, hipoteca, mascotas... Me aterraba la idea de tener que tomar decisiones y equivocarme.

Gary cogió unos plátanos y sonrió ajeno al terror que se había apoderado de mi cuerpo.

—Jamás me comeré uno de estos delante de ti, sería raro. No hay manera inocente de comerse un plátano... ¿Qué me dices? ¿Nos vamos a Southampton?

19

FIONA

Una mañana a mediados de junio me desperté al amanecer helada de frío.

Gary estaba envuelto entre las sábanas como una momia egipcia; yo, en cambio, desnuda y destapada. Él dormía boca arriba respirando acompasadamente, así que decidí levantarme y ponerme una camiseta suya y algo de ropa interior para bajar al baño y tomarme un rato para estar a solas.

Había varias cosas que me aturullaban la cabeza desde hacía semanas.

Después de haber satisfecho mis necesidades matutinas, decidí tomarme un café en la cocina para entrar en calor.

Mi relación con Gary era perfecta e iba viento en popa, pero las cosas estaban empezando a ponerse realmente serias, y a veces me asustaba. Sabía que era la evolución lógica, pero eso no quitaba para que las decisiones que se estaban acumulando a mi alrededor me agobiaran, formando un muro tan grande que a veces me mantenía a la sombra y me oscurecía el humor.

¿Acabaría mudándome a Londres?

¿Estaba preparada para cerrar mi época con Alex?

¿Quería tener hijos? ¿Evelyn, Linda, Preston y Nathan?

¿Cuántos gramos son una libra?

¿Sería capaz de conducir por la izquierda?

Tampoco ayudaba el hecho de que mi madre llevara semanas dejando caer que ya había llegado la hora de que se lo presentara, ni que mi hermano quisiera que fuéramos a Alemania. Y para colmo, Gary había llegado a la fase insistente en la que cada vez que podía me proponía visitar a su familia en Southampton y en Belfast. Yo le daba largas, cada vez más absurdas, incapaz de dar el paso.

Me serví un café, y mientras esperaba a que se templara, le envié un montón de mensajes a Ana como era habitual, dándole todo tipo de detalles acerca del fin de semana y sobre las comeduras de olla que me hacía a diario. Alex también me escribía cada domingo para preguntarme si estaba en Londres, y cuando le

contestaba que sí, se ofrecía a recogerme en el aeropuerto con la esperanza de que aceptara. Pero yo siempre le daba excusas educadas para negarme, deseando que llegara el día en el que se olvidara de mí. Y es que su obstinación no me facilitaba la tarea de borrarlo de la ecuación. O eso quería creer.

Me estaba preguntando cuál sería la hora ideal para despertar a Gary cuando el ruido de la puerta principal abriéndose me dio la respuesta.

Una chica joven, bien entrada en los treinta, cruzó el umbral con las llaves en la mano. Cerró de un portazo y se quedó clavada en el sitio mirándome.

A mí se me quedó la boca abierta de par en par y la taza de café suspendida en el aire.

—¿Qué coño...? —bramé en español.

No podía dar crédito al hecho de que una desconocida, que encima era bastante atractiva, estuviera en mitad del salón del piso de mi novio. Pero menos podía entender por qué había abierto la maldita puerta con unas jodidas llaves. Cosa que yo no tenía.

El frío que había entumecido mi cuerpo al amanecer fue sustituido por un fuego descontrolado que me salía por los ojos en dirección a ella.

Ninguna de las dos fuimos capaces de hablar.

Por desgracia, no tenía pinta de ser la mujer de la limpieza, por lo tanto, debía de ser algún rollito del pasado, una de esas tías que conservan las llaves y de vez en cuando «se pasan a saludar» y, de paso, le hacen a su ex un favor.

Me dediqué a aniquilarla con la mirada mientras la estudiaba. Tenía una melena abundante, negra y rizada, que rodeaba su cara con forma de corazón y unos ojos azules llamativos, de un color tan intenso como dos malditos arándanos. Se la veía extrañada, casi molesta con la situación, aunque menos de lo que estaba yo, que seguía con el café a medio camino entre la encimera y mi boca, sin saber si debía tirárselo a la cara y arrastrarla de los pelos a la calle o esperar un poco a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Supongo que eres Rebeka —afirmó con una voz suave y dulce, pero llena de desdén.

—Sí. ¿Nos conocemos? —pregunté tratando de parecer desafiante pero sosegada.

El hecho de que supiera mi nombre me retorció las entrañas, dejándome bien claro que algunas personas tenían tan pocos escrúpulos que no se frenaban ni aunque hubiera una pareja.

Mi mala leche estaba a punto de colisionar con su desprecio, dejando el salón patas arriba con la onda expansiva, cuando el ruido de unos pasos bajando por las escaleras me distrajo.

—Hola, Fiona —dijo Gary parándose en el último escalón, con ojos adormilados. El café que tenía entre las manos empezó a hervir. ¿«Hola, Fiona»? ¿Así de simple?

Hice un esfuerzo sobrehumano para no ponerme a gritar pidiendo explicaciones. Necesitaba mi momento melodramático.

—Buenos días —dijo ella muy seria, para después sonreír y mostrarnos un hoyuelo en la mejilla derecha—. ¿Sabes que eres el peor hermano de la historia?

Me agarré a la encimera evitando caerme del taburete por los pelos.

¿Por qué tenía la maravillosa costumbre de pensar siempre mal?

¿Por qué estaba siempre esperando el golpe de gracia que jodería lo nuestro?

Me mordí la lengua y me fustigué; si hubiera aceptado ir a Southampton, no habría pasado ese mal trago. Me lo merecía.

Los observé detenidamente y aluciné con el parecido. Cualquiera en su sano juicio y sin una tendencia enfermiza a montarse películas se habría dado cuenta de que ella era una versión femenina de Gary. La única diferencia notable era la altura. Por lo demás, casi podría haber dicho que eran gemelos. Quise aplaudirme.

—Esta es Rebeka —dijo él con tono molesto mientras se acercaba a su hermana, y a mí me dolió que ni siquiera me mirara.

Parecían tensos, cosa que no cuadraba con una visita fraternal.

—Lo sé, Josh me habló sobre ella —comentó de pasada, haciendo que él resoplara irritado y cruzara los brazos sobre el pecho.

—Así que seguís con la misma mierda de siempre: Gary no es capaz de controlar su vida y tenemos que hacerlo por él.

—No empieces, por favor —le rogó Fiona mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Que no empiece? Ya deberías saber que esto me da bastante asco. —Su tono rezumaba desprecio y su mirada estaba clavada en la de su hermana como si se estuvieran batiendo en un duelo.

Ella bufó mosqueada y cambió el peso de un pie a otro inquieta.

—Estaba preocupada, no hemos sabido nada de ti en varias semanas, ni yo ni mamá. ¿Dónde te metes?

—Todo está bien, ya lo ves. Puedes largarte.

—No, Gary. No está bien. Y odio que te pongas en este plan. —Dio un paso hacia su hermano tratando de acercarse con una mirada amable.

—¿En qué plan me pongo? —dijo él suspirando y dando un paso atrás.

—Te pones a la defensiva, en plan «dais asco», como si fueras un adolescente. A veces pareces papá.

Gary encajó el golpe apretando la mandíbula y los puños. Jugar la carta del padre

muerto quedaba fuera de lugar.

—Ya estamos —dijo él en tono burlón, y respiró hondo tratando de calmarse—. No es que me ponga en ningún plan, pero me repatea que mi hermana aparezca en mi casa sin avisar, y más cuando mi novia está pasando el fin de semana aquí.

—Repito, estaba preocupada, y ambos sabemos que, tal como sucedía con papá, cuando no das señales de vida en semanas, tienes un problema.

Arqueé las cejas. ¿De qué demonios estaba hablado? Fiona se ganó toda mi atención.

—Hace unos días hablé con Josh. Me dijo que estabas pasando una temporada rara desde que conociste a Rebeka, y que no estabas muy centrado. Y, claro, como no hemos sabido nada de ti, me he temido lo peor. Además, sabes de sobra que cada vez que desapareces disgustas a mamá. No es justo. Eres un niño egoísta.

Gary se carcajeó ante sus palabras y se giró para mirarme.

—¿Te parezco descentrado? —me preguntó.

Negué levemente con la cabeza, sin saber muy bien en qué me estaba metiendo si me posicionaba.

—Ahí tienes tu respuesta, Fiona. Así que deja de darme por saco preocupándote sin motivo y déjame vivir. Ya soy mayorcito.

—Eres un puto crío atrapado en un cuerpo de casi dos metros. Si algo no eres es mayorcito. Joder, si lo fueras no tendría que preocuparme así.

—Con treinta y tres años es muy triste que tu hermana ande haciendo de policía, llamando a tu supuesto amigo Josh cada dos por tres y presentándose en tu casa para comprobar que todo está en orden. Siento decirte que has venido en balde, porque lo más relevante que ha sucedido en las últimas horas, querida hermanita, es que he follado.

Fiona se rio con amargura y yo noté que la cara me ardía. Sus palabras me escocieron. ¿Cómo se pudo atrever a decir que eso era lo más importante? Tomé una nota mental para recriminárselo después.

—No empieces con tu maldito sarcasmo. Esto no es ninguna tontería, y lo sabes. Soy la primera que odia tener que utilizar a Josh de niñera, pero ¡estaba realmente preocupada!

Oh, por favor, habría dado mi mano derecha para que aquella discusión terminara; cada vez se gritaban más, y la situación se estaba descontrolando. Yo también tenía ganas de gritar a los dos, pero tenía miedo de intervenir.

—Para tu tranquilidad, el polvo que hemos echado ha sido satisfactorio, y, sí, se me levanta, por si eso también te preocupa —espetó enfadado—. Rebeka, te pediría que subieras al piso de arriba, pero escucharías esta mierda igualmente. Siento que

tenga que ser así.

Fiona se puso roja como un tomate; yo estaba tan pálida que no me quedaba sangre para teñir de rojo mi cara. Pese a todo, conseguí asentir vagamente. No habría sido capaz ni de bajar del taburete de habérmelo pedido.

—Has vuelto a beber —afirmó Fiona desalentada.

Él echó la cabeza hacia atrás y dejó salir una carcajada.

—Mucho has tardado en soltar la bomba. Esto es genial. —Se llevó las manos a la cabeza y la miró con odio—. Está claro que nunca vas a darme una puñetera oportunidad y que a la mínima vas a seguir violando mi intimidad. La próxima vez, límitate a llamar, por favor. Y dile a tu amigo Josh que deje de meterse en mi vida.

Dio un paso hacia las escaleras, pero ella se interpuso en su camino.

—No me cogías el teléfono. Llevo llamándote desde anoche, te he llamado como unas quince veces antes de venir hasta aquí, ¿o te crees que me apetecía dejarlo todo para venir a Londres porque el gilipollas irresponsable de mi hermano no coge el maldito teléfono?

—Ya he visto tus llamadas. Pero la melodía de mi móvil es tan bonita que me encanta escucharla entera. Además, he estado ocupado con mi novia y con la grabación del disco, porque tengo una vida, no como tú, que solamente te dedicas a perseguirme para señalar todo lo que, a tu juicio, hago mal, lo que al final viene a ser todo. ¡Absolutamente todo!

—Has vuelto a beber, ¿verdad? —repitió extenuada.

—Vete a la mierda, Fiona. —Entornó los ojos con odio.

—Eso es un sí.

La empujó con suavidad, nos dio la espalda y subió las escaleras en tres zancadas.

Fiona se quedó mirando a la nada con los ojos llenos de ira.

Yo continuaba con el culo pegado al taburete, tratando de pasar desapercibida y deseando que ella hubiera sido una ex en busca de acción. ¡Qué fácil hubiera lidiado con eso!

Gary bajó en menos de un minuto vestido con ropa de *sport* y se detuvo frente a su hermana. Parecía algo más calmado.

—¿Sabes, Fiona? Tú y yo jamás nos vamos a llevar bien, jamás volveremos a tener la relación de hermanos que teníamos cuando éramos pequeños, cuanto antes lo asumamos, mejor. Tú nunca vas a volver a confiar en mí, y yo siempre te odiaré por ello. Te agradezco que te preocupes por mí, pero déjalo ya. Empieza a hacer tu vida, sé cuidarme. Y antes de que acabemos diciendo algo de lo que tengamos que arrepentirnos, me voy a pasear el cabreo.

La crueldad de sus palabras me pilló desprevenida. Me hizo mirarlo como si no lo

conociera.

En un giro bastante predecible de los acontecimientos, se marchó cerrando la puerta de un portazo, dejándonos a Fiona y a mí con cara de gilipollas. Sobre todo, a mí.

¿Qué demonios había pasado?

Pasaron los minutos sin que ninguna fuera capaz de moverse o hablar. Los pensamientos se movían con rapidez en mi cabeza sin que pudiera atrapar alguno.

Fiona se sentó en una esquina del sofá todavía con las llaves apretadas en su mano derecha. Suspiró mientras se apretaba el puente de la nariz con los dedos.

Por fin conseguí despegarme del taburete y caminar. Me senté sobre la mesita de centro frente a ella, y me limité a poner mi mano sobre la suya. Ella levantó la mirada, tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba desinflada; toda la fuerza que había demostrado contra su hermano se había esfumado tan rápido como él.

—Siento que hayas tenido que escuchar todo eso. —Agachó la cabeza mientras una lágrima cruzaba su mejilla seguida de otra—. Pero tenía que hacerlo.

—Lo entiendo. —Traté de sonar convencida, aunque en el fondo pensaba que ella debería haber esperado a que yo no estuviera presente, porque había provocado una situación incómoda entre nosotros. Gary se había largado, y yo ni siquiera sabía si pensaba volver.

—No tengo nada en tu contra, ni me importa que tengas una relación con él, solo quiero que las cosas no se descontrolen. Porque cada vez que lo hacen la factura la pagamos mamá, Josh y yo. No es justo.

—Me habló del ultimátum de Josh y admitió que sobrevivió gracias a él. También me dijo que llevaba un año sin pisar un pub, hasta la noche que nos conocimos. Pero, por lo que veo, no le di la importancia necesaria. O él me engañó omitiendo algo. No lo sé.

—No te ha estado engañando, de eso estoy segura, porque la cuestión es que no cree tener un problema. Piensa que exageramos, ya lo has visto. Pero Josh lo tiene bien calado.

—Hay tantas cosas que no entiendo ahora mismo... Maldita sea, solo hace unos meses que nos conocemos, y si algo tengo claro es que es la persona más imprevisible que ha pisado la tierra.

—Eso es lo que hace que lo quieras, pero también es lo que te hace querer matarlo a veces. —Sonrió con pena.

—Es pronto para hablar sobre si lo quiero o no, pero de momento, si de algo estoy segura, es que no quiero verme involucrada en todo esto —dije con la voz temblorosa.

Ella apretó mi mano y me miró con las mejillas empapadas.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudarte...

—Cuéntamelo y no seas blanda —le rogué.

—Está bien. Todo empezó al poco de que fundara el grupo; creo recordar que estaba en el tercer año en la universidad. Hasta entonces había sido un adolescente del montón, más bien sosete, estudioso y formal. Pero todo cambió de pronto, y no sé si fueron las compañías, el ambiente en el que empezó a moverse, la presión de subirse al escenario... o que simplemente él es así. Pero empezó a meterse en problemas: peleas, alcohol, drogas y chicas, muchas chicas. No había fin de semana que acabara bien. Yo traté de escondérselo a mi madre para que no se preocupara, con la esperanza de que fuera una mala racha. Era bueno en los estudios y tenía cierto éxito con el grupo. ¡Lo tenía todo! Pero lo mandó a la mierda sin pestañear. —Cerró los ojos abatida—. Las cosas se calmaron un poco cuando empezó a salir con Halley, pero al poco tiempo empeoraron, y llegó un momento en el que el problema se descontroló del todo; estaba borracho las veinticuatro horas, y lo peor es que nunca supe el motivo. Halley no era capaz de pararlo y lo dejó. Josh acabó tomando cartas en el asunto. Es un tío genial, Gary ni lo entiende, ni lo valora.

Con lo que Fiona me estaba contando tenía más que suficiente para salir corriendo sin mirar atrás. La historia edulcorada que Gary me había contado no tenía nada que ver con la que acababa de escuchar.

—¿Tiene antecedentes? —pregunté como si ese fuera el mayor de los problemas, pero es que estaba tan pasada de rosca que no era capaz de ordenar mis prioridades.

Se le escapó una carcajada seca y me miró como si fuera tonta.

—Claro que sí. Tiene un máster en drogas y sexo. Y en cosas ilegales en general: escándalo público, conducir ebrio, altercados, agresión, destrucción del mobiliario urbano, posesión de drogas, allanamiento... La lista es interminable e internacional. Le retiraron el pasaporte y no pudo salir del país durante unos meses, así que imagínate.

«Oh, dios mío».

Había caído en las garras de otro tío como Alex, o quizás peor, y ni siquiera me había dado cuenta. Había vuelto a dejarme engañar cegada por una cara bonita y un cuerpo de infarto. Dos palabras se repetían en mi cabeza: desfase y violencia.

—Pero yo... apenas lo he visto beber. Excepto la noche que lo conocí.

—Parece que lleva sobrio un tiempo, pero tiene la mecha muy corta. Es duro decir esto, pero ten cuidado con él: acabará rompiendo todas sus promesas y te hará daño. No dejes que te arruine la vida como hizo con Halley. Siento decírtelo, pero Josh y yo creemos que no está preparado para mantener una relación, ya ves cómo

se ha comportado, ¡se ha largado! Ojalá estemos equivocados y contigo sea diferente.

Pasé de la preocupación al pánico en dos milisegundos.

—Mierda, lo estoy estropeando todo. —Me miró arrepentida.

Me rodeé el cuerpo con los brazos a punto de romperme en mil pedazos.

¿Qué más podía esconderse tras el Gary del que yo estaba enamorada? El extraño del que estábamos hablando no era el tío con el que había vivido los mejores meses de mi vida.

No era él, estábamos hablando de otra persona, no podía ser.

—Joder, ¿qué voy a hacer yo ahora? —pregunté en voz alta.

—Esperar a que vuelva y hablar con él. Sea lo que sea lo que sientes en este momento, ten claras dos cosas; una, siento que te hayas enterado así, y dos, tienes que hablarlo con él. Merece la oportunidad de explicarse. No olvides que por muchos problemas que arrastre y te haya ocultado, es una gran persona.

—No sé si estoy preparada para enfrentarme a todo esto. Yo también tengo mis propios problemas.

—Eso ya no depende de mí. —Volvió a apretar mi mano con fuerza.

Su mirada me dejó muy claro lo arrepentida que estaba de que yo hubiese descubierto lo que pasaba de esa forma, y, por supuesto, era consciente de que probablemente había supuesto el fin de nuestra relación.

Los problemas de Gary empezaban a dejar pequeños a los que tuve con Alex. ¿Qué futuro podía esperarme con él en cuanto las cosas volvieran a torcerse?

La fantasía de salir con una estrella del rock se había acabado. Por fin tenía la excusa que tanto había buscado.

—Siento que se haya marchado, es un capullo inmaduro e impulsivo. Tómalo con calma, Rebeke, y no tomes decisiones en caliente. Es el único consejo que puedo darte.

Me derrumbé y comencé a llorar. Ella me abrazó, pero yo solo fui capaz de pensar en buscar el papelito que debía de estar en el fondo de mi bolso.

20

LA ÚLTIMA CHICA DEL ÚLTIMO PUB

—No estoy segura de qué hora era cuando se ha ido; probablemente eran las nueve. Fiona se ha quedado un rato conmigo y se ha ido a eso de las once.

—Está bien, no te preocupes. Llamaré a los de siempre y haré la ruta habitual — dijo Josh con tristeza levantándose del sofá con el móvil en la mano.

Hacía unas seis horas que Gary se había marchado y yo no era capaz de despertar de aquella pesadilla.

Fiona y yo lo llamamos unas doscientas veces, pero saltaba el buzón de voz a la primera.

A eso de la una del mediodía llamé a Ana y comí algo, más por pasar el rato que por hambre, sobre las dos, a punto de perder los nervios, decidí marcar los números del papelito y llamé a Josh. No se sorprendió al recibir mi llamada, incluso llegué a pensar que la estaba esperando.

Apenas tardó quince minutos en aparecer. En cuanto abrí la puerta me abrazó y trató de tranquilizarme diciéndome que no me preocupara, que era habitual en él desaparecer durante horas o incluso días.

Más que calmarme, sus palabras me crisparon los nervios un poco más. ¿Horas o días? ¿Qué pretendía, que saliera corriendo despavorida?

Me daban ganas de darme golpes contra la pared por idiota. ¿Con qué tipo de persona había estado intentando mantener una relación?

Le detallé lo sucedido con Fiona, lo que ambos habían dicho y cómo había terminado el asunto. Él me escuchó atentamente sin decir mucho, excepto que Gary tenía problemas.

¡Como si eso no lo supiera ya!

Cuando terminé, comenzó a llamar por teléfono. Según deduje, empezó por los otros miembros del grupo; Sean no parecía saber nada, y Chris se ofreció a buscarlo en un par de pubs. Continuó llamando a otras personas que yo no conocía, hasta que su móvil sonó y ambos nos miramos esperanzados.

—Hola, Hayls. No ha aparecido todavía. —Hizo una pausa y me miró avergonzado—. Te avisaré tan pronto como sepa algo, no te preocupes. Diles a mis padres que llegaré tarde. Sí, hasta luego.

—¿Alguna novedad? —Me hice la sueca, aunque la bilis me subía por la garganta solo de pensar que «Hayls» era el apodo cariñoso de Halley y que estaba preocupada por Gary.

—No, era Halley —soltó con toda la naturalidad del mundo.

Volvió a sentarse en el sofá a mi lado y me miró serio.

—Voy a salir a buscarlo.

—Sabías que algo así iba a suceder, por eso me diste el número de tu móvil, ¿verdad?

—Su capacidad de autodestrucción nunca falla —dijo negando con la cabeza.

—Podrías habérmelo dicho, maldita sea.

Me miró en silencio durante unos instantes.

Yo no era su amiga, pero, joder, ¡estábamos en el mismo bando!

—Lo siento, no era justo hacerlo. Pero estaré dispuesto a ayudarte siempre que me necesites, puedes confiar en mí.

—Ahora mismo no sé qué hacer.

—Háblalo con él —dijo mientras se acercaba a mí y me abrazaba de nuevo—. Piensa qué es lo mejor para los dos, si estás dispuesta o no a ser parte del retorcido argumento que es su vida y dejar que destroce la tuya.

Estaba a punto de aniquilarlo con la mirada cuando la puerta se abrió de golpe, pegando contra la pared y haciendo que Josh se apartara como si le hubiera dado un calambrazo en el trasero. De no haber estado hecha polvo y un poco mosqueada con él, su pirueta me hubiera resultado de lo más graciosa.

Gary se quedó mirándonos fijamente. Parecía enfadado, no abatido como cabría esperar; tenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Josh estaba rígido y un poco pálido. Y yo estaba destrozada, deseando montarme en un avión.

Fue Gary quien rompió el silencio, cerrando la puerta con tanta fuerza que juraría que la pared se agrietó.

—Connolly, tío, ¿estás bien? —preguntó Josh preocupado.

—Puedes largarte ya —ordenó Gary con bastante mala leche.

Josh no dudó un instante; se levantó del sofá y se dirigió a la puerta.

—Te veo en el ensayo el lunes —dijo, sin entrar al trapo, para a continuación cerrar la puerta tras de sí.

Chico listo. Pero cobarde.

Me acurruqué en el sofá y me rodeé las piernas con los brazos.

Gary paseó por el salón, pasó por la cocina, bebió agua y se sentó a mi lado.

—¿Dónde has estado? —pregunté en un susurro.

—Necesitaba pasear, Londres es grande. Pero ya veo que Josh no ha perdido el tiempo.

Al menos, no parecía estar borracho.

—Estábamos muy preocupados —dije tratando de sujetar las lágrimas que me amenazaban por enésima vez aquel día.

—Josh nunca se preocupa más de lo debido, no te dejes engañar. ¿Lo has llamado tú o ha sido Fiona?

—Lo he llamado yo. La primera vez que vine a pasar el fin de semana me dio su número por si lo necesitaba.

—Típico. ¿Ha interpretado ya el numerito de «el norirlandés inconsciente que se va por la tangente y la caga sin parar»? —preguntó con rabia contenida—. Es casi tan bueno como el de Fiona.

Visto el estado de ánimo en el que se encontraba, me limité a dejarlo hablar y mirarme las manos. Comportamiento que había aprendido con Alex.

—¿Te ha recomendado que te vayas?

—No —contesté sin poder mirarlo a la cara.

—Dale tiempo, lo hará.

Un silencio incómodo nos mantuvo tensos durante algunos minutos más. Parecía que ya no teníamos nada que decirnos, pero estaba equivocada.

—¿Te vas? —quiso saber con un hilo de voz.

Mis ojos se enfrentaron a los suyos y me sorprendió ver miedo.

No sabía muy bien cómo, pero él sabía lo que iba a pasar. Estaba esperando el golpe.

—Sí, me voy.

A esas alturas de la película poner distancia era la mejor opción para protegerme del dolor y la desconfianza que me mantenían acorralada en el sofá.

—Está bien. Llamaré a British Airways —dijo con calma, y se levantó.

—Gary, espera.

Se quedó parado de espaldas a mí en medio del salón; noté cómo sus puños se crispaban y respiraba agitadamente.

—No perdamos más el tiempo con esto. ¿Quieres irte? No hay problema. Te dije que siempre podrías irte cuando quisieras. No te voy a retener.

—Necesito hablar contigo —dije levantándome y cruzando el salón para ponerme frente a él, sin saber muy bien de dónde habían salido las fuerzas para hacerlo.

—¿Qué? —dijo secamente y apartando la mirada.

—¿Por qué no me lo contaste? Me has estado mintiendo.

—Que no te lo dijera no me convierte en un mentiroso —dijo con el ceño fruncido.

Claro que sí. Razón no le faltaba, pero el daño estaba hecho igual.

—Dios sabe que la noche que nos acostamos por primera vez intenté decírtelo, pero tú querías hacer de todo menos hablar.

—Me revienta que digas eso. Solo me hablaste de un par de juergas que se te habían ido de las manos. Lo pintaste como si hubiera sido una tontería pasajera, y resulta que las fotos de tu pasado son horribles.

—No lo son. Solo están un poco desenfocadas. Además, tú tampoco indagaste más; estabas demasiado preocupada por lo que vendría después que por lo que yo te estaba contando.

Maldita sea, había estado ciega. Gruñí enfadada con alguno de los dos.

—Ahora tienes la oportunidad de contármelo. Empieza por lo fácil: ¿por qué demonios no me dijiste lo de tu problema con el alcohol? —espeté con rabia.

—¡Porque no tengo ningún problema! —gritó—. ¿Qué pasa, que por ser norirlandés y encima dedicarme a la música tengo que ser un borracho de mierda? Llevas meses conmigo, si lo fuera ya te habrías dado cuenta, ¿no te parece?

—Entonces, ¿cómo explicas que tu hermana y Josh piensen que sí? ¿Por qué te has mantenido lejos de los pubs un año?

—¡Siempre exageran cuando se trata de mí!

La ira se retorció en mis entrañas.

—Guau, menuda explicación. Cuando quieres eres bastante más elocuente.

—¿Quieres una explicación?

Asentí con los dientes apretados. En el fondo, no quería escucharla.

—Hace unos años entré en un bucle de juergas y sexo que ha venido repitiéndose cada cierto tiempo. Yo no pedí ese papel, pero lo representé como si quisiera ganar un Oscar. Por eso Josh me pidió que no pisara ningún pub durante un año; temía que acabara muerto en alguna cuneta, tal como casi sucedió en Alemania. Y, como te imaginarás, no era el primer ultimátum que me daba.

—Eres una caja llena de sorpresas agradables. ¿Eso es todo?

—No, siempre hay más cuando se trata de mí.

—¿Vas a joder todavía más la buena impresión que tengo sobre ti? —pregunté asqueada.

—Las cosas se torcieron del todo cuando Halley me dijo que estaba embarazada.

Me miró intentando evaluar mi reacción, pero no hubo ninguna. Sus palabras

habían provocado un cortocircuito en mi cerebro y un dolor punzante en mi corazón, dejándome fuera de juego.

Continué hablando, pero yo ya no era capaz de escuchar. Conocía bien mis limitaciones, y estaba cerca del punto de no retorno.

Fijé la vista varias veces en el reloj y en la puerta, tratando de asegurarme de que todo estaba listo para coger el último vuelo.

—Después de recibir la noticia, recaí, y de qué manera. Hice todo lo que estuvo en mi mano para ser otra persona. Beber hacía que los problemas callaran. Empecé a salir todos los días de la semana, no sabía cómo afrontar aquello, pensaba que mi carrera en la música se iba a terminar, era egoísta y tenía miedo. No sabía si quería pasar el resto de mi vida con ella, y no estaba preparado para ser padre cuando no era capaz ni de cuidar de mí mismo. Ni siquiera me importaba sobrevivir. Éramos demasiado jóvenes; la situación me superó, busqué mi perdición y la encontré. —Paró y respiró hondo—. Algunos lo llaman bar, yo lo llamaba hogar, y allí abunda el alcohol, el amante más despiadado del mundo.

—De ahí que tu hermana piense que tienes un problema.

—Hay más.

—No, por favor... —balbuceé.

—Lo siento, pero así es. Si hubiera sido feliz todo el tiempo, nunca habría escrito buenas canciones... Era como un camión sin frenos, cuesta abajo, cargado de explosivos y en llamas. Durante esa época me follé a todas las que se pusieron a tiro; tal como solía decir Keith, «en tiempos de guerra cualquier agujero es trinchera». —Me miró con tristeza—. Nunca te diré cuántas fueron, porque ni yo mismo lo tengo claro. Solo sé que, si me hubieran pagado por follar, habría retirado a mi madre y le habría pagado una casa en el mejor barrio de Belfast. Halley se enteró por boca de Josh, y me dejó. No sé si era la segunda o la tercera vez, pero fue la definitiva. Y aunque estaba arrepentido, seguí metido en aquella espiral de destrucción durante mucho tiempo más, para aliviar el dolor por haberla cagado. El grupo cada vez tenía más éxito y la gente quería más; el público solo quiere sangre, y cuanto más destrozado estaba yo, más gustaban las canciones. Me convertí en un maldito náufrago de la noche. Las giras eran mi campo de batalla, me proporcionaron juergas y acceso a todas las mujeres que me daba la gana, chicas que no querían nada de mí, excepto sexo y fama. Y por aquel entonces, me parecía perfecto. Nunca había creído en el amor hasta que te conocí, ni siquiera con Halley.

«Mierda, no quiero ser Halley y voy a acabar siéndolo. No puedo pasar por toda esta mierda otra vez».

Me planteé irme y dejarlo con la palabra en la boca, pero se estaba abriendo a mí y

debía escuchar. Aunque calcular mis posibilidades de coger un avión no me estaban permitiendo prestar toda la atención que se merecía.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté a punto de perder los papeles.

—Todo quedó en una falsa alarma, cosa que hizo que nuestra relación se jodiera del todo. Estaba tan jodido que incluso llegué a acusarla de haberme mentido. Ella me necesitaba, pero yo me dediqué a ser un cabrón y a seguir destrozándome el hígado. Hasta que Josh me paró los pies, como ya te he dicho, me amenazó con dejar el grupo y tuve que parar.

—Oh, Gary... —No sabía ni qué decirle—. Estoy segura de que en fondo te sentías mal.

—No, eso no es verdad. Disfruté cada momento de aquella época. Mal lo he pasado intentando enderezar mi vida y pidiendo perdón por toda Inglaterra. —Me miró arrepentido—. Estaba roto, y seguramente lo estaré siempre, porque nunca seré capaz de perdonarme lo que hice. En parte se lo debo todo a esa época, porque, por mucho que me joda, triunfamos gracias al estado en el que yo estaba y las canciones que escribí. Mis canciones hablan sobre todo lo que no he sido capaz de decirte.

Parecía mentira que el chico de los ojos azules que me estaba mirando hubiera vivido todo lo que me acababa de contar. El día que lo conocí supe que era una buena persona, y aquella noche seguía pensándolo, pero estaba realmente jodido. Y las posibilidades de que me arrastrara con él al agujero en el que parecía vivir eran demasiadas.

—¿Por qué no me lo dijiste? Es que no lo entiendo.

—He pasado la mayor parte de los últimos años de rodillas venerando la taza del baño. Abrazado a ella como si fuera lo único que me mantenía cuerdo, y por una vez quiero hacer las cosas bien. No quiero dejar pasar la oportunidad de ser feliz a tu lado. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que admitas que tienes un problema —le rogué con un nudo en la garganta.

—Lo tuve.

Solté una carcajada seca. Él se acercó a mí y me miró a los ojos.

—Esto no deberías haberlo sabido de esta manera. Por eso quería ir despacio: quería demostrarte que no hay ningún problema antes de contártelo, si es que no lo adivinabas tú antes. Pero es que, joder, contigo todo me sale al revés. No puedo huir de mis errores, todos me tienen encasillado. Tú no; al menos hasta hoy, no. Eras mi única oportunidad.

—No puedes construir una relación con cimientos irreales, porque se acaba

viniendo abajo. Y ahora ¿quién me asegura que no vayas a volver a hacerlo en cuanto te vayas de gira? Y no me refiero solo al alcohol. De hecho, ¿quién me dice que no lo haces entre semana?

—Necesito que me creas, lo tengo bajo control —dijo desesperado—. Jamás sería capaz de tocar a otra tía estando contigo...

—¿Eres consciente de todo lo que me he enterado durante las últimas horas?

Asintió con una mirada triste. Sentí la imperiosa necesidad de abrazarlo y decirle que todo se solucionaría, pero no podía usurpar su papel. Era él el que debía reconfortarme.

—Es normal que la noche que nos conocimos no me dijeras «Hola, soy una estrella del rock y estoy muy jodido», pero tú mismo te escondes detrás de Everlasting Wound cuando te conviene. No puedo estar otra vez con un tío que me engaña. —Respiré hondo tratando de no llorar—. No puedo dejar que juegues conmigo, que me vuelvas a destrozar tal como hizo Alex...

Ambos nos quedamos quietos mirándonos a los ojos.

Noté que la ira se estaba transformando en miedo y supe que no podía quedarme a su lado.

—Sé que no vas a ser capaz de mirarme igual que lo hacías hasta ahora. Ya no soy una estrella de rock con una vida perfecta. Esto es lo que soy: ni tan fuerte, ni tan seguro ni tan perfecto como pensabas. Soy humano, respiro y meto la pata con la misma frecuencia.

Me ofreció su mano, pero yo la rechacé mirando hacia otro lado. Se acercó y rodeó mi cara con sus manos. Yo me quedé paralizada, consciente de que su cercanía podría derribar los precarios muros que había construido a mi alrededor a base de excusas.

—Soy yo el que lleva cargando con el peso de esta puta cruz los últimos cinco años. No tienes ni puta idea de todo lo que hice en el pasado con tal de ser otra persona y todo lo que he hecho por ser alguien nuevo. Pero a ti nunca te ha importado con tal de que yo haya tirado de nuestra relación... Ten en cuenta que llevo meses esforzándome por dejar todo eso atrás. Te necesito, necesito apoyarme en ti, porque eres lo único bueno que me ha pasado en mucho tiempo. Tú has roto el ciclo, has hecho que todo el esfuerzo mereciera la pena. Eres la última borrachera entre miles, la última chica del último pub.

Saber que Gary tenía el poder de poner mi vida patas arriba como lo había hecho y destrozar me el corazón me aterraba. Cualquier error que él cometiera me lanzaría por un acantilado lleno de dolor y acabaría ahogándome en un pozo lleno de mi propia miseria.

Estaba loca por él, y ese era el sello de mi condena.

—¿Te vas?

—Sí —afirmé sin tener ni que pensarlo.

—Sé que estás dolida, pero habla conmigo, por favor. Grítame, tírame cosas, lo que sea...

Ni siquiera tenía fuerzas para ponerme como una histérica, de manera que negué con la cabeza, y él me miró con la capitulación ensombreciendo su mirada. Dio un paso atrás.

—Genial, Rebeka, si es que todo esto es genial. Llamémoslo por su nombre de una puñetera vez y acabemos con toda esta mierda. No eres capaz de darme un voto de confianza y entregarte a lo que tenemos.

—Joder, ¡entiéndeme! Huyo porque, si me quedara, acabaría diciendo cosas que no te gustaría oír. Lo que me has contado no es algo que se asuma fumando un cigarro en la calle y volviendo a subir. ¿Tú qué harías si estuvieras en mi lugar?

Se acercó a mí de nuevo. Demasiado. Estaba desesperado, y yo a punto de perder los estribos, pero podía notar su olor invadiendo mi mente, sofocando el dolor y encendiendo el deseo.

Apreté los puños; no iba a permitir que mis debilidades tomaran el control.

—Si estuviera en mi mano, te cambiaría el día de hoy por la noche que nos conocimos. Solo por volver a verte sonreír, aunque volviera a cometer los mismos errores y acabáramos en este mismo instante de nuevo.

Mi mirada se tornó borrosa por las lágrimas, y sentí el irrefrenable deseo de darle un guantazo por haber estropeado lo que teníamos.

—No me llores, ¡es absurdo! Eres tú la que me está dando la espalda sin darme una oportunidad. Si quieres me saco el corazón y lo pisoteas, porque el efecto será el mismo. —Abrió los brazos y sacó pecho, y yo quise llenar el espacio vacío con mi cuerpo, pero me obligué a continuar clavada en el sitio.

—No es a mí a quien odias, es a ti mismo. Por haberme engañado. Una sola mentira es suficiente para romper a alguien que te quiere.

—¿Me quieres? —La esperanza brilló en sus ojos, pero la cobardía reinó en mi interior.

Di un paso atrás con los ojos llenos de lágrimas y me mantuve en silencio.

—Ni siquiera tienes una respuesta —afirmó abrumado—. No sé quién engaña a quién en esta relación, pero desde luego que tú no eres sincera. Estoy intentando con todas mis fuerzas no echártelo en cara, pero no me lo estás poniendo fácil; te he consentido más de lo que debería, he cargado con todo el peso de esta relación y a ti te ha importado una mierda, y tal vez no soy capaz de arrastrar tanto —suspiró

—. Rebeke, suelta todo lo que me escondes, por favor, déjame entrar.

Todos mis sentimientos se desmadraron en mi interior, pero continué sin poder decir nada.

—Por lo menos, admite que no quieres nada más de mí y me encargaré de que estés en casa esta noche, aunque tengas que hacer cinco escalas.

—Siento que las cosas sean así —dije en un susurro.

—Más lo siento yo —replicó con ironía—. Estás matando nuestra relación y no puedo hacer nada para evitarlo. Nunca te vas a dar cuenta de que no estás sola, que esto es un juego de dos.

No pude encontrar las palabras adecuadas para aquella despedida. No había nada más que añadir.

Lo único que me quedaba era un corazón roto y un billete a casa.

21

NO VOY A PERMITIR QUE EL GUIRI SE ACERQUE A TI

Cinco horas después estaba sentada sobre mi maleta cometiendo la mayor estupidez de mi vida.

—¿Has estado llorando?

—Sí, pero no es nada —contesté mirando hacia otro lado, consciente de que mis ojos estaban rojos e hinchados todavía.

—¿De veras? —Sujetó mi cara con suavidad—. ¿Va todo bien? ¿Qué ha pasado?

Le hice un gesto con la mano para que fuera más despacio; necesitaba unos minutos.

—¿Por qué no me has avisado para que te recogiera? —insistió preocupado.

Porque no había sido una decisión premeditada. Todavía no lo sabía, pero solo él podía ayudarme a superar aquel golpe.

Sabía que ir a casa de Alex era arriesgarme a hundir del todo mi relación con Gary, si es que quedaba algo, y podía acabar con mi amistad con Ana. Pero solo él podía comprender cómo me sentía. Esa era la razón por la que en el último minuto decidí pedirle al taxista que me llevara a su casa.

Sus ojos de color miel examinaban los míos tratando de hallar la respuesta a mi tristeza. Y yo fui incapaz de aguantar durante más tiempo; el dique se rompió del todo y mis lágrimas nos inundaron.

Alex me abrazó, sin importarle el motivo que me había empujado a aparecer en su casa a las tantas. Me aferré a su cuerpo rodeándolo por la cintura y apoyando mi cara en su pecho. Apreté la tela de su camiseta entre mis dedos, como si agarrarme a ella evitara que me cayera al precipicio que se había abierto bajo mis pies. Disfruté de la familiaridad de su aroma y me relajé sintiéndome protegida, lejos de todo lo que había sucedido.

Un rato después, cuando estaba más calmada, pero todavía entre hipos y sorbidas de mocos bastante poco femeninos, entramos en su casa y nos sentamos en el sofá.

Volvió a protegerme con su cuerpo y yo le conté todo.

Comencé por lo sucedido el día que conocí a Gary y acabé con la fatídica visita de Fiona y la discusión que mantuvimos después. La historia que salía de mi boca era digna de un culebrón sudamericano.

Tal vez le di demasiados detalles, pero tenía que sacar todo lo que llevaba dentro; necesitaba la calma y el resguardo de Alex. En los malos momentos él era capaz de ofrecer lo mejor de sí mismo, tal como me había demostrado en el pasado.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto —susurró en mi oído—. Ya estás en casa, no sabes cuánto me alegro de que hayas venido. Estoy contigo, no voy a permitir que el guiri se te vuelva a acercar. Él no es bueno para ti, no digo que yo lo sea, no me malinterpretes —dijo antes de que yo protestara—, pero sus problemas te habrían llevado a una situación en la que a ninguno nos hubiera gustado verte. Es mejor que lo hayas dejado y que te hayas ido.

—Eso me temo. Me habría arrastrado como a su ex. Dios mío, no sé quién es. No lo conozco —dije horrorizada.

—Por eso soy yo el que está consolándote y no él. Porque me conoces bien y sabes que nunca te fallé. De hecho, creo que fue lo único que hice bien contigo. Él nunca va a estar a mi altura; no ha compartido contigo lo mismo que yo, ni tampoco te conoce tan bien.

—Él ha pasado por algo similar —dejé caer.

—Me refiero a lo del embarazo.

—Yo también —afirmé levantando las cejas—. Ese es el problema.

Sus ojos reflejaron sorpresa y su boca dibujó una o perfecta.

Nos sostuvimos la mirada mientras los fantasmas de nuestro pasado campaban a sus anchas por el salón. Mi propia imagen a horcajadas sobre un Alex completamente sobrepasado hizo que volviera a sonrojarme avergonzada. Mi cerebro conservaba imágenes sueltas de aquella noche, las necesarias para recordar cómo lo utilicé y cómo lo había abandonado sin ningún tipo de explicación, con la elegancia de una zorra despiadada. Me comporté como una depredadora hasta que sucumbió a mis deseos, y lo traté como si fuera un trozo de carne. Me avergonzaba de lo primero, pero me odiaba por lo segundo. Como mujer y como persona.

También fui tan estúpida como para no haber tomado medidas. Sí, esa era yo.

Después de aquello, dejé de salir. Fue la época en la que conocí a mi yo sensata y nos hicimos grandes amigas. Ver a Alex en la universidad me daba las fuerzas necesarias para tenerme más respeto y para recordarme lo bajo que podía llegar a caer sin proponérmelo.

Pero pronto tuvimos que enfrentarnos juntos a la terrible noticia que cambiaría

nuestras vidas irremediablemente.

A veces alucinaba con lo parecidas que habían sido las vidas de Gary y Alex. Ambos se habían enfrentado a lo mismo, pero con resultados completamente diferentes. Gary afrontó de una manera poco ortodoxa el supuesto embarazo de Halley, y Alex, en cambio, me demostró que estaba dispuesto a todo y que no estaba sola en aquella situación tan vulnerable.

Nunca lo estuve.

—A toda esa orgía de drogas, alcohol, altercados, rock... ¿hay que sumarle un embarazo? —continuó Alex.

Asentí levemente.

—En realidad, fue una falsa alarma, pero lo que cuenta es cómo reaccionó él: la dejó tirada.

—Ese tío es mi héroe. Dudo mucho que ninguna persona sea capaz de cometer tantas cagadas en una sola vida. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tres.

—¡Menudo *crack!* —Se echó a reír—. Solo le falta algún delito grave en su historial para bordarlo, pero quién sabe... Todavía es joven.

—He estado pensando mucho al respecto durante el vuelo, recordando cómo sucedieron las cosas entre nosotros, tratando de entender qué empuja a una persona a no hacerse cargo de una situación así. No soy capaz de entenderlo. No quiero estar con alguien así, sé lo duro que es pasar por todo eso.

Agaché la cabeza abatida.

—Has venido por eso, ¿verdad? —Alzó mi cara y me miró con cariño.

—Sí. En cuanto ha empezado a hablar sobre el embarazo de Halley me he hundido en la miseria. Necesitaba hablarlo con alguien, tú eres el único que sabe por todo lo que pasé. Jamás se lo he contado a Ana, ni a mis padres, ya lo sabes.

Me dedicó una mirada triste, demostrándome que a él también le dolía recordar.

—Cuando me lo contaste estaba cabreadísimo contigo. Te grité y te culpé, porque solo deseaba desentenderme de todo, que te comieras el marrón tú sola. Sabía que habíamos destrozado nuestras vidas y que, a partir de ese momento, estaríamos atados irremediablemente. El pánico me impidió reaccionar bien. Supongo que al guiri le pasó lo mismo.

—Sí, pero tú fuiste capaz de recapacitar —le recordé.

—Todo cambió el día que fui a tu casa para disculparme por haberme portado como un cerdo. Me di cuenta de que estabas tan sola como yo. Me dolió verte arrinconada en la cama, pálida y triste. Me di cuenta de que era el culpable de que estuvieras así, porque te dejé cargar sola con el error que ambos habíamos

cometido. De pronto todo cambió; llevabas en el vientre a mi hijo, y tenía que protegerte. Nunca olvidaré la cara que pusiste cuando te dije que nunca te dejaría sola. Es cuestión de responsabilidad. Probablemente él no sabe lo que es.

—No sé qué cara puse, pero lloré durante horas. Y si hay algo que odio es que me veas llorar —afirmé con rabia, mientras me limpiaba las mejillas.

Él me acarició el pelo y entrelazó nuestros dedos.

—Yo sí que odio verte llorar, no obstante, me encanta no ser el culpable. Sé que no es demasiado ético, pero cuando has jodido tanto a otra persona y sabes que te odia, te alegra saber que, por una vez, puedes solucionarlo.

—Estás disfrutando con esto —dije entre dientes.

—«Disfrutar» no es la palabra correcta, pero se acerca.

—¡Eres increíble! No puedo creer que estés diciendo esto. Vengo a pedirte ayuda destrozada y a ti te encanta que me haya llevado una hostia en toda la cara —dije enfadada.

—Me mata verte así, pero que se joda el guiri, él es el culpable. No puedo evitar estar satisfecho con su cagada: no he tenido que hacer nada y aquí estamos, hablando y abrazados. Ha hecho más por nosotros que nosotros mismos.

—Que les den a los daños colaterales, ¿no? —pregunté con sarcasmo.

—Él ha tocado algo que no le corresponde y ha perdido, fin de la historia.

Le dediqué una mirada gélida, pero continué hablando sobre todo lo que había pasado, y para cuando me quise dar cuenta, estaba jurando a gritos como una energúmena que jamás volvería a dejarme engañar por un tío. Cosa que le hizo echarse a reír.

—Ironías de la vida, Rebeka: estás jurando delante del tío que más veces te ha engañado hasta la fecha que no volverás a dejarte engañar por un hombre. —Sonrió—. Nunca pensé que habría alguien peor que yo en tu vida. Me alegro de que haya llegado ese día.

Me quedé asombrada con sus palabras, dejé de gritar y gesticular. Tenía razón: era una situación absurda. Así era mi vida en aquel momento.

—Soy idiota. —Sonreí yo también.

—Eres demasiado buena para cualquier tío. Esa es la verdad. Y ninguno hemos sido capaces de valorarte lo suficiente.

Me miró con devoción y sonrió de nuevo con cariño, de la misma manera que cuando empezamos a salir. Sentí un viejo cosquilleo en el estómago y fui consciente de que la atracción que un día nos hizo estar juntos seguía presente. Había estado escondida detrás del dolor que nos había provocado la ruptura, a la sombra de la desconfianza provocada por los actos de Alex y debajo de los escombros de todo lo

que habíamos hecho mal.

Iba a caer en sus redes de nuevo, aunque en realidad me sentía como si hubiera vuelto a la seguridad de mi casa.

El lío que tenía en la cabeza en ese momento era gigantesco.

—Deberíamos dejar de mirarnos como dos idiotas —dije con diversión.

—Cierto. Deberíamos. Pero también hay otras cosas que deberíamos hacer, como, por ejemplo, besarnos y reconciliarnos.

—Alex...

—Está bien, lo siento, me he emocionado...

—Gracias por todo, sobre todo por escucharme.

—Nunca es tarde, ¿no? Tal vez no se me dé tan mal esto de escuchar, ojalá hubiera sabido cómo hacerlo antes. ¿Te preparo un café? Estás temblando —dijo mientras me frotaba los brazos tratando de calentarme.

—Suenan bien, gracias.

Se levantó del sofá, acercó una manta y me tapó con ella. Lo miré asombrada.

—No me des las gracias. Lo mejor que me ha pasado en meses es que hayas aparecido en mi puerta, aunque haya sido para recordar la parte más oscura de nuestras vidas. Ojalá pudiera hacer magia y ayudarte a olvidarlo todo. Ojalá me dejaras hacer por ti algo más que un café.

Me sentía mejor; volvía a ser capaz de respirar llenando los pulmones, pero estaba agotada mental y físicamente. Me acurruqué en su sillón y tiré de la manta hasta rozarme la barbilla.

Pocos minutos después, Alex me entregó una taza grande llena de café con leche, oscuro y con un par de terrones de azúcar, tal y como me gustaba. Se sentó de nuevo a mi lado y dejó su mano sobre mi pierna.

La escena era demasiado conocida y placentera para ambos.

—Cargadito pero descafeinado: no quiero que pases lo que queda de la noche en vela. Supongo que no querrás quedarte a dormir... —dijo con cierta duda en la voz.

—Prefiero que me acerques a la ciudad dentro de un rato, si no te importa.

—No hay problema, cuando quieras. —Acarició mi pierna y suspiró—. Me alegro mucho de que hayas venido, pero la próxima vez avísame y te recojo donde sea necesario. No hace falta que andes buscando un taxi a las tantas de la noche.

—No sabía adónde ir para que el dolor disminuyera, y en cuanto el taxi se ha puesto en marcha, he decidido venir. No quería hablar con Ana, no quería escuchar su discurso. Y, sobre todo, no quería tener que contarle lo de Halley y que lo acabara relacionando con nosotros.

—Yo me encargaré de que te sientas mejor —dijo con sinceridad—. Es mi segunda oportunidad y la voy a exprimir, aunque solo sea para ser tu amigo.

Durante el viaje a mi casa, tomé la firme decisión de cortar cualquier contacto con Gary. Aunque, en el fondo, me dolió no tener ningún mensaje suyo esperando. Se había acabado, y no solo para mí.

22:30 - Ana: *La madre de Dios, siento que las cosas se hayan jodido. Cuando llegues no estaré en casa (cena familiar), pero iré en cuanto me pueda escapar. Lo siento, tía, de verdad que lo siento.*

00:15 - Rebeka: *No te preocupes, mañana hablamos.*

Alex detuvo el coche y me zarandeó suavemente; estaba tan cansada que después de haber escrito el mensaje para Ana cerré los ojos y no pude volver a abrirlos en los escasos quince kilómetros que habíamos recorrido. Abrí los ojos con pereza y me encontré su cara a pocos centímetros de la mía. Estaba girado sobre su asiento, con el codo apoyado en la parte superior del mío y mirándome con preocupación.

—¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes, Ana llegará enseguida.

—¡Eso es algo que no quiero ver! —Levantó las manos en señal de rendición—. Mañana te llamo, ¿vale?

—Vale. Gracias de nuevo.

Miró por el retrovisor interior frunciendo el ceño.

—¿Esa que viene por ahí es Ana?

Salté del coche, cogí mi maleta y me acerqué al portal en cuestión de segundos.

Escuché el taconeo de mi amiga acercándose a toda leche. Cuando me giré, me la encontré con el morro torcido y los brazos en jarras.

22

NO TE COMAS LA PLASTILINA VERDE

—Si me volviera verde como Hulk cuando se enfada, ahora mismo parecería una puta aceituna con patas.

Escuché que el coche de Alex salía disparado mientras abría el portal y entrábamos.

—Ana, ahora mismo no necesito tu sarcasmo, por favor.

—Mi radar de gilipolleces ha llegado a su límite cuando te he visto bajar del coche de... Satán. ¿No había un puñetero taxi en todo el aeropuerto? ¿Qué cojones tienes en la cabeza? Me dan ganas de darte una patada en el culo por cada escalón que hay en el portal, así que más te vale subirlos rápido.

Rehuí responder haciéndome la loca y sonreí de manera inocente. Muy madura yo.

—Tú riéte, pero cuando vengas a casa llorando porque te ha vuelto a hacer no sé qué mierdas, no pretendas que te preste mi hombro. Te lo he advertido, Rebeka. Miles de veces y de todas las formas posibles, y aquí va una vez más: no te acerques a él. Caca, Alex caca. ¿Me entiendes? —preguntó poniendo los ojos en blanco.

—Cuando pierdes los filtros eres insoportable —protesté con tono mordaz.

—No he perdido ningún filtro. Te hablo en un tono que puedas comprender, en plan «niña de dos años, no te comas la plastilina verde», a ver si así pillas el concepto.

—Lo que tú digas.

Le di la espalda y empecé a subir los escalones.

—Sabes que tengo razón; él es perjudicial para ti incluso en pequeñas dosis. Para el carro y olvídate ya de él.

Me detuve para enfrentarme a sus ojos cabreada.

—Hablas de él como si fuera una enfermedad. Sé que ha cometido errores, pero ¿quién no? Ha cambiado, es diferente, se comporta de una manera mucho más amable conmigo; es atento, se preocupa por mí... No tiene nada que ver con la persona que fue, ¡ahora hasta me escucha!

Mi amiga se echó las manos a la cabeza de manera teatral.

—Claro que te escucha; está fingiendo ser lo que necesitas, ¡está de caza! No te dejes engañar, la gente no cambia. Es una estrategia para que le dejes acercarse, con el claro objetivo de recuperar tu confianza y que acabes arrastrándote de nuevo. Va a intentar criminalizar lo que te ha pasado con Gary, y aprovechará el agujero que ha provocado en ti para meterse hasta la cocina. No puedo creer que hayas cambiado de opinión. Simplemente no me entra en la cabeza que hayas olvidado quién es el que más veces te ha hecho llorar.

—Ya lo sé, no soy estúpida, pero, quizás, ver que otro tío me ha hecho daño le ha ayudado a ver sus errores con más claridad.

Me miró con la decepción y el miedo empapando su cara.

—En serio, me preocupa mucho que no hayas aprendido nada del tiempo que estuviste con Alex. Quiero pensar que te estás dejando llevar por la decepción de Gary, no quiero creer que seas tan imbécil. —Se acercó a mí y puso sus manos en mis hombros.

—Estás exagerando. —La miré con tristeza.

—No es ninguna tontería. Has recurrido a él, y estaba esperando que lo hicieras. Sabe Dios, qué más habrás hecho sin que yo lo sepa. Porque ha pasado algo más, ¿verdad? —espetó con tono acusatorio.

—Nada importante.

Negó muy decepcionada.

—Dale de nuevo el control de tu vida y te quedarás vacía. Alex sabe derribar tus defensas y manejarte a su antojo. Y lo malo es que sigues confiando en él. Pero no caigas, por favor, hazlo por mí.

Ana no sabía todos los detalles de mi relación con Alex, y ese era el motivo principal para que hubiera recurrido a él. Jamás tuve la fuerza suficiente para contarle a ella toda la verdad, de manera que no la podía culpar por sus palabras hirientes.

Lo que sentía por Alex era algo que nadie era capaz de entender, ni siquiera yo.

—No voy a caer, tendré cuidado. Pero prefiero tener una relación de amistad con él que seguir tirándonos los trastos a la cabeza.

—Eso no te lo crees ni tú. La vas a cagar. —Entornó los ojos de manera calculadora—. ¿Qué es lo que echas de menos?

—Nada —respondí inmediatamente.

—¿Los gritos, las broncas, las mentiras, las amenazas o los insultos?

—No voyas por ahí... —rogué herida.

Pero lo que vi en sus ojos no me gustó lo más mínimo; iba a hurgar en la herida,

iba a meter el dedo hasta conseguir que sangrara de nuevo.

—Sus llamadas a horas intempestivas para culparte por todo te dejaban rota de dolor, así que no creo que sea eso, ni tampoco las humillaciones públicas que te hacía cada vez que podía. Debes de echar de menos los polvos de reconciliación, porque no me lo explico de otra manera.

—¡No echo nada de menos! Joder, sé que estar con él no ha sido la mejor idea del mundo, lo pillo, pero déjalo ya. ¡Bastante tengo con lo de Gary ahora mismo! —grité enfadada.

—Tú solita te has metido en esto, haber cogido un taxi.

—Lo siento —dije arrepentida.

—No es a mí a quien le debes una disculpa. —Me señaló con el dedo y suspiró—. Por mucho que me joda, aquí estaré para recoger los trozos de tu persona y ayudarte a volver a ponerlos en su sitio.

Nos retamos con la mirada y continuamos subiendo las escaleras del portal sin decir nada más.

Más tarde, Ana tocó suavemente la puerta de mi habitación; cruzó la habitación hasta sentarse a mi lado en la cama. Me ofreció una taza de té caliente que yo cogí encantada.

—Vengo a repartir mis internacionalmente conocidos «maravillosos consejos». Sé que los necesitas, porque si tu plan es fiarte de lo que Alex tenga que decir, mejor pide plaza en un psiquiátrico con pensión completa. Ya sabes, con pulserita para la comida y la medicación gratis.

—Tu último consejo, el de «déjate llevar y haz locuras», no ha funcionado demasiado bien.

—Venga ya, tía, ¿quién iba a imaginar que fuera Gary el que inventó lo de «sexo, drogas y rock and roll»?

—Voy mejorando; con Alex me costó dos años darme cuenta de que era un mierda.

—A veces parece que eliges a los tíos en función de lo que te sale en el resultado de los tests de la SúperPop. Te juro que cuando he visto tus mensajes se me ha caído el alma a los pies y el móvil al suelo. Vale, da igual, vamos al grano. ¿Estás segura de que te vas a rendir?

Apreté la taza entre las manos tratando de ignorar la esperanza que hizo que mi corazón se agitara. ¿Ya lo echaba de menos?

—Claro que estoy segura.

—Espero que Alex no tenga nada que ver en tu decisión y que no estés mezclando las cosas.

—No me siento con fuerzas para continuar con algo que está destinado a fracasar. Nada más.

—Eso del fracaso es muy relativo. —Se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación, como si fuera a impartir una clase magistral—. No puedes echar por la borda todos estos meses tan fácilmente... Vale que las cosas con Ricitos Problemáticos no pintan bien, pero ahora sabes a qué te enfrentas, y él te gusta.

—No quiero tener que enfrentarme a nada.

—Cobarde. —Alzó las cejas con gesto inquisitivo mientras ponía los brazos en jarras.

—Pues sí, soy una cobarde. Es lo que hay.

—Con Alex no eres tan cobarde —atacó con sarcasmo.

—Es diferente.

—¿En qué? —preguntó alterada—. ¿En que a uno le das oportunidades sin que las merezca y al otro se las niegas sin razón?

—A Alex lo conozco: sé lo que puedo esperar de él en el peor de los casos. A Gary, en cambio, no lo conozco lo suficiente. No sé qué puedo esperar de él después de todo de lo que me acabo de enterar. No se trata de oportunidades.

—Claro, tú lo que quieres es saber si vas a ganar la partida antes de empezar a jugar. Pues siento decirte que el juego no es así; tú no escribes las reglas —dijo sentándose a mi lado—. Estoy de acuerdo en que las cartas que te ha repartido Gary son malas de cojones, pero ¿quién te asegura que vayas a perder? Si quieres mi sincera opinión, creo que es normal que te asustaras y te fueras de Londres. Yo también lo hubiera hecho, pero ahora toca recapacitar.

—No tengo fuerzas.

—No tengo fuerzas, ñiñiñiñi —se burló—. ¿Has sabido algo de él?

—No. Lo último que le dije fue que las cosas se habían terminado; él me acusó de no quererlo y se limitó a llamar a la aerolínea y al taxi. No volvió a dirigirme la palabra. Ni siquiera me dijo adiós.

—¡Qué trágico! —afirmó poniendo los ojos en blanco mientras se daba una palmada en la frente—. Sin besito de despedida ni nada...

Resoplé ante su despliegue teatral.

—Mi consejo es que dejes que pase el tiempo y esperes a que él de algún paso, y, si no lo hace, ya decidirás si olvidarlo o no.

—De momento voy a centrarme en acabar el proyecto. No voy a dedicar a todo esto ni un minuto más.

Los estudios eran una buena trinchera en la que esconderme: podía cobijarme en el extenso documento que era mi proyecto, me sumergiría entre sus páginas hasta perder la noción del tiempo y, con la ayuda de Ana, llenaría las horas restantes del día. Además, el tiempo que me quedaba para entregarlo era escaso; el estrés me vendría de lujo.

No tendría tiempo para pensar en él, no me lo iba a permitir.

Recordé con una punzada de dolor nuestros paseos a orillas del Támesis al atardecer, los cafés sentados en la plaza de Covent Garden, los partidos de la liga inglesa en el pub de Joe, las noches de peli y palomitas en su casa, siempre de acción porque las de terror le daban miedo; hacer la compra juntos en Marks and Spencer, despertarme con el sonido de su guitarra, perdernos dentro de Harrods, cuando me llevó a King's Cross para enseñarme el andén 9 y 3/4, cuando comimos *fish and chips* sentados en Trafalgar Square con vistas al Big Ben... Las bromas incesantes de Gary, su sonrisa, su voz, su música, su cuerpo...

Todas y cada una de las malditas escenas que habían llenado los últimos meses y que nunca volverían.

Refugiarme en mis estudios era el plan perfecto, aunque empezaba a hacer aguas por todas partes.

—¿Rebeka? ¿Hola? —Ana agitó su mano frente a mi cara—. ¿Estás teniendo un *flashback* con música y todo?

Me di de bruces con la realidad y sonreí. Mi amiga estaba un poco loca y yo, bien jodida.

—Perdona —respondí aturdida.

—¡Alabado sea el Señor, ha vuelto con nosotros! —Alzó las manos hacia el cielo con fervor, como si una revelación divina la hubiera poseído.

Reprimí una risita mordiéndome el labio.

—Te decía que me parece genial que te centres en tu proyecto. Pero que debes aprender a mentirte mejor. En el fondo sabes que no lo vas a apartar de tu mente tan fácil, porque estás enamorada hasta las trancas. Hay relaciones que se cocinan a fuego lento, y hay otras que se consumen por el fuego. La vuestra era una bomba atómica capaz de arrasarse a la humanidad desde el primer día. Por mucho que te joda ahora mismo, es el hombre de tu vida.

Ambas guardamos silencio durante unos minutos; el peso de su afirmación me dejó hecha polvo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Asentí con un nudo en la garganta. Le dije que estaba bien, pero lo que realmente quería era que alguien me abrazara y me dijera que todo se iba a arreglar, que los

milagros existían y que el chocolate en realidad no engordaba. Porque me iba a poner tibia en cuanto acabáramos la conversación.

Al día siguiente, contra todo pronóstico, volvió a amanecer.

Cuando me senté en la mesa de la cocina dispuesta a obligarme a comer algo para desayunar, me encontré un tampón.

Y eso significaba que Ana todavía confiaba en mí; era un recordatorio de que siempre podría contar con ella, por muy decepcionada que pareciera estar la noche anterior. Respiré lenta y profundamente, tratando de hallar la resolución que necesitaba para enfrentarme al primer día post Gary.

El primer día del resto de mi vida.

Pasaron un montón de días sin que supiera nada de él. Tres horribles semanas en las que llegué a la conclusión de que el corte era más profundo de lo que jamás hubiese imaginado, y que nunca empezaría a cicatrizar. Era como si me hubiera puesto una preciosa tiritita de Bob Esponja en el corazón que sujetaba la herida y evitaba que sangrara más de la cuenta, pero tampoco la cerraba.

En mi interior todavía se alojaba un monstruo que se removía cuando pensaba en él, que se agitaba para conseguir mi atención, aunque yo se la negaba. Así que Gary acabó convirtiéndose en otro secreto que esconder debajo de mi cama, en la caja más recóndita y pequeña, al lado de otra más grande y llena de polvo en la que guardaba mi historia con Alex.

Cuando me acostaba notaba su presencia. Era como si su música lo invadiera todo y su olor, dulce y masculino, flotara a mi alrededor, y a salvo, en la soledad e intimidad de mi habitación. Me permitía a mí misma asomarme un poco al interior de la caja y llorar con los recuerdos de los momentos que había compartido con él.

Los primeros días echaba una miradita furtiva que me provocaba dolor, pero después de un par de semanas se convirtió en algo que necesitaba hacer a diario para recordar que había sido real.

Hasta que un día no fui capaz de volver a cerrar la caja. Las imágenes de Gary empezaron a inundar cada segundo de mi existencia y los recuerdos me asaltaban con agresividad.

Y esa no era la chica que quería ser.

¿A quién demonios pretendía engañar negando mis sentimientos?

Traté de centrarme en mi proyecto, pero no conseguía de leer dos párrafos sin

perder el hilo y siempre acababa escuchando su música arrinconada en una esquina de mi habitación.

Con el paso de los días, la forma en que recordaba lo sucedido en Londres cambió. La rabia acumulada por el enfado se mitigó y dio paso a la comprensión. Lo que en un principio me habían parecido enormes mentiras envenenadas pasaron a ser medias verdades, para, finalmente, convertirse en inocentes omisiones.

En algún momento dejé de culparlo.

Comencé a valorar su dolor por encima del mío, comprendí que la caja que él escondía debajo de su cama había sido abierta sin su permiso por Fiona y todos sus secretos habían sido esparcidos como haría un niño con un cajón de juguetes. Encima, yo me había liado a patadas con la caja vacía.

Hasta entonces había pensado que estaba enamorada de Gary, pero jamás en mi vida había estado más equivocada. Porque aplaudir todas sus virtudes era fácil, pero aceptar sus defectos y no querer cambiar un ápice de su persona era otra cosa. Me daba pavor.

Pese a todo, me negué la posibilidad de ponerme en contacto con él, e hice todo lo que estuvo en mi mano para no tener tentaciones.

Y agradecí que él tampoco lo hiciera.

Ana estuvo casi tan liada como yo con sus exámenes y su nuevo ligue, así que apenas nos vimos.

La echaba de menos, pero, a su vez, estaba contenta de que no me prestara demasiada atención, porque habría notado lo que me estaba pasando, o habría empezado a insistir en que debía hablar con Gary, y no necesitaba ese empujón: tenía que resistir hasta que las cosas se aclararan del todo en mi cabeza.

También evité varias llamadas de mi hermano, que estaba muy preocupado, según me decía en sus mensajes. Si hablaba con él, acabaría huyendo a Alemania, y no era plan de dejar la carrera y esconderme en el bosque de Teotoburgo para vivir de la naturaleza.

Quedé con Alex casi a diario. Al principio me llamaba para saber cómo estaba, después para quedar, y, con el paso de los días, era yo la que lo necesitaba para que me distrajera. No volvió a sacar el tema, ni me preguntó si había vuelto a saber algo de Gary. Se limitó a ayudarme con la corrección de mi proyecto, y trabajó con la parte del presupuesto, que a mí se me daba tan mal. Hubo algunas noches en las que me recogió de la biblioteca para llevarme a casa, incluso hubo otras en las que me llevó la cena y se quedó conmigo hasta tarde. Se estaba comportando como el amigo que nunca había sido.

Pero una de las pocas noches que llegué pronto a casa, dispuesta a olvidarme del

proyecto y relajarme viendo una peli, la soledad se me vino encima; mis secretos empezaron a escaparse de debajo de la cama y todo se tambaleó de nuevo.

23

ROMPER EL HIELO A MARTILLAZOS

*22:35 - Ni se te ocurra llamarlo: ¿Estás cómoda en Heathrow?
¿Tienes todo lo que necesitas?*

Odié cada palabra de aquel mensaje.

Y detesté el hecho de que se pusiera en contacto conmigo, pero, sobre todo, me maldije porque un nudo hecho de esperanza e ilusión me cerraba la garganta.

También noté un palpito continuo en el pecho que se reflejaba en mis sienes.

A lo mejor me estaba muriendo.

Estrujé el móvil entre mis manos y apreté los dientes hasta que me rechinaron.

Miles de ideas pasaron por mi cabeza en cuestión de segundos, pero no fui capaz de contestarle. Me limité a continuar apretando el aparato con fuerza hasta que mis nudillos se pusieron blancos. Lo tiré contra la mesilla, me di la vuelta y me tapé con el nórdico.

Pocos minutos después, escuché el móvil vibrar contra la superficie de madera. Peleé conmigo misma durante unos segundos, al final perdí la batalla y acabé lanzándome a por él vencida por la curiosidad.

22:40 - Ni se te ocurra llamarlo: Maldita sea, te he dado muchos días de margen. Discute conmigo, pero no me ignores.

«Que le jodan al doble tic de WhatsApp», pensé con fastidio.

*22:42 - Rebeka: Estoy perfectamente en Heathrow.
Gracias por tu interés.*

22:42 - Ni se te ocurra llamarlo: Intentaba romper el hielo.

22:43 - Rebeka: ¿A martillazos?

Quitó el vibrador, dejó el móvil de nuevo en la mesilla y me tumbé boca arriba. Cerré los ojos concentrándome en pedirle a Morfeo que me arrease un buen sartenazo en la cabeza. Necesitaba quedarme sopa e ignorar todos los sentimientos que estaban despertando de su letargo. Esas malditas mariposas que revoloteaban dentro de mi cuerpo.

De pronto, toda la habitación se iluminó con la fuerza de un sol de plástico en un amanecer. La pantalla del teléfono alumbró todos los rincones obligándome a abrir los ojos.

Miré de reojo el maldito dispositivo del demonio.

Pulsé el botón verde con mi dedo tembloroso y escuché un profundo suspiro de alivio al otro lado de la línea.

Se me aflojaron todas las articulaciones.

—¿Me ha faltado un emoticono? —preguntó con tristeza.

La sensualidad de su voz acabó con la poca cordura que me quedaba, me hizo sonreír embobada mientras mi corazón efectuaba una maniobra brusca, como si tuviera que volver a latir después de unas largas vacaciones y estuviera desengrasado.

Hice un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura; no era plan de venirme abajo solamente con una frase.

—El primer mensaje sobra —afirmé con la frialdad peor fingida de la historia.

—Nunca se me ha dado bien romper el hielo, pero alguien lo tenía que hacer, no podemos seguir así —me echó en cara con rencor, y volvió a suspirar—. No sé quién gobierna este barco, no sé si eres tú o soy yo, pero vamos a la deriva. Solo hace seis meses que nos conocemos, y, en proporción, llevamos demasiado tiempo enfadados. Y encima, acabo de darme cuenta de que ahora mismo estamos más lejos que nunca.

—¿Dónde estás? —pregunté extrañada. Era una excusa bastante barata para llamarme.

—A cientos de millas, en una isla rodeado por el jodido mar, en Irlanda del Norte.

—¿Y qué haces ahí? —pregunté todavía más pasmada.

—Estoy pasando unos días en la casa que mi familia tiene cerca de Belfast. Ahora mismo es el único lugar que me hace sentir bien, porque no me recuerda a ti. ¿Sabes la cantidad de cosas que te dejaste? Porque yo sí. Llevo durmiendo en el sofá lo que parecen ser un par de años. Tu ropa sigue tirada en el suelo de mi habitación, haciéndome revivir cada vez que la veo cómo te la quité la última vez. Y no solo eso. Las sábanas en tu lado de la cama siguen tal y como las dejaste esa mañana, recordándome cuánto necesito que vuelvas a llenar ese vacío a mi lado.

—Tal vez no deberías pagarle a la mujer de la limpieza —dije sin saber cómo reaccionar a sus palabras.

—Fui yo quién le dijo que no tocara nada.

—Oh, Gary...

—Lo sé, no hace falta que me digas nada. No consigo acostumbrarme a la idea de que no vas a volver.

Y deseé gritarle que yo también lo echaba de menos como si me hubieran robado la mitad del alma.

—La cuestión es que no podía seguir así, necesitaba relajarme y pasar unos días fuera. Josh lo ha reorganizado todo y me ha permitido venir. Chris está conmigo, de niñera. Te juro que lo estoy volviendo loco. Joder, estoy tan cabreado con Fiona, con Josh, contigo... que no sé qué hacer. —Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea—. Necesitaba escuchar tu voz.

—Yo tampoco sé qué hacer. Lo estoy pasando francamente mal —dije con una voz que ni siquiera reconocí como propia.

—Lo más jodido de esta situación es que no es algo que yo haya hecho o tú hayas dicho. Es Fiona. Es Josh. Es la desconfianza que han generado entre nosotros. Y tal como te dije hace tiempo, perder la confianza es perderlo todo.

—Pero yo...

—Déjame terminar —me interrumpió—. Me rompiste el puto corazón cuando saliste por la puerta sin intentar entender lo que te había contado y lo duro que había sido para mí hacerlo —afirmó sin miramientos—. No es fácil admitir delante de tu novia que has sido un cerdo con mayúsculas en el pasado. Sé que debería haberte impedido que te largaras, y que tendría que haberte obligado a enfrentarte a mí.

Ambos guardamos silencio durante unos segundos que me parecieron horas.

—Me siento impotente —continuó—. No puedo hacer absolutamente nada para evitarnos esta tortura. Porque está en tus manos comprender que nunca quise ocultarte nada; solo quería que me conocieras bien antes de contarte mis problemas, pero todo se fue a la mierda gracias a mi querida hermana. No podía abrirme en canal y enseñarte todos mis defectos y cagadas a la primera de cambio, porque hubieras huido despavorida... Bueno, perdona, eso lo hiciste de todos modos. —Hizo una pausa; suspiró agobiado. Si íbamos a coger el camino de los reproches, colgaría el teléfono—. No sé si sigues queriendo tener algo conmigo, no sé si eres feliz sin mí, y no sé cómo hacer esto... Te juro que en este momento entiendo más sobre física cuántica que sobre lo que pueda estar pasando por tu cabeza.

—Pensaba que la relación sería perfecta; fue un golpe duro enterarme de tantas

cosas. Sé que soy una ingenua, pero confiaba en que todo sería mucho más fácil entre nosotros.

—Pues deberías moderar tus expectativas. Nunca me oirás decir que una relación conmigo será perfecta, y mucho menos fácil. Discutiremos, peharemos, reiremos, nos amaremos y haremos el amor como locos. Nada de perfecciones aburridas que no duran. Lo que sí puedo prometerte es que no habrá más sorpresas. O lo coges o lo dejas, pero ahora ya sabes lo que hay.

Y ahí estaba de nuevo el tío que conseguía poner mi mundo patas arriba con dos frases.

—La verdad es que no he tenido tiempo de pararme a pensar demasiado. Me he refugiado detrás de mi proyecto de fin de carrera. He pasado los días encerrada en la universidad trabajando con Alex. Tengo muchas dudas, Gary, y estoy como tú: dolida, cabreada, me siento estafada...

—¿Por qué no vienes unos días? No quiero que esto se termine así, joder, ¡estábamos en lo mejor! —Hizo una pausa—. Yo también estoy cabreado contigo, no esperaba que te largaras. Me decepcionaste, pero tenemos que hablarlo. Finjamos que somos adultos y maduros, hagámoslo, por favor.

—Huí porque los problemas empezaron a apilarse a mi alrededor y me agobié mucho. Ahora, en la distancia, lo veo de otra manera; tal vez debería haberme quedado. Pese a todo, me siento asustada y sobre todo egoísta. No supe ponerme en tu sitio.

—Entiendo que te asustaras, no era para menos, pero no quiero tener que salir corriendo detrás de ti cada vez que haya un problema. Deberíamos ser capaces de afrontarlo.

—Tienes razón —dije arrepentida.

—Voy a estar unos días en Belfast; va a venir Lucy también. Puedo reservar los billetes para que vengáis juntas vía Londres; quizá podamos hacer algo de turismo, te encantará Irlanda del Norte... ¡Parezco una jodida agencia de viajes desde que te conozco! —Se carcajeó, y yo me eché a reír con ganas por primera vez en muchos días, consciente de que al día siguiente iba a tener agujetas.

—En fin. Podemos pasear por la costa, hablar tranquilos y solucionar las cosas. Llevo meses improvisando una relación contigo, pero se ha acabado: o nos lo tomamos en serio o no cuentes conmigo —afirmó tajante.

—¿Esta vez no has reservado los billetes sin preguntar? —dije de cachondeo, tratado de quitar hierro a la conversación.

—No, obviamente no soy tan estúpido como para creer que vayas a venir por las buenas. Además, he comprobado que no reservarte el vuelo de vuelta no me

asegura que vayas a quedarte. Tendré que probar otras técnicas.

—Chico listo —dije entre risas.

—Por muy cabreado que esté... ¡Dios! Echaba de menos esa risa. ¿No hay manera de que te convenza para venir? —insistió.

—Déjame pensarlo; tengo que solucionar varios temas del proyecto en la universidad, necesitaré unos cuantos días...

—¿Eso es un sí? —preguntó esperanzado.

—No. Es un «me lo tengo que pensar».

—¡Casi! —Soltó una carcajada—. Creo que British Airways fletará un chárter por mí en cualquier momento: soy uno de sus mejores clientes. Mi amiga Judy de atención al pasajero estará encantada de hacer tu reserva en cuanto decidas venir. Seguro que se alegra un montón.

—¿Perdona? —Alcé las cejas alucinada.

—Creo que no quieres saberlo... —Se echó a reír y a mí me pareció el sonido más bonito del mundo.

—¿Quién demonios es Judy?

—El día que te fuiste de Londres me puse un poco pesado con la aerolínea, nada más.

—Oh, Gary... Dime que no llamaste veinticinco veces y acabaste contándole a una teleoperadora nuestros problemas.

—No llamé veinticinco veces —afirmó con solemnidad.

—¡Eres increíble! —Estallé en carcajadas—. Estás loco...

—Sabes que sí. Pero tú me mantienes cuerdo. ¿O era al revés?

—Gracias a ti nos van a acabar dando un Oscar a la mejor comedia romántica. Aunque, pensándolo bien, merezco el de mejor actriz dramática.

—Y yo, el de mejor actor secundario.

—¿Secundario? Bueno, el año que viene tal vez tengas más suerte y te nominen al principal —me pitorreé.

—Todo depende de los papeles que le den a Alex —dijo con cinismo—. ¿Has vuelto con él? Porque si es así o tienes alguna duda sobre si pasará en un futuro próximo, prefiero saberlo cuanto antes.

—No, no he vuelto con él, ni lo voy a hacer. ¿Por quién me tomas?

—Acabas de decir que has estado encerrada con él en la universidad...

—Exacto, me ha estado ayudando con el proyecto, ha trabajado muy duro —justifiqué, porque todo el tiempo que había pasado con Alex había sido meramente educativo, ¿verdad?—. No salgo corriendo a los brazos de Alex cada vez que algo va mal en mi vida. No sé qué os pensáis Ana y tú.

No estaba segura de que mi afirmación fuera completamente cierta. Había aterrizado en los brazos de Alex nada más bajarme del avión.

—Me gusta Ana, me gusta mucho. Creo que tenemos mucho en común.

—Sí, claro que tenéis mucho en común: desconfiar de Rebeka y creer que es tan imbécil como para volver con su ex cada dos por tres.

Subí el tono de voz tratando de ocultar las dudas, intentando darle fuerza a mi declaración; él lo malinterpretó.

—No te enfades. Pensé que durante este tiempo podía aparecer algún capullo con suerte y ganarse tu compañía. Eres una tía increíble y encima, preciosa. Pero no que fuera tu ex. Y ni siquiera puedo enfadarme, porque me dejaste y no tengo derecho. Además, lo único que conseguiría es empeorar las cosas. —Suspiró con cansancio—. Lo que me deja en la situación de solo poder echarte en cara que huyas cada vez que se complican las cosas.

—Es la costumbre —dije apesadumbrada.

—Te quejas de que yo te oculté cosas, pero tú haces lo mismo. ¿Qué demonios te hizo Alex? Habla conmigo, cuéntamelo. No hay derecho a que tu sepas todas mis mierdas y yo no. De alguna manera lo que él te hizo nos está afectando, y no entiendo que sigas pasando tiempo con él. Mereces algo mejor, aunque ese algo no sea yo.

—Sé que merezco a alguien mejor que Alex, pero tú mereces algo mejor que yo —afirmé con sinceridad—. Algún día hablaremos sobre el tema, pero no hoy.

—Está bien, como quieras. Ahora debo centrarme en buscar la manera de retenerte en Belfast más de dos días. Tendré que cerrar el espacio aéreo y el marítimo.

—En el fondo estabas seguro de que iba a aceptar ir mañana mismo, ¿verdad?

—Me había jugado la Gibson Les Paul roja con Chris a que mañana estabas aquí. Él decía que ni siquiera me cogerías el teléfono, así que, técnicamente, es un empate.

—No tienes remedio.

—Para que veas que te aprecio más que a mi querida Brooklyn. Tómate el tiempo que necesites y házmelo saber —me pidió con la voz empapada de esperanza.

—No te vas a rendir, ¿verdad?

—Nunca. Estos días me he dado cuenta de que tengo que aceptar mis sentimientos y que, por muy cabreado que esté, lo que siento por ti... —No terminó la frase.

—¿Estás insinuando que me quieres? —pregunté con timidez tratando de ayudarlo a continuar y escondiendo una sonrisa enorme.

—No sabría decirte. Esas palabras se quedan cortas para expresar la magnitud de

los sentimientos. Sé que quiero seguir intentándolo, sé que deseo recuperar lo que teníamos porque me has hecho más feliz de lo que nunca había sido, pero tú también tienes que poner de tu parte, y soy consciente de que si ahora esto nos parece complicado, no sé qué pasará cuando empiece la gira.

—Estaremos distanciados, como ahora, cada uno en una punta del planeta, pero en contacto.

—Sí, pero el hecho de que no vaya a estar en el mismo sitio durante largas temporadas no va a facilitar las cosas. Sé de lo que hablo: la estabilidad me ayuda a mantener el control. Serán meses en los que no pasaré ni una semana en el mismo estado, en husos horarios diferentes al tuyo, y tú estarás ahí con tu ex. Me voy a volver loco.

—Antes de que te vuelvas loco tenemos muchas cosas que solucionar.

—Sea cual sea nuestra situación cuando empiece la gira, perderé la cabeza estando lejos de ti.

—¿Más? —Me reí.

—Más. —Se rio él también—. Mientras decides si venir o no y explotas a tu ex para que termine tu proyecto, yo me dedicaré a mostrarte todo lo que te estás perdiendo lejos de mí.

—¿Verdes paisajes y acantilados imposibles?

—Más o menos.

24

SÉ A QUÉ TE REFIERES: YO TAMBIÉN TE QUISE

Los siguientes días fueron tan rutinarios como los anteriores a recibir la llamada de Gary. Universidad, biblioteca y trabajar en mi proyecto hasta altas horas de la noche. Aunque me sentía algo más animada gracias a la conversación que mantuvimos y empezaba a tener la esperanza de que las cosas irían a mejor.

Aquella tarde, me encontraba trabajando en mi casa con Alex, aprovechando que Ana iba a estar fuera visitando a sus padres, cuando llamaron a la puerta.

Vi a un joven repartidor a través de la mirilla, con una caja de tamaño mediano entre las manos. Abrí, firmé el justificante de entrega, cogí la caja y me dirigí de nuevo al salón donde Alex continuaba haciendo cálculos con mi presupuesto.

—¿Quién era? —preguntó alzando la mirada hacia mí.

—Un repartidor.

—Ya veo. —Hizo un gesto hacia la caja que sostenía entre las manos—. ¿Otra vez arrasando con Amazon?

—No, no he pedido nada, pero viene a mi nombre —dije girando la caja en el aire. Pesaba bastante.

—Mira el remitente —dijo como si yo fuera medio tonta.

—No hay remitente.

Dejó lo que estaba haciendo para acercarse a mí. Tras observar el paquete con atención, me miró con el ceño fruncido.

—Viene de Belfast. —Sus ojos se enfrentaron a los míos esperando escuchar una explicación que no me hacía ninguna gracia tener que darle.

Desde que habíamos hablado por teléfono no había vuelto a saber nada de Gary; supuse que quería darme espacio para decidir cuándo viajar a Belfast.

Sin detenerme a pensar más, destrocé el paquete y retiré la protección de burbujas hasta que el contenido quedó a la vista de los dos.

Empecé a reírme como una loca mientras Alex me miraba atónito, sin entender muy bien qué demonios era aquello, qué significaba y quién me lo había enviado.

Una pequeña nota colgaba del morro de una de las botellas.

*«Tu mejor maestro es tu último error.
GDC».*

Me pregunté qué demonios significaba la de. ¿Daniel? ¿Dominic?

—¿Puedes explicarme por qué demonios te manda una caja de cervezas Beck's alguien desde Irlanda del Norte con una nota así?

—Es largo de explicar —dije sonriendo—. Es una broma entre Gary y yo.

—Pensaba que vivía en Londres. ¿Desde cuándo os mandáis regalitos? —preguntó con tono hosco—. Pensaba que habías cortado con él.

—Es una tontería. —Traté de quitarle importancia.

—¿Has hablado con él desde el día que volviste de Londres?

—Alex, no empieces, por favor... —rogué.

—Joder, ¡¿que no empiece?! —preguntó a grito pelado.

Y es que Alex pasaba de cero a cien en dos segundos. Me quedé en silencio mirándolo.

—Estoy como un gilipollas tratando de ayudarte a diario con tu proyecto, pasando mi tiempo contigo, creyendo que estamos avanzando en nuestra relación y ¿me pides que no empiece cuando tu rollito te manda unas putas cervezas?

«Oh, mierda, no me quedan medallas».

—¿Solo te mueve el interés? ¡Pensaba que estábamos intentando ser amigos!

—¿Que me mueve el interés? —Soltó una carcajada seca—. Te confundes de persona. Cuando ese tío haya acabado de divertirse contigo, vendrás a por mí, porque yo soy un tío de verdad, con un empleo de verdad, alguien con quien te puedes plantear un futuro. Es lo que te estoy demostrando a diario. No entiendo cómo puedes ser tan ingenua. Yo soy perfecto para ti.

Ese comentario se ganó una mirada asesina.

—¡Tú lo que tienes es el maldito síndrome del copo de nieve! —afirmé alzando la voz—. Te crees único e irrepetible, te piensas que has caído del puto cielo para complacer a la humanidad y que yo debería dar gracias por tenerte en mi vida. ¡Qué diablos! ¡Deberíamos construir pirámides en tu honor!

Se acercó a mí y cogió mis manos entre las suyas.

—No, lo que sucede es que te quiero. ¿No lo entiendes? —preguntó mirándome a los ojos con ternura.

—Sé a qué te refieres: yo también te quise.

Se apartó de mí con la mandíbula apretada y un gesto raro en la cara, como si acabara de oler a mierda.

Noté el momento exacto en el que la sangre se heló en sus venas y el mismísimo instante en el que el lazo que todavía nos unía comenzó a resquebrajarse.

Se dio la vuelta, se puso su chaqueta vaquera y salió por la puerta dando un fuerte portazo.

Cogí una cerveza de la caja y me tiré en el sofá.

Después de terminármela, cogí otra, y así sucesivamente, hasta que en la cuarta me envalentoné. Cogí mi móvil, enfoqué la cámara, puse morritos y disparé.

17:55 - Rebeka: Brindo por ti y por los gallos que nadan en los estanques.

17:58 - Gary Connolly: Ahí estabas tú, en aquella barra con tu cerveza en la mano, tan adorable, hablando de estanques y de gallos, sin ser consciente de que «gallo» se pronuncia igual que una manera bastante vulgar de decir «polla».

17:59 - Rebeka: Brindo por todos los diccionarios de Oxford.

18:02 - Gary Connolly: Brindo por ti y por los gallos, por tu culo y por lo preciosa que eres, por todas las veces que la hemos cagado y por todas las malas decisiones que nunca cambiaríamos, por todo el sexo que hemos tenido y por todo el que vamos a tener.

18:05 - Rebeka: Acepto tu brindis, siempre que lo hagas con agua.

18:06 - Gary Connolly: Touché.

18:06 - Rebeka: Te echo de menos. Mucho.

18:07 - Gary Connolly: Si sigues por ahí acabaré cogiendo un avión en menos de una hora. Doy por hecho que estás bebiéndote tu regalo y que está surtiendo efecto. Disfruta, querida. Mañana hablamos.

Más tarde, después de haberme bebido las dos Beck's restantes y alguna otra cerveza caducada que teníamos en casa, me arrastré a la cama canturreando canciones de Everlasting Wound como si me fuera la vida en ello.

25

NO TODO PUEDE SER MI CULPA

—*Esta noche nos acompañan Gary Connolly y Chris Connor de Everlasting Wound. Buenas noches, chicos, bienvenidos al programa. Hacía tiempo que no teníamos tantas chicas esperando en la puerta de la emisora.*

Ajusté el volumen de los altavoces del ordenador para poder entender mejor la entrevista: no iba a ser fácil seguir la conversación en inglés. Coloqué la almohada contra la pared y doblé las rodillas para sujetar el portátil.

Tenía una resaca horrible, cortesía de las Beck's que me había mandado Gary, que me duraba ya un par de días.

—*Buenas noches, Ray.* —Reconocí la voz de Chris.

—*¿Qué hay? Un saludo a todas las fans que se han acercado hasta aquí* —dijo Gary. Como siempre, escuchar su voz me hizo sonreír. Volví a releer su mensaje.

14:55 - Gary Connolly: *Esta tarde a las siete busca la emisora BRT en Internet: vamos a conceder una entrevista. Mi plan para convencerte de que vengas a Belfast entra en la segunda fase de ataque.*

Me centré de nuevo en la entrevista con el corazón acelerado. ¿Qué demonios tenía en mente? ¿Por qué me había bebido todas las cervezas? Me habrían venido genial para calmar un poco los nervios.

—*Hace unos días recibimos una nota de prensa anunciando el nuevo sencillo* —continuó el locutor—, *«The other half of you», y cuál ha sido mi sorpresa esta mañana cuando hemos recibido la canción y he visto que se titulaba «It can't be all my fault». ¿Qué ha pasado? ¿Cambios de última hora?*

—*Siempre es difícil elegir el primer sencillo; la discográfica suele tener algunas ideas y nosotros otras. Simplemente ha sido un cambio en favor de la promoción.*

—*No digas tonterías, Chris, nunca nos ha preocupado lo que nuestro sello tenga que decir. La verdad es que no era el mejor momento para que «The other half of you» viera la luz, y de momento no la vamos a incluir en el disco.*

—¿De qué trataba la canción?

Oh, mierda. Crucé los dedos hasta interrumpir el riego sanguíneo, para que no se tratara de mi canción. Aquella que solo escuché una vez en el local de ensayo.

—Yo no voy a contestar esa pregunta, soy un hombre comprometido —afirmó Chris medio en serio.

—¿Me pasas el marrón?

—Tío, la canción es tuya...

—Está bien. «The other half of you» la escribí una mañana al amanecer; abrí los ojos, el sol justamente entraba por una rendija de la ventana, y cuando me giré para mirar a mi compañera, su culo a la luz del sol era la imagen más maravillosa que había visto en años. Joder, ¿debería decir «trasero» en antena? ¿Puedo decir «joder»?

Escuché las risas del locutor y de Chris, y me abochorné como nunca. ¿Pensaba hablar de mi culo en una emisora de alcance internacional?

Iba a matarlo.

Por supuesto que iba a conseguir que fuera a Irlanda del Norte. Me bajaría del avión, le patearía su maravilloso culo y volvería a casa más ancha que larga.

—Creo que esto es inaudito, una canción sobre un culo. ¿No miraste más? Vamos, ¿no seguiste describiendo la escena? —dijo el locutor aguantando la risa a duras penas.

—No, me centré en eso. ¡Era como la maldita espiral de Fibonacci! Una sucesión infinita de curvas que empezaban en sus piernas, subiendo poco a poco hasta la cumbre de su trasero, para luego volver a descender hasta sus lumbares. Desde cualquier ángulo era precioso. Naturaleza y genética en estado puro. No es como admirar un paisaje y describirlo, joder, es como admirar una obra de arte y no encontrar las palabras exactas que le hagan justicia. Ella estaba dormida. Fue una de las experiencias más excitantes de mi vida.

—Los oyentes se están perdiendo la forma en la que Gary está dibujando curvas con sus manos en el aire y la cara de satisfacción que lo acompaña. —Volví a escuchar fuertes carcajadas, así como la risa pícaro de Gary—. No sé Chris qué opina, pero yo tengo una imagen bastante clara de lo que estamos hablando, y creo que ya tenéis una buena imagen para la portada del disco. Me siento tremendamente decepcionado porque no tendremos el placer de escucharla.

¡Sí! Me sentí tremendamente feliz de que la canción no fuera a ver la luz. Oh, por favor, gracias a Dios. Di pequeños saltitos de alegría sobre la cama y casi acabé estampando el portátil contra el suelo.

—No, de momento no. «It can't be all my fault» la sustituye: hemos cambiado la letra, pero hemos mantenido la melodía. Es un tema rápido, con guitarras distorsionadas, algo más cañero de lo que solemos hacer.

—¿Y sobre qué trata la nueva? Espero que no se os haya ocurrido sustituir el mejor culo que ha visto Gary en su vida por cualquier otro tema intrascendente.

—Gary lleva una temporadita sin ver ese trasero, así que el tema está tapadito con una sábana hasta nuevo aviso.

—Sí, por desgracia es cierto; era demasiado pronto para declararle amor eterno a su culo. Me pasó un poco y ella salió corriendo —dijo Gary con sorna. Yo capté la indirecta—. Bromas aparte, tengo que aprovechar este momento para decir que espero que la nueva canción le guste.

—¿A la dueña del culo?

—La misma.

—¿No tiene nombre?

—Creo que, si después de hablar de su trasero menciono su nombre, voy a perder toda oportunidad de volver a verlo. Entiéndeme, Ray... Ella es mucho más que un culo bonito para mí, aunque sea el mejor que he visto en toda mi vida.

Estaba en lo cierto: si escuchaba mi nombre a través de las ondas de la radio, Europa se le iba a quedar pequeña cuando lo persiguiera con un hacha.

—Entendemos tu cautela, y no dudamos de tus capacidades poéticas para conquistarla. Tendremos que conformarnos con «It can't be all my fault», lo nuevo de Everlasting Wound, aquí, en la BRT, en primicia para nuestros oyentes.

La nueva canción empezaba con un solo potente de guitarra y la voz de Gary entraba de sopetón junto con la batería y el resto de instrumentos. Con un tono socarrón, mucho más agresivo que lo que había escuchado nunca, describía el frío que hacía en su casa después de una fuerte discusión con «ella». Supuse que esa debía de ser yo. Hablaba sobre lo feo que era salir corriendo de la escena del crimen y dejarlo con la palabra en la boca. Me di cuenta de que la letra iba marcha atrás; narraba el portazo que di y el eco que retumbaba por toda la casa. Continuaba con parte de la conversación que mantuvimos, la poca atención que yo había prestado a sus palabras mientras planeaba mi huida en silencio y lo que él se había expuesto a mí para nada.

En el estribillo decía a gritos «dime qué quieres tú, porque yo quiero lo mismo, pero todo esto no puede ser solo mi culpa».

Después del estribillo había una parte en la que los instrumentos se callaban, y un suave punteo de guitarra acompañaba a Gary mientras enumeraba cuántas veces había bailado él sobre la línea que separaba lo correcto de lo incorrecto, así como todo lo que había hecho por ganarse mi amor.

Me hizo sentir culpable y despreciable.

«La verdad te ha vuelto loca, pero no te has parado a pensar en que al menos la sabes, cosa que yo no».

Cuando sonaron los últimos acordes me sequé las lágrimas y volví a subir el volumen un poco más.

Le había hecho mucho daño, lo sabía, pero sus palabras me habían hecho pegarme una buena torta contra la realidad.

¿Qué quería yo? Esa era una gran pregunta. No podía seguir en un callejón sin salida: debía ir a Belfast y hablar con él.

—*Magnífica canción, chicos; una vez más, una lírica brillante. Estáis a punto de embarcaros en vuestra primera gira en USA. ¿Entusiasmados?*

—*Yo estoy acojonado. El público americano es diferente al europeo, y no sabemos con qué nos vamos a encontrar. Sabemos cuáles son las ventas de nuestros discos allí, pero será un reto. Tendremos que dejarnos la piel*—afirmó Chris.

—*Yo creo que estamos preparados. El disco que estamos grabando es lo mejor que nunca hayamos hecho; es brutal, más rockero... Ya habéis oído el adelanto. Sé que suena fanfarrón, pero es la verdad: el resto de discos son una mierda comparados con este.*—Gary soltó una carcajada arrogante; supuse que Chris estaba abochornado.

—*«Drunk on a Wednesday», título del nuevo disco que en pocos meses tendremos entre manos. ¿Va a seguir siendo un reflejo de tus experiencias personales, Gary?*

—*Sí, claro; se me hace imposible escribir ficción, de ahí que acabe escribiendo una canción sobre el culo de mi chica. No puedo hablar sobre lo que no sé. Mucha gente piensa que tengo un cuaderno lleno de canciones que escribí cuando me dejó mi novia del instituto y que las voy sacando poco a poco, removiendo la misma mierda siempre, pero nada más lejos de la realidad.*—Se echó a reír—. *Soy un maldito desastre con las mujeres. Os prometo que he tratado de salir de lo habitual y dejar de dar pena con mis lamentables habilidades en el arte del cortejo. Tengo varias canciones sobre política, ninjas, enanitos de jardín, mitología nórdica, osos panda, ingeniería aeroespacial... Lo he intentado hasta con el paisaje de Irlanda del Norte, algo que conozco bien, pero no pasaba del verde de los prados y el azul del mar... Las letras apestabán. Menos mal que los últimos meses de mi vida han sido muy...*

—*¿Normales?*—propuso Chris con cierta ironía.

—*Por decirlo de alguna manera*—respondió Gary muerto de risa.

—*Así que, una vez descartada la oda al trasero de tu compañera*—prosiguió el locutor—, *no vamos a tener más historias rocambolescas sobre juergas que terminan al amanecer.*

—*¿Quién ha dicho eso? Hay de todo; no he estado encerrado en la abadía de Bangor.*—Noté su sonrisa de suficiencia mientras hablaba—. *Pero sí, supongo que hemos empezado a sentar la cabeza. Andamos más formales y se nota en nuestra música, esa es la noticia. ¿Estás grabando esto?*—Se escucharon unos golpecitos en el micrófono.

—*Que sepan nuestros oyentes que Charlie, nuestro técnico, dice que sí.*

—*Gracias, tío*—afirmó Gary.

—*Esta entrevista no tiene nada que ver con vuestra última visita. En aquella ocasión, estabais en Belfast, presentando «Fall from grace», y vinisteis directamente después de haber tocado la noche*

anterior. La recuerdo como una de las más cachondas de la historia de esta radio. ¿Vosotros cómo la recordáis?

—Yo no me acuerdo de nada —dijo Gary.

—Yo recuerdo que no llegamos a contestar ninguna pregunta porque a Gary le entraba la risa y no dejaba de cantar «Halo» de Beyoncé a grito pelado, como si fuera nuestra. Y, para colmo, se quedó sopa encima de la mesa. Hoy nos estamos portando mejor.

—Soy un chico grande —comentó Gary con orgullo.

—Habéis madurado como grupo.

—Y como personas. Ahora somos personas grandes y maduras. Ha sonado raro, ¿verdad? Joder, córtalo, Charlie. Te debo una pinta, tío.

Volví a escuchar que las carcajadas llenaron el estudio, cosa que me hizo darme cuenta de cuánto echaba de menos el humor de Gary.

Dios, lo echaba muchísimo de menos. Aunque si solo fuera eso...

—Poco después de aquella entrevista suspendisteis la gira europea.

—Sí, no estábamos en condiciones de continuar.

—Mea culpa —admitió Gary.

—No es cuestión de culpas, tío, fue una decisión que tomamos entre todos. Llevábamos sin parar mucho tiempo: casi tres años y tres giras seguidas. Estábamos pasados de rosca y teníamos que parar.

—Fue una época difícil para todos, es cierto. Veníamos arrastrando el éxito que tuvo «Your life without me», y todo el revuelo que se organizó a nuestro alrededor. Dimos más de doscientos conciertos aquel año... Apenas teníamos experiencia en la cumbre, éramos unos novatos, y cada concierto era una juerga mayor que la anterior. No éramos capaces de subir a un escenario sin haber consumido grandes cantidades de...

—Gominolas —interrumpió Chris con una risotada.

—Sí..., gominolas y cerveza, mucha cerveza —dijo riéndose—. Lo mejor que pudimos hacer fue parar; estábamos a punto de descarrilar y liar una gorda —admitió con arrepentimiento en la voz.

—Pasamos de ser una banda que tocaba en pubs a un grupo que llenaba estadios. Teníamos que ponernos al día en lo personal.

—«Your life without me» os catapultó a la fama gracias al éxito que tuvo el sencillo «I want you back», una vez más, una experiencia personal tuya, Gary, según tengo entendido.

Llegaba la hora de hablar de Halley. No sé si prefería que volvieran a hablar sobre mi culo.

—Sí, por supuesto. Se lo debemos prácticamente todo a ese sencillo. Nos abrió muchas puertas.

—La verdad es que cuando estábamos trabajando en la canción sucedió algo similar a lo que ha pasado con «The other half of you»: teníamos la canción terminada cuando de pronto Gary la

cambió de arriba abajo. Ninguno veíamos la necesidad de hacerlo, estaba perfecta como estaba, pero fue el mayor acierto de toda nuestra carrera. A veces es un loco visionario.

—¿Creéis que es una lacra haber saltado a la fama con una canción romántica?

—Sí y no —dijo Gary de forma tajante—. No puedes elegir cuál va a ser un éxito, de manera que, en nuestro caso, que haya sido una balada es mucha suerte. Por otra parte, es un coñazo tener que estar hablando sobre ella cada vez que hacemos algo nuevo, incluso que haya gente que piensa que solo hacemos baladas.

—¿Y la protagonista cómo lo lleva?

—Supongo que bien; la fama no es algo que la haya perseguido. Cuando todo se vino arriba tratamos de mantenerla en el anonimato para protegerla —dijo Chris.

—Sí, es cierto, se ha expuesto todo lo que ella ha querido. Nosotros hemos tratado de mantenerla al margen. Creo que, si desde el principio hubiera mentido acerca de las letras que escribo, viviría más tranquilo, y mi madre también. Escucha nuestros discos como si fueran mi maldito diario y se lo toma al pie de la letra. Soy un bocazas. Ojalá nunca hubiera dicho que aquella canción se debía a una chica «y esta noche lo he vuelto a hacer». Está visto que no aprendo.

—Supongo que es un cambio importante para una chica que tu novio escriba una canción de amor sobre ti y la escuche todo el planeta. Esas palabras significan mucho para otras personas.

—No es fácil, claro que no, ni para ella ni para mí. Además, siento tener que explotar la burbuja de todos los que adoran la canción, pero en realidad narra una ruptura dolorosa, un amor adulterado con mentiras que se ha gastado de tanto manipularlo, algo que está podrido. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Maldita sea, le puse los cuernos decenas de veces. —Se aclaró la garganta—. Disfruté haciéndolo y a la gente le encanta corearla a gritos en los conciertos, bailarla en las bodas, hacer vídeos con fotos de gatitos y etiquetarla como la mejor canción de amor de la historia. Pero nadie se ha parado a escuchar lo que realmente quiere decir.

Me quedé de piedra, y sospeché que todos los presentes en el estudio también.

—Nunca habíais hablado tan abiertamente sobre esa canción.

—Cierto —afirmó Chris con un hilo de voz.

—Supongo que un día llega el momento, y hoy es un día tan bueno como otro cualquiera. He pasado página: puedo hablar de ello sin que me suponga un problema, y la verdad es que quiero que Everlasting Wound sea algo más que esa canción. Yo mismo soy algo más que ese puñado de versos y los cuatro acordes que los acompañan.

—¿Eres consciente de las repercusiones que van a tener tus declaraciones? —dijo el locutor con seriedad.

—Sí, pero es lo que hay. Llevo años tratando de decir claramente que sí, que es una gran canción, pero que todos la habéis interpretado mal; no es una disculpa romántica, es una jodida despedida. Hubo un tiempo en el que me prometí que me bebería un chupito por cada interpretación absurda que escuchase, por eso necesito desprenderme de ella y empezar de cero.

Unos golpecitos en la puerta me hicieron perder el hilo de la conversación que se estaba desarrollando en Belfast.

—¿Puedo? —preguntó Ana asomando la cabeza.

—Sí —afirmé mientras bajaba un poco el volumen.

—¿Ha terminado ya la entrevista?

La miré extrañada; ¿ella también la había estado escuchando? No dejaba de sorprenderme lo famoso que era Everlasting Wound.

—No ha terminado, pero no creo que falte mucho. ¿Qué quieres?

Me ofreció un sobre marrón con una sonrisa juguetona adornando su cara. Lo sujeté entre mis manos mientras la interrogaba con la mirada.

—Es para ti. Ábrelo.

Evidentemente, no tenía pinta de ser una carta de Hogwarts.

Giré el sobre, tiré de la solapa, y lo sacudí un poco hasta que un montón de papeles cayeron sobre la cama. Fruncí el entrecejo sin entender de qué se trataba. Ana me puso delante de las narices una de las páginas, que tenía un papelito amarillo pegado. Reconocí la letra de Gary al instante.

*«Te he hecho recordar cómo nos conocimos mandándote unas Beck's, te he demostrado lo importante que eres para mí escribiéndote una canción de verdad y he contado la verdad sobre la canción de Halley en la jodida radio. No hay nada más que pueda hacer o decir por ti.
GDC».*

26

ME ALEGRO DE QUE ESTÉS COMO UNA CABRA

—Parecen los papeles del divorcio. —Ana me guiñó un ojo.

Revolví los documentos que cubrían mi cama tratando de saber qué demonios eran. Mi amiga sujetó en alto uno de ellos; estaba lleno de sellos y firmas.

—«Cesión de derechos artísticos y de explotación comercial» —leí en alto sin entender todavía de qué se trataba.

Me devolvió una mirada de sorpresa.

—¿Qué coño son estos papeles? —pregunté en voz alta quitándole el papel de las manos y mirándolo de cerca.

Ella se sentó a mi lado para leer juntas el documento.

—Eres la propietaria de todos los derechos de *I want you back* —dijo mirándome con los ojos como platos.

—¿Dónde has leído eso?

—Mira, aquí; el jodido Gary te ha regalado la canción de su ex.

—Tengo una canción.

—Tienes una canción —repitió sonriendo de oreja a oreja.

—La canción de Halley es mía —afirmé tratando de comprender lo que estaba diciendo.

—Él es tuyo, tía, ¡lo tienes cogido por las pelotas! La canción importa una mierda. Te ha metido un gol en el puto descuento.

—¿Qué...? ¿Qué hago? —tartamudeé con los papeles entre mis manos y la mirada perdida.

Ambas miramos hacia el portátil, aunque yo fui más rápida. Subí el volumen, pero la entrevista ya había terminado.

—¡Mierda! —Pataleé contra el colchón cabreada.

—Coge un avión y vete a la maldita Irlanda del Norte ahora mismo.

—¡No puedo hacerlo! —grité poniéndome de pie sobre la cama.

—¡Joder que no! —vociferó ella también mientras se levantaba de un salto—. Haz

la maleta ahora mismo. Qué leches, no la hagas. Te llevo al aeropuerto, vístete.

—Ana, para, ¡por favor! Deja de tirarme del brazo y escúchame. Mañana tengo que entregar el proyecto en la universidad y en unos días la defensa. Como mucho me podré escapar un par de días mañana por la tarde.

—Es una buena razón. ¡Joder, qué mala suerte!

De repente me di cuenta de que había muchos cabos sueltos en toda aquella historia y le dediqué una mirada acusadora con los ojos entornados.

—¿Cuándo has recibido estos papeles?

—El mismo día que tú recibiste las cervezas. Gary no estaba seguro de cuándo sería la entrevista en la radio, así que me los envió unos días antes.

—Lo tenía todo organizado —pensé en voz alta, recordando sus palabras.

—Sí. Estuve hablando con él al respecto la semana pasada.

—¿Qué? —Flipé.

—Facebook, querida mía. Se ha hecho un perfil falso, Domhnall Connolly; según me dijo, es su segundo nombre. Ha puesto una foto de perfil bastante ridícula, con un bigote falso. No parece ni él.

Recordé el día en el que le hice esa foto y cómo insistió en salir con un mechón de mi pelo debajo de la nariz. También entendí sus iniciales. GDC. Gary Domhnall Connolly. Madre mía, parecía un sir.

—El caso es que me buscó a través de tu lista de amigos y me envió un mensaje. Las redes sociales dan miedo, ¿verdad? —Abrió los ojos como platos—. Los días en los que tú estuviste agonizando, llorando a escondidas en tu habitación y quedando con Alex a mis espaldas, él me lloriqueaba por Facebook.

—No entiendo nada. —Negué con la cabeza y me senté en la cama.

Ana se sentó a mi lado, puso su mano en mi pierna.

—El mismo día en el que cogiste el avión en Londres, se puso en contacto conmigo y me contó lo que había sucedido con Fiona. Fue antes de que fuera a tu habitación en son de paz con un té. —Me miró arrepentida—. He jugado con ventaja, pero creo que ha merecido la pena. Él estaba destrozado, se sentía culpable y estaba convencido de que iba a perderte. Pero, sobre todo, lo aterrorizaba la idea de haberte hecho daño.

Cómo no iba a querer pasar el resto de mis días con ese tío... ¿Cómo?

—Le gusta bastante flagelarse; por lo demás, es un tío majo. Yo le he ido informando acerca de cómo estabas, qué hacías..., todo, excepto lo relacionado con Alex.

—No hay mucho que contar sobre Alex.

—No, la verdad es que no, quitando el pequeño asunto de que no te recogió en el

aeropuerto, sino que fuiste tú la que fue a su casa directamente.

—¿Cómo lo sabes?

Estaba empezando a pensar que Ana me seguía y que yo era más ingenua de lo que jamás hubiera imaginado. ¿A quién había pretendido engañar? Estaba claro que a mí misma.

—Alex no es tan discreto como tú. Toda la universidad sabe «que habéis vuelto».

—Dibujó unas comillas en el aire con cara de asco.

—Hay que joderse.

—Te lo advertí. Te di la oportunidad de que fueras sincera conmigo y no lo fuiste. Te dije que con Alex las cosas nunca son lo que parecen y no me escuchaste. Pero, bueno, ahora mismo es lo de menos: sé que acabarás con Gary.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Porque sí, lo de estos días cambia las cosas, pero el camino puede ser largo y cuesta arriba.

—A ver, ese tío permitió que su hermana te contara todas sus mierdas, porque, sinceramente, la podría haber echado a patadas de su casa antes de que hablara más de la cuenta. Te dejó largarte sin concederle una mísera oportunidad, prefirió darte espacio por encima de sus necesidades, y tú te portaste fatal con él. Ha estado hecho polvo, pero, pese a todo, está luchando por ti y ha recurrido a mí, una completa extraña, para intentar enderezar las cosas. Porque te quiere, ¿qué más necesitas? ¿Qué necesitas para saber que es el tío que tienes que elegir?

—Tienes razón, al menos en la parte en la que debería elegirlo a él.

—Siempre la tengo.

—No sé cómo... No sé qué hacer ahora mismo.

—Yo voy a encargarme de algo de cena. ¡Mi tarea aquí ha concluido! Os mandaré la factura. —Hizo un saludo militar y salió por la puerta bailoteando.

20:15 - Rebeka: Gracias por la canción, por las canciones, por todo, Domhnall.

20:15 - Gary Connolly: Odio mi segundo nombre, pero mi madre lo adora, y como soy un buen hijo...

20:16 - Gary Connolly: ¿Prefieres volar esta noche o mañana por la mañana? Tengo a Judy esperando.

*20:17 - Rebeka: No puedo, ni hoy ni mañana.
Tengo que entregar el proyecto en la universidad a primera hora.*

20:18 - Gary Connolly: Mi cómplice no me había informado acerca de eso.

20:19 - Rebeka: *Tu cómplice no lo sabe todo.*

20:20 - Gary Connolly: *¿Mañana por la tarde?*

20:20 - Rebeka: *Mañana por la tarde.*

20:21 - Gary Connolly: *Yo me encargo.
Tú concéntrate en arrasar con tu proyecto.*

20:22 - Rebeka: *¿Estás seguro?
Todavía deberías estar cabreado conmigo.*

20:23 - Gary Connolly: *Y lo estoy.*

20:24 - Rebeka: *Yo también. Pero no quiero presionarte.
No quiero forzarte a hablar sobre tus «problemas» de nuevo.*

20:24 - Gary Connolly: *No te preocupes por mí. La presión me pone cachondo, por lo tanto, bajo presión trabajo mejor. Presióname, apriétame las tuercas hasta que no pueda más y obtendrás lo mejor de mí con un plus de satisfacción sexual.
Al menos la sonrisa la tienes garantizada.*

20:25 - Rebeka: *¿Por qué me respondes justo lo último que podría llegar a imaginar?
Siempre me pillas desprevenida.*

20:26 - Gary Connolly: *Porque soy así, y eso es lo que hace que sigas enganchada a mí.*

20:27 - Rebeka: *Cierto, pero me desarmas.*

20:27 - Gary Connolly: *Soy tu droga, querida.*

20:28 - Rebeka: *No tienes remedio, aunque me alegro de que estés como una cabra.*

20:30 - Gary Connolly: *Te veo mañana.
Voy a llevar a Chris a un sitio chulo a cenar.*

ME MUERO POR ESTRUJAROS LOS MOFLETES

Salí del aula con una sonrisa enorme y caminé alegremente por los pasillos. Por fin había entregado el proyecto y en unos días haría la defensa.

Estaba a punto de terminar la carrera.

Me quedaban unas pocas horas antes de que Ana me llevara al aeropuerto. Estaba realmente nerviosa, más que en cualquiera de mis viajes anteriores al Reino Unido. Iba a ser duro, porque teníamos muchas cosas de las que hablar, pero estaba dispuesta a dejarme la piel para que lo nuestro volviera a funcionar.

Cuando salí por la puerta de la facultad la luz del sol de mediados de julio me dio directamente en la cara. El tiempo era templado, lo que me subió el ánimo todavía más. Las vacaciones asomaban a la vuelta de la esquina, las últimas como estudiante.

Aunque en pocos segundos todo el optimismo se me vino abajo.

Me detuve en las escaleras y el corazón se me aceleró antes de pararse por completo.

Dos chicos se encontraban a pocos metros de mí. Uno de ellos era Alex. Parecían tensos.

Al otro no lo reconocí a la primera; estaba de espaldas, pero era alto: le sacaba un buen trozo a Alex, y tenía el pelo corto y negro. Ana observaba la escena desde un lateral con gesto divertido. Ella era la razón de aquel encuentro no tan accidental.

Me acerqué lentamente, apoyé mi mano sobre el hombro del chico de pelo corto. Él puso su mano sobre la mía y me sonrió con dulzura, haciéndome sentir un revoloteo desmedido en el estómago.

—Hola, Gary —dije devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

Lo estudié de arriba abajo; llevaba unos vaqueros negros y una camisa azul. Cuando llegué a su cara, arrugué el morro disgustada. ¿Por qué demonios se había cortado los rizos? Sus ojos azules destacaban muchísimo más, dándole un aspecto más joven y deseable. Pero le faltaba algo.

El enorme ego de Alex debía de estar dándose de cabezazos mientras observaba a

Gary de reojo.

—Atender a mis fans y firmar autógrafos. Tu ex ha insistido. —Me guiñó un ojo de forma juguetona y yo me mordisqueé el labio, nerviosa—. También le he ofrecido cien libras para que se largue.

¡Ay madre! Parecía que la situación se estaba tensando tanto que solo era cuestión de una frase fuera de lugar que se desataran los insultos y las amenazas y llegaran a las manos.

—Hola, Ana. —La saludé con la mano—. ¿Qué tal, Alex? —Me giré hacia él con naturalidad fingida y sonreí, forzando la mandíbula como si la vida me fuera en ello.

No lo había visto desde el día que se fue dando un portazo de mi casa.

Ambos me devolvieron el saludo con un escueto gesto de la cabeza.

—Me ha sorprendido veros a todos aquí —dije con timidez.

—Tu novio ha decidido organizarte una fiesta sorpresa para celebrar que has entregado el proyecto —dijo Ana mientras acechaba a Alex con la mirada.

Aquello no iba a acabar bien. Alex mantenía una postura desenfadada que transmitía calma y seguridad, pero tenía la mandíbula apretada y la espalda erguida, un claro indicio de lo tenso que estaba en realidad.

—El rockero me ha despertado a timbrazos esta mañana. —Ana miró a Gary entrecerrando los ojos—. ¿Qué eran? ¿Las siete y media?

Mi amiga saltó de un idioma a otro sin ton ni son.

—Diez menos cuarto —contestó Gary con un gesto divertido.

—¡Da igual! —Se giró hacia mí de nuevo—. Antes de que optara por ponerse a tocar su guitarra y cantar sonetos en medio de la calle, me he ofrecido muy amablemente a traerlo a la universidad. Cuando hemos llegado, hemos tenido la gran suerte de encontrarnos con Alex. —Señaló hacia su derecha con un gesto melodramático—. Famoso por ser el mejor anfitrión de la ciudad, así que le ha faltado tiempo para venir a saludar a Gary con la cortesía que lo caracteriza. ¿Verdad, Alex?

La cara de Alex iba poniéndose roja de ira a una velocidad alarmante, casi tanto como la sonrisa que amenazaba con partir la cara de Gary en dos. Ana era inmune a todo.

—Sí, claro —contestó mi ex de mala gana.

—Es todo tan amistoso que me muero por abrazaros y estrujaros los mofletes a los dos. ¡Este enfrentamiento es un clásico! —Ana sonrió con socarronería y yo traté de imaginar qué parte del martirio que yo estaba viviendo le resultaba gracioso—. A ver, Alex, ahora que ella está aquí, puedes seguir preguntándole a Gary por qué cojones ha venido y por qué razón no la deja en paz —sugirió con rabia—.

Seguro que le gusta escuchar la respuesta.

Alex respiró hondo exasperado, Ana le sonrió de manera burlona con la lengua asomando entre sus dientes y Gary se acercó más a mí, como tratando de marcar su territorio.

Y yo me di cuenta de que no tenía ni puta idea de cómo rezar, ni en inglés ni en español.

—Solo pretendía saber cómo te ha ido la entrega del proyecto. No esperaba encontrarme a tu ex aquí. —Alex acentuó la palabra de una manera bastante extraña mientras me miraba de una forma más extraña todavía. Algo difuso entre el odio y la pena, difícil de definir.

Gary dio un paso al frente con una hostilidad que desconocía y lo encaró.

—No he entendido una mierda de lo que has dicho, pero, para tu desgracia, «ex» suena igual en todos los idiomas. Así que te voy a hablar como si fueras un chico grande —dijo con compasión—, para que me entiendas bien: tienes que aprender a largarte con un poco de elegancia cuando sobras y evitar ese tipo de comentarios. Nunca traen nada bueno.

Alex lo miró como si estuviera calculando si su cadáver cabía en el maletero de su GTI. Dio un paso al frente también, dejando solo un par de centímetros entre ambos.

Miré a Ana asustada y ella me devolvió una sonrisilla. Genial.

—¿Quién te crees que eres para decirme cómo tengo que hacer las cosas con ella?
—Alex alzó la voz mientras apretaba los puños con fuerza.

«Le va a explotar la vena del cuello», pensé.

—Baja la voz y deja de agitar las manos —dijo Gary mientras le daba un golpe con el dedo en el pecho—. Es solo una sugerencia, pero, si no lo haces, voy a tener que ponerme a tu altura, y no va a ser divertido.

Alex empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor y se calló. Bajó las manos y lo miró estupefacto.

A lo mejor el pasado conflictivo y juerguista de Gary acababa haciéndonos un favor a todos.

—Eso está mejor. ¿Por dónde iba? —Gary se rascó la cabeza pensativo—. Ah, sí. ¿Quién soy yo para decirte cómo hacer las cosas con Rebeka? Te voy a decir quién no soy: su ex. Ese eres tú, colega. Sorpresa.

Alex se echó a reír de una manera bastante macabra y a mí se me pusieron los pelos de punta: conocía esa expresión demasiado bien. Y me sorprendió haberlo olvidado.

—Qué equivocado estás. Ella te dejó tirado porque eres un borracho de mierda, y

ha recurrido a mí porque me necesita, sobre todo para olvidarse de ti.

Gary resopló, pero los rizos de su flequillo no se agitaron. Yo sí.

Sonrió de medio lado y en un movimiento rápido que nos pilló a todos a contrapié agarró a Alex por la camiseta con violencia.

—Venga, tío, repite lo que acabas de decir. Dame un motivo más para partirte la cara. Hace mucho que no lo hago, pero dicen que es como andar en bici.

Alex se quedó callado.

—¿En las distancias cortas no eres tan valiente? —preguntó Gary con la cara pegada a la suya—. No tienes ni puta idea del tipo de persona que soy, ni de cómo es mi relación con ella. Ni puta idea. No todas las relaciones después de una ruptura son tan retorcidas como la que tiene contigo; hay algunas que sobreviven y acaban fortalecidas.

De pronto fui consciente del lado más violento de Gary, y no me sentí atemorizada como con Alex, sino me hizo sentir protegida. Sabía que, aunque había roto mandíbulas por todo Europa estando borracho, jamás me pondría una mano encima.

Lo soltó de golpe. Alex se recolocó la camiseta y le lanzó una mirada desafiante.

—Es gracioso que llames «retorcida» a nuestra relación. —Volvió a carcajearse.

—¿Y qué es lo que te parece tan gracioso? Cuéntame.

—No tengo por qué contarte nada.

—Entonces, dime: ¿qué es lo que quieres aparte de mi novia?

—Si a ir recogiendo las sobras de otro lo llamas «novia», estás bastante más jodido por el alcohol de lo que parece a primera vista. Rebeka, pensaba que elegirías a alguien mejor.—¡Te eligió a ti! Siempre ha tenido mal gusto y bajas expectativas. ¿De qué te sorprendes? —dijo Ana con rabia.

Alex dio un paso hacia mi amiga sacando pecho.

—¿Puedo partirle la cara ya? —me preguntó Gary con diversión.

Me limité a poner los ojos en blanco.

Ana, en cambio, se puso detrás de Gary.

—¡Dale en las pelotas, machote! —dijo pegada a su oído.

«Inverosímil» y «ridículo» eran dos palabras que se quedaban muy cortas para describir el comportamiento de Ana.

—No puedo creer que prefieras perder el tiempo con este mierda —añadió Alex—. Pero más increíble me parece que sigas manteniendo una amistad con esta zorra.

Gary volvió a hacer el amago de agarrarlo por la camiseta, pero mi gran amiga le hizo un gesto dándole a entender que se defendía solita.

—Bueno, chicos, ha sido divertido, pero se acabó el concurso de meadas. No son el sitio ni el momento de sacaros las chorras para medíros las. Así que, Alex, haznos el favor de volver a la cueva de la que te has escapado y, Gary, llévate a Rebeke y haced lo que tengáis que hacer.

Alex le lanzó una mirada asesina. Gary empezó a partirse de risa.

—Hablaremos en otro momento —me dijo Alex con desprecio—. A solas, cuando no estés rodeada de... Déjalo. Ya hablaremos.

—Encantado de haberte conocido. Espero que nos veamos pronto. Si vienes por Londres algún día, no dejes de llamarme para echarnos unas cervezas juntos —propuso Gary.

Alex se alejó de nosotros sin decir nada más. Respiré tranquila, aun sabiendo que aquello no iba a quedar así.

—Como iba diciendo antes de vuestro careo, la próxima vez que me despiertes a timbrazos te retorceré las pelotas hasta que seas capaz de cantar tres octavas más alto. ¿Me has oído, estrella del rock? —dijo Ana guiñándole un ojo a Gary.

—Si consigues que suba tres octavas, es porque me has arrancado los huevos —respondió él.

—Lo que quiero es que cada vez que te plantees tocar un timbre antes de las diez de la mañana te acuerdes de mí. Y dicho esto, me retiro. Espero que arregléis vuestras mierdas cuanto antes, me merezco unas vacaciones —afirmó dramáticamente.

Ambos nos echamos a reír mientras ella se alejaba por el césped con su dedo corazón alzado a su espalda.

Menudo personaje estaba hecha.

Me giré para mirar a Gary; parpadeé varias veces, incapaz de creer que estuviera allí.

—Hola de nuevo. —Lo miré a los ojos conmovida.

—Hola. —Sus ojos azules conectaron con los míos, haciéndome perder el equilibrio un poco.

—Te has cortado el pelo —afirmé con pesar.

—Me tocaba desparasitarme: cuando empieza a hacer calor, las pulgas hacen su agosto.

—Tan ocurrente como recordaba... Echaba de menos tu humor, pero ahora echo más de menos tus rizos. Tu pelo era sagrado —dije poniendo mi mano sobre su pecho.

—Para las giras es más manejable...

—Casi ni te reconozco; el pelo corto, recién afeitado, con camisa... Pareces otro.

—Cierto. Parece como si hubiera venido a una entrevista de trabajo... ¿Prefieres que no me afeite? ¿Eres de las que prefieren que rasque? —Cogió mi mano entre las suyas.

—No lo sé, me da igual. —Me mordisqueé el labio mientras decidía—. Lo que quiero es que vuelvan tus rizos.

—Sabes que el pelo vuelve a crecer, ¿verdad? No quiero que salgas corriendo —se cachondeó—. Tú también estás diferente, con esa carpeta en las manos, las gafas en la cabeza, vaqueros y sudadera... Tienes una pinta de empollona adorable.

—Pronto dejaré de serlo. Acabo de entregar el proyecto final.

—Encima, una chica lista. —Sus ojos azules brillaron con admiración.

—No lo suficiente. Lo siento tanto...

—Ahora no, querida —susurró en mi oído con ternura—, estamos en plena reconciliación. Hace semanas que no te veo y estoy desesperado por cerrarte la boca. Ya tendremos tiempo para las disculpas.

Acarició mi mejilla con sus dedos y, sin perder el contacto visual, pegó sus labios a los míos.

Mi corazón decidió meter quinta y acelerar a tope.

Lamió y acarició mi labio inferior con suavidad y lentitud. Yo me dejé llevar. Poco a poco su lengua se deslizó en mi boca, convirtiendo nuestra unión en algo explícito, húmedo. En un beso lleno de disculpas y de pasión desbordada.

El tiempo se detuvo a nuestro alrededor; dejé de escuchar el bullicio de los estudiantes que nos rodeaban y el tráfico paró en seco. Traté de enredar mis dedos en sus rizos. Fue extraño no poder hacerlo, de manera que me centré en sobar su corpulenta espalda.

Minutos, incluso horas después, no sabría decirlo con exactitud, nos encaminamos hacia mi coche.

Nos detuvimos junto a la puerta del piloto. Gary tenía la vista clavada en mi ex, que estaba a unos metros hablando con algunos alumnos.

—Algún día acabaré teniendo más que palabras con él. Aunque si ese es el tío por el que tan preocupado he estado durante los últimos días, soy un completo gilipollas. —Negó con la cabeza mientras sonreía—. No me refiero a que yo sea más guapo y más alto, que también lo soy, sino porque te habla y te mira de una manera que no me gusta nada. —Alzó mi cara poniendo su mano en mi barbilla—. Lo mejor de ti no lo va a conocer así, porque si algo sé, es que tu yo desinhibida y libre de presiones es un espectáculo que no me perdería por nada.

—Él es así, una persona complicada. No me había dado cuenta hasta ahora, pero creo que es como un buitres que vuela en círculos a mi alrededor esperando la más

mínima debilidad por mi parte para atacar.

—Quiero que me hables de él, quiero saber de qué va, necesito que me cuentes por qué tienes esa jodida tendencia a salir huyendo, necesito saber lo que sientes... Creo que necesito saberlo todo; más que escuchar tus disculpas, necesito entenderte.

—No sabría ni por dónde empezar... —dije agachando la cabeza.

—El principio suele ser un buen comienzo. Además, no tenemos mucho tiempo.

—¿Te vas? —Alcé la cabeza disgustada.

—Por desgracia sí, por eso he venido en lugar de que fueras tú. Lo he dejado todo patas arriba y a Josh tirándose de los pelos. No podía permitir que pasara más tiempo, aunque es difícil que lo nuestro se enfríe mientras no haya intromisiones ajenas. —Miró hacia donde estaba Alex—. Solo tenemos un par de días: el jueves por la mañana tengo un vuelo reservado a Londres. He de firmar algunos contratos para la gira y ultimar los preparativos con los teloneros.

—¿Teloneros?

—Sí. Te has perdido bastantes cosas, y no solo en lo referente al sexo, con eso nos pondremos al día rápido. Ha habido un cambio importante de última hora. El grupo al que íbamos a acompañar ha tenido que bajarse del cartel, por una sobredosis y un ingreso en rehabilitación, pero la promotora ha decidido mantener la gira. De manera que ahora nosotros seremos cabeza de cartel y nos acompañará otro grupo estadounidense.

—Vaya, ¡eso es genial! ¿Cuál es el otro grupo?

—The Queen of the Broken Hearts.

—No los conozco. ¿Qué tipo de música hacen?

—Si quieres que te sea sincero, yo tampoco los conocía hasta hace unos días. Tocan hard rock. Están empezando, creo que acaban de lanzar el segundo disco, pero tienen mucho tirón. Su vocalista, Joy Harper, es una leyenda en el mundillo. No abundan las tías que lideren bandas de rock, ya sabes.

—Me compraré algún disco. Cuéntame más sobre la gira.

—¿Por qué no me dices cómo llevarte a alguna de esas playas que he visto desde el avión y hablamos más tranquilos sin las miradas furtivas del acosador de tu ex?

—Abrió la puerta del piloto—. No quiero tener que partirle la cara y joderme una mano justo ahora que empieza la gira.

—¿Necesitas que te escolten al lado del copiloto? —Me burlé como hizo él la primera vez que fui a Londres.

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo, querida. Quiero conducir, me encanta hacerlo por la derecha, y te aseguro que va a ser divertido. —Me hizo un gesto con

la mano para que le lanzara las llaves, y yo lo hice.

Se sentó al volante, ajustó el asiento casi forzándolo contra el trasero, colocó los retrovisores y arrancó. La música retumbó dentro del coche.

—¿Este soy yo?

Me encogí de hombros con timidez.

—Dios, ¿eres una fan?

—A lo mejor un poco.

—¿Tienes tu habitación llena de pósteres míos y te toqueteas mientras escuchas mi música? —Me miró fingiendo indignación.

—¿Ya no tienes reparos en salir con una fan?

—Tu caso es especial. Puedo lidiar con ello con tal de que no vuelvas a dejarme.

Comenzó a canturrear sus propias canciones, haciéndose los coros a sí mismo de una manera bastante curiosa, mientras daba golpecitos con la mano en el volante.

AHÍ ESTÁ EL PROBLEMA

Aparcó el coche en el mismo parking que lo había hecho Alex meses atrás, antes de que todo se viniera arriba, abajo y de nuevo arriba. Aquella arena sabía de mi vida más que mi madre.

Gary admiró las vistas con una sonrisa, se recogió un par de vueltas el bajo del pantalón, se quitó las botas y las dejó en el maletero de mi coche. Yo hice lo mismo. Una vez que hubo cerrado el coche, me lanzó las llaves de vuelta.

Nos encaminamos a la orilla para pasear.

—Esto es precioso —comentó mirando hacia el puerto—. Tiene cierto parecido con Irlanda.

—Eso dicen. Nunca he estado; tendré que fiarme de tu opinión.

—No será porque no hayas tenido la oportunidad —se burló.

Tras entrelazar nuestras manos, nos adentramos un poco en el agua para caminar, hasta justo cubrirnos los pies. Echaba de menos su contacto. Si no conseguíamos arreglarlo, iba a sufrir de lo lindo.

—Me alegro de que estés aquí, que podamos solucionar las cosas y aclarar lo que sentimos...

—Yo también me alegro de que por fin vayamos a hablar. —Se detuvo y me miró a los ojos—. Pero estás muy equivocada. No necesito aclarar nada: sé lo que siento desde hace meses. Me enamoré de ti de la manera más extraña; solo con oírte decir «gallos» en aquel maldito bar, me tenías en el bolsillo. La forma en la que sonreías con inocencia sin saber lo que acababas de decir...

—Oh, Gary, yo... —Me ruboricé. Sus palabras me partían el alma en dos.

—Déjame terminar, por favor. Lo que me molesta de nuestra situación es que tú no serías capaz de decir en qué momento te enamoraste de mí, porque, joder, no tienes ni puta idea, ni siquiera estás segura de si ha pasado ya. ¿Me equivoco?

—Claro que estoy enamorada de ti —afirmé tratando sonar rotunda—. No sabría decirte en qué momento sucedió exactamente, pero nunca olvidaré lo que me

dijiste. «Algún día escribiré una canción sobre lo borracha que estabas cuando te besé por primera vez». En ese instante supe que quería que me besaras y que no pararas de hacerlo nunca.

Gary me estaba cambiando la vida, pero yo era demasiado cobarde para decirle que, más que estar enamorada, lo quería. El miedo no era algo que desaparecía de un día para otro.

—¿Dije eso? —Abrió los ojos estupefacto.

—Sí, lo hiciste, y no te haces una idea de cómo me sentí.

—Joder, qué bueno soy. —Se rio con suficiencia—. Entonces te debo una canción y un montón de besos con lengua, de esos que acaban haciendo más las manos que las bocas, mientras te revuelcas por el suelo y le arrancas la ropa al otro.

—Exacto. —Me reí a carcajadas.

—Si tan claro tienes que estás loca por mí, ¿por qué sales corriendo a la mínima oportunidad? Dices una cosa, pero haces otra. Me vuelves loco de todas las maneras posibles... Eres mi jodida perdición.

—Me has dado razones para hacerlo. La primera vez me diste calabazas sin darme explicaciones y me culpaste de tu dolor de pelotas, y la segunda...

—No sigas por ahí. —Cogió mi cara entre sus manos; sus ojos azules me observaron con atención—. Si realmente estás enamorada de mí, no te escudes en mis cagadas o en mis problemas. Ábrete, no me ocultes tus miedos. Dime por qué reaccionas así. No voy a salir corriendo, ni te voy a dar más excusas para que tú lo hagas.

—Supongo que le tengo miedo al amor. Me ahoga sentirme así —titubeé.

—Lo que sentimos el uno por el otro debe dejarnos sin aliento, no ahogarnos. Son dos conceptos muy diferentes. Sé que todo lo que dijo Fiona te destrozó, pero sospecho que hay más. Y si quieres que te sea sincero, las relaciones apestan cuando no sabes de qué están hechas ni lo que significan para tu pareja. ¿Es amor? ¿Despecho? ¿Cariño? ¿Interés? ¿O simplemente lujuria? Acojona mucho cuando te das cuenta de que estás poniendo toda la carne en el asador y el otro no.

Lo miré sorprendida. No pensaba que sus inseguridades fueran tan profundas, siempre parecía un tío seguro de lo que estaba haciendo y diciendo, pero yo hacía que su confianza se tambaleara. Sentí su dolor en lo más hondo de mí ser y me atormentó ser la culpable, por no volcarme tanto como él, por haber huido de su lado varias veces. Por haber jugado, en cierta manera, a dos bandas.

—Me dejas desnudar tu cuerpo —continuó—, pero nunca consigo desvestir tu alma. En muchos sentidos, eres emocionalmente inaccesible. Y eso no es compromiso, ni tiene nada que ver con ir despacio; no me dejas llegar a ti, y yo

quiero tocarte por dentro y por fuera. —Negó con la cabeza—. Sé que no es solo miedo a lanzarte, es algo más.

—No sé por qué me cuesta tanto desnudarme de una manera y tan poco de la otra. Lo siento.

—Este tipo de relaciones son las que acaban con un tío —afirmó como si fuera una verdad universal.

—Siento hacerte sentir así...

—Tampoco niegas nada de lo que he dicho. ¿Qué hay en tu cabeza? Ábrete, por favor.

«Le quiero. Ya está. Estoy tan loca por él que estoy muerta de miedo. Alex solo ha sido una triste excusa para no admitirlo», pensé con alivio mientras trataba de ordenar las ideas antes de acabar diciendo algo que lo matara del susto.

—Tengo miedo, mucho. La relación con Alex fue complicada, y sigue siéndolo. Me cuesta comprometerme, me aterroriza volver a pasar por lo que viví con él. Ya te dije que le gustaba humillarme en público y tratarme mal, que me puso los cuernos... Con él aprendí lo que es llorar.

—Aun sabiendo que me voy a poner de mala hostia, quiero que me respondas a una pregunta que lleva rondándome la cabeza toda la mañana. No te voy a pedir que me hables de ello si no quieres hacerlo, pero prométeme que vas a ser sincera.

—Te lo prometo.

—¿Te pegaba? —Apretó la mandíbula con fuerza a la espera de mi respuesta. Creo que cruzó los dedos mentalmente para que dijera que no.

—Solo sucedió una vez —admití en un susurro.

—Maldito hijo de puta, lo voy a matar —masculló entre dientes. Se dio la vuelta encaminándose fuera del agua.

Fui tras él y lo agarré del brazo; él se giró y se metió las manos en los bolsillos.

—Por favor, no te pongas así. Es algo del pasado. No fue nada. —Me acerqué y traté de que me mirara.

—Sí fue algo, joder, no me digas tonterías. Solo he visto a ese tío una vez y he podido notarlo: es agresivo. No hay que ser adivino para darse cuenta. Además, te conozco ya lo suficiente como para saber que te has construido un muro alrededor con el miedo.

—No es una excusa para comportarme como lo hice, pero tuve miedo, es verdad —admití con los ojos llenos de lágrimas. Él sacó las manos de los bolsillos y acarició mi cara.

—Puedo ser un mierda y hacer mil cosas mal, pero nunca te trataré como él, no debes tener miedo de mí. Siempre te protegeré. Antes me corto una mano que

ponerte un dedo encima. Quiero que lo tengas claro. —Me quitó una lágrima de la mejilla—. No llores, por favor.

—Yo tampoco le puse las cosas fáciles a Alex. Tuvimos muchos problemas.

—No lo estás diciendo en serio. —Me miró alucinado.

—En una pareja hay muchos parámetros que derivan en situaciones potencialmente malas. La cuestión es quién de los dos explota antes perdiendo el control. Fue él quien estalló primero.

—¿Me estás diciendo que te ganaste que te pegara?

—No. Quiero decir que, aunque hizo mal, tuvo sus razones para llegar hasta ese punto.

—Dame una sola razón por la que debería pegarte —dijo cruzando los brazos y mirándome enfadado.

—¿Quieres saber realmente lo que pasó?

—Joder, sí, claro que quiero. —Abrió los ojos como platos.

—Cuando estaba en segundo de carrera, una noche asistí a una fiesta. Me pillé uno de esos pedos que no sabes ni quién eres, y me enrollé con él. No lo conocía de nada, no le pregunté ni el nombre; prácticamente abusé de él en el asiento delantero de su coche.

—Supongo que a esto te referías cuando hablaste de una adolescencia movidita el día que nos conocimos.

—Sí. Lo siento.

—No lo sientas. Si fueras un tío no te disculparías; yo no lo hago, y también me he acostado con tías cuyo nombre ni sabía. Es probable que en algún momento no supiera ni si hablaban mi idioma.

—Fui una zorra. —Agaché la cabeza avergonzada.

—¿Por follarte a un desconocido? —Me miró sorprendido.

—No, por no pensar en las consecuencias de mis actos.

—¿Él te dijo que no en algún momento?

—No.

—¿Entonces cuál es el problema? Dos personas que mantienen relaciones consentidas, aunque ella sea la que coge la iniciativa... No veo inconveniente alguno. Al revés, es el puto sueño de cualquier tío.

Me giré para darle la espalda; observé cómo las olas rompían contra el espigón con furia. Respiré hondo, convenciéndome a mí misma que aquel era el momento: o le contaba todo o nunca sería capaz de hacerlo.

—El problema es que me quedé embarazada.

Volví a girarme sobre mis pies. Me lo encontré pálido, quieto, con el ceño

fruncido y sin respirar.

No me dijo nada; simplemente me abrazó. Por fin había entendido cuál era el problema. Al fin íbamos a conectar del todo, cosa que me hizo sentir liberada.

—Se lo tomó fatal al principio. Me acusó de haberlo hecho a propósito y de haber sido una irresponsable.

—Como Halley —adivinó con tristeza.

—Como Halley, sí, solo que lo mío no fue una falsa alarma y Alex acabó recapacitando.

—Por eso huiste, no fue solo por mi problema. —Cerró los ojos con fuerza—. Joder, te acojoné de verdad. Me porté como un cerdo con Halley y tú te viste en la misma situación.

—Fueron demasiadas cosas a la vez, pero cuando empezaste con el tema de Halley... el pasado me bloqueó la cabeza. No quería tener que enfrentarme de nuevo a una situación así. No quiero ser ella.

—Nunca serás Halley. No eres como ella, ni yo soy aquel Gary. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Si todo eso sucedió nada más conocerlo, ¿cómo acabaste con él?

—Una experiencia como la que vivimos te une, te vincula de por vida. Deberías entenderlo: es algo por lo que pasamos los dos solos y que nadie más ha sabido hasta hoy. Eres la primera persona a la que se lo cuento.

—¿Nunca lo habías hablado con nadie? —preguntó pasmado.

—No, nadie lo supo, ni nunca lo sabrá nadie. Además, la madre naturaleza a veces es muy lista: nos dio la solución antes de que tuviéramos que tomar la decisión más dura de nuestras vidas.

—Por Dios, no es algo que se pueda superar sin más... No deberías habértelo tomado tan a la ligera.

—Alex estuvo a mi lado. No necesité nada más.

—Pero entonces se torcieron las cosas.

—Sí. A raíz de todo aquello comenzamos a salir, pero no se fiaba de mí; siempre me vigilaba, y sospechaba que me había acostado con todos, y cuando digo todos, es todos y cada uno de los tíos que se cruzaban en mi vida. Daba igual que fueran compañeros de clase o amigos. Incluso hubo una ocasión en la que no me dejó ir a Alemania a visitar a mi hermano porque creía que lo iba a abandonar por algún alemán. —Hice una pausa para tomar impulso—. Empezó a perder los papeles cuando bebía, me culpaba por todo lo que le sucedía, controlaba mi móvil, me esperaba en la puerta de casa, me humillaba... Me amenazaba con que, si lo dejaba, contaría a todo el mundo lo que había pasado. Poco tiempo después, ya no le hacía falta estar bebido para portarse así; cualquier excusa era buena.

—Maldito gilipollas. Quiero matarlo —dijo con rabia.

—Todavía no he terminado, ya que estoy...

—Sí, termina, por favor. —Negó con la cabeza con incredulidad.

—Un día tuvimos una de nuestras típicas discusiones, con gritos, amenazas, objetos volando... Se le fue de las manos y me pegó un bofetón. Aquello supuso un punto y aparte para los dos, nunca volvimos a ser los mismos. Le tenía tanto miedo que solo deseaba que encontrara a otra, incluso que me pusiera los cuernos. Deseaba una excusa para que se terminara. Poco después lo pillé con otra en plena faena, y por fin me armé de valor y lo dejé.

Comencé a llorar en silencio; escuchar en voz alta mi propio relato me había destrozado.

—No creo que fuera tan fácil.

—No lo fue. Él decía que se había visto obligado a acostarse con otras porque yo no le daba lo que necesitaba, pero tuve a Ana a mi lado y tomó cartas en el asunto.

—No quiero que vuelvas a estar con él a solas —declaró tajante.

—¿Por qué?

—¡Por qué! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Porque eres mi novia! Sí, novia, métete la palabra en la cabeza para siempre, porque no vas a huir más de mí, no mientras me digas que estás enamorada. Porque va a estar muy cabreado cuando sepa que has arreglado las cosas conmigo, porque es un maldito maltratador, porque voy a estar muy lejos como para poder hacer algo si se pone tonto... Nunca había sentido celos de esta manera, nunca. Halley era aficionada a provocarme, pero jamás había sentido ganas de matar a otro tío para que mi chica no esté a su alcance. Lo que siento por ti es más de lo que puedo soportar.

—No quiero huir de nuevo. —Me arrodillé en la arena. Estaba mentalmente agotada.

—No lo harás, no tienes razones para hacerlo. Conmigo estás a salvo. —Se sentó a mi lado y me acurrucó en su regazo.

—No lo haré —afirmé segura.

—No me hace ninguna gracia dejarte aquí sabiendo lo que ha pasado con ese cerdo.

—Gary, sé protegerme, lo he hecho hasta ahora. Solo somos amigos, estamos tratando de serlo. Te juro que no hay nada más.

—Vale, ahí está el problema.

—¿Qué problema? —pregunté sin entender.

—Estás enamorada de mí, pero por mucho que no lo entienda, a él sigues queriéndolo.

—Oh, venga ya. ¿Qué tipo de conclusión es esa?

—El día que dejé de intentar ser amigo de Halley fue el día que realmente la había olvidado. Sé de lo que hablo.

—¿Por eso has tardado tanto tiempo en decir la verdad sobre su canción?

—Ese es otro tema. Hace tiempo que quería decir la verdad sobre la canción, pero Josh no me lo permitía, Halley es su amiguita del alma... Además de que la discográfica no quería perder ventas y dinero. Me he jugado mi puta carrera haciéndolo, pero quería que cada vez que la escuches sepas que esa historia se ha acabado para mí, cosa que no sé si tú puedes decir sobre Alex.

—¿Esa es la razón por la que me has regalado los derechos?

—Sí, es la más importante, siempre es la última que tocamos, es la que en su día marcaba el momento de largarme a ponerme hasta el culo. Pero ahora te tengo a ti, así que haz con ella lo que quieras; cobra el dinero, inviértelo en una ONG, cómprate una moto, tíralo... Me da igual, tú tienes el control sobre lo único que me quedaba de Halley, y así me siento mejor.

—Hablando de ponerse hasta el culo... —dije arrugando el morro.

—No he probado un trago desde la noche que te conocí, y te prometo que no lo haré. Todo irá bien de ahora en adelante, pero necesito que tú me prometas que no te vas a sentir débil por necesitarme, que me dejarás ser el fuerte y luchar contra tus miedos. Lo que implica abrirte a mí. Estamos destinados a sufrir por nuestro pasado, pero le haremos frente y lo superaremos. La diversión está en hacer que dos corazones destrozados se reconstruyan el uno al otro. —Se levantó del suelo de un salto y extendió la mano para que yo la cogiera—. Ahora deberíamos salir a cenar y arrancarnos la ropa en el ascensor, vamos, lo normal en una reconciliación como Dios manda. ¿No crees?

—Amén.

29

A TOMAR POR SACO LA HORA QUE HE NECESITADO PARA ARREGLARME

Horas después, Gary me esperaba impaciente en el salón de mi casa.

Crucé la puerta atusándome en pelo, disfrutando de mi momento Cosmopolitan.

Me había enfundado un vestido negro corto bastante escotado y unos zapatos de tacón rojos. Además, había dedicado un buen rato a peinar mi cabello en bucles y maquillarme con suavidad. El pack completo para triunfar en una reconciliación.

Me tendió la mano y me hizo girar como si fuera una bailarina para observarme en todos los ángulos posibles. Sus ojos devoraron cada milímetro de mi cuerpo. Su mirada me hizo sentir deseada y sensual, tal como debe sentirse una tía que acaba de derribar todas las barreras y que está completamente desnuda, metafóricamente hablando, delante de la persona que más le importa. Noté cómo se desprendía de mi corazón la tirita que había sujetado la herida durante las semanas anteriores. Volvíamos a ser nosotros.

Él acarició la tela de mi vestido con delicadeza, pasó las uñas entre los dientes de la cremallera trasera y tocó uno de los tirantes en mi hombro. Pegó su pecho a mi espalda, rodeándome la cintura con los brazos.

—Veintiséis segundos —susurró en mi oído.

El cosquilleo de su aliento en mi cuello hizo que se me secara la boca.

—¿Perdona? —pregunté sin saber a qué demonios se refería.

Puso sus manos en mis caderas haciéndome girar. El brillo travieso de sus ojos azules me pilló desprevenida.

—Es lo que voy a tardar en quitarte este vestido, siempre que no me metas prisa y acabe viéndome obligado a tomar un atajo. No eres famosa por tu paciencia, y teniendo en cuenta que ha pasado un tiempo desde la última vez...

—Mi autocontrol se acaba de ofender.

—Ah, ¿pero existe? Pensaba que era una criatura mitológica, algo como un unicornio.

Resoplé un poco indignada, aunque en realidad, por mucho que me fastidiara, tenía razón. Mi atracción hacia él era terriblemente evidente y descontrolada.

—No me malinterpretes: estoy muy contento con tu falta de inhibiciones.

Acarició la parte trasera de mi muslo subiendo hacia mi trasero. Los latidos de mi corazón retumbaron en mis oídos.

«Ay, madre, nos va a pillar Ana».

—¿Y qué me dices de las braguitas? —Traté de distraerlo de su objetivo—. ¿Las has tenido en cuenta?

—Uhm, eso serán cuatro segundos más, treinta en total, un retraso que no sé si podré asumir. Pero, por suerte, tu comentario me lleva a pensar que no llevas sujetador. Eso subirá mi motivación y bajará la media a quince.

Sus manos en mi trasero me empujaron hacia él. Oh, señor.

—Este vestido es toda una declaración de guerra para mi entrepierna —continuó hablando con sus labios a escasos centímetros de mi boca—, ha pasado tanto tiempo... Pero no el suficiente: todavía recuerdo tus gemidos... Con este vestido vas a provocar un efecto dominó letal. Vas a conseguir que todos los tíos que se crucen en tu camino se empalmen, uno detrás de otro, vas a alimentar sus dolores de pelotas durante toda la noche. Te aseguro que sé de lo que hablo... Acabará teniendo que apartarlos a golpes.

—Pero volveré contigo a casa. —Traté de calmar la situación, consciente de que ni de coña iba a conseguir mantener la compostura si seguía apretándose contra mí.

—Estás más que preciosa.

—Lo dices como si necesitaras camelarme con piropos para llevarme al huerto, pero gracias de todos modos.

—Mi padre siempre decía: «*Níor bhris focal maith fíacail ríamb*». «Una buena palabra nunca romperá los dientes de nadie», o regalar un cumplido no duele.

—Solo quería estar a la altura de mi estrella del rock. —Le acaricé la cara con cariño.

Alejó su boca de la mía y me miró con el ceño fruncido. Yo gemí desesperada.

—Ponte un vestido así para hacer que todos los tíos acaben de rodillas babeando, hazlo para sentirte hermosa y bien contigo misma, hazlo para que yo te lo arranque..., hazlo por mil motivos, pero nunca lo hagas porque creas que necesitas estar a la altura. No empecemos con eso, por favor. Si quisiera una Barbie descerebrada, ten claro que tú no estarías entre las candidatas.

—Siempre consigues dejarme sin palabras.

—Pues espera a ver lo que tengo para ti —afirmó con timidez.

Me arrastró de la mano hasta donde estaba su chaqueta.

Me tendió una cajita de terciopelo roja.

Me reí, un pelín demasiado fuerte, dejando en evidencia los nervios que me provocaba la cajita de marras. Cuando la sostuve entre mis manos y vi el tamaño, aborté la sonrisa, el rubor por la excitación desapareció y fruncí los labios muy preocupada.

Ahí estaba de nuevo el terror que me hacía temblar cada vez que las cosas se ponían serias.

Tal como decía mi sabia amiga Ana: «Si te arranca las bragas con los dientes, has sido bendecida; si te coloca un pedrusco en el dedo anular, estás condenada: prepárate para comer lentejas el resto de tu vida».

Había visto demasiadas películas, y Gary era tan imprevisible como un terremoto en San Francisco, de manera que, no me hubiera sorprendido verlo clavar la rodilla en el suelo. Aunque fuera demasiado pronto y una completa locura.

Abrí la caja con rapidez antes de que se le ocurriera cometer un disparate. Lo miré y me lo encontré mordisqueándose el labio inferior.

Era una púa de plata con unas letras que no comprendí, «F#m7», y colgaba de una cadena preciosa.

La cogí entre mis dedos; respiré más tranquila.

—Es el primer acorde de la canción de tu culo. Te iba a regalar un Audi rojo para sumisas, pero está muy visto. Quería que tuvieras algo que te recuerde a mí cuando no esté, pero, sobre todo, quería que sepas que, aunque la canción habla sobre tu culo, eres mucho más que eso para mí.

—Joder. —Acerté a decir gracias a mi impecable verborrea.

—Hay algo más...

Giró la púa entre mis dedos para mostrarme la inscripción trasera; estaba nervioso. Yo, acojonada.

«Words are not enough. GDC».

Esas palabras grabadas en la púa significaban mucho más que verlo hincar la rodilla en el suelo.

Me miró de una manera tan profunda que convirtió aquel instante en el momento exacto en el que supe que nuestra relación era mucho más de lo que parecía, algo enorme y que daba muchísimo miedo. Un elefante gigantesco que llenaba la habitación y amenazaba con aplastarme.

Porque si aquello no era una declaración en toda regla, yo era astronauta. O actriz porno.

Sentí pánico, vértigo y ganas de salir corriendo y de no parar hasta llegar a Algeciras.

Gary, ajeno a mi ataque de pánico silencioso, se limitó a colgar la cadena en mi cuello y me besó.

Tal y como era de esperar, no conseguimos llegar a cenar. Ni a la cama. Mandando a tomar por saco la hora que necesité para arreglarme.

Para cuando me quise dar cuenta, mi pobre vestido estaba arrugado en el suelo, mi peinado deshecho y Gary me sujetaba contra la pared y empujaba con fuerza entre mis piernas.

Su cara era un poema: la boca medio abierta y los labios hinchados, manchas de pintalabios por las mejillas, la mirada perdida, la mandíbula apretada... Y todos los músculos de su cuerpo en tensión, algo que no duraría mucho teniendo en cuenta el ritmo que llevaba. Pensé que debía de estar recitando la alineación de la selección de Irlanda del Norte para no terminar en dos segundos.

Sus escandalosos gemidos inundaban la habitación. Y tal vez Ana estuviera en el portal esperando a que cesaran. Le tapé la boca para ahogarlos.

Pocos segundos después, él me miró alzando una ceja y tapó la mía.

—No quiero que tus vecinos sepan mi nombre —bramó entre mis dedos.

Por lo visto, mi actuación estaba a la altura de mi carrera ficticia en la industria del porno.

Le mordí la palma de la mano con saña. Él metió la lengua entre mis dedos provocando la desconexión completa de mi cerebro y por fin conseguí acallar mis miedos, y me dejé llevar. Era mi maldito punto G. Me hacía sentir como si yo fuera la estrella del rock, la descubridora de la electricidad y el premio Nobel de química.

Él terminó con un grito ahogado contra mi mano, mientras yo lo acompañaba por segunda vez.

Apoyó su cara en el hueco de mi cuello con la respiración agitada.

—El sexo contigo es brutal, es la conexión más intensa que jamás he experimentado con nadie, pero siempre me hace sentir que debo darte más, que necesitas mucho más.

—Puedes estar seguro de que es justo lo que necesito; ambos lo necesitábamos para zanjar los problemas. Un polvo de reconciliación desenfrenado, de esos que durante unos minutos consiguen borrar las miserias que no hemos resuelto.

Suspiró profundamente, me dejó de nuevo en el suelo, se abrochó el pantalón y me miró con seriedad. Yo le limpié un poco de pintalabios de la comisura de los labios con el dedo.

—No me refiero a orgasmos: vivo en primera persona la intensidad con la que

disfrutas. Me refiero en lo sentimental.

—En lo sentimental también estoy cubierta. ¿Has olvidado lo que hemos hablado esta tarde?

—Te has asustado cuando te he dado la caja del colgante. Pensaba dejarlo pasar, pero no puedo. No entiendo por qué, solo era un detalle...

Mis flaquezas y yo nos habíamos vuelto a poner en evidencia. Él empezaba a darse cuenta, aunque no era consciente de lo enorme que era la lucha interna que se desarrollaba en mi interior para no salir corriendo a la mínima.

—No me he asustado, me has pillado desprevenida —mentí.

—Lo que tú digas —dijo enfurruñado como un niño, para a continuación salir disparado hacia el baño.

Me re Coloqué el pelo y la ropa como si me hubiera azotado el agresivo viento de un huracán.

SIEMPRE NOS QUEDARÁ EL SEXO TELEFÓNICO

—Voy a echarte de menos —dije con la cara hundida en su pecho tratando de memorizar su olor.

—Siempre nos quedará el sexo telefónico.

—Gary... —Alcé la mirada con mi cara como un tomate.

Dos días después, lo había acompañado al aeropuerto, y por primera vez era yo la que iba a despedirlo en la terminal. Me sentí rara. Como que me daban ganas de montarme en algún avión.

—Lo haremos de esta manera: te mandaré mensajes muy obscenos y tú me mandarás fotos subidas de tono. Así estaremos ocupados y en contacto... cercano.

Ignoré sus comentarios, antes de que se le ocurriera desnudarse para darme ejemplo. Cosa que había hecho varias veces al día desde que estaba en Bilbao.

Reconduje la conversación.

—¿Cuándo tienes el vuelo a Estados Unidos?

—Hoy cenaremos con el equipo que nos acompañará en la gira, ultimaremos los detalles y ellos cogerán un vuelo después; nosotros lo haremos a la mañana siguiente a primera hora. Volaremos sin escalas.

—Qué esnob —le vacilé.

—Llegar a ser una estrella tiene sus ventajas, igual que ser la novia del cantante. Estaré liado, pero le pediré a nuestro agente que te consiga unos billetes para que puedas venir a algún concierto. No podemos estar sin vernos durante tres meses, que es lo mínimo que voy a estar fuera.

—Iré encantada.

—Cuando acabe la gira quiero que vengas a vivir conmigo —soltó de sopetón—. No quiero perder ni un minuto más de mi vida sin ti.

Me aparté de su pecho para mirarlo con los ojos como platos. De pronto la terminal desapareció. Estábamos metidos en un agujero negro de proporciones épicas que trataba de engullirnos.

Vivir en Londres. Con Gary.

Si ya tenía problemas para volcarme al cien por cien en la relación, como para jugar a las casitas con él... y convertirlo en algo diario...

—Es el abecé de las relaciones, la única opción de supervivencia para la nuestra —sentenció con una sonrisa—. No podemos seguir separados. Lo que tenemos requiere más que un par de días a la semana.

Seguí flipada y sin poder decir ni mu. Creo que tampoco respiraba.

—Puedes hacer las prácticas en Londres.

—¿Y dejar atrás toda mi vida? —pregunté sin perder de vista el agujero negro.

—Este aeropuerto no cubre mis necesidades —afirmó con una sonrisa traviesa.

Sí, esa sonrisa arrebatadora con hoyuelos y todo que el día menos pensado iba a acabar conmigo y que estuvo a punto de hacerme aceptar su propuesta hechizada.

—Por Dios, ¿cómo demonios vas a hacer escalas para alcanzar tus destinos? Pobre estrella del rock.

—Es tercermundista.

—Ahora que mencionas mis prácticas... Hace unos meses solicité unas prácticas en Alemania.

—¿Alemania?

Me miró como si hubiera dicho «Corea del Norte».

—Sí, ya sabes que mi hermano vive allí y que controlo bastante bien el idioma. Tal y como están las cosas aquí, creo que es la mejor opción para mi carrera.

Le expliqué todos los detalles sobre las prácticas, pero él pensaba que yo acabaría rindiéndome para estar a su lado, en Londres o en cualquier otra ciudad que decidiera.

Pero yo no lo tenía tan claro.

Al día siguiente continuó con el mismo jueguito, pero por teléfono. Era tan incansable como insaciable.

—Te echo de menos, Rebeka. Tengo tantas ganas de verte que en cualquier momento la Tierra se va a replegar sobre sí misma y apareceré en tu puerta. No soporto estar en otro continente, hasta mi cuerpo se está resintiendo.

—Solo hace un par de horas que habéis aterrizado en Estados Unidos, eres un exagerado. —Me reí.

—¿Y te parece poco? —preguntó indignado.

—Si vas a volver a darme una charla sobre cuánto te duelen las pelotas, mejor déjalo; ya la escuché una vez, y el asunto no terminó bien.

—Lo que nos lleva al sexo telefónico que acordamos tener para evitar el fatal desenlace de mis pelotas.

—No acordamos nada, *querido*.

Aun estando a miles de kilómetros consiguió que me sonrojara por segunda vez en menos de un minuto.

—Vamos, no seas así, va a ser genial. Tengo una voz muy seductora y mucha imaginación...

—Lo sé, no hace falta que lo jures —admití con un hilo de voz.

Mi propia imaginación se desató y la vergüenza pasó a ser un húmedo acaloramiento físico.

—Me encanta ser el motivo por el que susurras al teléfono excitada y completamente avergonzada, intentando que nadie te escuche. Si quieres, pasamos a la parte en la que me mandas fotos sugerentes y yo te digo cosas indecentes acerca de tus pechos y cómo te los acariciaría con mi lengua; es más discreto que empezar a toquetearme en medio de la cola del control de pasaportes, aunque tal vez con la chaqueta... Chris me está mirando raro, espera un segundo.

Escuché un ruido y muchas risas.

—Mierda, se oye a tanta gente hablando en español que se me olvida que entienden inglés a la perfección.

Volví a escuchar su risa y una voz a lo lejos.

—¿Estaba hablando demasiado alto? Perdona, tío, es Rebeka. Ya sabes cómo le afecta la distancia. Está cachonda, y yo soy incapaz de decir que no.

Otra tanda de carcajadas. Cada vez se unían más voces al festival del humor.

—¿Sigues ahí? —me preguntó todavía riéndose.

Lo peor de aquella conversación era que él hablaba en serio. Nunca dejaría de sorprenderme el atrevimiento que tenía, como había dicho la noche que nos conocimos; nada se iba a interponer jamás entre él y su objetivo de hacerme disfrutar. Por desgracia, aquella noche no me lo tomé en serio. Pensé que era una estrategia para acostarse conmigo, pero ahora estaba más que segura de que era capaz de arrancarnos la ropa en cualquier lugar.

La pasión iba antes que la sensatez. Ese era mi Gary.

—¿Qué tal ha ido el vuelo? —pregunté sin querer saber qué demonios estaba sucediendo en la terminal de llegadas del JFK.

—Bien, ha ido bien, he podido dormir casi todo el trayecto, aunque estoy agotado y descolocado con la hora. ¿Tú qué planes tienes para hoy?

—Varios recados, y después saldré con Ana a tomar algo. Noche de chicas.

—Háblale de mí, cuéntale nuestra reconciliación —se burló.

—Mejor no, creo que ya ha vivido suficientes dramas gracias a nosotros.
Se echó a reír como un loco. Yo también sonreí.
—¿Has empezado a hacer las maletas?
—Empezaré cuando tu agente me diga qué vuelo tengo que coger.
—Me refiero a tu próxima mudanza a Londres, ¿ya se te había olvidado?
—Tengo que irme ya. Yo también te echo de menos. Dales recuerdos a los chicos.
Le lancé un sonoro beso al teléfono y colgué dejándole con la palabra en la boca.
Había cerrado la agencia de viajes para abrir una inmobiliaria. Todo un emprendedor.

Llegué francamente tarde al bar donde había quedado con Ana.

Hice varios encargos, y pasé por casa a dejar las cosas y ducharme, de manera que al final acabé corriendo calle arriba.

Cuando entré, me sorprendió ver que el local estaba hasta arriba de gente. No pude localizar a amiga a primera vista, así que tuve que pasear por el atestado bar mirando a todos los desconocidos a la cara hasta que di con ella. Estaba sentada en un taburete al fondo de la barra.

—¡Bu! —dije suavemente en su oído.

Ella se sobresaltó, y parte de la cerveza que se estaba bebiendo se le cayó al suelo.

—Vaya, Su Alteza Real la princesa de Inglaterra por fin se ha dignado a aparecer
—dijo algo mosqueada mientras me salpicaba con la cerveza que empapaba sus dedos.

—¡Pero he hecho la compra! —Sonreí.

—Dios te bendiga, bonita.

—¿Qué tal va todo?

—Tirando. Es curioso que lo preguntes, se supone que vivimos juntas. ¿Qué tal la ovejita recién esquilada que tienes por amante?

—Ya está en Nueva York. Esta noche tiene el primer concierto de todos los que tienen planificados en la Costa Este. Quiero contarte una cosa, pero antes necesito una cerveza.

Lo mejor que podía hacer era contarle la proposición de Gary cuanto antes; estaba segura de que ella sería capaz de darme algún consejo sobre cómo salir indemne de aquella proposición tan temprana, incluso me proporcionaría algún tipo de asilo político en una isla lejana.

Ana pidió una cerveza para mí, y pronto pude dar un trago de la mismísima botella rechazando el vaso como una cervecera profesional.

—Está bien, ya estoy a tono. Allá va. —Toqué un redoble en la barra con mis manos—. Gary me ha pedido que me mude a Londres con él.

De pronto todo el bar nos miraba.

Y es que, en cuestión de segundos, Ana había pasado de estar sentada a mi lado a estar despatarrada en el suelo de una manera bastante poco femenina, y su cerveza había volado hasta hacerse añicos contra la pared.

No pude ni hablar. Mantuve los labios apretados por miedo a estallar de risa.

Jamás en mi vida había escuchado semejante concatenación de palabras malsonantes.

Bajé de mi taburete, me agaché y, tapándole la boca con la mano, la ayudé a volver a ponerse en pie.

—¿Vas a dejar de decir tacos? —pregunté con la mano aún puesta en su boca.

Ella asintió, y retiré la mano.

—Vaya hostia me he metido.

Ambas comenzamos a reírnos.

—No es para tanto, Ana —dije a modo de disculpa—. No es como para tirarte al suelo.

—¿En qué planeta vives? Me están dando ganas de darte un guantazo y quitarte tanta tontería de la cabeza.

—No te pases —dije asqueada.

—No me paso, me alegro mucho por ti, pero, tía, cáete del burro: te ha tocado la maldita lotería. Los tíos normales tienen problemas para comprometerse, Gary, en cambio, no hace nada más que tratar de atarte a él. Lo está dando todo por ti. Cuando creo que no va a poder sorprenderme más, ¡zas!, lo vuelve a hacer.

—Lo sé, es un tío increíble, pero es como si estuviera esperando la tragedia continuamente. No acabo de creerme que haya tenido la suerte de conocerlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que tomarme las cosas con calma. Es verdad que necesitamos estar juntos para que esto avance, pero también es demasiado pronto. Están las prácticas...

—¿Solicitaste el puesto en Alemania?

—Sí, pero todavía no sé nada —contesté apesadumbrada.

—Espero que tengas un plan B.

—No lo tengo. Estaba segura de que, aunque no me concedieran las prácticas, acabaría en Alemania con mi hermano...

—Parafraseando a Homer Simpson, vives en la casa de gominola de la jodida calle de la piruleta. No tienes remedio. —Negó con la cabeza y dio un trago a su cerveza.

—Estaba tan preocupada acabando el proyecto que se me pasó solicitar prácticas en otro lugar. Pese a todo, Gary me comentó que tal vez la agencia que trabaja para ellos podría ofrecerme un puesto. Pero no quiero emprender mi carrera con un enchufe; quiero ganármelo, quiero enfrentarme al mercado laboral yo sola.

—Ese tío es una joya, pero, como tú bien has dicho, es pronto para vuestra relación, y necesitas empezar tu carrera sola. Es lo más inteligente que te he oído decir en mucho tiempo. —Aplaudió con fuerza mientras algunas personas nos miraban asombradas.

—Claro, si todo me sale mal con él, no solo lo perderé: estaré sola, en un país extranjero y trabajando en la agencia que da servicio a Everlasting Wound.

—No creo que las cosas te vayan a ir mal con él, siempre que dejes a Alex a un lado. —Me miró de manera amenazadora—. Creo que es la única condición que debes cumplir. Por el bien de todos, pero, sobre todo, por el tuyo. Aprende de Gary: es un tío práctico, sabe lo que quiere y actúa en consecuencia.

—También tiene sus defectos. Se precipita bastante a la hora de tomar decisiones, como por ejemplo lo de irnos a vivir juntos...

—Es posible, pero no le importa cargar con las consecuencias cuando la caga y volver a empezar de cero. A mí me encanta la gente que va de cara, aunque sean unos inconscientes; son pasionales y disfrutan de lo mejor que nos puede ofrecer la vida sin miedo. Con él nunca te vas a aburrir; vas a vivir más momentos apasionados que todos los presentes en este bar.

Tenía razón, una vez más. Gary tenía sus problemas, pero esos problemas a su vez componían su carácter, el mejor ingrediente que tenía nuestra relación, uno de los pilares fundamentales sobre los que se asentaba lo que éramos.

—El chupasangre acaba de entrar en escena —comentó mi amiga mirando de reojo hacia la puerta y santiguándose como una fiel devota.

Pedí la segunda ronda de cervezas y un par de chupitos de Jägermeister.

31

ES AMOR CUANDO, SOBRIA O EBRIA, LLAMAS O MENSAJEAS AL MISMO TÍO

La noche se calentó más de lo debido gracias a las cervezas y los chupitos que no pararon de pasar por nuestras manos. Nos sentíamos felices y desatadas, tanto, que acabamos bailando como dos locas la música poligonera que pinchaban en el bar, acompañadas por algunos compañeros de clase y algunos conocidos.

El momento álgido llegó cuando Ana pidió que pusieran algo de Everlasting Wound y el camarero, prendado con mi amiga y haciéndole ojitos de una manera bastante descarada, no dudó en poner una canción, sino tres o cuatro. Nos vinimos arriba meneando las caderas y canturreando las letras de cualquier manera con nuestro inglés etílico del «todo a cien».

Los acordes de la eléctrica de Gary llenaban el ambiente haciendo vibrar las copas de cristal; la batería y el bajo retumbaban en nuestros pechos y su voz provocaba cortocircuitos en nuestras mentes turbias por el alcohol.

Grabé un vídeo corto de nosotras dos protagonizando bailoteos delirantes y se lo mandé a Gary mientras Ana volvía a tontear con su ligue, Iker, el camarero. Empezaba a estar segura de que esa noche acabaría volviendo sola a casa.

02:25 - Rebeka: Ya soy oficialmente una groupie.

Quería que supiera lo afortunada que me sentía por haber arreglado las cosas con él y lo orgullosa que estaba por su carrera.

—¿Ese vídeo ha cruzado el Atlántico? —curioseó Ana por encima de mi hombro.

—Sí, quería que viera lo feliz que soy ahora mismo y lo bien que nos lo estamos pasando. Estoy segura de que todo irá bien entre nosotros. —Sonreí como una niña pequeña la mañana de Navidad.

—Ya sabes lo que dicen: es amor cuando, sobria o ebria, llamas o mensajes al mismo tío. Pero tú siempre lo llevas al extremo. Supongo que no te has dado cuenta

de quién está bailando justo detrás...

Miré la pantalla con atención.

El pánico corrió por mis venas como la pólvora; comenzaron a sudarme las manos, y el pedo que tenía se me pasó en cuestión de segundos.

Estaba claro que no podía *wasapear* y beber sin provocar un desastre.

La imagen no era demasiado nítida por la oscuridad del local y la poca calidad de la cámara, pero era más que evidente que detrás de nosotras estaba Alex. El ángulo con el que había grabado el *selfie* generaba ciertas dudas sobre cómo se había desarrollado la escena; yo sabía que no estábamos bailando con él, pero cualquiera podría creer lo contrario. Además, los movimientos de sus manos y su cuerpo dejaban bastante poco margen a la imaginación. Parecía que estaba bailando para él, sonriendo como una loca y meneando el trasero de forma insinuante contra sus partes.

Mierda.

Podría haber fallado el envío, la conexión, la batería, la cobertura..., pero no; aquella noche todos los astros se habían alineado con los satélites de telefonía y las nuevas tecnologías para que el dichoso vídeo llegara a su destino al otro lado del charco en cuestión de segundos.

El odioso doble *tic* de WhatsApp volvió a joderme la vida.

Ana me miraba pasmada, con serios problemas para contener la risita de borracha que estaba a punto de escapársele. Yo miraba la pantalla aterrada, incapaz de parpadear. El doble *tic* se tornó azul, Gary pasó a estar en línea y comenzó a escribir algo.

02:35 - Gary Connolly: *¿La groupie de quién exactamente? No me ha quedado claro.*

—Joder. La he liado —dije con la mirada clavada en los ojos de mi amiga.

—Tampoco es que vayas a desencadenar el apocalipsis con un mísero vídeo. Hazte la tonta, yo qué sé, dile que eres mi *groupie*, haz como que no te has dado cuenta de quién está bailando detrás... En realidad, es una tontería.

—Eso es, tal vez no se ha dado cuenta y está bromeando —afirmé esperanzada.

02:36 - Rebeka: *La tuya, por supuesto.*

No contestó a mi mensaje, al menos en los siguientes treinta y cinco minutos que seguí mirando la pantalla. Ni siquiera lo había leído.

Más tarde, estaba sentada en una esquina del pub, buscando la solución a mis problemas en el fondo de un botellín de cerveza y acercándome con cada trago a

una versión de mí misma cada vez más turbia, cuando Ana se acercó con el ceño fruncido.

—Deja de odiar tu vida. ¿Por qué te flagelas tanto por un mísero mensaje? Todo el mundo comete errores, pasa malas épocas y se desmadra para olvidar. Al menos hasta que se encienden las luces y la realidad vuelve a estar presente. Abre los ojos, ¿por qué demonios crees que los pubs están llenos? —Me retó.

Amar a la persona equivocada había sido fácil, al menos mientras no era consciente del error. Pero amar a la persona correcta era complicado y a veces muy doloroso.

—Me voy a casa.

Estaba tan hecha polvo que, si no me retiraba, acabaría jodiéndole la noche a mi amiga.

—Deja de tomar decisiones de bruja *cortapedos* sobria y pide unos chupitos. Nadie se va a ir a casa esta noche, no puedes dejarme sola... —Hizo un gesto hacía la barra, donde Iker estaba sirviendo una hilera de veinte chupitos a unos tíos.

La verdad era que el tío estaba como un tren.

—Creo que te apañas bastante bien sin mí. Tú eres la que va por la vida sin complejos y de cara, y yo soy la que va por ahí hecha pedazos y liándola a la mínima ocasión.

Me quitó la cerveza de las manos. Para cuando quise protestar, ya se la había bebido de trago.

—Es la primera vez que estoy nerviosa por un tío. Creo que me gusta demasiado y que tu relación con Gary me afecta más de lo que parece. Ser testigo de cómo os habéis estado destrozando el uno al otro, cómo ha sufrido él, lo mal que lo has pasado tú... Y ver que hoy estás otra vez bailando sobre el punto de ruptura...

—Lo nuestro es un caso aparte: ninguno de los dos somos... ¿normales? — Sonreí con tristeza.

—Sí, es una buena definición. —Sonrió ella también—. Hay mucha pasión entre vosotros y demasiado miedo. Sois como un jodido campo de minas. Espero que hayáis aprendido la lección. Y, ¿sabes?, yo también tengo mi lado dramático, y ver lo vuestro hace que quiera meterme en un convento.

—No te rindas; si tú lo haces, no me quedará ninguna esperanza. Además, la última vez me dijiste que solo era un rollo... Podéis ir poco a poco.

—Está claro que no es una historia de amor tan apasionada como la tuya, y gracias, pero tampoco es un rollito de una noche. Deseo tanto que funcione que tengo que volcarme con todas mis fuerzas.

—Pues sigue tus propios consejos y hazlo. ¡Lánzate! ¡Haz locuras! Yo estaré aquí

para apoyarte.

Se lanzó a abrazarme con una sonrisa de oreja a oreja.

Recuperé el ritmo perdido con el bajón del mensaje gracias a los chupitos que nos sacó el camarero. Ana le contó lo sucedido, además de hacerle gracia y parecerle una tontería típica de una juerga, puso varias canciones más de Everlasting Wound para animarme y para que no me fuera a casa llevándome conmigo a mi amiga, su presa de aquella noche. Yo estaba tan por la labor de que todo saliera bien entre ellos que acabé subida a una mesa haciéndole los coros a Gary mientras Ana me jaleaba desde abajo. En todas las guerras en las que se enfrentaban el cerebro y el corazón siempre acababa perdiendo el hígado.

Poco antes de la hora del cierre, Ana me dio la gran noticia: iba a pasar la noche fuera. Me alegré mucho por ella; la última relación que tuvo no había salido bien, e Iker era un tío muy majo que apuntaba maneras. Por fin iban a dar un paso adelante.

Pese a toda esa alegría y camaradería, al llegar a casa, el segundo pedo que me había pillado esa noche se desinflaría y empezaría a comerme la cabeza con el asunto del vídeo. Seguía sin recibir una respuesta de Gary y tenía las neuronas chafadas de tanto calcular qué hora era en la Costa Este.

Me despedí de mi amiga con un beso deseándole suerte. Ojalá al menos una de las dos terminara la noche triunfando.

Fuera del bar el tiempo era templado y agradable, y como no estaba especialmente lejos de casa, decidí que lo mejor para mi cuerpo era volver dando un paseo.

Tardé unos veinte minutos en llegar a la calle donde vivíamos. Aproveché los últimos metros para comenzar con la búsqueda de mis llaves en el bolso. Lo agité acercando el oído a un lateral. Las puñeteras sonaban dentro, pero era incapaz de encontrarlas con la mano. Acabé prácticamente con la cabeza metida dentro para descubrir que se habían colado por dentro del forro.

—¡Fantástico! —farfullé con la cabeza todavía metida en el bolso—. ¿Por qué demonios no habré hecho pis antes de salir del bar?

—¿Necesitas ayuda?

El susto que me dio la voz de Alex me hizo hasta tambalearme un poco. Tiré con tanta fuerza del forro del bolso, que se rompió del todo, haciendo que varios objetos rodaran por la calle, incluidas las llaves.

—¡Ahí estáis, malditas pécoras! —dije mientras me agachaba a recogerlas—. Rebeke uno, bolso cero. ¡Ja!

—¿De qué estás hablando? —preguntó extrañado.

—Se habían colado por un agujero, pero ya está. —Sacudí las llaves en el aire—.

¡Lista para entrar en casa!

—Espera un momento, ¿podemos hablar? —Se puso frente a mí, cortándome el paso.

—Me robaste dos años de vida, ¿qué es un momento comparando con eso? —dijo la borracha que había en mí.

Alex se echó a reír.

—Venga, no seas mala conmigo.

—La verdad es que tengo un poco de prisa... —dije interpretando el bailecito internacional de «me estoy meando».

—¿Puedo subir? —Percibí cierta timidez en su tono que no encajaba con su mirada calculadora. A lo mejor no estaba tan pedo como a él le hubiera gustado.

—Mejor que no. Puedo aguantar cinco minutos más. —Sonreí con inocencia.

—¿Por qué no puedo subir? ¿De pronto se ha convertido en un problema? Además, si no me equivoco, Ana no está.

—Las cosas han cambiado.

—¿Es por el guiri? —preguntó tratando de esconder el asco que le daba la situación.

—Sí, es por Gary. El guiri tiene nombre.

Abracé mi bolso mientras él suspiraba y miraba hacia otro lado, encajando el golpe y pensando qué responder.

—No eres justa con ese tío. Él solo es una excusa barata para que yo luche por ti y me dé cuenta de todo lo que he perdido. Tu mayor deseo se ha cumplido: estoy celoso.

—¿Perdona? —dije alucinada con sus palabras.

Dio un paso en mi dirección mientras me sostenía la mirada.

—Cuando cierras los ojos, ambos sabemos que me ves a mí, por mucho que estés entre sus brazos. El olor que recuerdas es el mío. La voz que echas de menos cuando te despiertas por las mañanas es la mía. Cuando follas con él no puedes evitar pensar en mí, necesitas hacerlo...

Era cierto que había algunos aspectos que echaba de menos, pero también era verdad que otros aspectos de Gary le hacían sombra y convertían lo nuestro en algo mucho peor de lo que fue.

Las comparaciones eran odiosas.

—En el fondo —continuó— quieres que vuelva contigo. Él no cubre tus necesidades, necesitas que alguien te diga qué hacer a cada momento, que te guíe; necesitas la seguridad que yo te doy y la confianza de que yo no te he fallado en los momentos más difíciles. El guiri nunca te va a proporcionar una relación así: solo le

interesan la fama, el dinero y follar.

—Eso no es verdad —dije con los ojos cargados de lágrimas, porque sus palabras eran el resumen de algunas de mis mayores inseguridades.

—¿Qué crees que va a suceder en cuanto llevéis varios meses sin veros?

—Que tú me pusieras los cuernos no significa que él lo vaya a hacer.

Acaricié inconscientemente el colgante con forma de púa que me había regalado Gary.

—Yo estaba aquí contigo, y, pese a todo, no fue suficiente; no pudiste evitar que acabara buscando en otra lo que tú no me dabas. Si fueras más dócil y complaciente, no espantarías a los tíos. Menos mal que yo siempre he tenido paciencia contigo y te lo he perdonado todo. Pero ¿qué crees que hará él? Recuerda lo que me contaste que le había hecho a su ex.

—No volverá a hacerlo —afirmé sorbiendo los mocos—. Él no es así.

—Todos los tíos somos así, nunca aprendemos la lección. Y él lo tiene más fácil que nadie: en el extranjero, rodeado de mujeres que están deseando follárselo y tú tan lejos que jamás lo sabrás... No eres más especial que su ex.

La imagen de Halley pudo conmigo. ¿Por qué ella sí y yo no?

—¡Para ya! —grité.

Me senté en el escalón del portal tapándome la cara con las manos mientras las emociones y el pánico me ahogaban, multiplicados por el efecto del alcohol.

La confianza en mí misma acababa de salir corriendo calle arriba.

Alex se sentó a mi lado, me pasó un brazo por encima de los hombros y con la mano derecha me levantó el mentón. Su mirada era compasiva.

—Solo quiero que te des cuenta del error que estás cometiendo, antes de que sea demasiado tarde. Además, ten cuidado con ese tío: ya viste lo agresivo que se puso el otro día. Deberías estar agradecida de que no sea un cabrón como él y esté advirtiéndote del peligro que corres a su lado. Vuelve conmigo, por favor. Hagamos realidad nuestros sueños, deja de vivir la fantasía del rockero. Sabes que puedo ofrecerte algo más tangible que él.

—Sé que compartimos cosas que nos unieron de una manera muy fuerte...

—Acabarás dándote cuenta de que es conmigo con quien debes estar, vendrás a rogarme de rodillas que te perdone y yo te diré que sí, porque siempre lo voy a hacer, siempre te voy a querer. Nunca me perdonaré haberte perdido.

Y entonces me besó.

FELIZ SAN JÄGERMEISTER

Algo me estaba haciendo dar vueltas en la cama como una posesa.

Notaba un calor sofocante, tenía las sábanas pegadas al cuerpo, y un ruido molesto y continuo me taladraba la cabeza. Traté de estirar los pies para sacarlos fuera de las mantas y refrescarme un poco, pero estaba tan liada que no fui capaz. Me obligué a abrir un ojo para mirar qué hora era y toda la habitación dio un giro brusco.

Madre mía, todavía estaba borracha. Me agarré al borde del colchón.

«Feliz San Jägermeister, Rebeka, patrón de los hígados destrozados —pensé conteniendo las arcadas—. Jägermeister es un nombre precioso para un barco».

Entorné los ojos de nuevo con miedo a caerme de la cama y localicé el origen del ruido que me estaba volviendo loca. El maldito móvil estaba vibrando sobre la mesilla. Estaba empezando a convertirse en una rutina que echara carreras por las distintas superficies de nuestra casa. Apreté los botones laterales, lo silencié y me giré en la cama despacito, tratando de que el barco no volviera a moverse y comenzara a hacer aguas.

La noche anterior había sido una de las mejores que recordaba; lo había pasado genial con Ana, aunque era consciente de que a la luz del día los remordimientos me acabarían asaltando de forma despiadada. Otra cosa más que se estaba convirtiendo en rutina.

Traté de sumergirme en los últimos minutos de semiinconsciencia que me quedaban antes de que mi cerebro se encendiera como un faro y comenzara a recordarme cómo la había cagado la noche anterior.

La puerta de mi habitación se abrió con un fuerte golpe contra mi escritorio e hizo temblar todo lo que había sobre él.

—¡Adivina quién ha tenido la mejor noche de toda su vida!

Abrí de nuevo un ojo para encontrarme a Ana dando saltitos y berreando como una energúmena. Si no empezaba a respetar mi estado resacoso, nuestra amistad

corría serio peligro. Maldita fuera la muy cantamañanas.

—Por lo que más quieras, habla más bajo. Susurra. O cállate —rogué tapándome los ojos con las manos.

—No seas tan pедorra. Tengo muchas cosas que contarte.

Se subió de un salto a mi cama, se colocó sobre mí comenzando a dar saltitos que agitaban el colchón. De pronto era como si estuviera en las pruebas de acceso para trabajar en la NASA.

—Iker es genial, estoy loca por él, y, joder, en la cama es... ¿Rebeka? —Paró de dar brincos dejándose caer a mi lado.

Entorné la mirada.

—Estoy muerta...

—Oh, mi pequeña bebedora *amateur*... —Me acarició el pelo como si fuera un perro—. Pobrecita mía. Tranquila, la tía Ana tiene un remedio químico infalible para ti. Pero tienes que salir de la cama y desayunar algo antes. Y que no me entere yo que vuelves a beberte hasta los charcos...

—No quiero levantarme. ¡Merezco morir! —protesté de manera infantil, incluso pataleé un poco.

—Venga, culo gordo, deja el drama para más tarde y vamos a desayunar. —Me dio una palmada en el trasero y se contoneó hacia la puerta—. Te he traído unos regalitos.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me incorporé, comprobé que la habitación no se movía, me envalentoné y me senté en la cama. El LED de aviso del móvil estaba parpadeando con mil colorines. Lo cogí. Tenía varios mensajes de Alex, algo que esperaba después de la noche anterior, y ninguno de Gary, cosa que no.

05:35 - Alex: Ha sido fantástico, tal y como lo recordaba. Haré que todo vuelva a ser perfecto entre nosotros.

Decidí ocuparme de los mensajes y las llamadas más tarde, cuando mi boca no estuviera tan pastosa y mi cerebro volviera a funcionar con relativa normalidad. Volví a dejar el teléfono en la mesilla y me fui a la cocina.

Ana había comprado mis napolitanas favoritas para desayunar, así como una revista musical que contenía una entrevista a Everlasting Wound. Cuatro páginas enteras y un póster central.

Después de arrasar con dos napolitanas, dos cafés y un ibuprofeno, me tiré en el sofá a ojear la revista, que hablaba principalmente sobre el nuevo disco; nada nuevo que no supiera. En un lateral pude ver las fechas de los conciertos que iban a dar durante el primer tramo de la gira: la noche anterior habían tocado en Baltimore,

aquella misma noche tocaban en Filadelfia y no volverían a tocar hasta varios días después en Nueva York, donde el concierto se repetiría dos noches seguidas. Antes de ponerme a mirar vídeos del concierto en YouTube y perder toda la mañana y parte de la tarde, decidí contestar el mensaje de Alex.

13:35 - Rebeka: Alex, para mí también fue muy especial, pero siento decirte que no se puede repetir. Fue una equivocación, quiero intentarlo con Gary.

Pulsé enviar y no esperé a su respuesta.

Me adentré en el maremágnum de YouTube tratando de distraer mi mente. Pasados unos minutos, me extrañó que Alex no hubiera empezado a llamarme con insistencia, porque ese era su estilo. Localicé con facilidad un vídeo del concierto de la noche anterior en Baltimore; estaba grabado con un móvil, pero el dueño contaba con mejores técnicas de grabación que yo. La calidad era asombrosa.

El lunes, una vez recuperada de la resaca, libre de trabajar en mi proyecto y solamente teniendo que preparar la defensa, lo invertí en desayunar, leer las críticas sobre los conciertos de Everlasting Wound, buscar vídeos y llamar a Gary.

Desde el sábado por la noche me había sido imposible contactar con él. Su teléfono estaba apagado. La diferencia horaria estaba siendo un problema para comunicarnos más complicado de lo que habíamos previsto.

Pero me quedaba poco tiempo para presentar la defensa y tenía que concentrarme en eso; no tenía tiempo para tirarme de los pelos porque mi recién recuperado novio no tuviera ni treinta segundos para mandarme un mísero mensaje. Tal vez le mandaría un mensaje a Josh en unos días.

Alex también estuvo desaparecido desde la noche de autos. Me extrañaba que hubiera aceptado mi negativa con tanta facilidad y que no intentara agobiarme. Pero pronto descubriría que Alex era el menor de mis problemas y que las sorpresas desagradables siempre estaban acechando a la vuelta de la esquina. O en otro continente.

**¿EN QUÉ MOMENTO SE HABÍA CONVERTIDO EL HOMBRE
DE MI VIDA EN UN GILIPOLLAS INTEGRAL?**

Salí de la terminal del JFK de Nueva York empujando mi maleta con los nervios a flor de piel, el estómago revuelto y un dolor de cabeza de tres pares.

No necesité mucho tiempo para localizar a la estrella del rock que me esperaba apoyado contra la pared. Tenía unas ojeras enormes y el pelo revuelto y estaba pálido. Parecía realmente cansado.

Yo no tenía mejor pinta.

Me acerqué arrastrando los pies como una zombi. Él abrió sus brazos dispuesto a ofrecerme el consuelo que tantas horas llevaba esperando encerrada en un maldito tubo de acero a diez mil metros de altura. Arrugué el morro mosqueada. No era el momento de los abrazos amistosos. No era el momento de nada, maldita sea. Se limitó a agachar la cabeza, cogió mi maleta y se encaminó hacia la puerta.

Catorce horas antes, cuando todavía era una persona feliz que acababa de terminar la defensa de su proyecto y tocaba con las yemas de los dedos unas ansiadas vacaciones estudiantiles, recibí la fatídica llamada que hizo que mi vida se convirtiera en un maravilloso infierno.

—Pero ¿qué demonios ha pasado?! —grité al teléfono.

—No saben dónde está.

—¿Me estás tomando el pelo? —la acusé con incredulidad.

—No mates al mensajero —dijo Fiona con cautela—. Hace un par de días que no aparece por el hotel, según me ha dicho Josh. Habla con él, yo no sé mucho más.

Y así lo hice, razón por la cual acabé disfrutando de un vuelo de casi doce horas en el que solo era capaz de imaginarme el cadáver de Gary tirado en un callejón de la quinta con la treinta y seis, y la cinta amarilla que impedía el paso.

Los números me los inventé.

Pese a estar agotada física y mentalmente, estaba que echaba chispas. Lo único que deseaba era agarrar a mi supuesto novio por el pescuezo y retorcérselo hasta que se pusiera azul.

¿En qué momento se había convertido el hombre de mi vida en un gilipollas integral?

¿Por qué había roto sus promesas a la primera de cambio?

¿Dónde puñetas se había metido?

Fuera de la terminal nos esperaba un coche. El conductor se hizo cargo de mi equipaje, mientras Josh me abría la puerta.

Una vez dentro, el chófer subió el volumen de la radio y salió con rumbo al hotel.

—Ha aparecido a eso de las diez de la mañana —comentó Josh con un hilo de voz.

—¿Y cómo está? —dije con la mirada borrosa por las lágrimas.

A esas alturas de la película había llorado más por Gary en seis meses que por Alex en todos los años de relación que habíamos mantenido. Tal vez tenía algo que ver con los sentimientos que rebosaban dentro de mí desde el día que lo conocí.

—Cuando me he ido estaba dormido y bastante tranquilo, pero cuando ha llegado esta mañana... estaba borracho y muy alterado. —Me miró con pena—. Chris ha intentado hablar con él, incluso razonar, pero no decía nada coherente, ni se expresaba con claridad. Nos ha costado muchísimo meterlo en su habitación y que dejara de vociferar tonterías en los pasillos del hotel. Al final ha acabado teniendo una fuerte discusión con Chris y han llegado a las manos.

Resoplé y le dediqué una mirada suspicaz. La imagen violenta y desfasada que Josh me estaba pintando tenía pinta de haber salido de un guion de Tarantino. Y es que por mucho que pudiera ser verdad, no veía a Chris pegando a Gary.

—No puedes estar hablando en serio.

Él carraspeó y se miró las manos.

—No, no se han pegado. En realidad, Chris lo ha derribado de un puñetazo y Gary no ha sido capaz ni de verlo venir. Estaba muy pasado.

—¿Y ahora está solo? —pregunté alterada.

Estaba en modo metralleta, pero las preguntas y las dudas se agolpaban en mi cabeza y no podía parar; necesitaba información para poder evaluar la situación y saber a qué podía atenerme cuando llegáramos al hotel.

—Sean se ha quedado con él, no te preocupes, es bastante más comprensivo que Chris, aunque nunca lo había visto perder los nervios así. Supongo que la situación nos ha sobrepasado a todos. Estábamos muy ilusionados con la gira, pero todo se está yendo a la mierda.

—¿Dónde ha estado?

—No tenemos ni idea, es posible que no lo sepa ni él. Sobrepasó la tasa de alcoholemia permitida hace dos días y ha hecho todo lo que estaba en su mano para mantenerla... Nada más.

Puse los ojos en blanco.

—Siento acribillarte a preguntas, pero, como comprenderás, estoy muy preocupada. Esta situación es una mierda. Nuestra relación avanza tres pasos y retrocede cinco, ¡y ya ves de qué manera! Podías haberme advertido sobre todo lo que estaba por venir, maldita sea, estuvimos hablando...

—Lo siento, Rebeka. Nunca sé hasta dónde meterme en la vida de Gary, porque, si lo hago, se cabrea; y si no lo hago, acaba haciendo este tipo de cosas jodiéndonos a todos. —Me miró tratando de buscar mi comprensión—. Hay momentos como este en los que aprieta el botón de autodestrucción sin motivo aparente, todo se desmadra a su alrededor y ni siquiera se arrepiente. Siento haberte hecho venir; si hubiera tenido otra opción, no lo habría hecho, pero creo que os habéis precipitado volviendo a retomar la relación tan rápido.

Le lancé una dura mirada de reproche. Él suspiró nervioso.

—A él también se lo he dicho varias veces desde que estamos aquí. Deberíais haberos dado un tiempo. Él no es famoso por hacer las cosas bien, pero, por lo que se ve, tú tampoco. Es la primera gira que hacemos desde que está sobrio y mira cómo hemos empezado gracias a ti.

Solté una carcajada seca.

—¿Cómo dices? —pregunté con ironía.

—Me contó que le habías mandado un vídeo muy sugerente bailando con tu ex. Casi se volvió loco. Después vino la botella de whisky. No sé cómo se mantuvo en pie sobre el escenario. Al terminar el concierto se encerró en su habitación. Cinco horas después, ya no estaba en el hotel.

Las luces de la ciudad se detuvieron y el planeta dejó de girar.

Recordé de nuevo el vídeo que le había enviado sin querer, pero no quería creer que aquella tontería hubiera precipitado las cosas así; había algo más, tenía que haber algo más que lo hubiera empujado al precipicio. Si toda esa situación era a causa de un vídeo, íbamos a tener unas cuantas palabras acerca de lo infantil que estaba siendo su comportamiento.

—Si quieres que sea feliz y esto no se repita, déjalo y olvídate de él. Deja de jugar con él antes de que el daño que le estás haciendo sea irreparable.

—Tú no eres quién para opinar sobre nuestra relación. ¿Por eso me has hecho venir? ¿Para que lo deje?

Vi un pequeño indicio de culpa en su mirada, pero me lo ocultó con rapidez.

—Yo solo creo que, ya que estás aquí, por lo menos deberíais contemplar la posibilidad, valorar si realmente vale el esfuerzo. Está así de jodido por ti; tú sabrás qué os traéis entre manos, pero nosotros, como amigos suyos no podemos permitir que la situación se desmadre. No te conviertas en Yoko Ono.

Me estaba retorciendo los pensamientos; la verdad era que Gary y yo juntos habíamos sido un desastre. Pero podíamos ser más que eso, yo confiaba en ello.

—¡Pero es que yo no he hecho nada! —grité indignada, asustando al conductor, que me miró con desaprobación a través del retrovisor.

—No me mientas. Gary estaba diciendo incongruencias sobre ti cuando ha llegado al hotel: nos preguntaba dónde estabas, por qué no habías llegado, y se contestaba a sí mismo que probablemente estabas con un tal Alex. Así que creo que tienes más culpa de la que crees.

Lo miré acongojada; él me devolvió una mirada de incertidumbre, como tratando de pedirme que me abriera y le contase qué era lo que estaba pasando entre nosotros.

Me tapé la cara con las manos tratando de contener las lágrimas.

—Venga, Rebeka, es lo mejor para el grupo. Tiene que centrarse.

—¿El grupo? Solo te importa eso.

—Mientras estábamos en el estudio, no era un problema que anduviera perdiendo el tiempo contigo, pero ahora sí: tenemos que estar al cien por cien, y él no lo está debido a ti. Vas a joder nuestra carrera.

Prefería pelear por él que darme por vencida tan fácil. Pero razón no le faltaba.

Una hora más tarde, el coche se detuvo delante del hotel en el centro de la ciudad. Josh me acompañó hasta la puerta de la habitación, entró y volvió a salir con Sean.

—Hola, Rebeka —dijo Sean mientras me daba un suave abrazo—. Está dormido, según dice él; inconsciente, según diría yo. Pero, bueno, es lo de menos. Pasa, y, cuando se despierte, avísanos. Hay comida y bebida dentro.

—Gracias, yo me hago cargo. Esto parece el intercambio de custodia de un hijo problemático y nosotros, los padres afligidos. Es ridículo.

Cerré la puerta y me quedé apoyada en ella unos minutos; olía a alcohol, a sudor y a algo muy desagradable que no fui capaz de reconocer.

Sean era mi héroe por haber aguantado allí dentro.

La habitación estaba prácticamente a oscuras, iluminada por una tenue luz callejera que se colaba entre las cortinas, que no estaban cerradas del todo. Caminé a

ciegas y tropecé con algo de cristal; temí haberlo despertado, pero el enorme bulto que había en la cama no se movió.

Miré hacia el suelo asombrada.

Había una curiosa hilera de botellas rotas que me guiaba desde la puerta hasta la cama. Como si fuera la senda del norirlandés errante.

Joder.

Las primeras dos eran de whisky, y las veintitantas siguientes, de cerveza.

Otras tantas estaban esparcidas y hechas pedazos.

Lo que quedaba de su móvil estaba entre los cristales; la batería descansaba en el otro extremo de la habitación y había piezas desperdigadas por toda la alfombra.

Ahí estaban mis insistentes llamadas y mensajes esperando ser leídos.

Aguantando las náuseas que me provocaban los nervios y el tufo que había, llegué hasta la cama y observé a Gary con el corazón encogido. Estaba tirado boca abajo con la cabeza torcida hacia un lado, los brazos enroscados alrededor de una de las almohadas y enrollado con la sábana, que justamente le tapaba el trasero. Estaba desnudo.

Había restos de vómito sobre las sábanas y ropa tirada por toda la habitación; incluso sus calzoncillos descansaban sobre una lámpara.

La imagen era lamentable. Bastante peor de lo que me había imaginado. Por lo visto, su antiguo yo había vuelto dispuesto a dar guerra y quedarse unos cuantos días. No sé cómo había sido tan estúpida de creer que no pasaría.

Sentí una punzada de dolor en lo más hondo de mi alma, y las lágrimas se agolparon en mis ojos. Impotencia, rabia, culpabilidad... La mezcla de sentimientos en mi interior era casi tan explosiva como el cóctel que había consumido Gary durante los dos días anteriores.

Me senté cerca de él. Noté que las sábanas estaban húmedas, pero no quise saber de qué se trataba, y me limité a moverme un poco buscando un hueco seco. Me fijé en que la funda de la almohada que Gary abrazaba no había salido mejor parada que las sábanas y que tenía pequeñas manchas de sangre que provenían de su labio inferior, que estaba partido e hinchado. La barba de unos cuantos días era habitual en él, pero aquel día parecía que llevara semanas sin afeitarse.

Unos condones, monedas, dólares, libras, billetes de metro, la tarjeta del hotel y varios papeles estaban desperdigados sobre la mesilla.

«Gary a veces se va por la tangente».

Hasta aquel momento no había querido creer lo que Fiona y Josh me habían advertido en varias ocasiones. Se me escapó una risa seca.

Comprobé que respiraba acompasadamente. Me alegré de que, al menos, no se

estuviera ahogando con su propio vómito. Me acurruqué junto a su cuerpo llorando durante mucho tiempo. No se movió, ni se percató de mi presencia.

No conseguía entender qué era lo que había ido mal para que hubiera acabado así. Se suponía que tenía todo lo que alguien podría desear: éxito, una familia que lo quería, amigos, y me tenía a mí, que hubiera hecho cualquier cosa por él. El vídeo era una tontería: por mucho que Josh tratara de culparme por lo sucedido, debía de haber algo más.

Entonces me di cuenta de que aquello era lo que él llamaba autodestrucción. No necesitaba muchos estímulos que lo empujaran.

Le acaricié con cariño el pelo, que estaba ligeramente pegajoso.

Frunció el entrecejo y abrió un ojo.

—Rebeka... —dijo. Levantó la cabeza de la almohada para mirarme de frente.

Su aliento casi me mata, y su cara, que estaba hinchada, enrojecida y llena de sangre seca, me dolió como si fuera la mía.

—¿Dónde estoy? —preguntó con los ojos soñolientos e inyectados en sangre y la voz rasgada.

—Nueva York, Estados Unidos de América.

—Muy graciosa.

—Estás en el hotel.

—Tal vez... la pregunta correcta sea...: ¿qué haces aquí? —Arrastraba las palabras y parecía perder el hilo con facilidad. Fantástico.

—Me han avisado de que habías tenido algunos problemas para volver al hotel y he venido.

—A veces no me puedo contener, ya lo sabes, necesito descontrolarme... Hacer callar a los problemas... Además... todos estabais esperando que hiciera algo así, ¿no? —Hizo un gesto de dolor mientras pasaba su dedo índice por el labio partido.

—¿Te duele? —pregunté preocupada.

—No demasiado, todavía estoy borracho —respondió con acritud.

—¿Y hasta cuándo piensas estarlo?

—Más o menos hasta que me beba otra botella de whisky y esté MUY borracho.

Resoplé ante su crisis de inmadurez extrema apretando los puños. Deseaba pegarle más que nada en el mundo.

—¿Qué pretendes conseguir comportándote así?

—Vivir la vida antes de que tú me hagas elegir entre el rock y una casa en la campiña. ¿Tú qué crees? —Se incorporó en la cama, estiró la espalda y dio un trago a la botella de agua que tenía en la mesilla. Tosió con fuerza.

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Tomando una pinta —afirmó con indiferencia—. Aunque, según el martilleo de mi cabeza, puede que fuera algo más que mi viejo amigo el whisky.

—¿Dónde, en Canadá?

Nos fulminamos con la mirada, aunque lo que yo quería en realidad era cortarle las pelotas.

—¿Qué está pasando?

—Esto es rock, Rebeka. El rock es noche, drogas, alcohol y mujeres. Es un castigo o una bendición, no lo sé, pero es mi vida.

—No. Rotundamente no. Ni esto es rock ni este eres tú. Simplemente te has pasado de la raya porque eres un puñetero inmaduro. Y está claro que tu alcoholismo sigue ahí, bien agarrado a tu interior. Por mucho que no quieras reconocerlo.

—No es que me haya pasado de la raya, es que la he borrado. Maldita sea, me la he metido. —Dio otro sorbo a la botella—. Y no es buen momento para hablar.

—¿Esto es lo que va a suceder cada vez que te vayas de gira?

—Podría hacerte la misma pregunta. —Dejó la botella en la mesilla, colocó la almohada contra el cabecero y me miró con gesto severo—. No me juzgues y yo no te juzgaré.

—Nadie te está juzgando, pero creo que me debes una explicación —dije tajante.

—No soy tu proyecto personal, joder, no te debo nada. Esta vez no eres tú la víctima. No te voy a dar ninguna explicación, ni tampoco me voy a disculpar. Resulta que no siempre puedo decir lo que necesitas oír. Hoy no estoy tan poético como otras veces.

—¿Este es el auténtico Gary, así eres en realidad?

—Sí —contestó poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué le vamos a hacer si en el fondo soy todo lo que no quieres que sea?

—¿Ni siquiera estás arrepentido por todo esto? —Hice un gesto señalando toda la habitación.

—La verdad es que me alegro de no estar sobrio ahora mismo.

—Joder, he recorrido medio planeta para estar aquí y tú me estás tratando como a una mierda, y para colmo, Josh no hace otra cosa que culparme.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada que hizo que su cuerpo se sacudiera.

—Típico de Josh, nunca falla. Pero, tranquila, no está jodido porque yo me haya pegado dos días de juerga, me haya saltado varias entrevistas o haya destrozado la habitación. No me mires así; ya te dije que tengo la habilidad de joder a las personas que quiero, y no puedo arrepentirme tanto como debería, quizá ese sea mi

problema. —Se rascó la cabeza de forma pensativa y volvió a hacer un gesto de dolor—. De manera que lo voy a dejar estar; tú deberías hacer lo mismo si no quieres que acabemos discutiendo.

Lo miré atónita.

«Hay que joderse».

Me habían hecho salir corriendo para coger un maldito avión por su culpa y él me estaba tratando como una imbécil.

—Deberías ser sincero y decirme qué coño está pasando.

—A veces te tienes que comportar como un cabrón para que la gente reaccione. No hay mejor remedio que pagar con la misma moneda.

Sentí que mi estómago se revolvía hasta límites insospechados. Lo único que pude hacer fue levantarme para salir de aquella mazmorra si no quería acabar vomitando sobre la alfombra tal como había hecho él horas antes.

—Búscala en Amazon, seguro que tienen —dijo con sarcasmo.

—¿Perdona? —Me detuve y me giré.

—Me refiero a la paciencia, que la busques en Amazon. La vas a necesitar conmigo.

—Creo que con paciencia no vamos a arreglar nada.

Por algún motivo mi respuesta le pareció graciosa.

—Usa la escala de Richter para medir tu cabreo, del uno al diez, por ejemplo. Donde uno es una pequeña explosión en la que me gritas y diez es el choque de un meteorito contra la tierra que va a joder nuestra relación sin remedio.

Salí de la habitación dando un portazo buscando a los chicos por los pasillos del hotel.

OTRA ZANAHORIA

Caminé fuera del hotel con intención de despejarme. No sabía dónde demonios se habían escondido el resto de miembros de Everlasting Wound, aunque, visto el pastel, yo también hubiera salido corriendo con dirección a Alaska.

Dentro del hotel hacía bastante calor, pero la humedad que había fuera hacía que el aire fuera irrespirable. O tal vez era el nudo de mi garganta el que no me permitía llenar los pulmones.

Apoyé el hombro contra la pared mirando mi móvil distraída.

—¿Rebeka?

Una voz a mi espalda me pilló desprevenida; cuando me giré, vi la silueta de una mujer en la oscuridad.

Le puso la tapa a un pintalabios y se lo guardó en el bolsillo trasero de sus apretados pantalones de cuero negro.

Se acercó a mí con andares de gata perdonavidas, haciendo equilibrios sobre sus tacones de un palmo y medio.

—¿Fumas? —preguntó mientras se pasaba el dedo meñique por la comisura de los labios para retirar el exceso de pintalabios y ofreciéndome la cajetilla abierta con la otra mano.

Un anillo de plata con forma de serpiente se enroscaba por todo su dedo corazón. Qué sutil.

—No, ya no. ¿Nos conocemos?

—Yo no debería hacerlo, pero es lo que hay. —Sonrió con un cigarro entre sus dientes, inclinó ligeramente la cabeza para acercarlo al encendedor y aspiró cerrando los ojos—. Soy Joy.

La miré de arriba abajo, de esa manera en la que solo las tías sabemos escanear a otra. Me fijé en que era pelirroja, y yo tenía una alergia grave a las tías con el pelo color zanahoria.

Empezábamos mal.

Además, ¿qué tipo de nombre era «Joy»?

—Encantada. —Sonreí con falsedad alejándome un poco.

Ella me siguió y volvió a colocarse a mi lado.

—No tienes ni puta idea de quién soy —afirmó con voz ronca. Sonrió.

Negué con la cabeza, aunque empezaba a tener una ligera sospecha.

—Comparto escenario con Gary cada noche. Soy la tía esa con la boca tan grande que pega berridos desde el escenario.

Echó una risotada camionera bastante poco femenina y volvió a darle otra calada a su cigarro.

—Había oído a los Everlasting que la novia de Gary no los conocía, pero veo que tu desconocimiento musical va más allá del Reino Unido.

¿Por qué demonios estábamos teniendo esa conversación?

—¿Te incomoda? —Levantó una fina ceja perfectamente perfilada mientras expulsaba el humo con suavidad.

—Es posible.

Se echó a reír como si le faltaran un par de hervores.

—¡Ja! «Es posible», dice. Sé lo que provoco en otras mujeres, porque es lo que busco, pero si el problema es Gary, puedes estar tranquila: no me gusta ser el postre, soy lo bastante orgullosa como para querer ser el plato estrella de la casa. Paso de los tíos que ya están pillados.

—Eso es muy relativo —dije con tono cansado.

—¿Que no me gusten los tíos pillados o que Gary en concreto esté pillado?

—Ambas.

—Mira, tía, hay tíos que anuncian a los cuatro vientos que están enamorados, pero en el caso de tu chico, no es necesario. No está interesado en otras y lo deja bastante claro, pero he de decir que no es muy diplomático dando calabazas.

¿Realmente me estaba diciendo que había intentado algo con él?

Dudé entre consolarla o meterle el cigarro por el ojo.

—Supongo que depende de lo pesada que te pongas. No tiene mucha paciencia.

«Ni yo tampoco».

—¡No me arañes, gatita! Me habló de ti a los cinco minutos de habernos conocido, pero yo supe que había una novia nada más verlo; casi con olerlo me bastó. Creo que el problema lo tiene con la tía esa que ha venido con ellos: parece no tenerlo tan claro como yo. Voy a tener que pasar con los chicos una larga temporada de gira, y esa tía va a ser un problema seguro. Hasta los míos empiezan a estar asqueados de sus gilipolleces.

La miré estupefacta.

—¿Qué tía?

—Una conejita de Playboy pelirroja con unas tetas enormes y bastante poco orgullo, no recuerdo su nombre... —Tiró el cigarro al suelo y lo pisó.

—Halley —dije con asco.

Todas las mujeres que pululaban a su alrededor me hacían sentir celos. Era una mezcla peligrosa de autoestima baja y desconfianza por su pasado, pero Halley era un tema que me superaba en todos los sentidos.

—Esa misma. La putilla que comparte habitación con Josh.

35

¿DÓNDE TE DUELE?

Cuando volví a la habitación me lo encontré sentado en el suelo en una esquina, escondido en la penumbra. Había rodeado sus piernas con los brazos; apoyaba la frente en las rodillas, dando una imagen de derrota que hizo que me doliera el corazón.

Quería abrazarlo y matarlo, todo a la vez. Que todo volviera a la normalidad. y que el futuro entre nosotros no pintara tan negro.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estamos así? —pregunté con un hilo de voz.

Levantó la cabeza de golpe como si no supiera que estaba ahí y me miró con desprecio.

—Te enseñaría mi móvil para que lo entendieras, pero creo recordar que lo rompí. De hecho, esto es la batería —dijo tirándome a los pies el trozo de plástico que tenía en la mano.

Me puse de rodillas, gateé por el suelo hasta llegar a su lado y me senté sobre los talones. Lo miré con cautela.

—Me prometiste que no volverías a beber.

—Sé lo que dije, y no paré de repetírmelo mientras me bebía la primera copa. Creo que, a partir de la tercera, simplemente lo olvidé.

—Me mentiste a la puñetera cara.

Hasta yo empezaba a necesitar un buen lingotazo.

Él asintió sin remordimientos.

—Cuando te lo prometí lo sentía de verdad, pero en el fondo sabía que volvería a hacerlo, así que, técnicamente, sí, te mentí.

Suspiré cerrando los ojos para contener las lágrimas.

—Habla conmigo, por favor. No te cierres en banda, tú no eres así.

—Este soy yo, Rebeka, no te engañes. Creía que había conseguido cambiar, pero ya ves que no; sigo siendo el mismo que hace unos años. El que pierde los papeles y no es capaz de afrontar la vida con dos dedos de frente. Todo menos normal. Solo

era cuestión de tiempo que volviera a descarrilar.

—La gente no cambia, Gary, no te engañes. La gente como mucho deja de ponerle azúcar al café para echarle sacarina. La cuestión es aprender de los errores.

—¿Te lo aplicas a ti misma? Porque parece que me estás juzgando solo a mí. — Tosió y carraspeó antes de continuar—. Y si vamos a ponernos filosóficos y a repartir consejos, en Irlanda siempre se ha dicho que, si corres detrás de dos liebres, no atraparás ninguna.

Noté que la ira trepaba por mi estómago. Lo había vuelto a joder todo.

—¿No has bebido lo suficiente como para ser sincero?

Esquivó mi puñal fingiendo una sonrisa fría.

—Solo intento ponerte las cosas fáciles para que hagas de una puta vez lo que más nos conviene a los dos, porque yo no tengo cojones para hacerlo. Mierda. Ni bebiéndome medio Manhattan soy capaz de hacer lo que debo.

—¿Qué estás tratando de decirme?

Me miró con pena. Se levantó del suelo con la sábana anudada alrededor del cuerpo y abrió la cortina; la luz iluminó la habitación, que parecía un campo de guerra. Yo también me levanté y me quedé en mitad de la habitación sin saber qué hacer.

—¿Estás así por el vídeo? —pregunté, asqueada por tanto rodeo.

—¿Tú qué crees?

—Josh me ha dicho que se lo has contado, que viste el vídeo y perdiste los papeles.

Se echó a reír; acto seguido, empezó a toser. Se acercó a la mesilla, olisqueó el contenido de una de las botellas de plástico y le pegó un buen trago. Crucé los dedos para que fuera agua.

Caminó hacia el pie de la cama, se tropezó con las sábanas y se fue de morros contra el colchón.

Hice el amago de ayudarlo, pero me hizo un gesto con la mano para que no me acercara.

Recuperó la compostura en poco segundos, aunque la dignidad era otro tema... Se sentó sobre el colchón frente a mí.

—Tú sabrás a cuántas personas les has enviado tu maravillosa producción audiovisual. Porque yo no lo hice, no se lo conté. Hace tiempo que no hablo sobre mi vida personal con Josh. Por eso me sorprende que te haya hecho venir.

Fruncí el entrecejo sin saber muy bien cuál de los dos me había mentado.

—Cuando no estás huyendo de mí, te refugias en tu amiguito Josh o te follas a tu ex. Es magnífico, Rebeka, como para contárselo a todo el grupo sin que se me caiga

la cara de vergüenza, y como para no pasarme dos días bebiendo como un cosaco.

Se me heló la sangre. ¿Cómo demonios había llegado a esa conclusión?

—Ni Josh es mi amigo ni me acosté con Alex. ¿De dónde has sacado eso? —dije cerrando los ojos con fuerza—. No hay nada entre Alex y yo.

¿Era posible que me hubiera confundido al enviarle el mensaje a Alex y se lo hubiera enviado en su lugar a Gary?

Traté de recordar qué puñetas había puesto en aquel mensaje.

—Estoy harto de oírte decir lo mismo. En el poco tiempo que llevamos juntos, lo has dicho cientos de veces, y cuando tienes que justificar algo tanto, es porque en el fondo es verdad. Sé de lo que hablo. Joder, si quieres estar con él, dímelo, pero no me mandes mensajes diciéndome lo especial que ha sido estar con él.

—Si no quisiera estar aquí, no estaría, me hubiera quedado con él —dije compungida.

—Y si yo no sintiera algo tan fuerte por ti, hace tiempo que te hubiera mandado a la mierda. Más o menos cuando me dejaste tirado en Londres. —Suspiró y se revolvió el pelo confuso—. Ya no sé qué somos, porque juntos no somos nada y a su vez lo somos todo.

—Me duele que estemos así.

Me acerqué y me arrodillé frente a él con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y dónde te duele, Rebeka? Porque a mí me duele hasta respirar ahora mismo —dijo mirando hacia otro lado, escondiéndose de mí. Y si algo tenía Gary era una mirada sincera que no me estaba ofreciendo.

Sus palabras me quitaron años de vida, pero, pese a eso, aguanté el tipo.

—Lo siento. Él me besó y yo dejé que lo hiciera. Significó mucho para mí, pero no en el sentido que tú crees. Pensaba que siempre habría algo que me uniera a él, por lo que habíamos vivido, pero en cuanto su boca se posó sobre la mía, supe que ni siquiera quedaba eso. Contártelo a ti me liberó del lazo que me ataba a él.

Intenté explicarle lo importante que era para mí y el error que había cometido al permitir que Alex me besara en el portal, aun sabiendo que gracias a ese error lo había visto todo claro, pero las palabras se me habían gastado. No sabía qué hacer para evitar aquella situación. Como él bien había dicho, me pasaba el tiempo justificando mis actos; hasta yo estaba cansada de eso.

—¿Y acabasteis en su cama o en la tuya? —preguntó con rabia mirándome de frente.

—¡No me acosté con él! Me besó y lo aparté, nada más. Te lo acabo de decir.

—Lo siento, pero no te creo, no puedo hacerlo. —Elevó la vista al techo y gruñó—. Mira, Rebeka, voy a ser todo lo sincero que pueda, aunque no te lo merezcas.

Me limpié una lágrima de la mejilla. Sabía que había algo más además del vídeo, pero sospeché que no pensaba contármelo. Tal vez había conocido a alguien y Alex solo era la excusa fácil que yo le había regalado.

—Hay dos cosas que quiero que entiendas. La primera es que no debes dejarte engañar por Josh, porque lo único que buscaba haciéndote venir era que vieras el estado en el que me encuentro y que no tengas ninguna duda de que lo mejor es alejarte de mí. Cosa en la que estamos de acuerdo, porque ¿sabes qué? (y aquí viene la segunda), lo de tu ex en realidad me importa una mierda. Te he visto restregando tu culo contra él, y, sinceramente, me da igual si buscabas algo más o no, porque solo es otra chiquillada de las tuyas. Otra prueba más de las inseguridades que te ahogan y que nunca te van a permitir volcarte en una relación conmigo al cien por cien. Yo no soy como él. Yo te pido que seas tú misma, él te dicta quién debes ser. Te camela con sus promesas y sus palabras vacías. Si eso es lo que te gusta, yo podría haberte escrito una canción, habría hecho rimar todas las palabras bonitas del mundo por ti. Pero esa no es la cuestión, ¿verdad? Él te da algo a lo que yo nunca voy a llegar. Sinceramente, pensaba que lo que buscábamos era algo real, algo que haga que se te pare el corazón cuando recuerdes cómo nos besamos en el pub de Joe. Eso es lo que yo buscaba, algo por lo que merece la pena vivir, pero está claro que tú siempre has tenido otras prioridades. No me voy a interponer más en tu camino, así que tú tampoco lo hagas en el mío. Hay un momento en la vida en el que «suficiente» es suficiente, y ese momento ha llegado.

Me rodeé el cuerpo con los brazos mientras lo observaba en silencio.

—Además, ahora no tengo fuerzas para luchar por esto; tengo que concentrarme en mi carrera y en salvar mi puto culo. Así que te agradecería que te largues, que vuelvas a Bilbao y que me dejes un tiempo a mi aire.

—Lo eres todo para mí... Sí estoy volcada en esta relación, ahora sí. ¡Dios! No puedo imaginar mi vida sin ti, tal vez sea una masoquista, pero no puedo. —Estaba a un paso de ponerme a gritar superada por la situación, pero le ofrecí mi mano mirándolo con lágrimas en los ojos—. Ven conmigo, vámonos de este maldito hotel. Podemos ir a cualquier sitio, hablar tranquilos y empezar de cero. No dejaré que estropeemos lo nuestro de nuevo.

Él me dedicó una mirada de menosprecio. Pese a todo, me armé de valor y le acaricié la mejilla.

—¿Qué parte de la conversación te ha hecho pensar que me fío de ti? Porque no es así; estoy rodeado de pirañas, y tú eres una más.

—¿Estás terminando conmigo? ¿Así, sin más?

—No, Rebeka, esto no se ha terminado. Para mi desgracia, nunca va a acabar.

Pero ahora mismo no tengo ganas de hablar sobre toda esta mierda ni puedo ser quién tú necesitas, así que, por favor, vuelve a casa. Dame un tiempo para enderezar las cosas. Ya te buscaré cuando lo consiga.

—¿Pretendes que coja un avión ahora? ¿Qué coño tienes que enderezar?

—Mi vida. Si eso te parece poco... Y sí, coge un avión. Yo pago, no te preocupes. Dile a tu amigo Josh que te lleve al JFK.

Aquel comentario sarcástico pudo conmigo, pero, pese a todo, cogí su cara entre mis manos, lo miré contrariada y herida tragando saliva.

—Por favor...

—No me toques, Rebeka. Lárgate —dijo con furia mientras se ponía en pie.

—Gary...

—No —dijo, rotundo, mientras me quitaba las manos de su cara—. Aléjate de mí, por favor, y sobre todo, no vuelvas a acercarte a nadie que tenga algo que ver conmigo.

No conocía esa coraza con la que se había protegido de mí. Tendía a ser una persona abierta cuando se trataba de sus sentimientos, pero cobarde para admitir lo malo, así que verlo ocultar algo me dolió, y simplemente sospeché, que había otra. Aunque esa otra tal vez no fuera una mujer, sino una banda de rock.

—¿Vas a tirar lo nuestro por la borda?! —grité desencajada.

—No te pongas a gritar, por el amor de Dios, respeta mi dolor de cabeza. No tengo otra opción. Esto es más complicado de lo que eres capaz de comprender. No quiero verte cerca.

—Habla y lo arreglaremos...

—Todo esto no es tu puto problema. Así que haz el favor de largarte.

El golpe que te derriba y te hunde en la miseria es el que no quieres ver venir. Está claro que por mucho que las señales fueran luminosas y estridentes, no lo quise ver acercándose. La persona que más viva me había hecho sentir me estaba matando. Ese era el poder que la intensidad de mis sentimientos le había concedido, hasta convertirse en algo inevitable y destructivo.

Quería gritarle, pegarle, estampar algo contra la pared, incluso beberme una botella de whisky, pero lo único que conseguí hacer fue mirarlo en silencio con los ojos llenos de lágrimas mientras la poca esperanza que me quedaba se me escurría entre los dedos.

—Vete a la mierda —dije—, y en el camino, olvídate.

Ese fue el momento exacto en el que se me rompió el corazón y fui consciente de que no existía en el mundo anestesia capaz de calmar el dolor.

Me encaminé a la puerta sin mirar atrás, con toda la dignidad que pude reunir.

Aquella despedida sabía a derrota y a final definitivo.

Conté los pasos que me separaban de la puerta y de todo lo que habíamos sido. Con esa, ya eran tres las veces que me había largado de su lado, pero esta vez, no era por mi voluntad.

Cuando decidí arreglar las cosas con Gary me prometí que Alex no se volvería a entrometer, que no caería en los mismos errores, que no jugaría a dos bandas nunca más. Pero, mira tú por dónde, no conté con que Gary se destruyera a sí mismo y me arrastrase con él, convirtiendo nuestra historia en una ridícula utopía.

Me senté en el suelo del pasillo junto a la puerta. Saqué mi móvil.

—Hola.

—¿Qué tal está *meine liebe Schwester*? —La voz cariñosa de mi hermano me hizo sentir como en casa.

—He tenido días mejores.

—Si estás preocupada por la ama, no deberías; la he distraído, aunque no estoy muy seguro de si te imagina saliendo con Julio Iglesias o Marilyn Manson. — Escuché como se reía al otro lado de la línea.

—Gracias, Robert, pero prefiero que no sepa mucho más de momento.

—¿Me vas a contar quién es el príncipe azul? ¿Es viejo? ¿Es feo?

—Ahora mismo no tengo ganas de hablar sobre él.

—Hey, ¿qué pasa? ¿A qué viene ese tono triste? Vente unos días a Alemania —su tono de cachondeo fue sustituido por uno más serio—, no me gusta verte así.

—Eso mismo quería proponerte. Necesito escapar.

—Entonces es grave. ¿Está casado?

—No, no es eso. Simplemente quiero desconectar y estar unos días ilocalizable.

—Lo que necesites. Ahora me pillas saliendo de casa hacia el trabajo, pero reserva los billetes y dime cuándo llegas.

Me despedí de mi hermano y colgué.

Vi la silueta de una mujer acercándose con lentitud hacia mí. Hundí la cara entre las manos y me desmoroné. Noté que alguien se sentaba a mi lado y me abrazaba por los hombros; su calor me reconfortó.

No sé cuánto tiempo después alcé la cabeza y me encontré con los tristes ojos azules de Lucy.

AGRADECIMIENTOS

A todas las que me preguntáis si Gary existe realmente, lamento deciros que no. Si así fuera, no hubiera perdido el tiempo escribiendo, ¡estaría con él!

Y por si a alguien le interesa, Alex tampoco existe.

Para escribir esta novela he necesitado: silencio absoluto (nadie respirando alrededor), música a todo volumen (*Halestorm* y *Die toten Hosen* principalmente), a Jaume en su versión más macarra, a Lucía en todas sus versiones y un teclado *bluetooth* para poder tirarlo a tomar por saco.

Quiero dedicar este libro:

A Lucía, Lucy, *Boliberdea*, «cocreta», Irina la gemela rusa malvada..., por ser siempre la voz de la razón y haber aportado un poco de ti misma a esta historia. El año que trabajamos juntas marcó un antes y un después. Te echo de menos cada día. Brindo por tu Kindle echando humo y pringado con la masa de los mejores *cupcakes* del mundo.

A mi corrector, amigo y macarra favorito, Jaume. Sin tus broncas, ánimos y asistencia psicológica jamás hubiera terminado. Como tú bien dijiste hace poco, «pabernosmatao». Cuando me echas la bronca te leo con acento valenciano, que lo sepas, y desde que sé que la paella que lleva chorizo es «arroz con cosas», estoy que no duermo.

A mis lectoras beta: Jaione, por pedir siempre más y darte cuenta de que Rebeka salía de casa en sujetador. Casi la liamos parda. Cada vez que leas la palabra «chupito» en este manuscrito, piensa en Ordizia; yo lo he hecho. Edurne, por uno de los *emails* que más me han motivado después de haber leído el primer manuscrito («¡Esa Ana, esa Ana, eh, eh!»). Nunca olvidaré el concepto «buah, buah, buah» para describir a Gary; deberías patentarlo. Gracias por los casi treinta años de amistad. Arantza, por esas sonrisillas que me echas cuando hablamos de Gary (casi como si existiera).

A Julen, mi primer lector alfa, por leerte el manuscrito aun temiendo que iba a acabar gustándote el género.

A Iker, mi lector alfa actual; te incorporaste tarde, pero has aportado muchísimo. Tu empatía es un superpoder, no la pierdas, y tu ilusión tiene un valor incalculable para una escritora novel como yo. Gracias por tus consejos y por tus teorías, me muero de risa con ellas y con las versiones que se hace Garazi.

A mi asesor de cosas rockeras en general, Borja, y a Nagore, mi abogada favorita.

A Iñigo, por tratar de empatizar con Rebeka. Eres mi héroe. Y por hacerme la pregunta que nadie se había atrevido: «¿Y si Rebeka hubiera pedido una Franziskaner?». Sigo sin tener una respuesta.

A Cris, mi *webmistress*. Gracias por ponerme el blog (¡tengo un «bloj»!) en marcha y por aguantarme cada día en los dos cafés que nos tomamos juntas.

A Mark y Ben, por ayudarme con el lado norirlandés de Gary y corregir varios errores.

A Scheherezade Surià por aquella conversación en Donostia; me animaste a mantener la ilusión, y nunca lo olvidaré. ¿Ves? Otra cosa más que no puede hacer Google Translate.

A Oroitz y Oroitzne, la perra rencorosa. Por haberme detallado cómo debe hablar y actuar un tío malote y haberme explicado la teoría de la regresión a la media. He intentado que Gary no se parezca en nada a lo que tú me has aconsejado. Pese a todo, creo que dice «cagarla» y «follar» las suficientes veces como para que estés orgulloso de mí. Y, por cierto, ¿han construido ya las pirámides en tu honor?

A mi prima Arantza, la mejor prima adoptiva del mundo. Gracias por hacer un *stop* en tus lecturas históricas y leer todo lo que escribo, sea bueno o malo. Gracias por estar ahí SIEMPRE.

A Eva, aquel café que tomamos para hablar de literatura, ¡hay que repetirlo, *darling!*

A Jens y Marion, por dejarme escapar a su país y hacerme sentir como en casa. Porque en esta historia también hay un poquito de Alemania. ¿Os acordáis del famoso «*ich komme*»? Jens, sé que serás el primero en comprar este libro, aunque no vayas a entender una mierda, y te lo agradezco. Id preparando el terreno, Rocco pronto será una estrella. Se nos va a ir de las manos.

A las *groupies* + Alberto. Creo que somos el único club de lectura en el que nadie

lee, pero nos reímos mucho, y es lo que vale. Espero que consigamos continuar con nuestra comida mensual después del «Adurexit»... Kattalin, el póster de Beyoncé va por ti, no me quedaba sitio para el ventilador. Virgiiiiii, se acabó la espera, ¡ya tienes la novela entre las manos!

Finalmente, no porque me haya olvidado, sino porque lo quiero enfatizar:

A las Black Friday, siempre unidas y dispuestas a dar escobazos, el mejor *akelarre* de la historia. Si estáis leyendo esto, espero que sea porque habéis comprado el libro, panda de gamberras.

A ediciones Pàmies por confiar en mí y ayudarme a cumplir un sueño que ni siquiera sabía que tenía. A Bea, por enamorarse de la historia; a Carlos, mi editor, por hacerlo posible, y a Conchi, por tratar con tanto cariño mi manuscrito.

A mis padres y mi familia; gracias a vosotros soy como soy y hago lo que hago. No podría haber escrito esto sin vosotros, aunque no os lo haya contado hasta estar acabado. ¿Qué sorpresa, eh?

A Judy, por hacerme compañía durante todo el proceso (aunque sea echando la siesta), chupar el teclado, mordisquear el cargador del portátil y prestarme tu nombre para la chica del centro de atención al cliente de British Airways.

A Mikel, que nunca se tomó en serio que fuera a escribir una novela. ¿Ahora qué? ¿Cómo se te queda el cuerpo? :-P

Y a ti, que tienes este libro entre las manos, por haberle dado una oportunidad a mi primera novela, *eskerrik asko* de todo corazón.

Die toten Hosen, Halestorm, Scorpions, Within Temptation, Oasis, The Cranberries, Muse, Obligaciones... son algunas de las bandas que he escuchado mientras escribía esta obra.

SOBRE LA AUTORA: MAY BOEKEN

MAY BOEKEN es el seudónimo tras el que decidí publicar mi primera novela (*Todas las malditas decisiones*, 2018, Phoebe). Nací en Pamplona durante el frío enero del 83, aunque resido en Gipuzkoa y tengo una peligrosa ascendencia alemana, que a veces se descontrola un poco.

De niña soñaba con ser periodista, pero actualmente me dedico al marketing en una empresa de comunicación, y tras varios relatos inacabados con los que he torturado a mis amigas, he dado rienda suelta a mi pasión escritora con la bilogía *Everlasting Wound*.

Soy amante de los coches, la lectura y la música: me encanta el *bard rock*, sobre todo las baladas épicas que te dejan sin respiración (aunque en la intimidad es posible que me pilles escuchando a Lady Gaga o algún éxito de los 60). Mis amistades dicen que siempre visto de negro, pero eso no es del todo cierto: la tonalidad de mi ropa varía en función de mi estado de ánimo, desde el negro oscuro al negro chillón.



www.mayboeken.com

[Twitter: @mayboeken](https://twitter.com/mayboeken)

[Facebook: @mayboeken](https://facebook.com/mayboeken)

[Instagram: mayboeken](https://instagram.com/mayboeken)

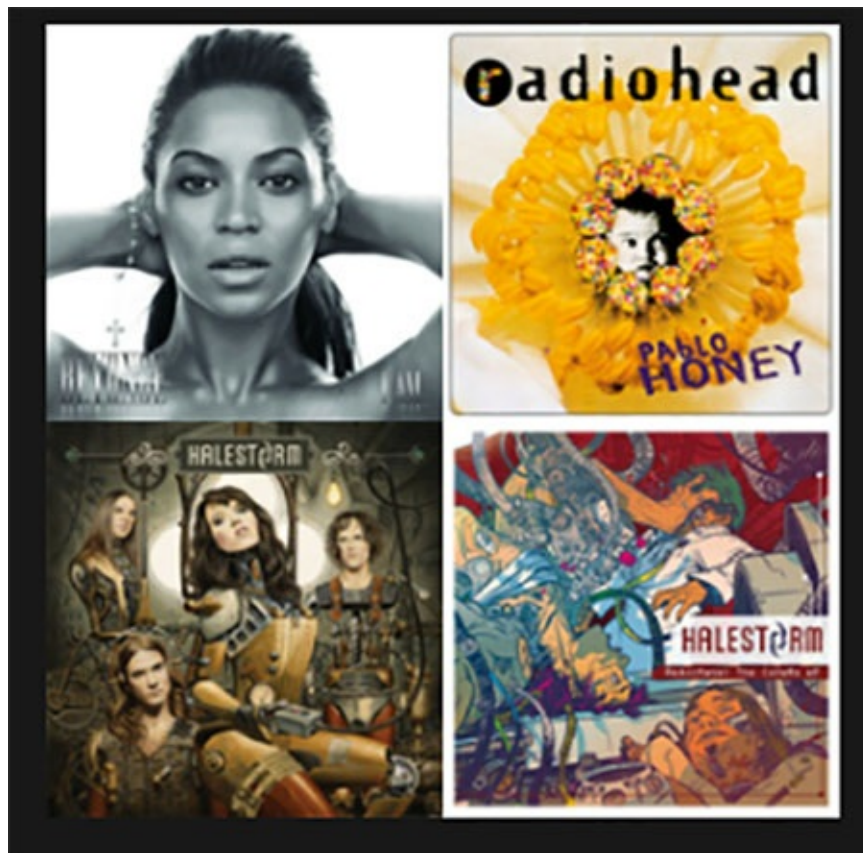


MÚSICA DE *TODAS LAS MALDITAS DECISIONES*

Disponibles en Spotify todas las canciones que aparecen en *Todas las malditas decisiones* (*Everlasting Wound I*).

¡Sigue la historia de Gary y Rebeka!

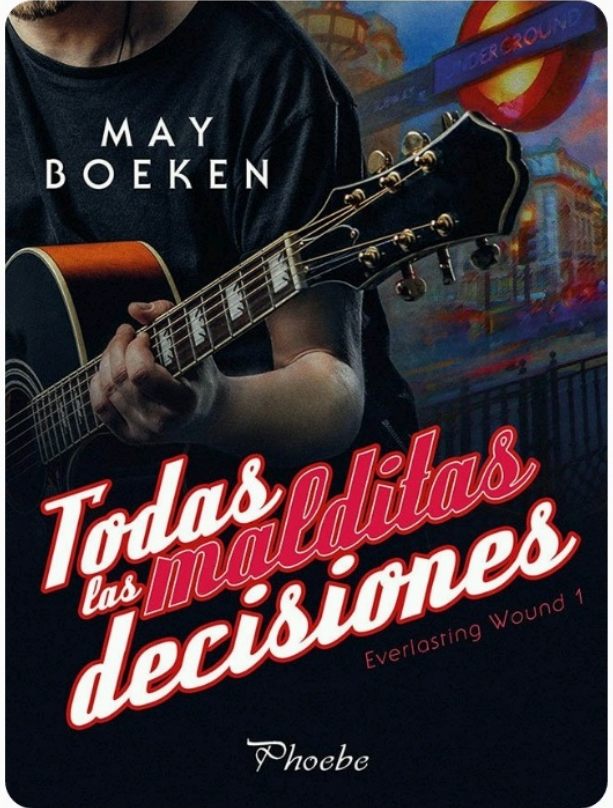
Playlist: [ELW1 - Todas las malditas decisiones](#)

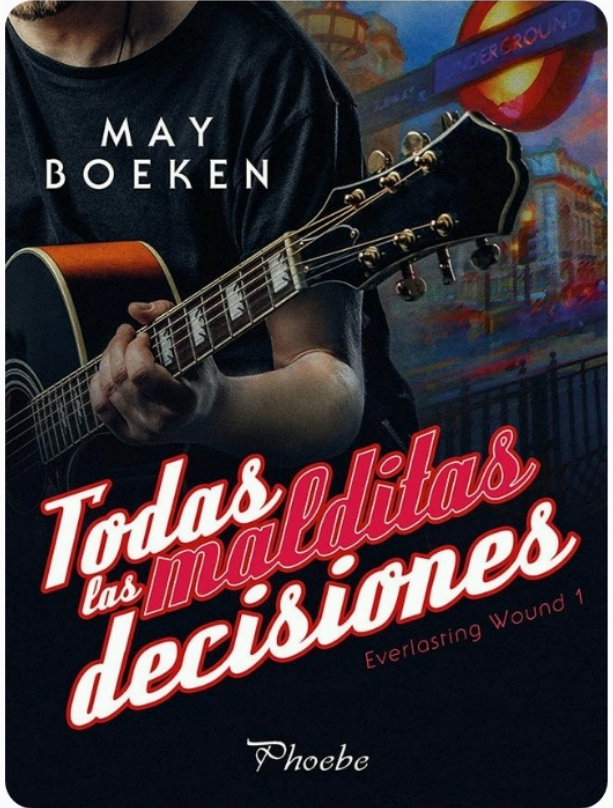


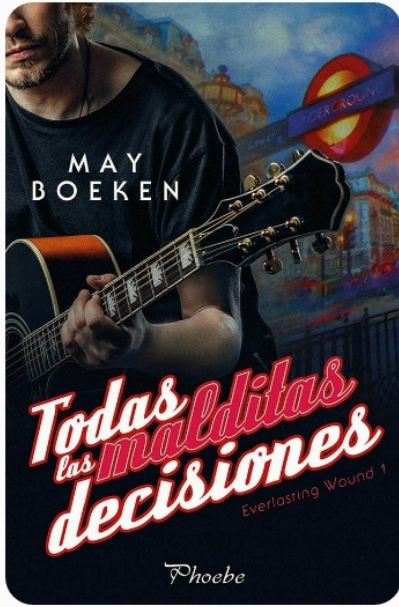


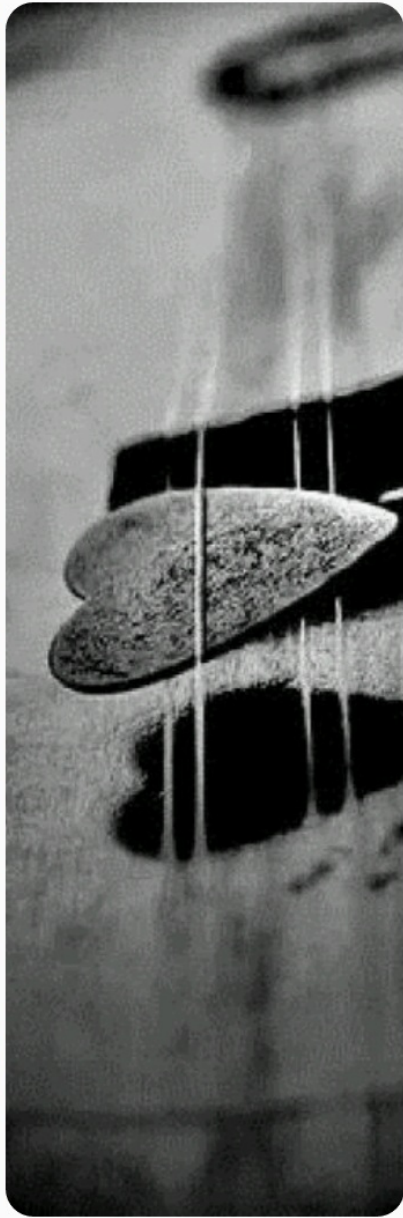
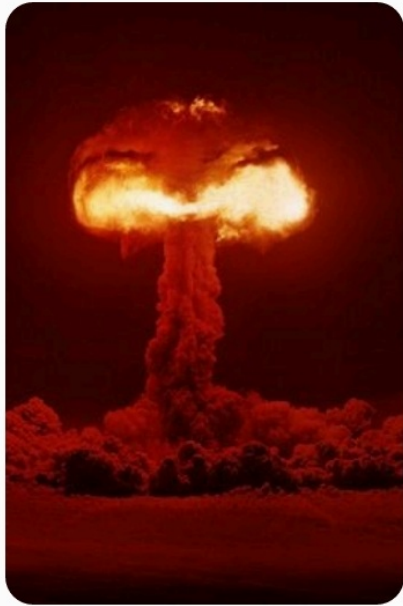
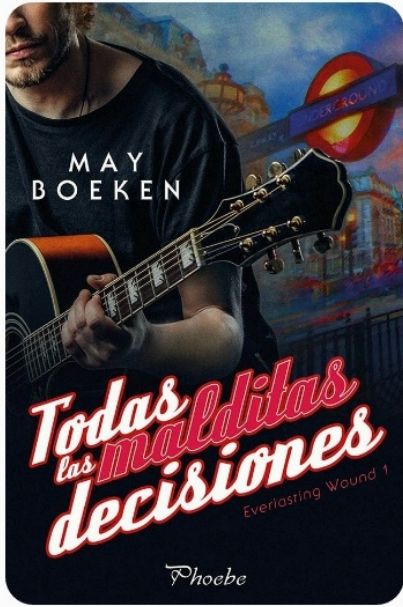
FANPICS

(fuente: twitter [@PhoebeRomantica](#))



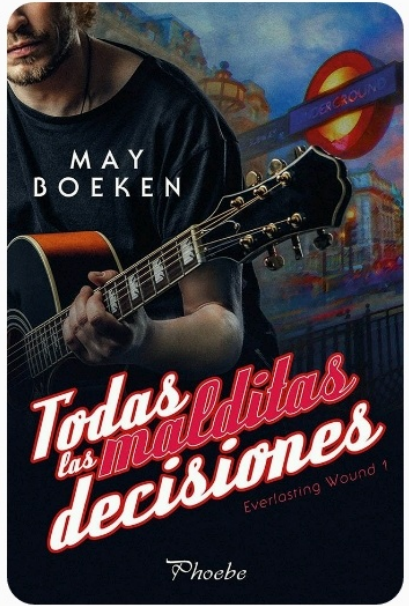






"Si en ese momento
se hubiese desatado
el maldito apocalipsis,
habría recibido
a los cuatro caballos
con una sonrisa...".

Todas las malditas decisiones
MAY BOEKEN
















—Mándale un mensaje y ahórrate los emoticonos, que nos conocemos.
—Mierda. ¿Y qué le digo?
—Cita alguna canción.
—¿Yo para ser feliz quiero un camión?

Everlasting Wound 1

*Todas
las malditas
decisiones*

A LA VENTA
26 DE FEBRERO






Todas las malditas decisiones

—Me llamo Gary, y soy estrella del rock.
—¿Es tu mejor táctica, colega? Yo soy Rebeka, actriz porno.
Mucho tiempo después seguí preguntándome por qué no
había elegido ser una astronauta.

Everlasting Wound 1

A LA VENTA
26 DE FEBRERO





—¿Cuál es la a mentira más cruel que has dicho?
—Que encuentro la inspiración en cualquier cosa que me rodea. Y que la canción que escribí para ti no significó nada.

Everlasting Wound 1

*Todas
las malditas
decisiones*

A LA VENTA
26 DE FEBRERO

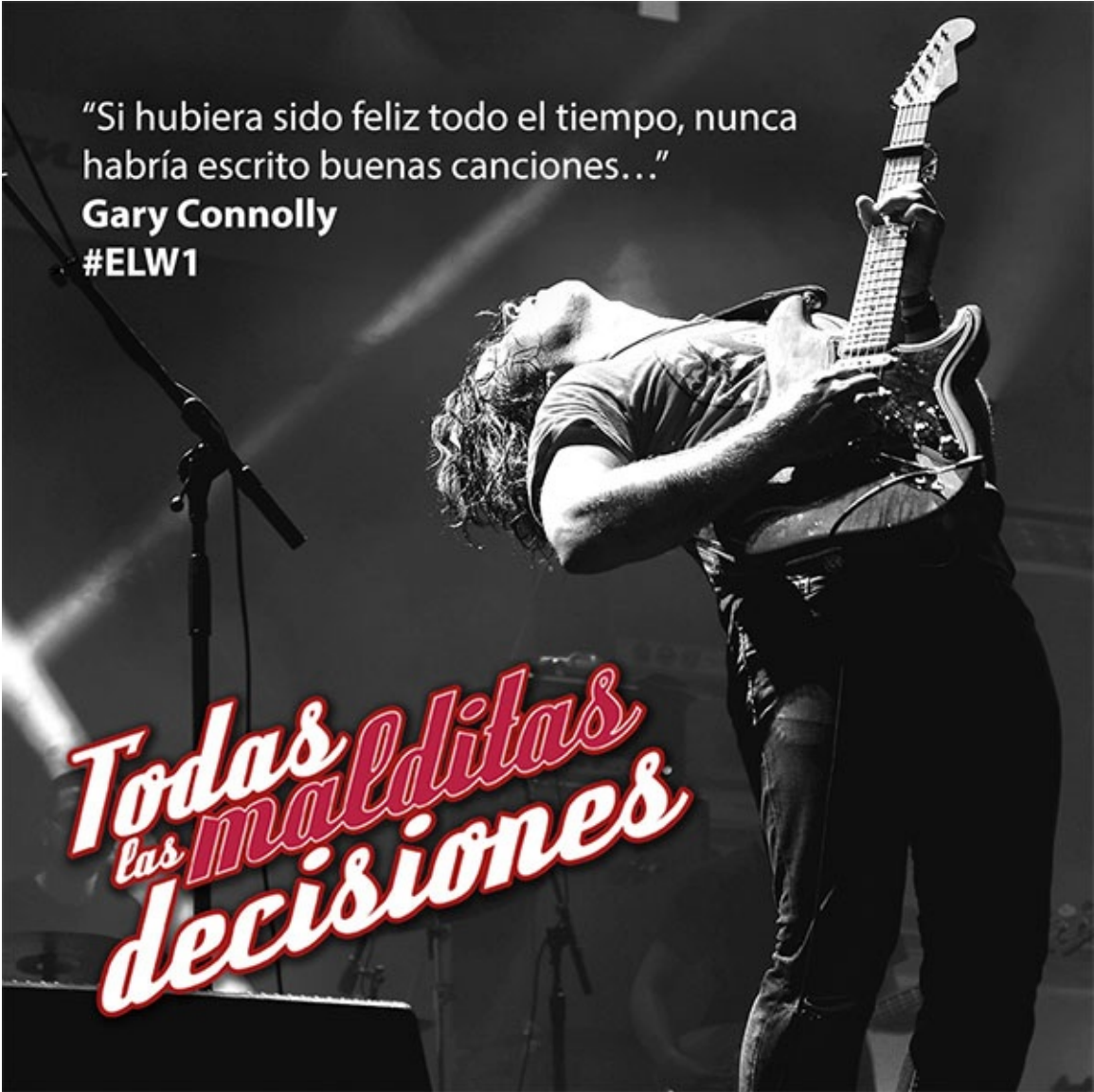


"Si hubiera sido feliz todo el tiempo, nunca
habría escrito buenas canciones..."

Gary Connolly

#ELW1

*Todas
las malditas
decisiones*





*Todas
las malditas
decisiones*

"Si hubiera sido feliz todo el tiempo, nunca habría escrito buenas canciones..."

Gary · Everlasting Wound 1

A LA VENTA
26 DE FEBRERO

